





J. SIERRA

CUENTOS

ROMANTICOS



RALD

PQ7297

.S5

C8

003422



1080019409

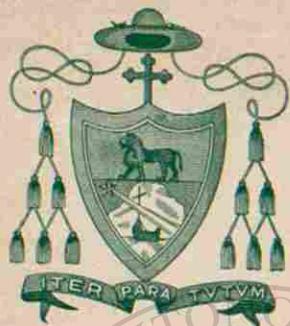


UANL

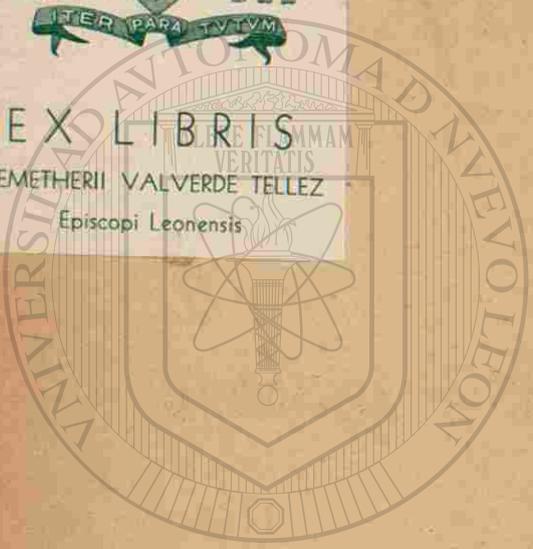
Consejo Superior  
GUADALAJARA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



EX LIBRIS  
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ  
Episcopi Leonensis



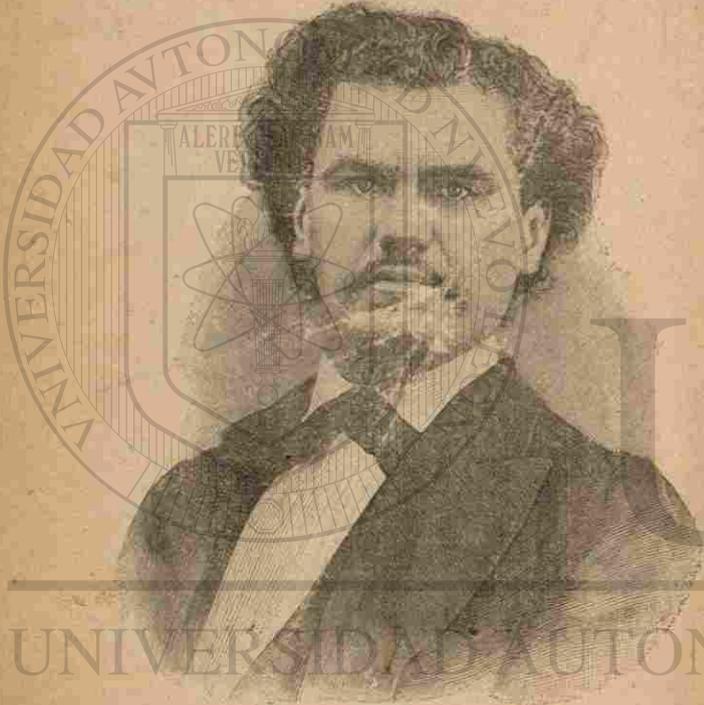
UANL

CUENTOS ROMÁNTICOS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



# CUENTOS ROMÁNTICOS

POR

JUSTO SIERRA

# JUAN B



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

Capilla N. 10  
Biblioteca Universitaria

1868  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LIBRERÍA DE LA VDA DE CH. BOURET

PARÍS MÉXICO  
23 Rue Visconti, 23. Pl. Cinco de Mayo, 11

Cornelio Mendoza.

GUADALAJARA

40652

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA



PRIMERAS PALABRAS (1)

Creedme; soy un escapado del colegio que viene, rebosando ilusiones, henchida la blusa estudiantil de flores y encerrados en la urna del corazón frescos y virginales aromas, frescos y virginales como los que exhala la violeta de los campos. Tal es mi tesoro, he allí lo que compartiré con vosotros. ¿Hago mal? Puede ser; mas cómo impedir al impetuoso manantial estrellar en las peñas sus aguas cristalinas y correr empañado por el suelo.

Traigo de mis amadas tierras tropicales, el plumaje de las aves, el matiz de las flores, la belleza de las mujeres fotografiadas en el alma. Traigo murmullos de ola, perfumes de brisa, y tempestades y tinieblas marinas, y el recuerdo de aquellas horas benditas en que el alba tiende sus chales azul-nácar, mientras el sol besa en su lecho de oro á la mar dormida.

De todo eso y de algo más hallaréis aquí ecos y reflejos; tal vez así logre agradar á aquellos de vosotros para quienes aun guarda ángeles el cielo y colorido la naturaleza (2).

(1) Con el título de *Conversaciones del Domingo* publiqué en el folletín dominical del *Manifiesto Republicano*, redactado entonces por los Sres. Prieto, Castillo Velasco, Altamirano y Ramirez, algunos de los primeros ensayos de esta colección.

(2) Extraído de la primera *Conversación del Domingo* publicada en Abril de 1868.

Cornelio Mendoza.

GUADALAJARA

MARINA

Á Emilio Gutiérrez Estrada.

Dejad un momento, ¡oh! mis lectoras mejicanas, vuestro primoroso valle, vuestras pintadas montañas, vuestro cielo color de lapislázuli y esas lagunas, grandes gotas de agua que el mar al retirarse de las alturas dejó como un recuerdo en la *Mesa central* y ventos en mi compañía; mientras miráis el mar yo os contaré una historieta.

En la costa sud-occidental del Estado de Campeche, á corta distancia de la capital, existe un pueblecillo todo lleno de aromas, de pájaros y de flores. En él recoji esta leyenda; me la contaron en la hora del flujo vespertino, al misterioso rumor de la marea y en el intervalo que hay entre la puesta del Sol, uniendo en un solo incendio el espacio y la bahía, y la aparición tranquila de la Estrella del Mar.

Los días estivales son, en mi país natal, ardientes y luminosos por extremo. No bien aparece el sol tras las cercanas colinas cuando ya es grata la sombra del roble marino y el vaivén refrescador de las hamacas. Exeuso

deciros cuán dulce es la respiración de las olas, qué perfumado y tibio el viento, qué risueñas las flores. Modelos puestos allí por la mano divina que el hombre no acertará á copiar jamás.

Entre aquella armonía, inmersas en ese ambiente, rodeadas de una vegetación tan brillante, tan verde, que parece tallada en esmeraldas, se miran algunas casitas semejantes á grandes nidos de gaviotas. Algunas de ellas alargan coquetas un pequeño muelle en la ensenada como queriendo mojar en ella la punta del ala. En derredor de estas graciosas habitaciones, sombreadas por grupos de cocoteros, desborda por las albarradas en elegantes espirales el S. Diego, entre cuyas volutas caprichosas cuelgan los racimos de flores de coral pálido. Al abrigo del muelle crecen las rosas á veces, y los grandes lirios morados y los jazmines, todo con una exuberancia lasciva, con una fuerza de vida que embriaga. Aquí y allí, sobre rocas, en las raquetas del nopal endereza su estuche de espinas la tuna roja. Pasan por encima de ese albergue de delicias las brisas marinas; las algas dibujan con su negruzca y movable curva la ondulación de la playa y las olas charlan sin cesar plegando y desplegando su sabana líquida ribeteada de encaje.

Allí la vida es dichosa. Figuraos todo ese color, toda esa luz, todo ese aroma encarnados en una muchacha de diez y seis años... Marina, hija de aquella playa, había visto á su padre enriquecerse con su trabajo. ¡Cuántas veces las lanchas del viejo pescador la habían columpiado y como si sintieran alegres el peso del cuerpo de

la niña, como el corcel que siente una caricia, habían partido por la bahía tendiendo sus alas de lino, llevando ella el timón y los bogas inmóviles sobre las cañas de sus remos!

Era la playera esbelta como la palma del coco; su cabello se confundía con las cuentas de azabache de su gargantilla; en sus ojos parecía espejear la ola de zafiro de los mares primaverales y parecía su boca una de esas conchas perleras cuyos bordes húmedos y rojos entreabre el buzo para vislumbrar su tesoro. Su tez dorada por el terral era más suave que la seda de su pañoleta, bajo la cual se dibujaban dos pequeños nidos de chupa-rosa.

¿Por qué era melancólica aquella hija de la costa? Así son todas, así es el mar. Y luego sorprende siempre y siempre hace soñar. Verlo es casi ver el cielo, pero un cielo tangible que se puede acariciar. Marina era la más melancólica, la más soñadora muchacha de aquellas playas; era triste.

Aquí empieza el poema, un poema de amor; nada. Unas cuantas estrofas; nada, las mismas de siempre; el eterno tema de la retórica, la eterna verdad de la juventud; nada. Dejadme bordarlo, ya que no con rimas, con dulces y lánguidos circunloquios, con frases cargadas con el viejo é inmortal polvo de oro de la poesía.

Largo rato hace que contempla el horizonte del mar. Surge de improviso, viniendo del rumbo del puerto una mancha blanca; blanca como una garza, así vuela; en su vela, en su ala blanca se refleja el sol raciente. Era una barquilla; venía presurosa empujada por el aliento

de la mañana; crecía como una fantasmagoría óptica. Saltó á tierra un mancebo, el gentil, el rubio que había visto Marina en las fiestas de S. Román — donde se venera el Cristo negro que cuida de los marineros — el hijo del antiguo capitán de su padre; iba á casarse con ella; él lo decía. Entró en la casa de su amada; se sentaron en el borde de un *arriate* que era como búcaro de jazmines blancos... Esos jazmines, y las rosas, y los lirios, todos esos cómplices eternos de los pecados del trópico, supieron lo demás. Una hora después el rumor apasionado de un beso se confundía con el rumor de las olas. Marina volvió sola á su casa, sola.

Pasó el tiempo; Marina esperaba; nadie venía, nada más que sus lágrimas. La triste está enamorada, decían sus vecinas; unas lo sabían todo; las más lo adivinaban; las mujeres no se equivocan nunca cuando de esta enfermedad se trata. — Por eso Ramón, el piloto de la Rafaela, buen marino y mejor muchacho, prescindió de pedir la mano de la playerita. Mucho la amaba; todo es grande en torno del Océano.

Marina cantaba estos versos compuestos por un poeta de aquellos rumbos de la costa:

Soy, Marina, la flor de la playa,  
Son mis labios de miel y coral;

Pescadores

Tended blancas guirnaldas de flores  
Donde pase el cortejo nupcial.  
Soy la concha de nácar; la brisa

Me columpia con manso vaivén;  
Marinero,  
Marinero del alma, te espero,  
No me dejes llorar; ¡ oh! ; ven, ven!.....

Ven, ven, repetía balbuceando la ola como el pájaro á quien se enseña un canto. Marina, á su vez, repetía sorprendida el ritornelo y se alejaba cantando:

Marinero del alma, ven... ven.....

Ven, sollozaba el mar á lo lejos.

Huyeron los días, los meses. La playera tenía el color aperlado de la *flor de cera*. El viejo padre de Marina miraba á hurtadillas los ojos extraviados de su hija y meneaba la cabeza... Recordaba la historia de ésta y de aquélla... y de la hija de su compadre, y temblaba repasando las novelas realistas é inescritas de su juventud...

Marina estaba en el muelle como de costumbre. Dió un grito de repente, se incorporó; una vela blanca venía del puerto: la barca atracó al muelle... Las flores, las cómplices encantadoras de todo amor, saben lo demás... Las olas vieron la despedida, oyeron el beso en el pie desnudo de la joven, y un adiós desesperado... Ellas lo repitieron en su perpetuo sollozo... Adiós... Marina las vió con ojos enloquecidos, pero sin llorar. La barca se perdió en el horizonte y ella se acostó en la arena como si hubiera muerto. Jugaba la ola con su saya, se avanzaba

á veces hasta las puntas de sus trenzas salpicándolas de cuentas de cristal....

Así la encontró su padre. Pocas horas después la fiebre con una lujuria infernal quemaba entre sus brazos de fuego á la pobre Marina... Deliró; el viejo lo supo todo. Habló con el padre del seductor, su capitán antiguo. Todo está remediado, le contestó; he enviado á mi hijo á Barcelona, para que no siguiera inquietando á tu hija. En muchos años no volverá.

Este no era un remedio, bien lo sabía el padre de Marina; porque novelas así suelen ser frecuentes en la costa; esa muchacha de su tiempo, y aquella, y la hija de... Pero ninguna era como Marina; Marina era otra cosa, Marina sentía de un modo extraño, cantaba, lloraba, soñaba, hubiera dicho, si hubiera sabido decirlo el viejo. Sí, Marina era otra cosa; claro, era su hija....

El pobre hizo sus confidencias á Ramón, al piloto, al enamorado de Marina... Lloraron juntos, de ira el uno, de desesperación el otro: de dolor los dos....

Marina se salvó: ya estaba buena el día que Ramón, enjugadas las lágrimas, entró al cuarto de la muchacha que, en el vetusto sillón de cuero de su padre, estaba sentada junto á la ventana, por primera vez abierta. Y le dijo: Marina, lo sé todo. Ella lo miró, no con sorpresa, sino con infinita dulzura: «Oye, continuó el piloto, pocos del pueblo conocen tu desgracia, emigraremos sin embargo, tu padre así lo ha resuelto; yo soy honrado y mi nombre lo es, ¿lo quieres? Serás mi esposa para todos; pero...» Y se acercó al oído de la niña y mur-

muró en secreto quién sabe qué frases. Ambos lloraron; de admiración, de gratitud ella; el pobre Ramón de dolor.

Poco tiempo después, la brisa salubre de la costa había completado la curación. El día de la boda, Ramón suplicó de rodillas á su novia que colocase en su cabeza el velo virginal de las desposadas. Marina re arrodilló largo tiempo delante de la imagen de la Virgen, que había heredado de su madre, y después, pálida, pero serena, aceptó. Concluida la ceremonia, hubo comida y baile y grande algazara en la casa de Marina.

Caía la tarde; Marina bajó del muellecito á la playa. El mar parecía un zafiro inmenso engastado en un relicario de oro. Fulgorosos encajes de fuego flotaban en el cielo sobre jirones de amaranto. Bandadas de nubecillas se esparcían por doquiera: pétalos de flores arrancados de aquel gigantesco ramillete por la brisa. Á veces parecían discos de oro girando sobre un tapiz de púrpura; otras parecían vapor de sangre; allá á lo lejos vagaban algunas pálidas é intangibles como las fantasmas de las baladas alemanas. Campeche, por su situación en la costa, vé ponerse el sol en el mar; vé la hora en que el sol al recostarse en su lecho tropical cambia con la tierra una mirada sublime que estremece á la creación.

Marina, distraída, se acercó á la playa, mientras adentro cantaban las muchachas, con un aire de danza cubana, una canción de un poeta de aquellas costas:

Baje á la playa, mi dulce niña,  
Perlas hermosas le buscaré,

Mientras el agua durmiendo cifa  
Con sus cristales su blanco pie.

Marina descalzó sus pies de las zapatillas de raso blanco, como lo hacía frecuentemente, los desnudó de la calada media y empezó á jugar con la ola que salpicaba su falda de linón un tanto recogida. Estaba bellísima; un sentimiento impregnado de místicas aspiraciones al cielo comunicaba á su fisonomía encantadora no sé qué fulgor ideal. Parecía arropada en uno de los últimos destellos del día. Sus formas conservaban su voluptuosa morbidez, pero era esa morbidez mística que nos arrodilla ante las Virgenes de Murillo. Su mirada erró un momento por el horizonte; luego se fijó magnética, poderosa, por el rumbo del puerto.

Y vio la niña á lo lejos, muy á lo lejos, una garza blanca, que se tornó luego en una barquilla, que se dirigió á ella á toda vela. Saltó á tierra un mancebo; el gentil, el rubio que por primera vez vió Marina en las fiestas del Cristo negro de S. Román, y Marina le tendió los brazos cantando:

Marinero,

Marinero del alma te espero,

No me dejes llorando, ven: ven.....

Ven, repetían las olas como el pájaro á quien se enseña un canto.....

Y las muchachas terminaban en derredor de Ramón, allá dentro, la canción del poeta costeño.

La dulce niña bajó temblando,  
Bañó en el agua su blanco pie...

Entonces Marina sintió sobre sus pies desnudos un ardiente y húmedo beso... Y la barca se iba, se alejaba, huía... Y el viento y las olas balbuceaban un adiós lúgubre, como el último adiós. Marina siguió á la barca; entró en el mar, se acercó, se acercó á su amante... llegó á él, sintió en derredor de su cintura unos brazos suavísimos, aspiró un aliento caliente y aromado, entreabrió los labios y sintió en la boca el beso amargo de la ola, que cubriéndola con un movimiento apasionado, tendió sobre ella su inmenso sudario de cristal y fué á besar la playa murmurando el eco del canto de Marina. Corrió Ramón á la orilla, corrieron las muchachas; sólo hallaron el velo de la desposada flotando sobre las olas.

Todos los años hace el mar en el mismo sitio un ligero remolino y parece entonces que flota sobre él un instante el velo de Marina con su encaje de espuma. Ven, ven, repite la ola. Esto dicen, por lo menos, las playeras enamoradas que en ese día cuidan de no acercarse mucho á la playa, sobre todo en el momento que trascorre entre la puesta del sol incendiando el firmamento y la aparición divina de la Estrella de los mares.

Á Bernardo García Rejón,

666

CÉSAR NERO (1)

Que cualquiera que tenga inteligencia calcule el número de la Bestia; es el número de un hombre, y este número es 666.

— *Apocalipsis, XIII, 18.*

Los adivinos le habían prometido que á su caída reinaria sobre el Oriente; otros le habían asignado el reino de Jerusalén. (*Suetonio, NERÓN, XL.*)

Veinte años después de su muerte, apareció un aventurero que se decía Nerón. Á favor de este nombre supuesto fué muy bien recibido entre los Partos y recibió de ellos grandes auxilios. (*Suetonio, NERÓN, LVII.*)

El gran rey de Roma la Grande, el hombre igual á Dios, engendrado por Júpiter y Juno la diosa, que solicita en los teatros aplausos, cantando sus himnos melifluos, que ha matado á tantos, sin contar á su propia madre, vendrá de Babilonia terrible é impio. La multitud y los grandes le harán séquito... (*Orác. Sibila V.*)

(1) Aun no publicaba Renan su *Antecristo* cuando apareció este fantasma en el *Renacimiento*. Yo tomé del estudio de un exegeta alemán, analizado por Reville, la interpretación que luego adoptó, ampliándola magníficamente, el gran historiógrafo francés y que consiste en leer en la cifra misteriosa del *Apocalipsis* el nombre de Nerón,

Siete años hacía que, por la gracia del Señor, reinaba el emperador Justiniano, de eterna celebridad y equívoca reputación; algunos romanos que habíamos servido en el ejército de Belisario durante las últimas campañas en Persia, nos vimos en la absoluta necesidad de permanecer en Antioquía, mientras nuestro general emprendía la reconquista de África, porque la cicatrización de nuestras heridas era muy lenta.

La corte de Constantinopla, según allí sabíamos por los mercaderes y los marinos de la flota, apenas se reponia de la emoción que le causara un tremendo levantamiento de las facciones cocheriles, que estuvieron á punto de incendiar la ciudad entera; nosotros, hijos de Occidente, que hacía tiempo habíamos olvidado, en medio de nuestras desdichas, la habilidad de los *verdes* y de los *azules*, nos entregamos con placer á las deliciosas vacaciones que la buena estación y algunas larguezas de Belisario nos permitían disfrutar.

En aquellas poblaciones profundamente dominadas por la devoción y la fé, era obligada romería de todo buen creyente la que se hacía para visitar la iglesia y monasterio llamados *la Mandra de S. Simeón Estilita*. En el santuario, situado á trescientos estadios de Antioquía, se veneraba, en efecto, la columna en que aquel varón

extraordinario pasó cerca de treinta años, siempre en pie, predicando y orando. Un siglo, poco más ó menos, hacía que el *Styllita* había muerto y aun la fama de su milagrosa vida era el consuelo y el orgullo de la Iglesia patriarcal de Siria.

Antes de volver á nuestra Italia, aun cuando fuese para ensangrentarla al arrancarla á los bárbaros que la profanaban, quisimos, ya aliviados de nuestras dolencias, hacer también la santa peregrinación y reunidos á una de las numerosas caravanas que de todos los puntos del imperio se dirigían al milagroso santuario, llegamos á aquel monte en donde se había realizado la manifestación más extraordinaria del poder pasivo de la naturaleza humana, subyugada por el fanatismo y espiritualizada por el éxtasis. Nosotros, que en nuestra calidad de romanos, nacidos en Roma, nunca tuvimos el fervor religioso de aquellas poblaciones orientales, mezclábamos cierta timidez á las demostraciones de adoración que prodigaban los peregrinos ante la columna de aquel prodigioso penitente, de aquel suicida, como decía irreverentemente el más joven de nosotros, vástago, según afirmaba, de una antiquísima familia pagana.

Salimos de la iglesia para recorrer la galería que la rodeaba; nos guaba un cenobita que, á nuestro ruego, nos condujo á la habitación del santo Eutiquio, que había conocido á S. Simeón y que, según la fama, leía en las almas como en un libro abierto. Aguardamos un rato á que el varón de Dios concluyese sus preces; nos hizo sentar, en seguida, á su lado, con afabilidad y dul-

zura, pero sin despegar del más joven de nosotros su mirada penetrante.

— ¿Cuál es tu nombre? le dijo al fin.

— ¿Mi nombre cristiano, padre mío?

— No, el nombre de tu *gens*, de tu familia, tu nombre antiguo, el de hace tres siglos.

El sacerdote aguardaba la respuesta con una especie de ansiedad; nuestro camarada se había puesto muy pálido.

— Padre mío, replicó al fin, si es cierto que el Señor os ha dado el poder de leer en las almas, ved en la mía el nombre que rehusa pronunciar mi boca.

— Hijo, no es necesario leer en tu alma, para adivinar cuya es la sangre que por tus venas corre; basta el color singularísimo de tu barba....

(Y en efecto nuestro camarada tenía la barba de color de bronce rojo.)

— *Aenobarbus*... murmuró el asceta.

Nuestro primer movimiento fué retirarnos de aquel pariente de Nerón, que se arrojó lloroso á los pies del santo.

— ¿Son amigos tuyos, éstos que te acompañan?

— Son mis hermanos.

— Entonces esperad un instante, dijo el anciano y salió apoyado en su báculo.

Arrepentidos de nuestro primer movimiento estrechamos á Enoarbo en nuestros brazos; nos refirió brevemente que descendía por la línea paterna de Lucio Domicio, á quien, según una tradición doméstica, un

genio le había acariciado las mejillas cambiando para toda su descendencia el color de la barba. De ese mismo Domicio descendía Nerón.

Concluía su historia nuestro camarada cuando volvió Eutiquio trayendo un rollo de pergamino atado con un cordón de púrpura.

— Este escrito, nos dijo, fué entregado al santo Simeón por un pastor que, en un bosque de las cercanías de Éfeso, lo encontró en un túmulo en ruinas. Solo Dios sabe quién lo escribió; leed.

Tornó Eutiquio á ponerse en oración. Nosotros sentados en sendos sitials de cedro del Líbano, desenvolvimos el pergamino y yo leí en voz alta:

La fiel Actea y las nodrizas Eclogé y Alexandra llevaron al monumento sepulcral de los Domicios el cadáver de César, de Nerón. Depositáronlo en el interior del mausoleo y después de regarlo con flores y lágrimas, se retiraron, las nodrizas hacia Antium, villa natal de los Enobarbos y la inconsolable Actea hacia las catacumbas novísimas, en donde sus oraciones subían al Eterno día y noche para hacerlo propicio al espíritu de su imperial amante.

Poco después de haberse alejado aquellas piadosas criaturas, una sombra, negra como una nube de humo, cubrió el sepulcro. La claridad lunar que inundaba el campo de Marte, el Capitolio y la mole inmensa de Roma,

hacia resaltar más la pavorosa obscuridad que lo envolvía. Aquella sombra que se prolongaba cual inmenso fantasma por toda la Colina de los jardines, era la de una mujer que se acercaba lentamente al sitio en que el emperador yacía y que, cuando hubo llegado, salvó la balaustrada de mármol de Thasos y accreándose á la tumba, que era de pórfido y bronce, aplicó sobre la puerta el anillo que llevaba con la efigie de Augusto; la enorme plancha metálica abrióse en dos ante ella, giraron las puertas sobre sus goznes y la visitante nocturna se perdió bajo la fúnebre bóveda. Algunos minutos después reapareció trayendo sobre sus hombros un cadáver envuelto en la gran túnica blanca bordada de oro que llevaba Nerón durante las calendas de Enero. Depositó su fatigante carga al pie del altar que decoraba el monumento y sacando de debajo de su pénula un frasquito tallado en un trozo de cristal de roca, vertió lentamente su contenido sobre los labios entreabiertos del cadáver. Desnudóle en seguida el pecho marmóreo y cubierto de rojizo vello y examinando una ancha herida que el joven César tenía sobre el corazón, aplicó la mano sobre ella, murmurando incomprensibles frases y dirigiéndose á Luna-Hécate, la divinidad protectora de los envenenados y de la magia, como si invocase su misterioso poder.

En el instante mismo un movimiento convulsivo agitó el cuerpo del César que comenzó á respirar. La mujer se incorporó: *Ave, imperator*, dijo en voz baja, he cumplido mi promesa. Y dichas estas palabras volvió al

interior del mausoleo cuyas puertas se cerraron lentamente. Nerón se puso de pie, vacilante, cual si después de una larga perturbación volviese á la conciencia de su estado y una hora después una figura blanca se alejaba precipitadamente por el Campo de Marte y se perdía en la sombra. Una nube negra cortaba en aquel instante mismo el disco de la luna; semejaba un águila inmensa.

— Guialo, águila imperial, y que cumpla su destino lejos de mí, balbuceó la hechicera, que de nuevo había salido del sepulcro; yo también lo amaba.

Así dijo y se dispuso á huir sin advertir que algunos soldados de la guardia pretoriana, que traían orden de arrojar al Tiber el cadáver del tirano, se acercaban cautelosamente. Tres días después, la plebe romana arrastraba á las Gemonias el cadáver de Locusta.

La nube, que parecía el águila imperial, dirigíase constantemente al Levante, siguiendo un camino contrario al de la luna. No faltaban en Roma adivinos (acaso los mismos que profetizaban á Nerón el reino de Jerusalén) que propagasen entre la plebe, devotísima del último César, la noticia de su resurrección y de su pronta vuelta á la cabeza de un ejército de Partos.

La idea cristiana fermentaba en las entrañas de la ciudad eterna, preparando la terrible erupción que había de hacer con el paganismo, lo que el Vesubio con Herodiano y Pompeya. Los dioses parecían huir del Olimpo y aquel pueblo que reía incrédulo ante los templos de sus ídolos y levantaba altares á Calígula, el epiléptico Júpiter Lacial, se revolcaba en el cieno de los

placeres torpes y sin nombre. El alma cristiana prorrumpía en alelukas, al oír los anuncios que mostraban á Nerón viniendo á renovar, en más espantosas proporciones, el incendio de 64 y clamaba: *¡ Maldición, maldición sobre ti, ciudad impura de la tierra latina. Bacante que juegas con tus víboras, te sentarás viuda al pie de tus colinas y sólo quedará el Tiber para llorarte, meretriz!*

El pueblo también se regocijaba con la vuelta del César, en cuya muerte no había creído, y esperaba entonces volver á embriagarse con los espectáculos inmensos y tornar á ver á *los enemigos del género humano*, que entre sí se llamaban *cristianos*, servir de antorchas para iluminar las noches de orgia de Roma y escuchar de nuevo resonar en los ámbitos del teatro la voz del hijo de Agripina, que si resuena desapacible y ronea en los oídos de la historia, siempre fué celeste y dulce para el plebeyo romano.

\*\*\*

Pasaba el tiempo, y con él los caudillos de la soldadesca que habían intentado recoger la herencia del postrer representante de la divina familia de Julio César. Por fin un soldado de fierro subió al trono imperial: Flavio Vespasiano. — El pueblo-rey comenzaba á perder la esperanza en la vuelta de Nerón; pero no el pueblo cristiano que en la reaparición de aquel representante del mal sobre la Tierra, veía la destrucción del Imperio y el anuncio de los tiempos nuevos. Por eso en las

entrañas de la tierra, en las catacumbas, ó en los refugios de Asia, ó en los desiertos de África, el cristiano leía en voz baja la profecía del fin del mundo impío, el libro nuevo y misterioso de Juan, el discípulo amado de Jesús, que, cubierto de años, hablaba desde Patmos con voz de trueno y por eso le llamaban el hijo de la tempestad, *Boanerges*. En ese libro estaba la *revelación* de lo futuro; era el *Apokalipsis*; ahí los iniciados encontraban al Imperio figurado en la enorme bestia purpúrea que salía del seno del mar, llevándolo, como Satanás, siete diademas y en cada una de ellas un nombre: César, Augusto, Tiberio, Calígula, Claudio, Nerón, Galba, y diez cuernos: África, España, Galia, Bretaña, Germania, Italia, Grecia, Asia, Asiria, Egipto. Mas la cabeza cortada de la bestia no renacía aún y los momentos de horrible desolación que debían preceder al reino mesiánico del milenio, no empezaban á señalarse en la clépsidra por gotas de sangre, en vez de gotas de agua, como todos los creyentes lo esperaban. El autor del Apokalipsis lloraba de dolor con la noticia de la total destrucción del templo de Jerusalén, por los soldados feroces de Tito, sin que nadie hubiese socorrido á sus defensores.....

Por aquellos días corrió un extraño y pavoroso rumor por las ciudades del Asia menor y se comunicó á Grecia de isla en isla: los Parthos, afirmaban muchos, han pasado el Eufrates y van á derramarse sobre Asia y Siria; los acaudilla Nerón resucitado y conquistarán á Roma. Era ese el ejército profetizado por Juan, el ejército de

langostas convertidas en hombres y que llevaban corazas de hierro y cascos dorados, debajo de los cuales salían flotantes cabelleras largas como las de las mujeres; sí, así eran los Parthos. Al saberlo una inmensa emoción se apoderó de los cristianos y el *Alcluya* que iba á celebrar el triunfo después de la destrucción total subía ya á sus labios.

\*\*

Un hombre, vestido con una clámide bordada de oro, andaba por la playa cercana á Efeso, como esperando una galera que aun no aparecía en el horizonte. Purísimo estaba el mar y como él el cielo; parecía un inmenso *velarium* tendiendo por la inmensidad el azul luminoso de sus pliegues. Amanecía; las brisas helénicas saturaban de voluptuoso perfume la atmósfera de aquella comarca marina. El oído, involuntariamente, disponíase á escuchar, en aquella soledad, los acordes de la lira jónica, como el canto del ruiseñor en el bosque.

La mirada profunda del hombre de la clámide blanca, se fijaba ansiosa en el occidente y exclamaba:

« ¡ Oh ! Grecia mía, patria del alma y del amor ! ; Oh ! tú, que surgiste del océano al son de los cantos de Orfeo y baluceaste tus primeros himnos sobre la lira de Homero ! ; Oh ! tú, madre divina de la poesía y del arte, mañana pisaré tu suelo sagrado y surgirán á mi voz invencibles legiones y romperé las cadenas que mis anti-

guos soldados rebeldes han forjado de nuevo para ti. Mañana, en la Grecia libre, Claudio Nerón recobrará su imperio. »

De repente resonó en sus oídos una música distinta de las que hasta entonces había escuchado; era un coro de voces infantiles que se exhalaba en notas de una dulzura mágica; parecía una plegaria. El primer artista del mundo se dirigió como impelido por fuerza superior, hacia el lugar de donde partían aquellas cadencias divinas. Agitaba su alma desconocido sentimiento que lo deleitaba y lo espantaba al mismo tiempo. Deteníase á veces, trémulo de emoción y como si temiera perder una soía, la más tenue nota de aquella salmodia de los cielos; Grecia, el Imperio, todo lo había olvidado. Inusitada angustia invadía su alma: « ¿ Voy á llorar, ¡ oh! Júpiter; te habrás compadecido de mí? » murmuraba aquel hombre.

Divisó, por fin, oculto entre unas rocas, el lugar de donde salían las voces; acercóse, llegó... Un anciano vestido de un toseco sayal y cuya barba era blanca como la nieve del Líbano, lo detuvo.

— Detente, infeliz, detente. Ve en busca de tus ejércitos y apréstate á la horrible matanza. Pero el Señor no quiere que te acerques al lugar santo. Este es su templo; el templo cuyo pavimento immaculado, cubriste con la sangre de los mártires.

— Cristiano, ¿ sabes quién soy?

— Lo sé, lo veo; yo soy el discípulo del grande amigo de Cristo, del profeta que aguarda en Patmos el

martirio y que ha colocado sobre tu frente por todos los siglos el sello mismo de Satanás.

— ¡ Oh! anciano, perdón. Iníciame en los misterios de tu culto; yo también quiero ser cristiano.

— Dios mío, murmuró Policarpo, poniendo en el cielo una mirada sublime de esperanza y de ruego; Dios mío, tú lo dijiste, todos, todos pueden alcanzar perdón... Apíadate del hijo de Belial.

— ¿ Tu Dios era el rey de los Judíos? preguntó Nerón.

— El reino de Cristo no es de este mundo.

— Padre mío, si quieres convencer mi alma, ruégale que deje salir las lágrimas que me quemán el corazón.

— Así sea, murmuró el apóstol, y tendió las manos sobre la cabeza cubierta de purpúrea cabellera del emperador. Un instante después estaba éste de rodillas y un raudal de llanto corría de sus ojos. *Miserere*, repetía el coro de los niños y de las vírgenes, *miserere*.....

— Ahora, vé á confundir tus lágrimas con las del mar, cristiano, y ahí recibe tu bautismo y espera tu perdón. Entra al Océano y anda si tienes fé.....

El de la clámide blanca penetró en el Océano sin vacilar.

Súpose al siguiente día que, á consecuencia del movimiento de los Parthos, una inmensa conspiración iba á estallar en Asia y Grecia... Mas el caudillo había desaparecido.

Los marinos habían visto surgir de improviso en el Egeo, un peñasco árido, pelado, horrible, semejante á un cráneo coronado; sobre él se balanceaba en el

cielo una nube negra semejante á un águila imperial.

El agua de los ríos llegó á amargarse tanto como la del Océano ; parecía que la profecía de Juan iba á cumplirse y que la tercera parte de las aguas se tornaban absintio. ¡ Ah ! decía en su isla sagrada el gran revelador, el primero de los pecadores debe estar llorando sus culpas. *Beati qui lugent.*

Dos siglos y el tercio de otro siglo habían pasado ; el imperio se había transformado, mas las aguas seguían amargas, árido el siniestro peñón batido por las olas ; sombría, inmensa, el águila que se mecía en las alturas. Por el mes de octubre del año 313 de la venida del Señor una aurora maravillosa iluminó el Occidente : algo así como un día nuevo surgió del ocaso del sol. Sus rayos de oro penetraron y deshicieron el águila imperial y la nube se disolvió en lluvia fresca y bienhechora. La roca empapada por ella se convirtió en una corona de flores que se reflejaba en el dulce cristal de las aguas. En torno de ella resonó un coro semejante á las plegarias que entonaban á Dios los niños cristianos y sobre el disco del sol el mundo contempló admirado una cruz fulgurante, bajo la cual una mano misteriosa había trazado en los cielos esta frase : *In hoc signo vinces.* Y estas palabras anunciaron, á Constantino y á la Iglesia, la victoria suprema, y la misericordia de Dios á Claudio Nerón.

## LA NOVELA DE UN COLEGIAL

Á Alfredo Torroella.

Era una de esas tristes noches del colegio, en que la atmósfera se conserva tibia y pesada, efecto de esa ardiente caricia del sol que se llama el día ; paseábame solo en el corredor más sombrío del claustro que corría á lo largo de las ventanas del *General grande* y de la antigua Capilla. La candileja de trementina, que ardía en un extremo del corredor dentro de su farola de vidrio sucio, hacía resaltar más la obscuridad y proyectaba en torno uno de esos reflejos lívidos dentro de los que todo color es pálido y todo perfil fantástico.

Poco cuidaba, á decir verdad, de aquel cuadro siniestro, y mis meditaciones, aunque melancólicas y negras, dejaban percibir, como esos destellos sobrenaturales que surgen en un claro-oscuro de Rembrandt, algunos recuerdos de esas sensaciones limpias y sanas que tiene el don de resentir la juventud, la juventud nada más.

Lejos de los seres más caros de mi niñez que acababan apenas de decirme *adiós*, arrojado de improvisó

cielo una nube negra semejante á un águila imperial.

El agua de los ríos llegó á amargarse tanto como la del Océano ; parecía que la profecía de Juan iba á cumplirse y que la tercera parte de las aguas se tornaban absintio. ¡ Ah ! decía en su isla sagrada el gran revelador, el primero de los pecadores debe estar llorando sus culpas. *Beati qui lugent.*

Dos siglos y el tercio de otro siglo habían pasado ; el imperio se había transformado, mas las aguas seguían amargas, árido el siniestro peñón batido por las olas ; sombría, inmensa, el águila que se mecía en las alturas. Por el mes de octubre del año 313 de la venida del Señor una aurora maravillosa iluminó el Occidente : algo así como un día nuevo surgió del ocaso del sol. Sus rayos de oro penetraron y deshicieron el águila imperial y la nube se disolvió en lluvia fresca y bienhechora. La roca empapada por ella se convirtió en una corona de flores que se reflejaba en el dulce cristal de las aguas. En torno de ella resonó un coro semejante á las plegarias que entonaban á Dios los niños cristianos y sobre el disco del sol el mundo contempló admirado una cruz fulgurante, bajo la cual una mano misteriosa había trazado en los cielos esta frase : *In hoc signo vinces.* Y estas palabras anunciaron, á Constantino y á la Iglesia, la victoria suprema, y la misericordia de Dios á Claudio Nerón.

## LA NOVELA DE UN COLEGIAL

Á Alfredo Torroella.

Era una de esas tristes noches del colegio, en que la atmósfera se conserva tibia y pesada, efecto de esa ardiente caricia del sol que se llama el día ; paseábame solo en el corredor más sombrío del claustro que corría á lo largo de las ventanas del *General grande* y de la antigua Capilla. La candileja de trementina, que ardía en un extremo del corredor dentro de su farola de vidrio sucio, hacía resaltar más la obscuridad y proyectaba en torno uno de esos reflejos lívidos dentro de los que todo color es pálido y todo perfil fantástico.

Poco cuidaba, á decir verdad, de aquel cuadro siniestro, y mis meditaciones, aunque melancólicas y negras, dejaban percibir, como esos destellos sobrenaturales que surgen en un claro-oscuro de Rembrandt, algunos recuerdos de esas sensaciones limpias y sanas que tiene el don de resentir la juventud, la juventud nada más.

Lejos de los seres más caros de mi niñez que acababan apenas de decirme *adiós*, arrojado de improviso

desde una apacible ciudad de provincia á una capital que me parecía una Babilonia y á una sociedad que no acertaba ni á comprender ni á querer, todo lo veía con desconfianza, en todo hallaba cierta amargura y no recuerdo haber detenido mi espíritu en la copa de miel del ensueño, no recuerdo haberme perdido en eso que los estudiantes llamamos *jardines*, sin haber vuelto en mí con los ojos llenos de lágrimas.

Con todo, me bastaba haber oído el domingo último (nuestro único día de salida) una palabra dulce ó haber paseado algunas horas por el campo, para que mis amarguras de la semana se atenuasen rápidamente y se secasen pronto mis lágrimas.

Volvamos á aquella tarde; iba y volvía solitario y engolfado en mis pensamientos, cuando desde un arco del piso superior del *patio de pasantes* una voz que me era fraternalmente querida pronunció mi nombre. El joven dueño de aquella voz simpática y sonora estuvo pronto á mi lado y apretando nerviosamente mi brazo, me dijo.....

Pero antes, lectores míos, os lo presentaré. Era Manuel un poeta dulcísimo, un ruiseñor, el ruiseñor de esa enorme jaula de piedra que se llama S. Ildefonso. Á fuerza de golpear con sus alas aquella jaula su alma se había enfermado de soledad y de aspiración, si me fuera lícito decirlo así. Padecía un mal terrible cuyo diagnóstico es este :

1<sup>er</sup> periodo : melancolía que se condensa, que se ennegrece hasta volverse hastío.

2<sup>o</sup> : sufrimiento indeterminado, pero por eso infinito... Crisis ; en ella se pierde la vida ó el corazón.

Manuel, como veis, era un soñador que continuamente fijaba sus ojos brilladores en el vacío... Aquella noche estaba radiante como si hubiese tenido una visión celeste. Nunca olvidaré el fulgor intenso de sus ojos que parecían reflejar los destellos de un sol espléndido oculto en las tinieblas. Un griego habríalo creído poseído por el Dios. Y era cierto ; el Dios que transfigura, que hace un Tabor del corazón, había visitado á mi amigo : amaba.

Cuando en la enfermedad cuyo diagnóstico acabamos de hacer, aparece este elemento : el amor, vosotros cuantos tenéis afecto por el doliente, arrodillaos y orad por él.

He aquí lo que Manuel me contó ; estábamos sentados, bien lo recuerdo, en el brocal de la fuente que ocupaba el centro del gran patio del colegio : la obscuridad de la noche no nos dejaba vernos casi, sino cuando el fulgor del cigarrillo hacía una efímera mancha de luz en la tiniebla.

Figúrate que vengo de S. Ángel. ¿ Has estado en San Ángel ? ¿ Lo has visto desde una altura, desde una torre ? ¿ No es cierto que es un Edén ? En sus huertas, en sus jardines, sobre las fuentejillas sonoras, sobre la red de caños de aguas cristalinas voluptuosamente se pliega un manto de flores, de todas las tintas, de todos los matices, como un chal multicolor de punto arrojado sobre un espejo. ¿ Has visto su caserío y sus campanarios asomados al balcón sobre el valle de Méjico, por entre

los árboles? Y allá en el fondo del panorama donde se esfuma y se pierde en la lejanía láctea del horizonte la doble cadena de montañas que forman en torno del valle el anillo en cuyo engarce brillan el Popocatepetl y la Mujer blanca, como dos diamantes; allá muy lejos sobre un fondo rayado por la azul transparencia de los lagos, ¿has visto dibujarse el contorno amarillento de la ciudad que el adalador Alejandro de Humboldt llamó de los palacios? Perdona estas descripciones, ¡tengo tan presente el espectáculo, lo vi todo tan bello...! De la ciudad parten las calzadas bordadas de árboles y entre las varillas de este regio abanico tienden los potreros sus húmedos y verdes lienzos, que ó se pierden y se quiebran en los dobleces de la llanura, en los lomeríos que el maguey eriza ó renacen en planicies suaves en donde el maíz amarillea y que los grupos de árboles frutales manchan de oasis oscuros y perfumados. Y á la espalda del pueblo se descubre el marco basáltico del Pedregal que se convierte en serranía que la luz vetea de verdé ó cuaja de índigo puro en la altísima falda del Ajusco. Y todo esto, que mejor traduciría el pincel de Landesio, que la palabra de un poeta, todo esto encerrado bajo el capelo de zafiro de un cielo limpio ó lleno de contrastes imposibles, ¿no es verdad que es el cuadro más espléndido que puede soñar el alma para despertar al amor?

Yo estaba extasiado, sentía la naturaleza, se me revelaba en toda su maravillosa verdad compuesta de apariencias. Se aproximaba el mediodía; el sol convertía en topacios las gotas de rocío cuando se miraba en ellas

y cada globo de agua parecía un átomo de sol, una molécula de oro en fusión. ¡Cuánta luz, cuánta vida! Las cascadas de trinos de los pájaros se confundían con los trinos de las cascadas, que formaban á cada instante las corrientes de aguas como si marcharan entre la hierba á grandes saltos de espuma. Parvadas de muchachas de faldas claras y ligeras revoloteaban en torno de los setos de flores.

Amalia, la blanca y seria y deliciosa Amalia, me había colocado en un sitio sombrío, fresco y dulce; era una copa de perfume. Árboles, flores, césped, un toldo de madre selvas, un arroyuelo cantador á mis pies, ecos de risas que se alejaban, que se acercaban desgranando perlas de oro y de cristal en el ambiente, la ondulación azulosa de los montes entrevista al través de las ramas nerviosas de los fresnos, ¡ah! qué bello era eso, que bien estaba yo allí!

Nadie me veía; saqué mi cartera, y... ya te figuras... empecé á tararear unas coplas... Alcé los ojos; tú sabes, á ti te sucede lo mismo, que la rima y el ritmo de los versos toman forma en el cielo, y que es preciso evocarlos viendo fijamente el espacio... Así hice yo. Abrióse la puerta del palacio de los ensueños... y quedé arrobado, sentí la fruición divina del desprendimiento del alma, las lágrimas del éxtasis asomaban en mis ojos... El azul de la atmósfera, respondiendo á una evocación inconsciente, tomó dentro de no sé qué vagos lineamientos una intensidad mayor; luego, el espacio encerrado en aquel contorno se hizo blanco y después rosado; ví claramente

una forma de mujer velada por una túnica casta y flotante. Vi la boca, los ojos, ¡ah! Dios mío, en esos ojos se había concentrado todo el zafir de la visión primera; mi corazón tenía las vibraciones del arpa que el viento pulsa y besa... Yo traducía esos arpegios en verso... Pero la figura celeste se movía, venía á mí... Y lo comprendí todo, comprendí la realidad; aquella mujer divina que se me acercaba andando de un modo tan musical, tan suave, era el ideal de mi vida, de mis sueños, de mis arrobamientos de poeta, él era, ella era.....

Ví que iba á pasar, que iba á perderse entre las flores, que se iba á alejar de mí para siempre, que era mi felicidad que partía, mi visión juvenil que volvía al cielo y casi sollozando, casi loco, pegué mis dedos á mis labios y le mandé un beso de despedida eterna porque pensé que iba á morir... Volvióse sorprendida cubriéndome con su inmensa mirada azul y candorosa y... Por fortuna en esta crítica situación llegó Amalia y, entre risueña é irónica, me presentó á su amiga Carmen que me saludó curiosa y ruborizada.

Pasé el resto del día contemplándola; sus amigas reían de aquella adoración muda, bien lo conocía yo; Amalia estaba seria, pero tan amable. Ella parecía mortificada, mas de cuando en cuando hablaban sus ojos con un destello ¡qué horizontes, Dios mío! ¡cuánto puede iluminar una mirada de mujer! ¿Llegará á amarme? Y si no me amara ¿qué haría yo?

Tal fué, poco más ó menos, la relación de Manuel.

«Se reducía todo, como me dijo Ivarius; ¡pobre Ivarius! (1) á esto: ayer conocí en S. Ángel á una linda niña de quien he decidido enamorarme. Sobre este tema simplísimo Manuel bordará tanto, tanto!» Lectores, voy á contaros en íntima confianza la historia de ese amor; voy á explicaros por qué.

Hace dos años (estamos en Abril de 1868) que murió Manuel. Mucho tiempo antes de su muerte habíamos dejado de verle sus amigos íntimos Lauro Suárez, Manuel Díaz Mimiaga, Jesús Labastida, Pancho Alegre y yo. Una mañana un practicante de medicina, que vive, pero cuyo nombre conocidísimo hoy, no puedo revelar, me hizo una visita: Vengo, me dijo, del hospital de J. En él falleció ha pocos días un amigo nuestro y antes de morir me encargó que diese á V. esta cartera de apuntes que él llamaba su *Libro de Memorias*, esta cajita cerrada y esta carta.

Estaba aún en la cama, dejé que mi visitante partiera y hundí mi rostro en las almohadas. Dos horas lloré, lo quería como si fuera mi hermano (2). Ya más sereno lei la carta que decía así:

«Hermano mío: después de la dolorosa historia que

(1) Al trazar aquí este nombre en este año de 1893, treinta años después de los sucesos que relato, recuerdo con profunda emoción al noble muchacho á quien llamábamos así en el colegio y que fué luego el excelente doctor José M. Espinosa, muerto muy joven.

(2) En el primer folletín de *La Tribuna*, periódico que publicó en Méjico el Sr. Altamirano y vivió muy poco, aludo al amigo mío que aquí escondo bajo el nombre de Manuel y me refiero á su trágico fin.

conocerás por el libro de recuerdos que te acompaño, he venido al hospital á prepararme para marchar á otra región en busca del ideal que era (lo conocí muy tarde) imposible de encontrar entre los hombres. »

« Muero casi con serenidad, porque tal es mi anhelo de descanso, que acaso preferiría la destrucción completa de cuanto vive en mí á cualquiera especie de actividad de más allá de la tumba. ¡ Si lo que he deseado aquí con todo el esfuerzo de mi corazón, no lo encontrase yo en el cielo, para qué me serviría ! »

« Adiós ; mi último voto sería que juzgases posible la publicación de algunas de mis notas, para que se formase en derredor de mi nombre una pequeña aureola que atrajese, aunque fuera por un instante, las miradas de Carmen ; en la que fijase sus divinos ojos.

« Adiós para siempre ó hasta la vista. Manuel ».

Para comprender la inmensidad de dolor que velaban las frases de mi amigo era preciso haber vivido con él. Entre el colegial y el moribundo había un abismo. ¡ Cuántos golpes fueron necesarios para abrirlo ! Su vida había sido un acto continuo de adoración ; ¡ y moría escéptico !

Al leer el último párrafo de su carta recordé aquel joven héroe de la revolución de París en 1850, que al morir acribillado por las balas de los defensores de Carlos X, decía á sus compañeros : No olvidéis que me llamo D'Arcole.

Tú también luchaste sin descanso contra esa tiranía terrible y ciega cuyo origen y objeto ignoramos, pero

que se enrosca sobre nuestro corazón del que extrae lentamente la sangre. Ese aborto de todo lo tenebroso y lo cruel que el gran maestro llama *ananké*, fatalidad, fué tu verdugo. Prometeo de veinte años cuyas entrañas devoraron buitres empollados por la sociedad, tú, en la hora suprema, sentiste que se apagaba el faro que brilló siempre en la noche de tu vida y moriste de hambre y de angustia en un hospital, sin proferir una queja, sin lanzar una maldición á la mujer que mezcló tanto veneno en la copa de tu juventud.

Ya comprenderéis y excusaréis la publicación de este libro de memorias en donde á través de la fantasía del poeta están apuntadas, no sin fidelidad, algunas peripecias de un episodio del drama eterno.

Vosotras, niñas acostumbradas al sonido acariciador de la música del baile y de la adulación del mundo ¿ veréis con ojeriza este libro ? Bueno es, sin embargo, que sepáis, por boca de quien amó á una de vosotras hasta en la agonía, todo lo que puede producir en un alma sentimental (las hay todavía) un amor provocado primero y pisoteado después. Tal vez alguna de vosotras ría pensando lo mismo que el feroz estudiante de Salamanca :

.. Admiro vuestro candor  
Que no se mueren de amor  
Los jóvenes de hoy en día.

Ya veréis si me leéis que hay una cosa peor aún, de origen idéntico, y que fatalmente lleva á la muerte.

Carmen, á quien suelo ver pasar á mi lado, seguida de su futuro ; se dignará dejar caer una mirada sobre las páginas que van á seguir ?

Dentro de la caja había dos fotografías, y unas tiras de periódicos con versos lánguidamente amorosos y dulces del poeta Gonzaga Ortiz.

La historia del pensamiento humano puede resumirse en tres interrogaciones : ¿ Qué es el amor ? ; Oh ! dulces y perfumados instantes de la juventud que respondéis con besos, con flores, con miradas al cielo ! ; Qué es la sociedad ? He aquí la segunda interrogación, la de la edad viril ; la respuesta se busca en la lucha y en el odio. Cuando la cabeza ya blanquea nos hacemos la tercera pregunta : ¿ qué es la vida ? Y entramos al sepulcro en busca de la contestación.

Dichosos quienes en la primera hoja del libro de la existencia pueden escribir palabras impregnadas de amorosa ilusión, ecos de delirios y de éxtasis, porque eso debe dejar en las olas del sufrimiento una estela luminosa que alumbre y purifique la vida. Ya veréis esa huella celeste serpear en estas memorias, que bien podrían llamarse memorias de un mártir, si supiésemos dónde estuvo el verdugo. La primera página tiene este epígrafe :

« Es la mujer más amarga que la muerte y sus manos son cadenas. » *Eclesiastés, cap. VII, vers. 27.*

### Libro de Memorias

Primera vez que permanecemos solos. Me invitó á sentarme junto al piano y se puso á tocar..... La música es una promesa del cielo. Hay en ella lo que puede consolarlo todo, el bálsamo de todo dolor del alma, es la panacea momentánea del sufrimiento humano. Las notas de la música son las alas que nos arrebatan á regiones que sólo son realidad en sueños ; en esos edenes incesantemente descubiertos é incesantemente perdidos nuestro espíritu vibra al unisón de la inmensidad. El corazón tiene también sus cuerdas sonoras, como una arpa ; es una arpa eólica de donde arrancan sonidos misteriosos los soplos del sentimiento ; la música, el canto, resuelven los acordes iniciados en lo íntimo de nuestro ser.

Al son de la música, el cobarde corre á los combates, el incrédulo llora en los templos, el misántropo ama. Pulsad la lira y tendréis á Safo, tocad el órgano y os explicaréis á Teresa de Jesús. Tomad un alma de veinte años y divididla entre un hombre y una mujer ; dejadlos buscarse instintivamente por el mundo y cuando tiendan irresistiblemente á confundirse en un solo ser, sentad á la muchacha al piano, dejadla que preludie, dejad que cante... Entonces...

Carmen después de un lujosísimo registro cantó la serenata de Schubert, la eterna melodía de los que suspiran de amor. Sentía en ese instante por aquella mujer un afecto supremo, pero tranquilo y melancólico, casi

filial. Había en su canto suspiros más dulces, más suaves que los de la brisa que agoniza entre las palmas con susurros inefables; de toda ella se exhalaba un divino perfume de flor humana. Desde mi lugar podía, por el balcón, ver el cielo. Vi ó creí ver grandes enjambres de ángeles azules con su misteriosa estrella en la frente; ponían los codos en lo impalpable y escuchaban, escuchaban... Yo había querido decir á Carmen: Señorita, no sé si seréis para mí buena ó mala, pero todo lo acepto, porque es mi destino, porque, feliz ó desgraciado, cuando os veo, el corazón me dice: para siempre...

No le dije nada.

Aun la conservo retratada en mi corazón. Era más blanca que el listón de seda inmaculada que rodeaba su cuello, y alta, y hechiceramente formada, como debió de ser la Venus Anadiomena de Praxiteles ó como es la Fornarina de Rafael.

Llegó un día en que pude poner ramos de fuesias rojas entre sus cabellos dorados y oscuros á un tiempo, de esos que hacen la desesperación de un pintor; llegó un tiempo en que pude embriagarme en la llama húmeda de sus grandes ojos cuyas pestañas tocaban sus purísimas cejas de Madonna; llegó un tiempo en que aquella boca, aquella frente... todo era mío, en todo podía poner quemantes labios y... Canova la hubiera copiado de rodillas.

Durante algunos meses no supe hacer otra cosa que mirarla; saboreaba aquella belleza ideal y sensual

á un tiempo; aspiraba las emanaciones perfumadas que se desprendían de su tez limpia, sana, joven. Carmen creía que yo sabía leer los versos de un modo expresivo y solíamos pasar una ó dos horas leyendo verso comúnmente, alguna vez prosa de poetas. Una ocasión me presentó un libro de Fernández y González.

— Deje V. que la contemple, la dije, me parece que está V. en un cáliz y que la vacío lentamente en mi corazón.

— Mañana nos veremos toda la noche en el baile del ministro del Perú; me ofreció papá que me acompañaría.

Ebrio de dicha pensando en el día siguiente, comencé á leer un capítulo del novelista español, del que ha levantado á la historia de su patria tan espléndido, tan abigarrado y tan frágil monumento. El libro se llamaba *la Alhambra*, palabra mágica con alicatados de recuerdos, retretes de preciosas leyendas de filigrana y búcaros orientales colmados de deliciosas cantilenas que el descendiente de los cristianos conquistadores ha levantado sobre las ruinas de la España musulmana en los cármenes donde en otro tiempo llovieron flores sobre el rey Nazhar. Mas todo ello está desgraciadamente bordado sobre una trama de pasiones y crímenes de una deformidad imposible; un libro de Fernández y González es una copa maravillosamente cincelada, pero una verdadera copa de abominaciones. Sus héroes son monstruos que causan pesadillas y sus mujeres bayaderas impuras con enormes ojos andaluces.

— No lea V. estos libros, dije á Carmen.

— Quiero, me contestó, tratarlo á V. de tú, desde mañana.

Sali loco.

*Notas.* Lo que sigue no está en el libro de memorias; son paréntesis míos que completan esta narración consignando informes fidedignos.

Carmen era hija de uno de esos hombres que por no sé qué aire indefinible, pero inconfundible, indican que no son mejicanos, sino de España ó de la Habana ó de la América del Sur. Llamábase D. Germán N. (Debo respetar su nombre que muchos de mis lectores habrán adivinado ya). Guando á fines de 1825 capituló Coppinger, D. Germán logró venirse á tierra y por influencia del que era entonces cura de Veracruz, entró al servicio de Santa Anna; su viveza, y cierto aire de bribón que gustaba mucho á ese jefe, le dieron gran valimiento desde Veracruz á Jalapa pasando por Manga de Clavo. Había acumulado no poco dinero cuando se estableció en Méjico, tomó parte en el pronunciamiento de la Acordada y después del saqueo del Parían ; oh ! misteriosa coincidencia ! el Sr. D. Germán sentó plaza de rico-hombre. Poco después se estableció en Cuba en donde en calidad de armador se dedicó al tráfico del ébano africano (negros). Volvió á Méjico riquísimo, cargado de objetos de arte comprados en sus viajes por Europa, fué considerado y respetado, engrosó todavía su fortuna con el agio en compañía de casi todos los próceres ricos de la sociedad mejicana y fué un agente activo del partido

conservador; se decía que él había decidido á Sta. Anna por el centralismo clericalista.

Durante la guerra americana D. Germán contrajo matrimonio en Guadalajara con una rica joven, mujer pálida y simpática que parecía consumida por un amor oculto. Clavé pintó un retrato suyo que conserva Carmen en su retrete, en su *boudoir*, como dicen ella y V., lectora mía. La señora murió pronto y D. Germán, que practicaba el vicio *sotto voce*, pero con una destreza de disimulo admirable, dejó que educasen á Carmen unas monjas primero y unas criadas de confianza después. Le puso, por supuesto, los mejores maestros; para la música Sauvinet, para la pintura Rebul.

Cuando la vió grande y bella, pensó en casarla; no quería un riquillo devoto y casquivano; quería para marido de su hija, un abogado inteligente, joven, que perteneciese al bando contrario al suyo, es decir, que fuese liberal, y que tuviera dotes para la política; y no importaba que fuese pobre, no, mejor, que fuese pobre para que todo se lo debiese á su hija. D. Germán olfateaba el porvenir como buen sabucso y se orientaba bien. Por supuesto, el viejo devoto sibarita subordinaba todo esto á la voluntad de Carmen, á la que no era capaz de resistir formalmente.

En Manuel creyó encontrar su hombre; la enfermedad de la poesía se curaría con la juventud ; y era tan inteligente y su carácter débil lo hacía tan apto para malcarse si así lo exigía su amor ! Esto y los buenos consejos que el estudiante le había dado en algunas pequeñas com-

plicaciones que eran como hilos subterráneos que provenían del gran estanque negro de su pasado y que surgían delante de él encharcando su camino, lo decidieron á dejar correr la naciente pasión de aquellos jóvenes, que podía serle útil para conservar y acrecentar su reputación, no de hombre religioso y caritativo, porque ésta la tenía bien consolidada, sino de hombre de bien, porque á D. Germán se le figuraba que en ésta no creía nadie.

*Libro de Memorias.* — Hay en el libro de la vida páginas fulgurantes; en el prólogo se balbucen palabras dulces, suenan los besos maternos: el idilio de la infancia. Después vienen hojas donde la pluma corre sonora, alada, se estampan frases entrecortadas, se esbozan perfiles fantásticos, se dibujan palacios encantados... Este capítulo se llama juventud.

El hombre viene de un mundo mejor y lucha y sufre por realizarlo aquí ó por volver allá. Por eso la juventud está impregnada de recuerdos del cielo; esa es la fuente de tanto luminoso ensueño, de tanta aspiración imposible; de allí esa adoración febril de la estrella, de la mujer, de la flor, las curvas supremas de la naturaleza. Llego un instante en que se detiene esa dispersión de fuerzas vitales, se concentra todo en un foco: ese párrafo del libro de la vida se llama *amor*, es cantable. Hay en él una fusión de fulgores de astros; las letras, las notas están rayadas con rayos del sol. Luego, dicen los realistas, la estrella se apaga, la mujer se afea, la flor se marchita... Señor, Señor, que no llegue para mí esa edad; este es mi *miserere*.

¡Qué bella, qué inefablemente bella estaba! El vestido de baile dejaba admirar todo su busto, el corpiño rígido de crujiente seda blanca, obligado á seguir las curvas suaves, pero marcadas del seno, dejaba brotar de entre blondas y encajes, el cuello redondo, largo, soberbiamente modelado, vagamente azuloso, como el alabastro, por la irradiación de la sangre á través de las venas. Una cinta de oro lo rodeaba; parecía un dogal de amor. Sus brazos lácteos, carnosos y finos, como los de una limeña, terminaban en aros de perlas cerrados sobre la cabritilla inmaculada de Jouvin. Una cadena riquísima y flexible como la seda, subrayaba la pequeñez de la cintura que vibraba como á impulsos de un ritmo interior. ¡Oh! divina, divina! Bajo los pliegues de su falda de moaré, recogida con botones de flor de oro purísimo, se veía el pie arqueado bajo el raso.

En mí se operaba una transformación; olvidaba mi virgen ideal, para arrodillarme ante la soberana realidad que se erguía ante mis ojos ebrios de deleite; aquella era la mujer en una de sus más perfectas encarnaciones: aquella mujer sonrosada, láctea, de cuyas puras y espléndidas formas emanaba la vida, había cambiado el rayo idílico y primaveral de mi felicidad íntima de poeta, en la llama ardiente y calcinadora de la pasión de un hombre. Hasta entonces había visto á Carmen rodeada de la aureola de una *madonna*; para ella el tabernáculo, el altar, el templo; mi pecho un incensario en que mi amor ardería eternamente ante ella. En mi amor había algo del ascetismo religioso de los monjes

de la Tebaida ; era la religión de la belleza expresado por un corazón colmado de juventud y de ensueños ; era el culto del alma por el alma. Aquello tenía algo de eucarístico.

Cuando, por primera vez, fijó sobre mí su mirada hecha de luz, creí ver en ella no sé qué blancura de hostia emitiendo una claridad celeste. Comulgué aquel fulgor albo con profunda unción, mientras mi corazón cantaba no sé qué *hosanna*. Al contemplar el abismo azul de sus ojos, hubo en mi espíritu como un derrumbamiento ; vino á tierra todo un muro de sombras. *Fiat lux...* y el amor *fué*. Mis visiones de colegial no eran sino el prelude de aquel sufrimiento espléndido y radioso...

Y, de pie sobre el débil esquiife de la vida, exclamé al sorprender aquella mirada : *amor, amor*, como Colón al descubrir un nuevo mundo había gritado : ¡ tierra !

La sala de baile parecía tapizada de luz. El reflejo de las estercas encendidas profusamente en las arañas y candelabros, multiplicado por los espejos, arrancaba destellos deslumbradores de la pedrería de los tocados y después de serpear en la seda joyante se recogía en un beso luminoso sobre el rostro de las mujeres. Las notas de la música enloquecedora parecían saturadas de perfume de mujer y de flores.

Carmen, al presentarse, produjo un murmullo de

admiración. Acercóse á ella mariposeando un enjambre de *dandys*. Disputábanse donosamente todos aquellos insectos dorados el honor de una inclinación de cabeza, de una sonrisa, de un apretón de manos, de un nombre inscrito en la cartulina crema de la *etiqueta* de baile. Íbame separando cada vez más de ella, como el marinero que se queda en la playa viendo alejarse, rompiendo las olas en irisada espuma, á la barquilla coqueta cuyo timón ha llevado ; quedé al fin, rezagado en un rincón, donde sobre un pedestal estucado se erguía negro y rojo un vaso greco-etrusco traído de Italia y coronado por una pirámide de violetas que reflejaban su veste morada en los prismas de cristal de un candelabro. Allí me apoyé contemplando á mi amada largamente como quien paladea un licor dulcísimo ; ella reía y charlaba con sus amigas. Uno de aquellos *dandys*, un verdadero querubín por lo bonito y relamido, se le acercó, la recordó que era suya la danza que preludiaba la orquesta y ella se levantó apoyándose en el brazo del joven con una gracia que á mí, que buscaba sus ojos con avidez, me pareció infernal á fuerza de ser seductora.

Comenzó á bailar. La danza cubana es un baile de bayaderas ; Venus, la celeste impura, inventó su ritmo de una voluptuosidad simple é infinita, que acaba por descomponer en curvas serpentes los contornos de la mujer y entreabrir los labios sedientos de deleite, y encender en los ojos una llama que brota de la sangre caldeada por el deseo y que parece consumirse en la fiebre lasciva que deslía á la pareja en una atmós-

fera de placer, como una gota de esencia en un vaso de agua. Legado del África á la América del trópico, aquí la hemos vestido de seda y de diamantes, pero es un baile desnudo.

En aquel instante y, sin hacer todas las reflexiones que acabo de apuntar, cedí á mi repugnancia instintiva por la danza habanera; se lo dije á Carmen al pasar junto de mí, mientras se componía el tocado ante un espejo; se sentó en seguida. Pocos minutos después volábamos como *wilis* alemanas al compás de un vals de Strauss. Sentía en mis brazos la oscilación rítmica de su cintura, en mi pecho el latido de su corazón, en mi rostro su aliento tibio y acariciador, y embriagado, demente de amor, murmuraba en sus oídos la canción voluptuosa que me dictaban los sentidos.

Ella sonreía de placer; cuando terminó el vals el reflejo de la llama de mis ojos la bañó de púrpura y la estremeció como si fuera á desmayarse. — Dirígeme al corredor y me senté en frente de una botella de licor; quería apagar con kirch la hoguera de mi sangre, quería dormirme ebrio. No hay cosa más espiritual en la materia. Bebemos y comienzan á huir en bandadas los recuerdos por las ventanas del alma; el pavimento del cerebro tendido de negro, se cubre con maravilloso mosaico, cuelgan de la bóveda inmensos *lustros* de cristal y de luz que rueda en cascadas de oro sobre los prismas irisados. Y toda amargura se olvida. Bebemos más y cada una de las cuerdas, de los filamentos, de las fibras de la masa cerebral se cubren de fosfórico brillo como

en las tempestades tropicales el cordaje y las aristas del buque brillan azules de electricidad. Más, bebemos más, y la cabeza se ensancha, se ensancha, sus paredes se pegan á las del globo celeste y giran mundos dentro de ella y fulguran diamantes y se encienden constelaciones; el roce de los gases alcohólicos levanta en aquellos cielos una gran polvareda de astros.

Y cuando la embriaguez ha llegado á su colmo, un sopor extraño narcotiza nuestra conciencia y nuestro sentimiento, á esto sucede un desvanecimiento en la inmensidad y el alma se duerme como mecida en una hamaca tramada de oro y colgada de las estrellas. Pero no duerme sola; llega el ideal, la pálida desposada del ensueño y coronamos sus sienes de ópalos, damos besos mudos sobre los pétalos de sus labios, desceñimos su túnica nupcial... Mi ideal se llamaba Carmen.

Soñé que la había encontrado en el salón de baile rodeada de jóvenes; que á una señal mía había abandonado la fiesta y que nos habíamos reunido en un gabinete henchido de plantas de invernadero. Sentóse en el sofá; un naranjo en flor suspendía sobre su cabeza sus guirnaldas de azahar, como corona de desposada. Largo tiempo la contemplé sin decir nada; después pedile una trinitaria, un pensamiento que abría sus alillas de mariposa negra sobre su pecho nevado... luego le tomé la cara entre mis dos manos y con profunda adoración cerré mi boca entre sus labios.

¡ Sueño radiante de amores! Al levantarme al día

siguiente, guardaba en la mano crispada un pensamiento estrujado y marchito.

El dormitorio de Carmen era blanco; blancas las cortinas, tapizados de blanco los muebles, las paredes; blanco y vaporoso el lecho bajo su velo de punto; sobre el lecho una rosada *Purísima* de Ramirez sonreía divinamente dentro de su marco de oro. En medio de la pieza, bajo la lámpara de cristal que parecía una enorme magnolia diáfana, en una coqueta mesita de mármol, un gran ramo de rosas parecía abrirse bajo el lampo de las miradas de la deidad de aquel santuario.

Tenía el aposento algo de inmaterial; un incienso que el alma aspiraba con delicia, se desprendía de ese tabernáculo en donde anidaba la creación más poética de la naturaleza: la mujer virgen. Era un nido, sí, el nido que un rayo de sol de aurora, se construye en las nubes blancas; para el alma de un poeta, aquel lugar decía: ama, pero ama de rodillas, porque no es voluptuoso el lecho de la doncella pura, es místico. En ese retrete como en un vaso immaculado, vivía y soñaba Carmen, esa azucena.

¡Qué pensaría al mirarse todos los días sola y bella como la inspiración de un Fidias cristiano, en aquellos momentos en que el ángel de guarda de las niñas se cubre los ojos con las manos y en que el pudor trémulo las cubre con su velo casto y rosado! ¡Qué pensaría anoche después del baile!

Cuando la camarista me fué á anunciar á la sala que,

Carmen me esperaba en su cuarto, me turbé y pisé temblando el umbral. Á mi mente acudieron en tropel ideas llenas de castidad y amor; ramos de nardos y violetas con que mi alma enfloraba las puertas de aquel sagrario.

Entré; mi aire debió de ser muy compungido y tímido; Carmen sonrió con todas sus perlas. Vestía un traje de fresca y elara muselina, y su tez, pálida por la desvelada, hacía más honda y melancólica su mirada azul.

— ¡Ah! me dijo, me devuelves el pensamiento que me robaste anoche.

— Sí, pero marchito.

No me respondió; mas fué indefinible su mirada.

— ¿Qué recuerdo ha dejado en ti el baile de ayer, Manuel mío? añadió lentamente.

— Uno, le contesté, que sobrevivirá escondido bajo el polvo de mis huesos, como el carbón que arde bajo las cenizas del hogar.

— ¿Si?

Aquel monosílabo lenta y opacamente pronunciado, llegó á mí como envuelto en una mirada que jamás olvidaré, semejante á la inmensa mirada de la noche al través de sus miriadas de soles. Yo sentí el vértigo de la noche anterior; coloqué la florecilla ajada dentro del ramillete de mi amada y.....

— ¿Me vas á magnetizar? exclamó entre risueña y seria.

— No, repuse, voy á adorarte.

Y me arrodillé delante de ella y besé con profunda devoción la orla de su vestido de muselina.

Yo idolatro la muselina, la tela favorita de las costaneras; parece hija de la brisa de estío y de una de esas blondas de espuma, que envuelven la ola un instante fugitivo. La muselina me recuerda el perfume de los lirios, la canción del mar, las doradas espaldas de las criollas de que se enamora el sol del trópico.

Largo tiempo hacía que estaba arrodillado, en éxtasis, deseando que así me sorprendiera la muerte, con el alma entera huyendo de mis ojos á los suyos y comprendiendo el delcete infinito del faquir que se deja triturar por las ruedas del carro de Shiva. Con los ojos húmedos y entrecerrados y la cabeza echada hacia atrás y apoyada en sus manos de hada, me dijo de repente:

— ¿Faltarán muchos años para que nos casemos?

— ¿Por qué me lo preguntas?

— Porque sí, porque si es así, vamos á pasar una vida muy triste.

— ¿Triste? ¿Pues qué deseas más que amarnos como nos amamos?

— Sí, amarte, amarnos, he aquí mi necesidad suprema, esa es mi vida; pero sin límites, ni...

Parecía que una cortina carmesí se reflejaba sobre ella; de pronto su pecho se hinchó como empujado por una ola comprimida y se echó á llorar. Yo estaba loco; de mis labios saltan palabras entrecortadas, que la hacían estremecerse como si recibiera en el corazón el choque de descargas eléctricas.

Bajaba yo á saltos la realidad de la vida; mas por fenómeno inexplicable, esa realidad era más poética que

mis ensueños de idealista. Cuanto yo le decía habría podido resumirse en la eterna frase: yo te amo. Y esa frase se la decía, no como de costumbre con los ojos fijos en el cielo, sino en los suyos que eran el cielo mío y cuyo fulgor azul inmutaba mi frente. Conoci que empezaba á amar á Carmen. ¡Ay! hasta entonces había amado al amor.

Hubo un momento en que, sofocado por el latido violento de mi corazón me incorporé. La trinitaria marchita estaba otra vez lozana y fresca, cual si acabase de abrir su broche. La tomé y torciendo su tallo en derredor del dedo cordial de Carmen, le dije: el anillo nupcial. No, me contestó, el anillo de esponsales.

Al día siguiente recibí una esquela del padre de Carmen, invitándome á almorzar.

Fuí. Después del almuerzo el hidalgo español (así le gustaba que le llamaran) se instaló con nosotros en su despacho y fué al grano, como decía siempre.

— Carmen me ha dicho que iba V. á pedirme su mano ¿es cierto?

— Sí, es cierto, repuse sorprendido.

— Pues dentro de pocos días tendrá V. su dispensa de exámenes, y el mismo día que V. se reciba será la boda...

— ¡Tan pronto! murmuré casi aterrado.

Carmen y su padre me miraron con sorpresa á su vez.  
— Es preciso, proseguí, que consulte con mi madre, que como Vds. saben, vive lejos de aquí, y recabe su licencia.....

Y la memoria de mi madre enferma se clavó intensa-

mente en mi cerebro. Tal influjo tuvo sobre mí este súbito recuerdo, que tuve valor de entrar en largas explicaciones que parecían dirigirse más contra el matrimonio en general que á demostrar lo indispensable del retardo exigido por mí. Esto contribuyó á dar á aquella escena ese aire de seriedad fría y calculada que, por lo general, tienen en la sociedad acomodada todas las de su especie. Carmen jugaba con una borla de su bata; tenía un poco apretados los labios; estaba pálida. D. Germán estudiaba los complicados dibujos de la alfombra. Por fin resolvimos que escribiese en el acto á mi madre, para que pidiese en matrimonio á la señorita Da. Carmen N. y B.

Galopábamos por la llanura. Los campos nos daban la bienvenida con grandes bocanadas de aroma. Un aire frío y vivaz azotaba nuestros rostros, y las cabalgaduras espumaban respirando ruidosamente. Cuando salimos de Méjico era casi de noche todavía. El cielo estaba aun claveteado de estrellas que brillaban serenas y sin temor á esa gran sorpresa que se llama el día. Sólo distinguíamos las grandes manchas oscuras de los potreros por entre los árboles de la calzada y cuando volvíamos los ojos una faja de un violáceo claro en la que se desvanecían las ondulaciones de los montes. Nadie hablaba, porque llevábamos medio rostro cubierto con nuestros jorongos.

En una vuelta del camino, el padre de Carmen paró y encendió un puro. Ya las estrellas se iban apagando des-

pués de tomar el tinte pálido de la llama del alcohol; se percibían un tanto las oscuras vertientes de la serranía que nos rodeaba y al sud-orienté la orla morada se transformaba en una gran zona color de rosa suavísimo en que se perfilaba la *silhueta* azul de los volcanes. La capital yacía detrás de nosotros, dormida aún y rodeada por el espejeo aquí y allí entrevisto de la laguna de Texcoco. Poco á poco una claridad blanca inundó el Valle, principiaron á distinguirse poblachos y caseríos debajo y encima de nosotros, las montañas descubrían sus cortaduras y grietas descarnadas y amarillentas ó una maravillosa gradación de verdes en sus inmensas laderas. El llano como un enorme tablero de sembradura desenvolvía en torno nuestro, su tapiz de esmeralda desgarrado sobre una gran plancha de cristal. El rumor de las aves poblaba ya el aire. La noche había concluido.

Carmen me dijo: mira. Yo que iba distraído detuve mi caballo; estábamos en la cresta del lomerío de Tacubaya. Había en nuestro derredor como un inmenso anfiteatro compuesto de fragmentos gigantescos de panoramas. Parecía que en aquel teatro se preparaba una función de gala. Sobre el fondo azul con veladuras plateadas del cielo corrían nubecillas blancas en el cenit, rosadas más abajo y cerca del gran baho de luz del orienté tramadas y franjadas de oro. Un murmullo en *crescendo* monótono, mejor dicho, unísono, se levantaba desde la brizna de hierba, arrancada del suelo por los pies de nuestros caballos, desde la copa trémula de

los árboles, desde los enormes labios de nieve de los volcanes, hasta el infinito zafir. Pronto la creación se bañó de oro y púrpura; tendía su manto y cantaba su *hosanna* al sentir la llegada del dios. El indigo de los montes que nos cercaban al sur y al poniente se esmaltaba de oro rojo.

¿El himno universal cesó? ¿cesamos de oírlo? En ese instante un arco de luz se encendió bajo un celaje; de él parecieron desprenderse millones de dardos de fuego; luego ascendió rápido, momentáneo, enorme un globo de oro en fusión; era el sol. Parecía una mirada: la mirada de Dios; nos descubrimos los dos hombres instintivamente delante de aquella elevación y la naturaleza sobrecogida estalló en una salva infinita de cantos y ruidos. Volvíme hacia Carmen; vi dos lágrimas correr hasta cerca de sus labios; allí se secaron. Para ella había sido la primera caricia del rey del día y ella se la pagó con perlas que los rayos luminosos besaban y bebían... ¡ Dichosos ellos!

¡ Oh! cuánto amo yo al sol! Siento que no sólo es la luz, sino que es la vida, me decía alegre corriendo á mi lado sobre su yegua dorada. Yo no sé cómo decirlo, agregaba, quisiera ser poeta como tú: pero siento que es muy bello vivir y muy bello amar, con el corazón tranquilo como este riachuelo que huye debajo del puente que vamos pasando, ó como la flor que perfuma ó el zenzontle que canta. ¿ No es verdad que así dicen ustedes los poetas? Y poco después proseguía en pala-

bras más sencillas, más íntimas, que yo traduzco en mi inexpresiva retórica:

Este es el amor purísimo que crece en el seno de la naturaleza, es el amor rebotando salud, fuerza y entusiasmo; ese vivifica al corazón con su ardor, no lo reduce á cenizas. Todos los gozos, todos los placeres de la criatura racional manan de él que es la fuente de aguas vivas. ¿ Así me amas? Así quiero que me ames. Ámame, porque soy joven, porque soy bonita, porque te amo yo. ¿ Qué triste me sería que me vieres como uno de tus sueños de colegial poeta realizado en mármol! No, eso me da tanto horror que sólo creo que me quieres cuando me das un beso. »

Su papá iba muy lejos delante de nosotros y Carmen pudo convencerse cien veces de que yo la quería mucho. En el pintoresco pueblecillo de Mixcoac nos desayunamos con sendos vasos de leche que mi idolo apuró con un apetito que habría sonrojado á un poeta romántico. Yo era uno de ellos según el parecer de Carmen.

Era, pues, un amor suizo el amor que concebía mi novia. Había en él algo de fresco, de campesino, de físico, digamos la palabra, que desconcertaba todo mi idealismo, pero que comenzaba á encantarme. Ejercía tal influjo sobre mí, que mi corazón volaba tras ella como el buque por el rumbo que determina la brújula. Empezaba á pensar con insistencia en la parte íntima de mi matrimonio: ¡ oh! y lloraba de contento á solas cuando me figuraba ver en mi derredor unos pimpollos, los hijos de Carmen, mis hijos!

Pero ella era esbelta y tenía ojos negros y gustaba del lujo y de las novelas, y todos esos eran defectos desconocidos en la patria del amor suizo. ¿Qué era pues? Yo he tenido con frecuencia supersticiones que me han hecho padecer mucho porque son insensatas; Carmen, sin embargo, reía de tan dulce modo cuando reía, que no podía ser Satanás; y luego... yo la habría amado de todos modos.

Terminado el desayuno seguimos hasta S. Ángel. Nuestro primer cuidado fué ir al sitio en que nos habíamos conocido. Estaba el semi-abandonado parque lleno de flores silvestres; el sol penetrando por entre las hojas plateadas de los álamos teñía aquella vegetación con algunos tonos calientes y exquisitos. Después de una oración de Carmen á su santa patrona en la Iglesia vecina, después de un rato delicioso de charla y de besos, de lágrimas y risa, que por lo argentino y sonoro parecían variaciones sobre el tema que cantaba la fuente en cuyo brocal estábamos sentados, juramos amarnos eternamente y pasar ahí nuestra luna de miel.

— Lo más pronto posible, decía D. Germán cuando en su coche de viaje volvíamos á Tacubaya.

Había vuelto al Colegio. Poco tiempo podía dedicar á mis libros ocupado, como estaba, en hojear con enfermiza impaciencia el libro de mi corazón. ¡Ay! leía con avidez las páginas de amor y de ventura que tenía entre las manos; algo me decía (¿sería quizás el miedo á la felicidad?) que esas hojas eran las últimas, las únicas

luminosas del libro de mi vida. Volvía como después de una peregrinación inmensa á encerrarme en aquella casa severa y tranquila, que amortigua en su gran masa de piedra gris el himno fervoroso que la juventud levanta á todo lo bello, á todo lo alto. Aquellos de mis hermanos que antes fueran los confidentes de mis ilusiones y de mis esperanzas, se alejaban de mí, silenciosamente, como del lecho de una persona dormida.

Mi corazón, rodeado de aquella calma, era el buque que se incendia en la superficie serena del Océano. Impulsado por una fuerza irresistible, abandonaba mis cielos de ilusión poblados de tantas visiones radiosas, de tantos encantos, y, llorando, como cuando se deja el país natal, habría querido besar cada corona, arrodillarme ante cada estrella. Y bajaba siempre. Á veces mi voluntad rebelada pugnaba por abandonar la fatidica pendiente, arrojándome á un lado de ella, por entre las flores que regara un día con las aguas más puras de mi corazón. Pero la fuerza misteriosa me impelía y se desgarraban mis manos al querer detenerme en las aristas de mis palacios encantados, y los ángeles de mis sueños huían deslizándose entre mis dedos los pliegues de su ropaje espectral. Comprendí entonces que en aquella descensión iba dejando mi vida á jirones. Al fin, abajo, entreví una lápida sobre la que no había ni una flor, ni una sola de esas que Carmen deshojaba todos los días entre sus dedos blancos. ¡Cómo habría reído ella de todo este lúgubre romanticismo!

«Carmen, mi madre me llama; dice que va á morir. Yo creo que esto es imposible. ¿Por qué morir? Mi madre es todos los rayos de sol de mi mañana; mi madre explica mi vida; sin ella sería un enigma para mí mismo. Pídele á Dios que viva. ¡Oh! Dios mío, su carta está escrita por una mano temblorosa, sus letras están borradas por las lágrimas. ¿Entiendes, Carmen, entiendes, vida mía? Es mi pobre cuna blanca que se va, que se pierde en la sombra. Adiós, esposa mía, reza por mi madre, reza por mí. — Manuel. »

Soy un criminal; mi madre se moría mientras yo me aletargaba en un amor que no era el suyo. ¡Oh! no, madre mía, yo no te olvido un instante. ¡Que vaya á verte morir! ¿Quién piensa en eso? Á hacerte revivir con todo el calor de mi sangre, con el deseo infinito, inextinguible de que no te separes de mí. Aguárdame, aguárdame, no tardo; necesito volar. Señor, Señor del cielo, concédeme que yo la abrace, que yo me muera con ella. ¡Pobrecita! Enferma, sola, y nada me había dicho. Soy un criminal... ¡Ah! Carmen!

¡Qué largo viaje, Dios mío!

Bajé del coche, crucé una larga calle de árboles, y llegué á la puerta de mi casa. Latía mi corazón violentamente á la vista de aquellos muros despintados, de aquellos vetustos balcones de madera. Durante mi ausencia habían aumentado las placas de verdín en las paredes bajas, y las canales obstruidas por la hierba indicaban que el ama no podía cuidar de ellos. Tenía dos pisos;

en el bajo estaban las bodegas donde se depositaba la panela, el azúcar, el aguardiente. En el alto había dos grandes piezas con sus balcones desde donde se percibía la serranía lejana. En uno de esos cuartos mi padre arreglaba, en días mejores, las cuentas de nuestra pequeña heredad; en el otro mi madre, teniéndome sobre sus rodillas, me adormecía cantándome canciones que á mí me parecían celestiales, mientras la brisa que hacía sonar los cañaverales, atenuaba el sofocante calor del día.

Allí me esperaba; entré; quería hacerlo poco á poco, quería evitarle la emoción, pero fué imposible, corri hacia ella, me arrojé sobre ella. Pasó una hora en aquella caricia muda, después de una ausencia de diez años y á punto de separarnos de nuevo ¡ay! por tanto tiempo! Luego se empeñó trémula, fatigada, exánime, se empeñó en ponerse de rodillas, sostenida por mí, y habló con Dios de gratitud, de amor. Me tomó por la barba, en seguida, y cubriéndome de besos, murmuraba: estás hecho un hombre, hijo, Manuel mío, pero ¿qué hiciste de tu risa de ángel, de tus cabellos rubios? Este rizo es tuyo (me mostraba un relicario que tenía pendiente del cuello). Lo corté de tu cabeza poco antes de que fueras á Méjico, ¿te acuerdas? cuando me preguntabas porqué lloraba tanto. ¿Cómo querías que no llorase, añadía besándome de nuevo, si era para mí una necesidad ver tu carita, oír tu voz, contemplar tus ojos que yo sabía leer como en un libro abierto y sentirte, sentirte siempre en torno mío?

Y yo cubría de lágrimas sus dos manecitas blancas aún y delicadas.

— Eso es lo que me ha matado, hijo mío, poco á poco, pero de un modo seguro. Yo no te lo escribí nunca, porque no quería distraerte de tus estudios, pero de repente me entraban unas ganas locas de correr á Méjico, de instalarme allí contigo; mas luego pensaba que si abandonaba estos pobres negocios nuestros, ¿cómo podrías vivir allí? Y entonces prefería quedarme, me consolaban tus cartas y tus versos... ¡oh! tus versos! ¡Ya verás como ahora si voy á dormir bien; no he dormido bien desde que te fuiste; si voy á dormir, repetía con inefable tristeza.

Durmió en efecto; yo la velaba, cuidaba de ella y las horas pasaron largas, eternas; yo sabía que no tenía remedio. Estaba yo en el corredor, sin saber qué hacer, sin pensar, cuando me llamó. Me arrodillé junto de su lecho y puse una de mis manos debajo de su boca crispada, angustiada, trémula; su voz estaba en fuga ya, venía de lejísimos, apenas la oía yo.

— Manuel, Dios quiere que te deje, Dios quiere que parta cuando ibas á necesitarme, cuando mi cariño iba á ser un refugio para ti. Hijo (aquí una pausa llena de febril fatiga y de sollozos) recibí tu carta ¿mas cómo contestarla? Era preciso verte. Ya estás aquí, Dios te bendiga, y si ella te ama, Dios la bendiga! Amala mucho; dices que es buena, que es bella, pues reconcentra en ella todo tu cariño; ya pronto no tendrás que dividirlo con tu pobre madre que se va. Si te quiere, si

se quieren, si es honrada, si es pura, entonces recogerás la cosecha en tus hijos, en la alegría de tu casa, en la tranquilidad de tu alma. Mas si alguna vez (¡oh! eso no será, porque yo se lo pediré á Dios desde la tumba), si alguna vez llega á hacerte sufrir, entonces (y me apretaba la mano convulsivamente), entonces trabaja hasta rendirte, hasta caer vencido; el trabajo, decía tu padre, es una oración que nunca desoye el cielo; no siempre da la riqueza, pero siempre da la paz.

Yo la miraba de hito en hito; sentía una fe ciega en sus palabras, como si fuesen las de Dios. Cuando me dijo *trabaja*, bajé los ojos, me parecía que aquella palabra santa era un anatema que había dominado toda mi vida pasada; *trabaja*; ¡oh! terror; yo no podía ser, yo no había sido, yo no podía ser nunca un trabajador. ¡Bien sabía ella porqué me lo decía!

Su voz se iba apagando. La mujer, añadía con voz de agonía, la mujer es una bendición, pero es preciso merecerla; trabaja, hijo de mis entrañas, vive de tu trabajo, hazlo en memoria mía, en memoria de la que no pudo dejarte otra herencia que sus imposibles sueños y su corazón enfermizo.

Un acceso de hipo interrumpió su prédica angustiada; le di una cucharada calmante, que casi no pudo tragar. Á poco, con una voz que parecía compuesta solamente de latidos del corazón, murmuró: adiós, Manuel mío, amala, trabaja, Dios...

Y con un esfuerzo supremo levantó la cabeza, me besó en los cabellos y resbaló á tiempo que su mano se esca-

paba de la mía. Un sacudimiento eléctrico me puso de pie; su cabeza se había reclinado, como cansada, sobre las almohadas; su boca conservaba el pliegue del último beso, temblaban debajo de sus pestañas sus últimas lágrimas. Estaba muerta.

Mi cerebro se desbarataba. Me senté en la orilla de la cama, le cogí la cara entre mis manos y encontrando las palabras de mi niñez y la ternura de mi voz infantil, le dije muy bajo: « Mamá, mamita, despierta. » Y la cubría de besos. Un cansancio inmenso se apoderó de mí; unos cuantos minutos seguí hablando como cuando era niño y como cuando era niño me dormí.

Yacía tendida sobre la cama, vestida de luto, con las manos enclavijadas y rodeado su rostro con un ancho listón negro. Sus ojos entrecerrados parecían deslumbrados por una visión radiosa. Estaba rígida y pálida como una santa de marfil. Contempléla largo tiempo y después de atizar los cuatro blandones de cera que chisporroteaban lúgubramente, sin hallar fuerzas para llorar me dirigí á la ventana que daba á la huerta. La naturaleza dormida alentaba serenamente por entre su cubierta de plantas. La luna en creciente enseñaba en medio del cielo su deslumbrante hostia blanca oculta á medias en su copón de turquesa. Las nubes, lanzadas por una corriente altísima corrían diseminadas en vellores de plata en un solo sector del cielo como un velo

prendido por encima del cono de cristal del Orizaba que se percibía indeciso pero soberbio hacia el noroeste, con su nimbo de estrellas pálidas.

Frente á mi, bajo de mí, las copas de los árboles estremecidas y blancas por encima, profundamente negras por abajo, se destacaban llenas de misterio y de paz, en el fulgor azulado de la luna. En derredor de la ventana enredaba sus volutas y colgaba sus florecillas moradas una parietaria silvestre. De cuando en cuando subrayaba aquel silencio el chirrido largo y triste de un grillo oculto entre los sembrados.

Nada veían mis ojos fijos en la inmensidad, nada; pero mi cerebro vibraba y sus vibraciones iban á través de las distancias y salvaban los espacios con rapidez instantánea; qué electricidad hay comparable á la electricidad del alma? El campo de mi visión interior estaba poblado de figuras dolorosas, de fantasmas desmayadas de placer; aquí mujeres pálidas, de ojos sombríos y fijos, contraída la boca como próxima á dejar escapar un grito, apoyadas las manos sobre la cruz, en la cima del calvario; allá una niña bella y deslumbradora que se perdía en los círculos vertiginosos del vals y que, riendo locamente al sentir acariciada su cintura por un brazo flexible y fuerte, dejaba marchitar las flores de su tocado por el hálito calenturiento de su pareja.

Me encontraba en un baile; luz, luz á torrentes, luz á mares; una atmósfera de perfume y de música; una música misteriosa de roces de faldas de seda, de labios encendidos, de almas urentes. Mis nervios sonaban

como los de un arpa; estaba fascinado. ¡Cuanto sufría como gozaba! Tocaban un wals de Strauss; siempre lo bailábamos ella y yo. Sí, allí estaba, radiante, enloquecedora, divina; no era bueno ser tan bella, su belleza asustaba. No era la azucena blanca que había yo conocido; era una rosa de púrpura de Alejandría, de la ciudad harem, en donde Cleopatra hizo levantar un templo al deleite, cuyo sacerdote fué un soldado y en cuya arase sacrificó á sí misma, desmayada de deleite y de amor.

Era ella; bailaba con un joven elegantísimo, de esos cuya correcta y linda figura, traducida en porcelana, hubiera podido colocarse entre una botella de lavanda y un frasco de pomada en una peluquería de gran tono; la verdad es que sus ojos eran grandes y expresivos. Carmen pasaba y tornaba á pasar delante de mí; el volante de su falda de blonda rozaba mis rodillas, su aroma me envolvía y sus dos piececillos calzados de chapines de raso con hebilla de oro, parecían traducir con su prodigiosa ligereza la agitación de mi amada.

Siempre que junto á mí pasaba, la sonrisa roja y provocadora de sus labios aterciopelados, ponía frío en mi sangre. En una de aquellas vueltas noté que la sonrisa había desaparecido; parecía que iba á llorar. Lanzaban sus ojos un destello opaco y febril; de su boca entreabierta se escapaba un aliento breve y caliente, y su cabeza adorable casi se reclinaba como una flor hacia sobre el hombro de su compañero.

Una ráfaga de viento de campo-santo me entró en el

corazón y las entrañas. Dominando mi terror, logré arrancar á mi garganta un grito: Carmen, Carmen, mi madre ha muerto. Ella, plegada la frente como si bajo su tocado de camelias se escondiese una espina, se perdió en un torbellino de faldas de seda...

Volví en mí, helado, miedoso, lloroso. Me acerqué al lecho de la muerta y, arrodillándome, puse los labios sobre su vestido y oré. Oré y recordé.... ¡Recordaba tanto! Allí, en ese lecho, por la mañana, cuando empezaban á cantar los gorriones pardos, me hacía poner de rodillas y con su voz, grave y risueña á la vez, me iba dictando las oraciones que yo repetía lentamente para seguir oyéndola. Luego me besaba y salía á inspeccionar la venta de la tienda.

Alcé la vista y fijé los ojos en el cadáver... La llama de los cirios se hizo de un más pálido amarillo; soplos de viento fresco entraban por la ventana, saturados con el olor dulce de los cañaverales. La luna había muerto. Empezaron á cantar los gorriones pardos, balaban las vacas y los becerros durante la ordeña, y cuando el sol lanzó su primer rayo oblicuo sobre la vieja azotea de la casa, las campanas de la parroquia tocaron el primer doble.

Signe una página borrada. En la siguiente puedo leer esto: Volví del cementerio; de un ramo que arrojé sobre el ataúd separé unos pensamientos para enviárselos en mi carta á Carmen. ¡Qué lejos me parece estar de ella, Dios mío! Entre este pueblo y Méjico me parece

que hay un mundo de distancia. ¡ Me parece que no podré salvarla, que no podré volver !

Al entrar en mi desierta casa oí tocar á rebato en el campanario próximo ; corrí á la calle. Varios hombres armados salían de la población dirigiéndose á la montaña y sólo respondieron á mis ansiosas preguntas con estas palabras : ¡ los franceses ! ¡ Yo los aborrecía ; los había amado tanto ! El alma de Francia se había diseminado átomo por átomo en nuestras almas y aquella guerra en que nos mataban, nos humillaban, nos despreciaban sin piedad, me parecía un crimen nefando, como si una madre matara á su hijo en la cuna.

¡ Oh ! sí, exclamaba yo con una especie de delirio, bien venidos seáis, señores franceses, herederos de todas las glorias y padres de todas las corrupciones. Venid á profanar el suelo virgen del salvaje mejicano y removed con vuestras bayonetas los sepulcros de nuestros progenitores, para que en ellos puedan los sabios que traéis en vuestros bagajes encontrar alguna ruina curiosa digna de vuestros museos. ¡ Salud, los que habéis escrito vuestra historia con todas las iluminaciones y la habéis coronado con todos los crímenes !.....

Y seguí apostrofando así como un energúmeno, mientras arreglaba mis cosas y mi criado me preparaba un caballo y unas armas que me proporcionaba un tío mío y que eran muy buenos por cierto. Sentía una especie de alegría infantil ; aquello que iba á venir, era una distracción inesperada y poderosa ; mi alma estaba llena de lágrimas, de indignación y de impaciencia ; una llama-

rada de patriotismo (yo no tenía ya otra madre que mi patria) me hacía crecer. Escribí una larga carta á Carmen ; guardé en mi seno, como talismanes, el retrato y el cabello gris de mi madre, dije *adiós* á mi casa, y evitando los puestos avanzados del enemigo me fuí al cementerio, recé largas horas ; antes de amanecer salí y me perdí en la exuberante espesura de los matorrales y del bosque ; sonaban algunos disparos.

Yo no conocía la guerra más que de lejos ; y, sin embargo, me batí sin temor ; pensaba en otra cosa ; creo que me hubiese alegrado de haber muerto en la pelea. En la noche nos contamos en la ranchería en que nos habíamos reunido ; bien pocos éramos, los más habían huído, unos cuantos habían muerto, los heridos y los prisioneros, según supimos después, fueron fusilados. Nos estrechamos la mano debajo de un roble gigantesco y juramos en silencio : todo estaba en aquella muda promesa, la lucha, la muerte, la esperanza. Cerca de dos meses después me embarqué en Acapulco para el Manzanillo ; por ahí logré internarme con un amigo mío que era del sur de Jalisco al estado de Michoacán y reunirme á las fuerzas que ahí combatían bajo el mando de caudillos que me eran simpáticos. ®

*Zitácuaro...* Carmen, idolatrada mía : esta es mi duodécima carta. ¿ Cuándo veré una letra tuya ? Dirige tus cartas, ya te lo dije, á la Señora D<sup>a</sup> C. H. en Toluca, ella

me las mandará. ¿Pero me escribes? Estoy desesperado. ¿Te has olvidado de mí? No, Carmen mía, no hagas caso de estos reproches, hechos á tantas leguas y á tantos meses de distancia. Yo te amo, te amo más, siempre más; y de aquí viene mi impaciencia y mi tormento. Jamás, sin embargo, me falta la fé en ti. Al resplandor rojo de las hogueras me parece descubrir á lo lejos la inmensa *silhueta* de la capital de la República, hoy profanada por el extranjero. Aquí veo tu casa, el salón y tu nido blanco. De rodillas bajo la noche, junto á la bandera destrozada de una causa tal vez perdida, yo te bendigo y va en esta carta, desde lo más íntimo de mi corazón, un pensamiento eternamente fresco y fecundo, á reemplazar con un beso nupcial el anillo de esponsales. ¿Te acuerdas? Adiós, adiós. *Manuel.* »

\*\*\*

He tenido que interrumpir estos apuntes; el año último de la guerra era terrible; yo recibí una comisión secreta y vine á Méjico. Y me decía á mi mismo: Qué grata sorpresa experimentará al verme; estoy un poco quemado por el sol; no le hace, la piel atezada en los campos de batalla agrada siempre á las mujeres. Me vestí, con mucha elegancia, á fé, y tomé en un coche la dirección de la casa de Carmen. Eran las ocho de la noche: entré en un café y en lugar de tomar algo caliente, tomé un helado. Me abrasaba; mi calentura subía de punto; parecíanme los vestidos una red de fuego pegada á mi

cuerpo; lleno de fatiga llegué á la casa de mi futura.....

Había tertulia; el salón estaba, como siempre, lujosamente engalanado; gran número de oficiales franceses se enseñoreaban de los corazones de muchas mejicanas, dando cima de tan galante modo á la conquista del país. El padre de Carmen jugaba al tresillo en un gabinete; pasé por detrás de él sin llamar su atención y me dirigí al vestidor en donde se hallaba mi novia; no reflexioné que debían impedirme la entrada. Cuando esto sucedió y notando la extrañeza de muchos y la curiosidad de algunos oficiales, me fui á esconder entre las plantas que en el corredor formaban un tupido bosquecillo. Desde allí la vería salir.

La calentura no me abandonaba; las hojas y las flores que rodeaban la baranda de fierro me parecían transparentes y veía circular por sus tenues arterias una sangre fosfórica semejante á la que veía yo circular en el interior de mi cerebro. Aquella lucidez producía sobre mí una extraña y dolorosa impresión; volví la vista á la sala y me pareció que todas las bujías tenían pantallas negras; un grupo de muchachas que esperaba el principio de la cuadrilla me pareció un ramillete de flores de loto, visto en la oscuridad. El murmullo de las conversaciones producía un horrible efecto en mis nervios.

El ruido de la fusilería, el galope de los escuadrones lanzándose á la carga vino á sacarme de mi extraña situación. Aquellos héroes reían en medio del fragor de la batalla; mi caballo había muerto; noble y valiente

compañero mío! Será preciso fusilar quinientos [prisioneros enemigos sobre tu sepulcro. El combate tomaba proporciones inesperadas, nuestra artillería arrojaba un torrente de fierro sobre las filas contrarias.

Y seguía el estrépito de los escuadrones lanzados á la carga; bajaban por la pendiente de la montaña ondulando como una mies de espigas de acero puesta en movimiento, y luego se desplomaba sobre las huestes invasoras. Yo marchaba sin más arma que un ramo de azahares cuyas florecillas, al reflejo de las bombas que surcaban los cielos, me parecían estrellas. ¡Odio, odio á muerte á las camelias blancas, á las flores sin perfume, á las flores de mármol! Este era el grito de guerra de nuestra horda de salvajes. ¡Ah! la rica Sonora se había convertido en un inmenso invernadero! Y aquel prodigio del arte era teatro de una refriega inaudita. Morid, sí, morid; y eran unas mujeres, y á esas, según la máxima india, no se les debe pegar ni con una rosa. Pasaron delante de mí risueñas y ligeras como las nubecillas de la tarde cuando sopla la brisa. En medio de aquel tremendo estrépito, de vez en cuando escuchaba el gorjeo de un jilguero; luego el gorjeo se convirtió en voz articulada que me dijo: «Ya terminó el wals.» Y me devolvió la vida. La dueña de esa voz era una chiquitina graciosa y blanca en cuya frente estampé un beso para refrescar mi sangre.

Estaba yo en un estado de espíritu que del delirio pasaba á una infinita tristeza. Conocí que mi debil constitución no podía soportar aquella fiebre horrorosa. Sin

embargo, si alguna vez el alma se ha aferrado con todas sus fuerzas á la corteza que la envuelve, fué entonces. Tanto que la voluntad inflexible de no morir llegó á producir en mí una especie de confianza que me serenó.

Mas todo seguía, á mi pesar, tomando un tinte lúgubre; hasta el cielo. En el zenit la luna rodeada de un halo livido parecía una gran moneda de plata oxidada arrojada por un jugador exasperado sobre un tapete gris orlado de una franja morada. Todo lo demás era niebla pálida.

Las plantas ya no me parecían dormidas, me parecían muertas. Yacían á mis pies los pétalos de unas camelias blancas que había destrozado durante mi delirio. El salón que en frente de mí estaba, seguía alumbrado por una luz llena de sombras. Los rizos negros que colgaban de los peinados de las jóvenes me parecían las vendas con que suele ceñirse el rostro de los cadáveres. Y los hombres eran aquellos exangües de la *orgia de los muertos* de José M. Ramírez, el viejo, ese Heine de la zona tórrida. Ellos y ellas modulaban una salmodia fúnebre.

Una estatua de alabastro vestida de seda se acercó á una brillante urna de madera negra, un ataúd sin duda. Ante él se sentó la estatua, del contacto de sus dedos blancos y del marfil nacían sonidos dulces ó ardientes, ya como los que producían al chocar las perlas del collar de Carmen, cuando bailaba, ya graves y angustiosos como la campana que tocó en mi pueblo el doble

de mi madre. Pronto siguió en pos de las notas del piano, hasta confundirse con ellas, una voz cuyas vibraciones disiparon la brumosa corona de la luna. ¿Quién cantaba así? ¿Quién modulaba con arrullos de indecible dulzura aquel grito sublime del alma que se va, aquel grito lleno de pasión y sentimiento con que la pobre *Traviatta* se despide de la vida? Insensiblemente me puse de rodillas y con la cabeza pegada al barandal escuché....

¡Ah! infeliz, infeliz! Hiciste bien en morir, mujer-alma, mujer-amor, cuyos besos, cuyas lágrimas llegaron á ser verdad, que conociste toda la eternidad de torturas que la pasión recorre en un minuto, en el minuto que transcurre entre un beso y una lágrima; Margarita Gautier, hija de tu corazón, hija de tu sacrificio, que te elevaste sobre la Margarita Gautier del fango, como sobre él se levanta la mata de camelias blancas. Pobre *Traviatta* que entonabas al morir una tan triste canción; último acorde iniciado en una noche de placer de Cleopatra y resuelto en una noche de dolor de Magdalena....

Y recogía y guardaba en mi seno los pétalos derramados á mis pies; era la flor preferida de la Damá de las Camelias. La niña que me había arrancado del delirio me ayudó á recogerlas. ¿Por qué hace V. esto, Señor? me preguntó. — Niña mía, esta era la flor favorita de la que canta... — Sí, de Carmen, contestó la chiquilla.

Arrojé las hojas de camelia, dirigí al vacío una mirada llena de odio como si debiese llegar hasta la desgraciada cortesana. Me avergoncé de haberla glorificado. ¡Carmen! La vestal de mis purísimos ensueños can-

tando las últimas palabras de una *entretendida*! ¿Por qué? Un lacayo con su gran librea galoneada me presentó en una bandeja de plata varios vasos de humeante *punch*; apuré tres ó cuatro queriendo apagar con el licor ardiente de Jamaica la llama que consumía mi masa cerebral. En aquellos momentos un trueno de aplausos respondía á la última nota de Carmen.

Quise verla y me dirigí al salón; comenzaba una habanera: era preciso impedir que mi amada bailase; llegué cuando se balanceaban las parejas componiendo la primera parte de la danza. Al principio creí que estaba muy lejos de mí; mas llegué á convencerme de que estaba muy cerca. Vestía de blanco con adornos de color de paja y estaba escandalosamente bella. Algo pálida su tez, tomaba, en derredor de sus ojos, una tinta azflosa que de lejos parecía negra y, cosa horrible, su tocado era de camelias. Lo que sufrí fué indecible; sus ojos se encontraron con los míos y entonces exclamé de modo que me oyese bien, y todos deben haberme oído: Carmen, mi madre ha muerto. — ¡Ah! contestó ella y enlazada por los brazos de su pareja se perdió entre una nube de faldas de seda. — Es V. un hombre, me decía al siguiente día, el doctor Ortega, y á los hombres no se les debe ocultar nada. ¿Sabe V. qué tiene? — ¿Qué, doctor? — El tifo....

Luego que pensé en ello comprendí que el doctor se había equivocado; me sentía bastante fuerte para llenar mi programa de aquel día. En primer lugar desempeñar mi comisión; para ello me era indispensable ver á la

Mariscala; se trataba de procurar que la guerra fuera menos sangrienta. Un amigo, Alfredo B., me proporcionó la entrevista; ella acogió la idea con entusiasmo. Me recibió en una salita de su casa de B. V.; no olvidaré nunca la grata impresión que en mí hizo la mezcla de coqueto donaire andaluz y de indefinible gracia mejicana que encantaban en ella. En el acto me introdujo cerca del M. B. y todo quedó allanado. — Después, y aunque agobiado por una fatiga extraña, me hice llevar al Tivoli de Sn. Cosme, en donde había dado cita á mis amigos; en ese banquete iba á naufragar todo mi capital; no importaba; necesitaba verlos y recobrar mis fuerzas con el contacto de sus corazones buenos.

*Notas.* — Ahora, mis siempre indulgentes lectores, tomo de nuevo la palabra para llenar con mis recuerdos personales la laguna que existe en el libro de memorias de Manuel. Yo asistí al convite de que habla el párrafo anterior; fué un ágape fraternal; al evocar su recuerdo, se renueva en mí la impresión profunda que me causó.

Después de nuestras ruidosas y calurosas bienvenidas, que él apenas contestaba con monosílabos y con febriles abrazos, la conversación comenzó á decaer; no sabíamos á qué atribuir el silencio de nuestro anfitrión, porque aunque su estado era evidentemente anormal para cuantos estábamos ahí, ignorábamos el tremendo diagnóstico del médico. Súbitamente, después de apurar una botella

de cognac, Manuel comenzó á hablar con una verbosidad nerviosa y enfermiza.

« Yo, decía, espero creer todavía veinticuatro horas en la inmortalidad del alma, porque después de este tiempo cesaré de amar y el alma es el amor; en estos instantes sé que ese plazo es el que á mi pasión marcó el destino. Lo pasado queda desde este momento perfectamente iluminado para mí. Es la primera vez que vengo á este planeta que llamamos Tierra; vine siguiendo á Carmen. Tres mil quinientos cuarenta y tres años hará de aquí á veinticuatro horas que conocí á aquella á quien pensaba presentaros como esposa. Esto pasaba en otro sistema planetario, en un mundo que los ojos telescópicos de los astrónomos pueden descubrir en las noches de invierno como la cabeza de un alfiler de oro prendido en la inmensidad. Allí la conocí bañándose en el cáliz de una rosa. Os iba á decir que era más bella que ahora, mas es preciso que sepáis cómo era su belleza.

» No hay nada que produzca una impresión más religiosa en el corazón del hombre que hundir todo el pensamiento en los misterios de la noche. En el momento más solemne de nuestra contemplación, cuando nuestro ser impregnado de recogimiento y de unción, toca en las regiones en que la conciencia se desvanece y comienza el éxtasis ¿quién no ha visto abrirse no sé qué ojos divinos en lo infinito é irradiar hacia la creación una mirada que hace palidecer á las constelaciones? Tiene entonces el alma una fruición sublime, conoce la beatitud, entra la eternidad en su deleite, y aquel momento

deja en nosotros una huella imperecedera, un arquetipo, un ideal, el bello ideal. Si en ese raptó bendito Eva surge de la espuma del mar, Adán inventa la palabra divina del lenguaje humano : amor. »

« El bello ideal para nuestros veinte años es la fusión del más suave destello del lucero de la mañana y del primer fulgor del sol. Figuraos esa indefinible luz bañándose en el cáliz de una rosa y tendréis á Carmen. Mi amor por ella encendió en el firmamento muchos soles y nuestras mitades de alma estaban á punto de rehacer su unidad, cuando una imperceptible línea negra se interpuso entre los dos. Yo que jamás he creído en la muerte, llamé á aquella sombra : el destino. »

« Ella se perdió como una exhalación en el espacio y yo he gastado tres mil quinientos cuarenta y tres años en interrogar al destino que no está fuera, sino dentro de nosotros. Me acaba de responder que dejaré de amar á Carmen dentro de veinticuatro horas. »

Y apenas acababa de decir estas postreras palabras, cuando su vaso fué á estrellarse sobre un tiesto de barro en donde crecía un hermoso arbusto cuajado de camelias : « Maldecid esas flores, gritaba como un demente, maldecid esas flores ; son y han sido malas para mí desde hace millares de años. »

No cabía dudar ; algo muy grave pasaba en nuestro amigo. Era un demente ó un febricitante ; el pulso nos reveló la intensidad del mal. Lo condujimos á su habitación en un carruaje. Poco después volví resuelto á hacerle

compañía durante su enfermedad y no lo hallé. Esperé largo tiempo en vano. ; Ay ! no debíamos tornar á vernos en la Tierra.

*Libro de memorias.* El banquete dado en el Tivoli á mis amigos había agotado todos mis recursos ; pero esta situación me proporcionaba un áspero placer ; por fin había arrojado el guante á la sociedad y esta altiva convicción de independencia era lo único que mantenía en mí la ya debilísima llama de la razón. Devorado por la calentura me lancé al azar por las calles ; me sentía ya próximo á caer en tierra, hacia la que se inclinaba cada vez más mi cabeza disuelta por dentro en un dolor intolerable, y ya extinguida mi facticia actividad, seguí, como instintivamente, á una pobre muchacha del pueblo, vestida como una costurerilla sin trabajo y linda como una rosa... pálida, como una rosa-thé. Cuando conoció que yo la seguía apresuró el paso ; entramos en un barrio del norte de la ciudad, más allá del mercado de Sta. Catarina. La chieuela corría espantada de mi tenaz persecución ; llegó á la puerta de su casa y llamó precipitadamente ; en ese instante me aproximé á ella, y sentándome en el umbral de aquella pobrísima mansión sentí una necesidad inmensa de llorar, cuando ví á la niña entrar como loca y cerrar la puerta de la accesoria tras ella. Hacía un año que mi madre había muerto y hasta entonces pude pesar todo lo que encierra de amargura y abandono la palabra *huérfano*.

La muchacha se llama Refugio y ella y su madre han sido hermana y madre para mí durante mi larga y peli-

grosa enfermedad. Precisa que yo vea á mis amigos, pensaba yo cuando el tifo vencido me permitió pensar; es preciso para que me den dinero con que auxiliar á estas pobres gentes. Pero este medio me repugnaba por extremo; no me resolví. Voy á ponerme á trabajar desde mañana, me decía yo, recordando la última recomendación de mi madre. « Ámala, pero si te hace sufrir, trabaja. » Así lo haré.

Logré, no sin dificultades, ser ayudante en la escuela del barrio. — Adiós para siempre salones y flores, amigos y estudios y fiestas y goces; adiós, Carmen. Vosotros erais la alegría, el perfume, la vida, la luz; la luz, sí. Hoy la lápida social ha caído sobre mí. Viviré en el subterráneo entre todas las oscuridades y todas las privaciones. He entrado en la sombra.

Cansancio, cansancio horrible. No he podido soportar mucho tiempo mi trabajo en la escuela y heme aquí lleno de fatiga sin poder moverme de mi cama. Tres días hace que me acosté y conozco que no estoy enfermo; no siento en el cuerpo dolencia alguna, pero estoy muy cansado. Vivir en mi lecho, es todo el porvenir que ambiciono. Á veces el recuerdo de Carmen enciende una llamarada en mi cerebro, pero sin excitar ningún movimiento de odio en mi corazón; debo de amarla todavía, amo más mi cama, sin embargo. Estas buenas gentes creen que estoy muy enfermo, no lo creo; lo que tengo es una extraor-

dinaria pereza, con ella sólo de una cosa puedo morirme... de hambre. Ver á mis amigos, ni pensarlo; querrán que yo trabaje, que yo lleve una vida activa... ya eso es imposible para mí. Vivo con dos personas que, á toda costa, me impiden cualquier molestia. Estoy vegetando en una miseria bastante cómoda, casi confortable.

Es un cuarto de una vivienda que tiene dos, en una casa de vecindad; no hay en él ventanas; apenas una puerta negra en un rincón; las paredes sudan agua; tal es mi casa. Una cama de madera verde con el lujo inaudito de tres colchones, una mesa, dos sillas de tule y en la parte del muro en que suele reflejarse una claridad gris al mediar el día, un viejo cartón con una litografía de Julien, muestra de dibujo que sustraje de la escuela del barrio, encaprichado en que era el retrato de Carmen. Jamás había luz en mi cuarto; sólo cuando entraba Refugio podía creer que entraba un rayo de sol.

Refugio tenía quince años, ojos de terciopelo negro sensuales é ingenuos y una carnosa y roja boca de criolla. Su tez de color de perla ligeramente nacarada en las mejillas, formaba deliciosos hoyuelos y graciosas líneas en el rostro y el cuello; sobre el labio superior azulea un bozo tenue y provocador. Refugio es una adorable criatura; ama, sobre todas las cosas en este mundo, á su madre, á su gato y á D. Manuel, como me decía; estos dos últimos amores los encontró en la calle, huérfanos y enfermos. Cuando era yo ayudante del maestro de escuela le regalé un bonito vestido de popelina y con

coplero de mis años había oído de su irónica y benévola boca : siga V., amigote, siga V.

Refugio me contó que la vieja renovaba sus ofrecimientos y se conocía que la infeliz muchacha hacía noches que no dormía, porque toda su frescura había desaparecido, el brillo de su tez se había apagado y un círculo azuloso como el halo que forma la niebla en torno de los astros, rodeaba sus magníficos ojos. La pobrecilla no podía ir ni á la casa de la dama que la protegía, ni á un taller, por no dejar á su madre. Oí todas sus quejas, esos pudorosos y coléricos temores que asaltan á una muchacha cuando ha conservado su candor hasta en el fango, y estas ansias y tristezas hicieron brotar lágrimas del corazón de Refugio, y á todo ello debí responder, pero mis esfuerzos para decir lo que sentía fueron impotentes y ella, creyéndome dormido, se alejó de puntillas limpiándose los ojos.

Pasaron algunos días; la madre de Refugio agonizaba hacia dos; algunos dolores agudos en el pecho sacudieron un poco mi atonía. Entró mi ángel guardián con un plato de sopa de leche; la fiebre había despertado en mí un apetito facticio; la pobre niña me veía comer con una expresión de espanto (yo casi no comía nada) que no pude menos de notar. Ella se turbó al responderme, y yo comprendí que sentía algo muy recóndito, que no quería descubrir. Su ansiedad crecía de

punto y cuando dejé el plato vacío, se echó á llorar. Resistióse, sin embargó, á contestar las preguntas que yo le dirigí, aturdido por aquella explosión súbita. Retiróse tambaleando; yo me sentía muy débil para sostenerla; salió por fin y oí, sin poder moverme, que rodaba por el suelo y que se apagaban sus sollozos.

Después lo supe; lo que Refugio había tenido era hambre; el dinero de mis libros, de cuanta ropa había en la casa, de su colchón, de su cama, todo se había agotado; los préstamos á las vecinas tuvieron que cesar. Pidió de comer, para su madre y para mí; cuando consiguió el gran plato de sopa de leche, hacía veinticuatro horas que no probaba alimento. Creía que yo, como de costumbre, tomaría dos cucharadas; por eso cuando me vió limpiar el plato, estalló la protesta de la materia.

Refugio se privó al salir de mi cuarto y, gracias al amparo de los vecinos, pudo reponer algo sus fuerzas. En la noche su madre tuvo necesidad de beber un narcótico recetado por el médico, la pobre mujer sentía dolores fulminantes en las entrañas. Refugio se volvía loca. La receta, por ser para una indigente, costaba seis reales y no había tiempo que perder. Detúvose un momento delante de su madre y al observar la espantosa contracción de su rostro, dió un grito y se lanzó fuera. La portera notó que salía acompañada de la infame vieja; el medicamento fué á la casa, pero Refugio no. Á las tres de la mañana murió su madre.

Los dolorés de mi cerebro, los de mi pecho no me dejaban casi respirar y mi aliento abrasaba. Esta fiebre, antigua conocida mía, me devolvió una actividad repentina; tomé mi Elzevir y corrí al portal de Agustinos; allí un librero, viejo y conocedor, me dió algunos pesos y volví con ellos á casa; ya había con que enterrar á la madre de Refugio. Al entrar en mi oscura pocilga, sentí que había una persona en la puerta de la habitación; era ella. Mi mirada debió de reflejar la ansiedad inmensa de mi corazón y condensarse en una interrogación suprema porque me dijo con voz entera: No.

La tomé en mis brazos ebrio de júbilo y la conduje á mi cuarto; la puse sobre mi desnuda cama, en la que no había ya más que un colchón y ella me besó en la boca. Yo me sentí helado. Refugio me contó entonces su horrible aventura: Ayer corrí desesperada á entregarme: era preciso que mi madre no sufriese. La Providencia y Nuestra Señora me protegieron, porque, sabiendo que ya estaba acá la medicina, me resistí hasta el grado de armar un escándalo; el escándalo me salvó. Ahora lea V. este papel que, hace un mes, tengo en mi poder.

Era una carta de Carmen; decía así: « La casualidad me ha guiado al lugar donde vives. ¿Qué tienes? ¿Por qué no me has venido á ver? Yo soy la misma. — Carmen. »

Dios mío, Dios mío, cómo sentí renacer mi amor en aquel instante; mis recuerdos tristes se fundieron sub-

tamente en una atmósfera llena de oro, del oro de los poetas, del que brota del sol en raudales claros. Surgía de mi interior á la luz, el hombre muerto para el amor, para la santa vida del sentimiento. Las hadas de mis juveniles ensueños volvían en bandadas, volvían riendo, iluminando mi estancia con el lampo azul de sus ojos. El día, que había entrado en mi corazón, irradiaba su luz en mi aposento; la litografía de Julien parecía iluminarse con una fulguración sobrenatural. Allí estaba también, pálida, mirándome con sus grandes ojos opacos, Refugio, la hija de la muerta. Yo balbucía en medio de mi delirio frases apasionadas, con las que rodeaba el nombre de mi Carmen, como con una corona de azahares, la que debía yo llevar á su frente.

Me pareció ver una gruesa lágrima en la mejilla de Refugio; me pareció que se marchaba lentamente. No la detuve, porque hundida la cabeza entre las sábanas había quedado desmayado y extático. Debí de permanecer en aquella posición algunas horas; al levantarme ví con horror que las sábanas y mis labios y mi cara estaban llenas de sangre; sentí también un gran agujero lleno de fuego dentro del pecho. Me puse á reír. ¿Por qué llorar? Así había sido para mí la vida; no me había dejado llegar á nada. Me sentía morir; adiós, Carmen; adiós, mis sueños. Yo bien sabía lo que tenía, la enfermedad hereditaria... estaba tísico.

Arrastrandome llegué á la vivienda de la casera; pregunté por Refugio; había salido con la infame vieja. Verá V. como ya no vuelve, añadió. Suponga V. que

creía que V. iba á casarse con ella ; todavía esta mañana me lo repetía. ¿ Y qué le hizo V. ? Porque iba llorando...

Cuando volví en mí de mi desmayo : ¿ Qué quiere V. ? me preguntó la casera asustada. — Mande V. con esta tarjeta mía al hospital de Jesús, para que me traigan una camilla.

Aquí cierro estos apuntes por prescripción de mi joven médico. Con ellas dejo de ver á lo pasado que es un minuto, y vuelvo los ojos al porvenir que es la eternidad.

*Notas.* Algo nos resta aun por contar. Como los lectores han visto, mi infortunado amigo no fué víctima ni de la sociedad, como vulgarmente se dice, ni de esas tremendas desviaciones de la pasión que despeñan un alma de abismo en abismo ; no, fué víctima de su temperamento femenino y poético y de su imposibilidad de adaptarse al medio en que necesitaba su espíritu respirar un ambiente cuyo oxígeno es el amor. Por eso su pequeño drama, negro y triste, es un episodio del drama humano que tiene en este planeta un acto, y su prólogo y su desenlace en lo desconocido.

Un gran inglés ha dicho : el corazón humano es mayor que todas las vicisitudes y todos los desengaños. ¡ Ay ! no, no siempre, algunas veces un solo desengaño hace

en él una de esas heridas de entrañas, que no cicatrizan, por donde se escapa la sangre ; y esto depende, no de lo agudo del desengaño, sino del temple delicado del corazón. Esa es la explicación de Manuel. No estaba hecho para vivir ; el roce con la realidad tenía que agotar su fuerza y detenerlo al fin. El amor por Carmen determinó en él una fiebre perpetua que le adelgazó y le abrió una llaga en el corazón, por donde se escapó la vida.

El libro de apuntes del alma que acabáis de leer, es la traducción, en mezquino lenguaje, de las voces interiores, de los himnos, de las vibraciones dolorosas que conmovían el espíritu de este romántico soñador. Hay corazones, como hay inteligencias, que son el umbral de la inmensidad. Esos no se aclimatan aquí ; son aves de paso por este clima ; caen muertas como en los miasmas de la Estigia, aquí no encuentran ambiente respirable. Lo que en otros lugares sería un astro, aquí es una tempestad ; lo que allá sería una sonrisa, aquí es una lágrima.

Manuel era un sentimental, en la más completa acepción de la palabra, era un héroe del sentimiento. Colocad á un ser de éstos frente á una muchacha bella, buena y coqueta (como son la mayoría de las bellas) y os explicaréis *las memorias* ; á ellas vamos á agregar un breve apéndice : los apuntes del médico que asistió á Manuel en el Hospital nos han servido para componerlo.

Durante los primeros días que estuvo Manuel en el hospital sólo de noche abría los ojos y entonces llamaba á alguna persona y le suplicaba que durmiese cerca de

de él, porque tenía mucho miedo. Para naturalezas tan impresionables como la de nuestro amigo era una angustia indecible encontrarse en la sala de un hospital. Ver repetida en derredor á cada instante la imagen anticipada del episodio supremo en que ni por un minuto quisiéramos pensar... Oír las quejas de los que viven, el estertor de los que mueren; las pécas de los sacerdotes junto á los lechos de agonía; todo ello envuelto en ese olor indefinible de enfermedad y de medicina que no tiene igual, que huele á dolor y á miseria humana, por decirlo así. Luego todos los rumores cesan, pero se siente que nadie duerme, que todos los ojos están entrecerrados y todos los oídos atentos. Luego en medio del silencio glacial, unos pasos que suenan acompasados en el piso de madera; queda un número vacío, unas horas después lo ocupa otro candidato de la muerte.

Estas emociones debieron acelerar el fin de Manuel; cuando acabó de escribir los últimos renglones de sus memorias, y logró el médico que no escribiese ya, entró en calma. La conflagración interior tomaba proporciones fenomenales; pensaba en Refugio con honda tristeza y pensaba en Carmen. Frecuentemente lloraba y reía de felicidad creyéndose á su lado; si deliraba le hacía invitaciones llenas de ternura para que lo acompañase en la peregrinación de la tumba. Recordaba á veces á su madre y repasaba su infancia, cuando allá en su caliente valle natal oía la música del viento en los cañaverales ó bebía en el aire el aroma de los cafetos en flor ó pasaba las horas arrojando en el humo de su cigarro y,

rumbo al cielo, sus ensueños que flotaban en el infinito bajo un inmenso capelo de estrellas cuyos bordes descansaban en la serranía dominada por la correcta pirámide blanca del Orizaba.

« Cada día te veo más hermosa, decía á Carmen en uno de sus apasionados deliquios; con qué adoración te miro acercarte á la lámpara que arde en su tazón de cristal, para leer palpitante de emoción mis pobres versos, que son como las estrofas de un himno religioso entonado ante tu altar y que podía condensarse en esta frase: *sursum corda*. Á ti, blanquísima Carmen, á ti elevo mi corazón como la expresión de un culto con el que se confunde mi culto á Dios. ¡Qué esbelto es tu talle, qué flexible tu cintura, cómo hacen soñar las curvas escultóricas de tu seno! Voy á morir, Carmen mía, voy á morir cuando concluyas de leer mis versos, cuando te sientes á mi lado, porque quiero morir entre tus labios... Sí, madre mía, yo trabajaré, trabajaré mucho á pesar de que ella me ama, á pesar de que ella no me ha engañado; debe ser tan dulce trabajar para que ella tenga flores! »

Y todos sus delirios se parecían á éste; sólo su verbosidad se iba debilitando. Al cabo de algunos días, separando con un esfuerzo la vista de la puerta en donde la tenía clavada constantemente, preguntó al practicante: ¿Qué, no vendrá Carmen? — El joven interrogado sonrió con amargura. Al caer la tarde dijo solamente esta palabra: morir. En seguida con una larguísima y honda fatiga escribió para mí la carta que he trascrito al principio de esta narración; sintió de nuevo lo que él ha-

maba pereza infinita y el recuerdo de su madre predominó en su cerebro. Toda la noche permaneció en silencio; apenas tosía, sólo su respiración era jadeante y dolorosa. Una Hermana de la Caridad fué su compañera en aquella agonía. Al amanecer, con una voz dulce como un arrullo, murmuró: Cada vez más hermosa, qué rosas tan lindas las de tu peinado, qué ojos, qué boca... un beso. — El primer rayo del sol naciente besó en la boca al pobre muerto.

El último día de muertos fuimos algunos amigos de Manuel á visitar su sepulcro en Sta. Paula. Estaba adornado con flores, dos cirios ardían junto á él. ¿Quién se ocupaba en esto? El sepulturero nos lo dijo: una señora que iba allí de cuando en cuando. ¿Quién será? nos preguntábamos: ahí viene, esa es, nos dijo nuestro hombre. Era una joven vestida con lujo, pálida debajo de la pintura que cubría su cutis. En el acto se adivinaba que era una de esas desgraciadas á quienes no puedo dar aquí su nombre. Logramos saber quién era; se llamaba Refugio.

¿Y Carmen?

El lunes de la pasada semana, recibí una tarjeta de un amigo que me esperaba con urgencia. Quería presentarme á una señorita que deseaba mucho conocerme. Venciendo mi timidez casi salvaje cuando de mujeres se trata, pero aguijoneado por la curiosidad, seguí á mi

amigo, caballero yucateco, popular, digámoslo así, en la alta sociedad mejicana por la exquisita finura de sus modales, por su hidalguía y por su artística destreza en el manejo de la espada.

Llegamos á la casa de la señorita en cuestión. — ¡Ah! exclamé, comprendiendo de quién se trataba. Subimos; entramos, después de anunciados, á una salita, un *receptor* para los íntimos, muy elegante, muy femenino. Muchos vasos de flores, muchos pequeños objetos de arte, media luz; sobre una mesita de laca con fantásticas incrustaciones de cobre, auténticamente china, estaban los folletines en que yo publicaba las memorias de Manuel; allí nos recibió de pie, muy nerviosa y muy pálida, profundamente anémica al parecer, la bella Carmen (ya muchas de mis lectoras le habrán dado su verdadero nombre). Su peinado y su vestido eran deliciosamente sencillos; ni una flor, ni una joya. Después de las triviales fórmulas de costumbre, mi amigo Pedro se instaló discretamente en el balcón y quedamos solos Carmen y yo.

Ella comenzó con voz que acusaba un esfuerzo extraordinario para no convertirse en sollozo: Cuánto habría deseado que V. hubiese tenido la bondad de mostrarme las memorias de Manuel antes de publicarlas. — Señorita, yo creí cumplir la intención de mi pobre amigo publicándolas y no tenía el honor de conocerla á V. — Señor, la lectura de ese libro me ha producido un efecto superior á cuanto V. puede imaginar; creo que me ha matado, pero lo agradezco porque, leyéndolo, adquirí la

conciencia de lo que yo quería á Manuel. (Pausa). Mi intención al llamarlo á V. ha sido desvanecer, si logro ser creída al jurar por su memoria (lágrimas desde aquí) un horrible cargo que parece hacerme. Hablo de la escena que él refiere que pasó en esta misma casa al día siguiente de haber llegado á Méjico. Fácil es demostrar á V. que en esos días estaba yo en Tacubaya enferma. Mi casa estaba cerrada y mucho tiempo hacía que no asistía yo á un baile.

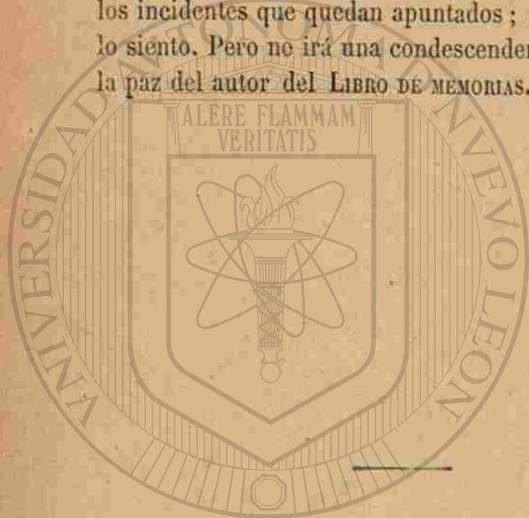
Quedéme aterrado. ; Cómo Manuel pudo haber fingido esa historia tan simple y que parecía tan veridical. Efectos de la fiebre, me dije, estupefacto y profundamente conmovido ante el dolor de la joven. Carmen me aseguró, luego, que había respondido á algunas de sus cartas ; que cuando supo que estaba en Méjico le había escrito el billete que mis lectores conocen y que hasta que comenzó la publicación de sus memorias no había conocido su dramático fin. — El amor de ese hombre me enorgullece y hace imposible todo otro amor para mí, me dijo al despedirnos ; lo que no quiero es que me crean indigna de él. — Trataré de reparar el mal, señorita, repuse, voy á agregar un párrafo á la necrología de mi pobre amigo ; contaré lo que V. me ha dicho. — Gracias, me contestó, dándome su mano ligeramente húmeda y profundamente fría. — Voy, añadí, á enviar á V. el original de Manuel ; si alguna vez se casa ; me lo devolverá V. ? — En ese caso, me interrumpió con amargura, no se lo devolveré nunca ; gracias. — Y abandonó la sala con el pañuelo en los ojos.

Unas amigas íntimas de Carmen, á quienes revelé los nombres que ocultaban los protagonistas del libro de memorias, me confirmaron plenamente lo que la pobre novia de mi amigo me había dicho. Luego, el médico que había descubierto que Manuel tenía el tifo, y cuyo nombre es perfectamente conocido en Méjico, me afirmó que el joven había ido de la diligencia á encerrarse en un cuarto de una casa de huéspedes, de donde no salió, después de delirar toda la noche, sino para hacer su visita al jefe francés y para comer con sus amigos en el Tivoli. No pudo pues ver á Carmen.

Yo mismo quise llevar á Carmen el libro de memorias ; no la encontré en su casa y, resuelto á volver, para mostrarle los términos en que debía aparecer su vindicación, me dirigí á casa de las amigas de que antes he hablado para mostrarles también mi párrafo. Una de ellas, haciendo reminiscencias, me refirió que uno de los últimos bailes á que Carmen había asistido, fué uno famosísimo dado en el Casino español. Entonces se habló mucho de que estaba á punto de casarse con uno de esos jóvenes exóticos, muy apuestos y muy negociantes, que pulularon aquí en tiempo de la Intervención. Algo debió de haber, agregó mi interlocutora, porque ella estaba animadísima y el elegante Esp. llevaba en el ojal de su casaca, al salir del baile, todas las flores que Carmen llevaba al entrar á él en su peinado. — Esta confidencia me dejó perplejo ; me volví á casa resuelto á no dar el libro ; y ; oh ! coincidencia extraña ! la fecha del baile coincidía con la de la noche en que, mientras su madre

estaba tendida, Manuel tenía la visión ó el presentimiento de la infidelidad de Carmen.

No volví á verla; resolví contar, por vía de epílogo, los incidentes que quedan apuntados; si ella se ofende, lo siento. Pero no irá una condescendencia mía á turbar la paz del autor del LIBRO DE MEMORIAS.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

## NIÑAS Y FLORES

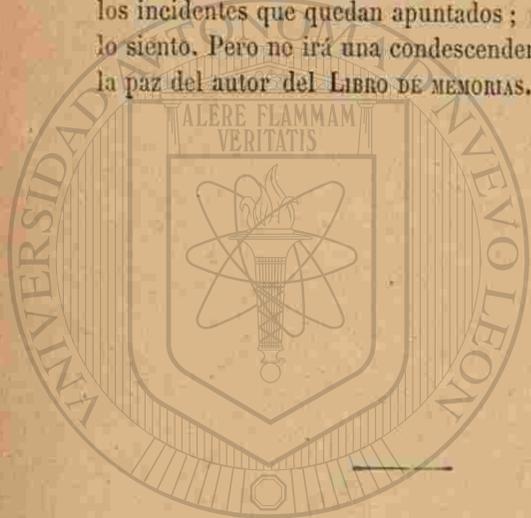
Á Manuel Díaz Mimiaga.

Había en el Celeste Imperio, en una de las provincias que bordan el Hoang-Ho (río amarillo) un inmenso estanque azul encerrado en un engaste de flores y plantas lustrosas y verdes, como un zafiro entre corales y esmeraldas. En las riberas de aquel lago minúsculo florecían, en matas lujuriosas, las magnolias y las camelias, perfumadas unas como la boca de la primavera y bellas las otras como la corona del Hijo del cielo. Los nelumbios blancos sacaban del agua, entre un haz elegante de lanzas de seda verde, su copa de alabastro color de leche y su grueso pistilo de oro.

En la margen oriental del estanque azul, y viéndose en él todo el día como una coqueta en su espejo, se levantaba un pabellón de porcelana con sus celosías de varillas de nácar y sus cornisas bordadas de encaje de metal y terminadas en ángulos puntiagudos y doblados hacia arriba y de los que pendían campanillas sonoras que á cada beso del viento dejaban oír su tenue y risueño repique, al que

estaba tendida, Manuel tenía la visión ó el presentimiento de la infidelidad de Carmen.

No volví á verla; resolví contar, por vía de epílogo, los incidentes que quedan apuntados; si ella se ofende, lo siento. Pero no irá una condescendencia mía á turbar la paz del autor del LIBRO DE MEMORIAS.



## NIÑAS Y FLORES

Á Manuel Díaz Mimiaga.

Había en el Celeste Imperio, en una de las provincias que bordan el Hoang-Ho (río amarillo) un inmenso estanque azul encerrado en un engaste de flores y plantas lustrosas y verdes, como un zafiro entre corales y esmeraldas. En las riberas de aquel lago minúsculo florecían, en matas lujuriosas, las magnolias y las camelias, perfumadas unas como la boca de la primavera y bellas las otras como la corona del Hijo del cielo. Los nelumbios blancos sacaban del agua, entre un haz elegante de lanzas de seda verde, su copa de alabastro color de leche y su grueso pistilo de oro.

En la margen oriental del estanque azul, y viéndose en él todo el día como una coqueta en su espejo, se levantaba un pabellón de porcelana con sus celosías de varillas de nácar y sus cornisas bordadas de encaje de metal y terminadas en ángulos puntiagudos y doblados hacia arriba y de los que pendían campanillas sonoras que á cada beso del viento dejaban oír su tenue y risueño repique, al que

contestaban los bengalies en sus jaulillas doradas. Sí, el pabellón era bellissimo y poético como un ensueño de muchacha de quince años, pero sus nácares y sus flores abiertas en tibores incomparables de porcelana esmaltada de oro rojo, azul y verde y sus biombos de bambú y de seda en que cruzaban aves de pedrería, frente al disco de ópalo de la luna, sobre lagunas de turquesa líquida y sus mesillas de laca incrustada de plata y sus juguetes de marfil calado como aérea filigrana y todo eso junto, era un pálido marco en el que se asomaba y reía de juventud y de vida una virgen, que era como una camelia divina en su florero de cristal.

Se llamaba Rosa; Rosa es un nombre de amor. Sus ojos parecían dos almendras ligeramente oblicuas en aquel rostro color de cera rosada y olorosa y eran esos ojos negros y luminosos como el cielo de la noche en torno de una estrella; sobre los arcos tendidos de sus pestañas descansaba una frente pálida y pura como un gran pétalo de azucena, matizada en las sienas por una red perceptible apenas de deliciosos hilos de savia y de sangre. Sobre la frente descansaba la diadema de terciopelo negro de los cabellos de Rosa, como un ala de cuervo tendida sobre el plumón inmaculado de un cisne. Sus orejitas de pulpa de rosa-té soportaban unos arillos sin peso, de oro antiguo, y bajo la fina nariz palpitante sonreía voluptuosamente un perfumero de perlas y rubíes. Dos joyas imperiales eran los ojos de Rosa, era su boca un *bombón* del Paraíso.

Bajo la túnica de seda recamada de maravillosos bor-

dados, se adivinaba la curva mórbida de sus formas púberas; sus mejillas, su cuello eran redondos y elásticos; eran sus brazos como los de las bayaderas, gruesos y suaves, y una especie de cambiante de luz azulosa indicaba en ellos el vello finísimo de la adolescencia femenil. Rosa tenía en la barba un hoyuelo.

¿Qué descubrían tus ojos, ribereña del Hoang-ho, cuando te sentabas en el alféizar de tu ventana, refrescándote con el abanico hecho con el plumón inmaculado de las aves boreales y jugando grandes cuentas de ámbar con tus desnudos piececillos de uñas pintadas? ¿En dónde convergían, en qué estrella, en qué celaje, en qué ensueño las irradiaciones de tus largos ojos que rasaban el cristal diáfano del estanque, que se plegaba bajo el effluvio magnético, como al tocarlo el ala de las alondras matinales?

En la margen occidental del estanque, frente á frente del pabellón de porcelana, allí donde se bañaban los grandes cisnes de cuello arqueado en la sombra verde de las ninfeas, y se enredaban las algas como cintas doradas á los juncos y las mimosas tendían sus ramas nerviosas y sensibles, allí, en el lindero de una aromática plantación de té, se levantaba una casita de bambú con su techo de paja donde hacían provisión para sus nidos las oropéndolas de oro y terciopelo.

Vivía en ella una dulce y pálida criatura; la humedad de su cabaña, las emanaciones de los próximos arrozales habían borrado de sus mejillas la fresca florescencia de

la sangre y la orfandad había adelgazado su cuerpo que, cuando se movía con maravillosa flexibilidad entre los hilos de agua y la espuma del estanque, parecía el de una ninfa pronta á convertirse en ola, en nube, en lágrimas de aurora. Su belleza diáfana tenía el marco áureo de su cabellera blonda, que la pobrecilla trenzaba muy de mañana levantando contenta hacia el cielo sus ojos teñidos con el azul triste de las hojillas del *no me olvides*.

Se llamaba Blanca.

Sus padres al morir, con pocos días de intervalo, en una de esas epidemias en que el ángel de la muerte siega con cada golpe de su guadaña centenares de miles de vidas chinas, no le habían dejado más herencia que su casita, su jardincillo que parecía un tiesto de barro rebosando de rosas y cercado de orquídeas sorprendentes de color, de forma y de perfume y una pequeña plantación de té. Blanca en la época de la cosecha vendía el producto de sus plantas á los tratantes que se encargaban de beneficiarlas y con el puñado de plata que recibía tenía para vivir el resto del año, ella y muchos niños y viudas pobres de los contornos.

Los cisnes blancos y los cisnes negros de rojo pico habían venido á habitar en los juncuales que bordaban su cabaña, seguros de hallar protección y alimento, y las golondrinas que volvían de los mares del Sur la saludaban con sus trinos alegres á la entrada de la primavera y ella seguía en el lago las fugaces pinceladas negras que trazaba su vuelo en la inmensa placa de

crystal, pensando con ternura en que los pajarillos viajeros no la habían olvidado en los distantes climas á donde emigraban con el sol. Estaba segura de que uno de aquellos trinos quería decir: Blanca, en el arpaído idioma de aquellas avecillas, y cuando pensaba esto se sentía feliz y daba gracias á su Dios. Aunque su verdadero culto eran las flores; las cultivaba, las cuidaba como si fueran seres con alma como ella; no las separaba nunca de su tallo; le parecía que era esto lo mismo que matar.

Rosa era la hija oculta de un sublime mandarín que no la veía, pero que la tenía rodeada de esclavos fieles y cercada de oro. Rosa era, pues, riquísima; ¡cuántas veces había desgranado un collar de perlas sobre el estanque para ver las burbujas que formaban al sumergirse en el agua! ¡Cuántas había enviado á sus amigas gruesos ramilletes de rosas recogidos con arillos de oro! De todos los ámbitos del Imperio llegaban al retrete de Rosa cajas llenas de esos prodigios de marfil y ébano, que labran los artistas con primor incomparable, en virtud de recetas transmitidas de generación en generación durante seis ú ocho siglos en obscuras familias de industriales y que son el encanto y la desesperación de los europeos.

Rosa y Blanca no se conocían. La primera divisaba vagamente en la otra orilla del estanque una cabaña escondida entre las plantas de agua y Blanca alguna vez soñaba con el pabellón de porcelana, delicado y elegante

como la jaula de plata de una calandria puesta sobre una plancha de jade oriental. Cuando nacieron las dos niñas, un enjambre de hadas se posó sobre los nenúfares del lago. Después de un momento, todas se dirigieron en tropel hacia el pabellón de Rosa. Sólo una, apenas advertida por las otras, se dirigió hacia la cabaña de Blanca, mojando en el lago la punta de su traje de lino immaculado y bebiendo las perlas del rocío por los labios lácteos de las azucenas de su corona. Esta hada era la Inocencia.

Una ocasión sintieron las dos al mismo tiempo un estremecimiento exquisito y extraño en los primeros días de una primavera. La primera bocanada de aroma que enviaba la naturaleza al sacudir su manto de nieve que flotaba en jirones de cristal sobre el lago, las embriagó esa vez y produjo en sus almas una suave é indefinible somnolencia. En esa primavera ambas cumplían quince años.

Desde entonces Blanca miraba, con una emoción que la hacía sufrir y gozar á un tiempo, desatarse el botón de las rosas de su huerto y acurrucarse las golondrinas en sus nidos, mientras que Rosa pasaba horas enteras deshojando rosas con deliciosa crueldad ó coronando con las más rojas sus trenzas negras, para asomarse á las ventanas altas de su pabellón y dejar perder sus larguísimas miradas en las calzadas de álamos plateados que indicaban al pie de las azules montañas el camino de la capital del imperio. Blanca soñaba; Rosa esperaba.

No esperó mucho tiempo. Era uno de esos días cálidos y transparentes de Mayo; la aurora enrojecía con sus besos la colina y en pos de ella, el sol, como una redonda espiga de fuego, sacudía su simiente de oro sobre los campos y las aguas. Corrían las carpas por la superficie del estanque rayando de pedrería las olas que respiraban mansamente bajo el enorme chal de blonda blanca que tejía y destejía al pasar sobre ellas el soplo tibio de la mañana. Una flota de cisnes blancos dejaba en el agua largos surcos de espuma diamantina que se quebraban en las gradas de malaquita del pabellón de Rosa, cuando viraban sus esbeltas proas hacia la cabaña de la vendedora de té, que parecía salir del agua como la flor del loto, en busca de los besos calientes del día.

Parecía que la naturaleza era un ser femenino y consciente que gozaba de sí misma en medio de un silencio interrumpido á veces por el aleteo de las alondras que vislumbraban las garras de un gavián emboscado en el espacio ó por el canto impreciso de las dos niñas cuyas notas ardientes ó dulces, se rozaban en el cielo como las alas de dos ángeles.

Oyóse de improviso un gran galope de caballos en las alamedas cercanas y el sonido de las trompas de caza y los ladridos de las jaurías y, á cortos intervalos, el estridente y metálico plañido del *gong* de oro que anunciaba la presencia de un príncipe-imperial en la cacería.

Aquel estruendo pasó como una ráfaga de vendabal

y las dos niñas, cuyo corazón palpitara violentamente al escucharlo, fueron recobrando la serenidad y la calma.

De improviso una corza se detiene á orillas del estanque; una mancha roja en el cuello, de donde caen grandes gotas de sangre, y las lágrimas que brotaban lentamente de sus ojos, indican que va herida y perseguida. El esbelto animal aspiró largamente el viento que soplaba del bosque próximo y lanzando un débil halido de terror se precipitó en el laguillo; un rastro de sangre marcaba su huella, y cuando había llegado casi al centro del estanque, ya exangüe y sin movimiento, comenzó á sorber el agua á grandes tragos involuntarios. Blanca, que la observaba ansiosa, se arrojó al agua rápidamente. Con admirable destreza llegó hacia el animal moribundo que, comprendiendo que aquel auxilio inesperado la salvaba, volvió á nadar ayudado por la joven, con la cabeza erguida y los ojos atónitos.

En ese instante un caballero apareció en la orilla, en el punto en que la corza se había arrojado al estanque; alto y bello, montaba un alazán cuajado de oro, de seda y de espuma; se detuvo un momento y metiendo las espuelas en los ijares de su caballo se lanzó al estanque de un salto. Pero el corcel comenzó á hundirse también; el jinete se vió perdido y comenzó á hacer esfuerzos desesperados por cortar los estribos con su cuchillo de monte, porque sus pies entumecidos no podían moverse. Blanca, que había podido esconder á la corza herida entre los carrizales de la orilla, volvió á nadar, se acercó al

jóven, que miraba con terror supremo en derredor suyo, y sacando apenas la blonda cabeza del agua, logró libertar de los estribos los pies paralizados del mancebo y huyó hacia su cabaña, por debajo de las olas, en tanto que el junco de Rosa con sus velas de púrpura recogía al maltrecho cazador. La divinidad protectora de su familia, en forma de ondina, lo había misteriosamente libertado; esto pensaba y creía devotamente el joven.

Pocos momentos después el héroe de la aventura, que era un príncipe, y todo su espléndido séquito, reposaban en el pabellón de Rosa, que al verse á solas con el joven le dijo ingenuamente: te esperaba.

Blanca oía lacrimosa desde su escondida cabaña, el rumor de los festejos en el castillo de porcelana. Un sentimiento inmenso se apoderó de ella; ¡ah! sí, decía, este es el amor; y pasaba el día espiando el nido de Rosa y la noche viendo el reflejo de los farolillos de seda en el agua y traduciendo el canto de los ruiseñores y el aroma de las flores nocturnas. Tanto hizo que ni los ruiseñores cantaban, si ella no aparecía, ni se abrían las flores si ella no las besaba.

Rosa y su amante apuraban el deleite de amar y las horas de su vida se escapaban hacia lo pasado veloces, sí, pero temblando de placer. Entretanto, el emperador expiraba y el príncipe debía partir violentamente con objeto de arrancar su herencia de manos de sus rivales que habían sublevado ya las provincias del Este.

Rosa se dispuso á partir y el día mismo en que debía abandonar el nido encantador de su niñez y de sus

amores, los dos jóvenes daban una vuelta por el lago para realizar un deseo de ella.

El príncipe se sentía feliz; iba de pie en la popa del junco de marfil y sentados sobre almohadones de plumón de cisne cubiertos de seda recamada de perlas, iban, Rosa inclinada sobre la borda y el gran bonzo mirando la fuga de las nubes por el azul de los cielos inundados de luz.

La sombra del príncipe se proyectaba sobre las olas que parecían apenas pliegues de raso joyante. Rosa miraba amorosa y melancólicamente aquella sombra; de repente creyó notar que se alargaba y se torcía como el cuerpo de una serpiente escamada de oro y esmeralda por el oleaje, y luego vió claramente que aquella serpiente desplegaba dos enormes alas, y unas garras brillantes y una rojiza melena de león se mostraron ante sus ojos sorprendidos, como si un genio los hubiese esmaltado en el espejo del agua.

— ¡ Oh Dioses ! exclamó la niña, mira, ved todos esa sombra, tu sombra, es el dragón imperial.

¡ Fatalidad ! Cuando uno de los que pretenden el cetro del imperio forma con su sombra la figura simbólica del dragón imperial la victoria es suya; pero cuantos ven esa sombra deben morir. Estaba escrito.

El gran bonzo había cerrado los ojos al oír la descripción de la niña y mientras ella se inclinaba ansiosa y el príncipe permanecía estupefacto, con un rápido movimiento la levantó en sus brazos y la arrojó al estanque; el príncipe cayó sin sentido al fondo del esquite y la

sombra desapareció. El dragón imperial se había hundido con la enamorada Rosa en el fondo de las olas. La victoria del príncipe estaba asegurada. El pabellón de porcelana quedó, pocas horas después, solo para siempre.

Esa misma noche Blanca quiso seguir en dirección del cielo el canto de los ruiseñores y al día siguiente, los huérfanos y las aves y las flores lloraban la muerte de la joven que fué enterrada con su túnica de lino blanco y su corona de azucenas, regalo del hada única que había mecido su cuna.

Rosa y Blanca se fueron al cielo. Habita una en el cáliz de un loto color de fuego y desde allí puede ver á su amado, que, ya emperador, la ha olvidado por impuras bayaderas; por eso llora sin cesar, y su llanto mantiene viva y húmeda á la flor que le dió asilo.

Blanca habita dentro del cáliz de una azucena, blanca como ella. En su derredor los ángeles cantan como ruiseñores y una suave y perenne luz irradia de sus ojos del color azul triste que tienen las hojillas del *no me olvides*.

¡ Oh ! niñas apasionadas, dulces y ardientes hijas del amor, vosotras no olvidaréis á Rosa. Niñas buenas, cuando suba de vuestro corazón á vuestro oído una melodía dulcísima como el roce de las alas de los ángeles, regocijaos, esa es la voz de la inocencia, la voz de Blanca.

Estábamos, literalmente, en el centro de una cascada que despeñándose de las nubes rebotaba en la cumbre de la montaña y corría por las pendientes con un furor torrencial.

— Estoy sudando á mares, me decía en francés mi compañero de viaje, y tengo un horno en el vientre.

— Duerma V., le contesté, así le pasará todo; y uniendo al consejo el ejemplo me arrebujé en mi capa y cerré los ojos.

Dos horas después la tempestad había pasado, huyendo hacia el oeste por entre la verde serranía. Eran las cinco de la tarde y el sol marchaba por el camino en que se perdían los últimos jirones de las nubes. Penetraba la luz por entre aquella vegetación exuberante, tiñéndolo todo con una maravillosa multiplicidad de tintas que se fundían en un tono cálido de oro y esmeralda. Por Oriente un tapiz infinito de verdura bajaba plegándose en todas las quebras y dobleces de la serranía, manchado aquí y allí con el tierno y brillante verdor de los platanares, y ondulando por aquella gradería de titanés, hasta convertirse en azul por la distancia y bañar su ancho fleco de arena en la costa de Veraeruz. El camino que habíamos seguido al subir la cuesta, serpeaba por entre árboles, que apenas destacaban sus copas entre la tupida cortina de las lianas, pasaba sobre altísimo puente, bajaba en curvas abiertas á una pequeña población de madera é iba, abajo, por entre espesos y bullentes matorrales á confundirse con el fragmento de vía férrea que, del pie de la montaña, lleva al Puerto.

## LA FIEBRE AMARILLA

A José Maria Peón.

Registrando un cuaderno pomposamente intitulado *Album de Viaje*, y que yacía entre ese polvo simpático que el tiempo aglomera en una caja de papeles largo tiempo olvidados, me encontré lo que verán mis amables lectoras.

Veníamos en la diligencia de Veracruz, un joven alemán, Wilhelm S., de cabellos de oro gris, ojos azules, grandes y sin expresión, y yo. No bien habíamos encumbrado el *Chiquihuite* cuando se desató la tormenta. El carruaje se detuvo para no exponerse á los peligros del descenso por aquellas pendientes convertidas en ríos. Asomé la cabeza por la portezuela, levantando la pesada cortinilla de cuero que el viento azotaba contra el marco; parecía de noche. Sobre nosotros la tempestad con sus mil alas negras golpeaba el espacio; sus gritos eléctricos rodaban por las cuestas hasta el mar, y el rayo, abriendo como espada fulmínea el seno de las nubes, nos mostraba las lívidas entrañas de la borrasca.

En el fondo del cuadro, allí donde se adivinaba el mar, se levantaban soberbios grupos de nubes, sobre cuyo gris azulado se destacaban negros é inmóviles los *stratus* que parecían una bandada de pájaros marinos abriendo al viento, que tardaba en soplar, sus larguísimas alas.

Dormía el alemán como una persona muy fatigada y de su pecho jadeante salían sollozos opacos; parecía presa de intenso malestar; una sospecha cruzó por mi mente: ¡ Si tendrá!...

Las ramas de un árbol cercano se introducían por una ventanilla de la diligencia que esperaba inmóvil que los torrentes disminuyeran un poco su ímpetu. Sobre una hoja amarillenta temblaba una gota de agua, lágrima postrera de la tormenta; yo preocupado por el funesto temor que me infundía el estado de mi compañero, me puse á mirar atentamente aquella perla de cristal líquido. He aquí lo que ví:

Era la gota de agua el Golfo de Méjico, bordado por la curva inmensa de sus calientes costas y entreccrrado al Oriente por esos dos muelles bajos y cuajados de flores y de palmas, la Florida y Yucatán, entre los que parece emprender el vuelo la larguísima banda de aves acuáticas de las Antillas, guiada por la garza real, la espléndida Cuba, la esclava servida por esclavos.

En medio del Golfo, rodeada por amarilla corona que doraba al mar en torno, como un enorme girasol que se abriera á flor de agua, se levantaba un islote de impuro color de oro, en donde depositaban las corrientes sus

algas semejantes á las bandillas con que envolvían á sus momias los egipcios. Sobre aquel peñón el sol brilla con un tono cobrizo, la luna pasa fugaz velada por lívidos vapores y en los días de tempestad las procelarias describen un amplísimo círculo en torno suyo lanzando graznidos pavorosos. Una voz infinitamente triste, como la voz del mar, sonaba en aquella isla perdida: oye, me dijo:

El mismo año que los hijos del Sol llegaron á las islas vivía en Cuba una mujer de trece años á quien llamaban Starei (estrella). Era muy bella; negros eran sus ojos y embriagadoramente dulces como los de las aztecas; su cutis terso y dorado como el de las que se bañan en el Meschacébé; celestial su voz como la del *shkok* que canta sus serenatas en los zapotales de Mayapán y sus dos piecitos combados y finos como los de las princesas antillanas que pasan su vida mecidas en hamacas que parecen tejidas por las hadas. Cuando Starei apareció una mañana en la playa sentada sobre la concha de carey rubio de una tortuga marina, parecía una perla viva y todos la adoraron como una hija de Dios, de Dimivancaracol. Mas el profeta de la tribu oró toda la noche junto al fuego sagrado en que ardían las hojas inebriantes del tabaco y oyó la voz divina que resonaba dentro del corazón del gran fetiche de piedra que le decía: no la matéis, guardadla y amparadla; es la hija del Golfo y el Golfo fué su cuna; haga Dios que vuelva á ella.

Starei cumplió trece años y los ancianos y los jóvenes, los profetas y los guerreros, los caciques y los esclavos, abandonaban pueblos, templos y hogares para correr en

pos de ella por las orillas del mar. Todos estaban locos de amor, pero si alguno se acercaba á ella el Golfo rugía sordamente y el pájaro de las tempestades cruzaba el espacio.

Starei cantaba como el zenzontli mejicano y su canto acariciaba como el terral que besa las palmeras en las tardes calientes, y reía de todo abriendo su boca roja como las alas del ipiri y su seno levantaba y dejaba caer en dobles pliegues provocadores la finísima tela de algodón blanco que lo cubría. Los hombres al escucharla lloraban de rodillas y las mujeres lloraban también viendo sus casas de palma vacías y las cunas de junco inmóviles y heladas hacía mucho tiempo.

Una noche de tempestad, la divina Starei regresó al pueblo, después de una de sus correrías por la orilla del mar en que pasaba horas enteras contemplando las olas como si esperase algo; los que la seguían decidieron hacer alto y enterrar á sus muertos: á los ancianos que habían muerto de cansancio en pos de la hija del Golfo, á los jóvenes que se habían arrancado el corazón á sus pies, á las madres que habían muerto de dolor, á las esposas que habían sucumbido desesperadas.

Era una noche de tempestad; reinaba con furia jamás vista Hurakan, el dios de las Antillas. Los sacerdotes hablaban de un nuevo diluvio y de la calabaza alegórica en donde estaban los océanos y los monstruos del agua y que se había roto un día e inundado la tierra y se encastraban azorados á la cima de sus cúes y se refugiaban

en la sombra de sus dioses de piedra, que temblaban sobre sus bases. Los habitantes de la isla, transidos de pavor, olvidaron á Starei. Toda la noche pasó en oración y en sacrificios; mas al despuntar la aurora corrieron delirantes á donde el canto de la virgen los llamaba.

Starei estaba en la playa sentada sobre un tronco de palma de los millares que el viento había arrancado y regado por la arena; sobre sus rodillas descansaba la cabeza de un hombre blanco que parecía un cadáver. La hermosura de aquel rostro era dulce y varonil á la vez y la barba apenas naciente indicaba la corta edad del joven que Starei devoraba con los ojos arrasados en lágrimas.

— Quien lo salve, exclamaba, será mi compañero, será el esposo de toda mi vida.

— Está muerto, dijo con voz profunda un viejo sacerdote.

— Está vivo, gritó un hombre abriéndose paso entre la multitud.

Los indios se apartaron sobresaltados; jamás habían visto tan extraño personaje entre ellos. Era alto y fuerte; sus cabellos del color del vellón del maíz, se levantaban rígidos sobre su frente ancha y bronceada y dividiéndose en dos porciones, caían espesos y lacios en derredor de su cuello atlético; sus cejas eran dos delgadas líneas rojas que se juntaban en el arranque de su nariz aguilena; su boca del color violáceo del palo de Campeche levantaba hacia arriba los extremos de su arco sensual é irónico. El óvalo de su rostro, no deformado ni por el vello más sutil, no llamaba tanto la atención como sus

ojos del color de dos monedas de oro finísimo, engastadas en sendos círculos negros. Estaba desnudo y espléndidamente tatuado con dibujos rojos; de la argolla de oro que rodeaba su cintura pendía una tela bordada maravillosamente de plumas de *huitzili* el colibrí de Anahuac.

Aquel hombre, que algunos creían venido de Haití, se acercó al que en apariencia era un cadáver, sin hacer caso de la mirada profunda y preñada de cólera de Starei. Puso una mano en aquella frente glacial y al llevar la otra al corazón del blanco, la retiró con un movimiento brusco como si hubiese tocado una brasa; desgarró rápidamente la camisa tosca de lino, empapado aún, que cubría el pecho del joven y se apoderó de un objeto que llevaba pendiente del cuello; Starei se lo arrebató. ¿Era un talismán? Cuando aquel hombre singular ya no tuvo bajo su mano aquello que le era, sin duda, un obstáculo, la colocó sobre el corazón sin latidos del naufrago y dijo á la niña: « Bésale la boca, » y apenas había sido obedecido aquel mandato cuando el presunto muerto se incorporó y tomando el pedazo de madera que Starei conservaba en la mano, se arrodilló pegando á él sus labios y bañándole con sus lágrimas. Era una cruz.

— « Adiós, Starei, dijo el de los ojos de oro; allí está entre los cocoteros la cabaña de Zekom (quiere decir *fièvre* este nombre); allí está nuestro lecho nupcial; te aguardo, porque lo has prometido. » Y se alejó y se perdió entre las palmas.

La hija del Golfo no pudo reprimir un grito de rabia

al escuchar las palabras del hijo del Calor; se acercó al cristiano, rodeóle el cuello con los brazos y le cubrió de besos la boca y los ojos. « No, no, dejadme por favor, ¡oh! adoradora de Luzbel, » clamaba el joven pugnando por desasirse de la hermosa. Starei lo tomó de la mano, lo condujo á su cabaña y le dijo con expresiva pantomima: aquí viviremos los dos.

Entonces su compañero respondió en el idioma de los de Haití que en Cuba era perfectamente comprendido:

— No puedo ser tu esposo; seré tu hermano.

— ¿Por qué no? ¿Quién eres?

— Soy de muy lejos, de mucho más allá del mar, vengo de Castilla. Otros muchos y yo llegamos hace algunos meses á Haití y sabiendo que esta región de tu isla no había sido visitada por cristianos, quisimos descubrir la y naufragamos en la espantosa tormenta de anoche y ya iba yo á perecer al arribar á la playa, cuando me asió tu mano entre las olas y me salvaste.

— ¿Y por qué no quieres ser mi esposo?

— Porque soy sacerdote y mi Dios, que es el único Dios, ordena á sus sacerdotes que no se casen; nos ordena predicar el amor y vengo á predicarlo aquí, pero no el amor del mundo, añadió suspirando el español.

— Eso no puede ser, eso no es cierto, repuso con ímpetu la isleña; quédate conmigo en la cabaña y seremos los reyes de la isla y nuestros hijos serán los dueños de todos.

— Seré tu hermano, respondió el misionero.

Y la india enamorada se alejó llorando. En la mitad de su camino se encontró á Zekom, que fijaba sobre ella su terrible mirada amarilla.

— ¿Vienes á mi cabaña, Starei? la preguntó.

— Jamás, contestó ella, altanera y bravia.

— Seremos los reyes de todas las islas y de los mares y nuestros hijos serán dioses sobre la tierra, porque hijos de dioses somos; á ti te engendró el Golfo en una concha perlera; á mi el Trópico ardiente en un arrecife de oro y coral.

Starei detuvo el paso; estaba en la cima de una roca desde donde se dominaba la costa:

— Vira, prosiguió Zekom, así será nuestro reino. Y ante los ojos fascinados de la hija del Golfo, se presentó un panorama sorprendente. En medio de una llanura de esmeralda levantaba un *cu ó* teocali su altísima pirámide de oro, que reflejaba su luz en torno hasta el lejano horizonte. En derredor de aquella llanura fulgurante estaban prosternados innumerables pueblos con el miedo retratado en la frente. Genios revestidos de maravillosos ropajes disparaban sobre aquellas naciones infinitas flechas de llama, cuyo contacto daba la muerte. Y en la cima del *cu*, como sobre un pedestal espléndido estaba ella de pie, más bella que el sol de primavera. La hija del Golfo permaneció largo rato extática y muda.

— Anda, Starei, murmuró Zekom en su oído; mañana te espero en mi cabaña.

Starei se fué pensando, soñando. Al despuntar el nuevo día vió al español oculto en el bosque, arrodido

llado y con los ojos fijos en el cielo; al verlo sintió la india renacer toda su pasión; arrojóse sobre él de nuevo y, aprisionándolo entre sus brazos, repetía:

— Ámame, ámame, hombre de la tierra fría. Adoraré á tu Dios, que no puede maldecirnos porque cumplimos con su ley, porque es la ley de la vida. Ven á mi cabaña nupcial, seré tu esclava, oraremos juntos y seré humilde y cobarde como tú; pero ámame como yo te amo.

— Seré tu hermano, respondió pálido de emoción el misionero.

— Maldito seas, dijo Starei y huyó.

El sacerdote hizo un movimiento para seguirla, pero se contuvo lanzando al cielo una mirada sublime de resignación y de dolor.

Toda la noche, tornó á rugir el Golfo de una manera espantosa. Al rayar el día, Zekom y Starei salieron de la cabaña nupcial, pero al recibir la niña el primer rayo del sol en sus lánguidos ojos, perdieron su negrura luminosa como la de la noche y se tornaron amarillos, del color de oro que tenían los ojos de su amante. Éste arrojó una piedra al mar y en el acto apareció en el occidente una piragua negra, que se acercó á la orilla impulsada por el hurakan que inflaba sus velas color de sangre.

— Ven á ser reina, dijo Zekom á la hija del Golfo; y entraron en la lancha que instantáneamente ganó el horizonte.

Entonces el misionero apareció en la playa gritando:

— Ven, Starei, hermana mía, ven, yo te amo.

La silhueta del bajel, como un ala negra, se perdió en la línea imperceptible en que el mar se une al cielo. Starei se había desposado con el diablo.

Y la voz que resonaba triste y melancólica en la roca, continuó: Este es el centro del imperio de Starei, desde aquí irradia su eterna venganza contra los blancos. Murió el misionero, poco tiempo después, de una enfermedad extraña y su helado cadáver se puso horriblemente amarillo como si sobre él se reflejaran los ojos de oro impuro de Zekom. Desde entonces todos los años Starei lo llora, sin consuelo, y sus lágrimas evaporadas por el calor del trópico se evaporan y envenenan la atmósfera del Golfo, y ¡ay de los hijos de las tierras frías!

La gota de agua rodó al suelo; la diligencia se puso en camino y yo volví la vista á mi amigo. Estaba incoñocible; una lividez amarillenta habia invadido su piel y sus ojos parecían saltar de sus órbitas. « Me muero, me muero, madre mía, » decía el pobre muchacho. Yo no sabía qué hacer; lo estrechaba en mis brazos procurando debilitar sus sufrimientos dándole ánimo. Llegamos á Córdoba. El pobre febricitante decía: Miradla, la amarilla.... ¿Quién, le pregunté, es Starei? — Sí, ella es, me contestó.

Preciso me fué abandonarlo. Al llegar á Méjico leí este párrafo en un periódico de Veracruz: « El joven alemán Wilhelm S. de la casa Watermayer y C<sup>a</sup>, que salió de esta ciudad bueno en apariencia, ha muerto en Córdoba de la fiebre amarilla. R. I. P. »

## LA SIRENA

Á Enrique Mac-Gregor

Desde la popa de uno de los buques de corto calado que pueden acercarse á Campeche, la ciudad mural parece una paloma marina echada sobre las olas con las alas tendidas al pie de las palmeras. Allí ni hay rocas ni costas escarpadas; el viajero extraña cómo el mar tranquilo de aquella bahía, que tiene por fondo una larga y suavísima pendiente, se ha detenido en el borde de aquella playa que parece no presentarle más obstáculo que la movible y parda cintura de algas que el agua deposita lentamente en sus riberas.

El cielo de un azul claro, luminoso, inmóvil durante horas enteras ó puesto de súbito en movimiento por nubes regianamente caprichosas; el fresco y oloroso verdor de las colinas, los caserios de la falda mostrando apenas entre el follaje sus techos de palma; la vieja, descarnada y soberbia cintura mural que rodea á la ciudad y el mar rayado de oro, por donde van lentas y graciosas las canoas como palmípedos blancos que desaparecen al

La silhueta del bajel, como un ala negra, se perdió en la línea imperceptible en que el mar se une al cielo. Starei se había desposado con el diablo.

Y la voz que resonaba triste y melancólica en la roca, continuó: Este es el centro del imperio de Starei, desde aquí irradia su eterna venganza contra los blancos. Murió el misionero, poco tiempo después, de una enfermedad extraña y su helado cadáver se puso horriblemente amarillo como si sobre él se reflejaran los ojos de oro impuro de Zekom. Desde entonces todos los años Starei lo llora, sin consuelo, y sus lágrimas evaporadas por el calor del trópico se evaporan y envenenan la atmósfera del Golfo, y ¡ay de los hijos de las tierras frías!

La gota de agua rodó al suelo; la diligencia se puso en camino y yo volví la vista á mi amigo. Estaba incoñocible; una lividez amarillenta habia invadido su piel y sus ojos parecían saltar de sus órbitas. « Me muero, me muero, madre mía, » decía el pobre muchacho. Yo no sabía qué hacer; lo estrechaba en mis brazos procurando debilitar sus sufrimientos dándole ánimo. Llegamos á Córdoba. El pobre febricitante decía: Miradla, la amarilla.... ¿Quién, le pregunté, es Starei? — Sí, ella es, me contestó.

Preciso me fué abandonarlo. Al llegar á Méjico leí este párrafo en un periódico de Veracruz: « El joven alemán Wilhelm S. de la casa Watermayer y C<sup>a</sup>, que salió de esta ciudad bueno en apariencia, ha muerto en Córdoba de la fiebre amarilla. R. I. P. »

## LA SIRENA

Á Enrique Mac-Gregor

Desde la popa de uno de los buques de corto calado que pueden acercarse á Campeche, la ciudad mural parece una paloma marina echada sobre las olas con las alas tendidas al pie de las palmeras. Allí ni hay rocas ni costas escarpadas; el viajero extraña cómo el mar tranquilo de aquella bahía, que tiene por fondo una larga y suavísima pendiente, se ha detenido en el borde de aquella playa que parece no presentarle más obstáculo que la movible y parda cintura de algas que el agua deposita lentamente en sus riberas.

El cielo de un azul claro, luminoso, inmóvil durante horas enteras ó puesto de súbito en movimiento por nubes regianamente caprichosas; el fresco y oloroso verdor de las colinas, los caserios de la falda mostrando apenas entre el follaje sus techos de palma; la vieja, descarnada y soberbia cintura mural que rodea á la ciudad y el mar rayado de oro, por donde van lentas y graciosas las canoas como palmípedos blancos que desaparecen al

alba en derredor de sus nidos formados en los pérfidos bancos que las olas dejan más bien adivinar que ver, imprimen á aquel cuadro algo de perpetuamente risueño y puro que encanta y serena las almas.

Mas cuando la rada de la muy noble y leal ciudad, como dicen los blasones coloniales de Campeche, toma un aspecto mágico en verdad, rico de colorido y de vida, es en el nebuloso día de S. Juan, en la época de solsticio de Estío, la gran fiesta de las aguas. En tal día los habitantes de la ciudad corren á la playa, corónanse de gente murallas y miradores, y la muchedumbre desborda por el muelle; todos tratan de mirar y deleitarse con el *voltejo*, la alegre fiesta del mar.

Al misterioso murmurio de las olas se mezcla el sonido ronco y triste del caracol, el clarín del Océano, que resuena por doquiera que una barquilla se desliza. El mar, bajo los nublitos del cielo y las caricias del viento de lluvia, tiene aires de rey y encrespamientos de león; bajo cada ola hinchada parece respirar y bullir algún pez gigantesco. Todo ello importa muy poco á aquellos marinos y pescadores acostumbrados á los caprichos del mar como á los de una querida y, sin cuidarse de los elementos, se embarcan en esquifes, diminutos á veces, y hombres, mujeres y niños surcan la rada, cantando, tremolando grímpolas y banderas, gritando é improvisando acá y allá *regatas* vertiginosas aplaudidas por cuatro ó cinco mil espectadores.

Y, sin embargo, ni la alegría, ni el voltejo son lo más notable de la fiesta de S. Juan; hay algo mayor y mejor,

misterioso é inefable, enteramente real aunque parezca imposible: al rayar el alba *canta la sirena*.

La sirena campechana es (ó era ¡ay! ignoro si haya muerto) es, digo, conforme de toda conformidad con el tipo clásico inventado quizás por Horacio, que dice de ella:

*Desinit in piscem mulier formosa superne.*

Y es cierto; en Campeche hay testigos oculares, la sirena es mitad mujer y mitad pez. Todas estas creencias populares tienen en su raíz una leyenda, de la que es necesario desentrañar la lejana y abscondita realidad de un hecho.

Si me seguís, lectores, he aquí la leyenda, tal como, en substancia, me la refirió uno de esos viejos marinos que han oído á la Sirena.

Hace un siglo casi, cuando apenas firmaba en Aranjuez Carlos III los preliminares de la erección de la villa de Campeche en ciudad, en razón de los grandes servicios prestados á la corona por el comercio de dicha Villa en las guerras contra los salvajes y, sobre todo, contra los filibusteros que inundaban aquellas comarcas y, como reza el texto de la real cédula, *para poder continuar en ella un comercio cuantioso y boyante, con cerca de diez y siete mil personas de población en cuasi tres mil familias establecidas en ella, y no pocas del primer lucimiento y*

distinción, que aspiran á continuar sus lealtades, imitar y aun adelantar si pueden los justos impulsos que han heredado de sus antecesores; por ese tiempo, decíamos, vivía en el barrio esencialmente marino de la Villa, en S. Román, una vieja de siniestra catadura y que, según el dicho de algunas abuelas de por allí, debía contar un siglo largo de existencia, pues cuando ellas habían entrado en el uso de la razón, referíanles sus padres que desde niños habían conocido á aquella mujer con la misma facha con que por entonces se paseaba encorvada desde su casa hasta el fortín de S. Fernando construído á dos tiros de fusil del barrio.

Los *Sanrománeros*, aunque no sentían la menor simpatía por aquella mujer doblada hasta el suelo, sin pelo, cejas, ni pestañas, cuyos ojos brillaban con el fuego sombrío de los carbunclos, cuya boca parecía un rasguño sangriento trazado de oreja á oreja por la punta de un alfiler y sobre la cual se buscaban para darse perdurable beso las puntas de la corva nariz y de la corvísima barba, le tenían respeto, acaso terror. ¿De dónde había venido á S. Román aquel insigne trasco? Nadie lo sabía, mas no faltaban suposiciones. Unos decían que había llegado á la península en calidad de esclava del nefasto conde de Peñalva y aseguraban, muy serios, que, después del asesinato del conde por la heroica esposa del judío, los regidores que formaban la *Santa Hermandad*, ordenadora del terrible castigo del mandarín inicuo, habían hecho quemar á la esclava por bruja y hechicera, en Campeche, donde se había refugiado, y arrojar al mar

sus cenizas. Mas, añadían con profunda convicción, en virtud del pacto que la tía Ventura (así la llamaban) tenía concertado con el diablo, sus cenizas habíanse convertido de nuevo en carne y hueso y en cierta ocasión, un día de S. Juan, la tía Ventura había venido sobre las olas montada en un mango de escoba y se había establecido en el barrio de S. Román.

Otros insinuaban que muy bien podía ser el alma del terrible filibustero Diego el Mulato, condenado desde hacía mucho más de cien años á esperar en los arrabales de Campeche el perdón que su celestial amante Conchita Montilla imploraba para él. Un sacerdote de la Compañía de Jesús que hacía años había pasado por Campeche, rumbo al colegio del Jesús de Mérida, había hablado con la bruja y de lo que le había dicho y de su acento italiano, había colegido que debía de ser una adepta de la secta italiana de los inmortalistas, fundada por el conde de Bolsena, que creía haber encontrado el elixir de vida, de que sin duda la tía Ventura había gustado.

El caso es que ó por miedo á las diabólicas artimañas de la bruja ó por respeto á la edad, nadie, ni los irreverentes chicuelos, ni la Inquisición, se metían con la anciana. Una cosa llamaba mucho la atención; por la noche, ya soplara tibio y perfumado el terral, ya el águila de la tempestad se meciera en las turbulentas ráfagas del *Chiquinic*, el mal viento de aquellas costas, la tía Ventura sentada en el umbral de su barraca en la playa, se ponía á cantar, y, quienes habían logrado per-

cibir las tenues notas de su canto, aseguraban que era aquello como un acompañamiento angélico de los sollozos de la brisa y que la tempestad parecía callar como para oír mejor.

¡ Ah! sí, la música lo suaviza todo; es el esfumino de ese dibujo eterno que se llama la naturaleza. El mito de Orfeo, el cantor que conmovía á todos los seres, lo animado y lo inanimado, sigue siendo y será eternamente cierto. Las cosas grandes y las pequeñas en la naturaleza, el hombre y la sensitiva, el océano y el cocuyo, todo cuanto se mueve, cuanto ilumina, cuanto siente, tiene un momento dulce, una sonrisa ó una lágrima y ese momento es esencialmente musical. ¿ Podemos imaginar siquiera todos los misterios de infinita melodía que encierran las imperecibles trovas eólicas de la brisa que agita los pistilos de un lirio? — Yo recuerdo cuán tremenda impresión resenti la primera vez que ví un cadáver; más también recuerdo que cuando, en presencia de aquel hombre muerto, escuché una sonora estrofa musical, el cadáver me pareció irradiar no sé qué dulcísima serenidad. Lo que me había hecho estremecer, me hizo llorar; el muerto sonreía al través de la música y era inefable sonrisa la suya. Volvamos á la tía Ventura.

Las mujeres, envidiosas tal vez, explicaban el fenómeno, afirmando que la bruja tenía en una jaula un pájaro hechizado, un *shkok*, el ruiseñor de las selvas yucatecas. Los jóvenes espionaron y aun registraron la barraca de la tía y sólo encontraron, sobre la tosca pared,

mal encalada, un perfil trazado con carbón; ese perfil era el de una mujer y esa mujer era divina; pero ni pájaro ni jaula había allí.

— Se lo habrá comido, decían las abuelas del barrio, y le canta desde dentro.

— Sí, decían los hombres, tiene la tía Ventura un ruiseñor en la garganta.

Y quedó demostrado que la tía Ventura tenía una voz de ángel.

---

Era la noche del 23 de Junio de 1772: guardaba el fortín de S. Fernando un joven alférez, de gallarda apostura é intrépido corazón. Después de examinar el horizonte con su catalejo de marina, sin descubrir nada que fuera alarmante, tiró su capa en el suelo, descinó su espada, se tendió al aire libre, apoyando su hermosa cabeza sobre un saco de pólvora y sin poder conciliar fácilmente el sueño, por el excesivo calor, se puso á mirar la luna de hito en hito; de cuando en cuando un suspiro revelaba el estado de su corazón. En el espacio no había una sola nube; apenas brillaban algunas estrellas pálidas como grandes cuentas de cristal de roca. La luna daba al cielo un tono nacarado y convertía el mar en un inmenso baño de diamantes. Las olas jugaban con las peñas que rodeaban el baluarte y los cocoteros mecían sus grandes abanicos verdes con voluptuosa

elegancia inclinándose sobre el encaje que bullía entre las algas de la playa.

El joven pensaba en su país natal, un terruño entre la montaña y el Cantábrico, con melancólica nostalgia; pero narcotizado por los besos tibios de aquella perfumada noche del trópico, se durmió al arrullo de la lánguida y monótona canción del mar.

Soñó que un genio marino le ofrecía su vara mágica para penetrar en el seno de las olas; soñó que aceptaba, que entraba en el líquido elemento y bajaba de ola en ola, como por una escalinata de esmeraldas en fusión, hasta llegar á una roca soberbia que parecía el crestón de cristal de una nivea montaña. En la falda de aquel prisma enorme, hundían sus raíces transparentes extraños árboles que á compás de las olas se balanceaban sin cesar y entre cuyas hojas, que llegaban como inmensas cintas á la superficie del agua, desplegaban algunos habitantes de aquel invisible mundo sus redes de gasa irisada ó cruzaban rápidos y esplendorosos algunos peces, aves de pedrería de aquella selva submarina.

La roca de cristal era una gruta misteriosa y azul por dentro. Frente á su entrada extendía la púrpura pálida de sus maravillosas flores un jardín de rosales de coral. Y más allá se bajaba por los peldaños de esmeralda que el joven conocía ya; llegó así á un salón, que dividían en naves circulares vastas columnatas de diamante formadas por las estalactitas y en medio del cual, bajo una bóveda diáfana por donde se filtraba divinamente amorosa y triste la luz de la luna, había un estanque de agua en

que morían las corrientes del Mississipi, del Bravo, del Pánuco y del Grijalva, que rompían por entre los cristales de los muros y caían en silenciosas cascadas en aquella copa inmensa del Golfo; en sus bordes crecían flores pálidas y transparentes, con los tallos cuajados de estrellas de sal y cuyos pétalos estaban salpicados de perlas, el rocío del Océano.

En el centro de aquel estanque se erguía una flor extraña y solitaria, de ella brotaba un canto inoído, ideal. Parecía que en su corola anidaba un coro de invisibles ángeles, los ángeles del mar; el eco de sus cantares es el que llevan las olas á la playa en las noches serenas.

— ¿Quién canta así? murmuró el joven soñador.

— La flor, contestóle el genio; mira su sombra en el espejo del agua.

Y el alférez vió que la sombra de la flor estaba encerrada en el perfil de una mujer inefablemente bella. Si los que osaron registrar la cabaña de la tía Ventura hubieran podido ver aquella sombra, habrían recordado el trazo de carbón estampado en la pared de la barraca.

En ese instante el alférez despertó. Y su asombro fué indecible. La voz de la flor de sus sueños resonaba ahora al pie del baluarte y de ahí, pasando por su corazón, subía á los cielos por la escala de oro de una infinita

melodía. Era aquella una de esas voces que nos recuerdan los besos maternos, el hogar ausente, los hermanitos muertos, los primeros besos de las pasiones puras y luego una lánguida y sublime aspiración á la muerte.

El alférez se incorporó; puesto de codos sobre la cortina del fuerte, miró hacia abajo. Una sombra negra se movía al pie de una palmera. Bajó el joven, la sombra había entrado en una barquilla y parecía esperar; estaba sola. Acercóse el oficial y á la luz de la luna, ya en su ocaso, distinguió á la tía Ventura. El joven retrocedió espantado; mas el canto lo fascinó, y subió á la lancha que se columpiaba rítmicamente sobre las olas.

La sombra satánica cantaba: « El amor, el alma del mundo, tocará con el beso de sus labios el rostro marchito de la inmortal y el ángel de la belleza tornará á encender en su frente la estrella del placer sin mañana y sin fin, y en esa estrella de inextinguible foco, los que se aman se consumirán como la mirra en el perfumero. Ven, ¡oh! ven: en el amor está toda belleza; toda belleza emana del amor. »

El joven apartó la vista de su compañera de viaje, porque la lancha bogaba, bogaba mar afuera, y la fijó en el mar. La luna rompía en la barquilla algunas varillas de su abanico de plata y sus rayos oblicuos proyectaban la sombra de los viajeros sobre el terso y sereno oleaje. Y ¡oh prodigio! la sombra de su compañera era la sombra de la flor del estanque de sus sueños; la sombra de una mujer bella como la primer vigilia de amor.

El joven oficial acercó su sombra á la sombra que lo enloquecía para confundirse con ella.

Ambas se buscaban; las dos se acercaban, se acercaban, iban á tocarse. De repente un beso preñado de juventud y de deleite resonó en la barca y el mar lo recogió con voluptuosa avidez.... El mancebo tenía en sus brazos á una mujer de los cielos; la anciana había desaparecido, quedaba en su lugar una virgen, como no la había concebido artista, ni soñado poeta de veinte años.... La lancha bogaba, bogaba....

La luna había huído; el viento solsticial soplaba con furia; la barquilla bogaba, bogaba... Rugió la tormenta en el cielo; el huracán estremeció la tierra, la rada entera se convirtió en una oleada sola, lenta, inconmensurable, negra.

— Piedad, Dios mío, exclamó la virgen del canto. ¿Qué, no te bastan cinco siglos de sufrimiento? ¿Qué, no puedo ser amada?

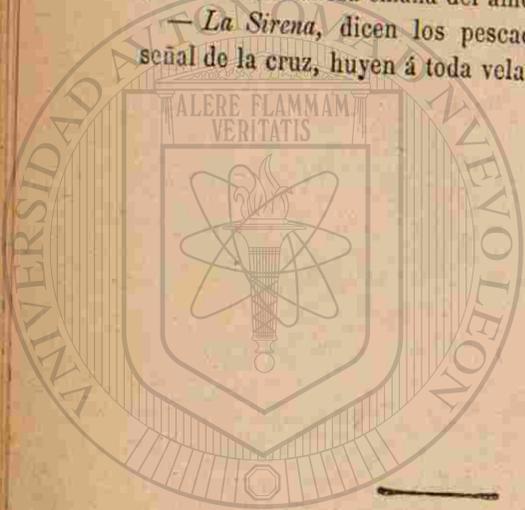
— No, respondió un trueno en la altura. Y el rayo hundió en la ola ilimitada á la barquilla y á los amantes; ambos rodaron abrazados y convulsos por el abismo.

Mas ella no podía morir; reapareció en la superficie; era una divina mujer, pero bajo su vientre se translucían las escamas de oro de su inmensa cauda de pescado. Aquella monstruosa forma canta un canto preñado de sollozos de amor; sus ojos buscan llorando en torno suyo y torna á hundirse luego.

Y cada año, en la mañana de S. Juan, se escucha en

la entrada de la rada un canto celestial que dice: « El amor es el alma del mundo; ven si quieres consumirte de placer en mi seno, como la mirra en el perfumero. ¡ Ven! Toda belleza emana del amor. »

— *La Sirena*, dicen los pescadores, y haciendo la señal de la cruz, huyen á toda vela.



## UN CUENTO CRUEL

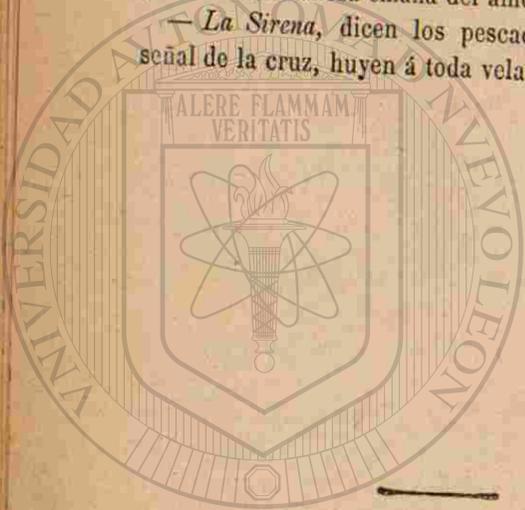
Á Victor Bannuet

*Escenario.* — Patio del café Fulcheri en el año de 1868. Cuatro estudiantes bebíamos ajeno y refrescos helados en una mesita junto á la fuente en que el agua baña las flores al caer en su taza de mármol. Uno de nosotros era ya un hombre hecho y derecho; tendría treinta años, grandes ojos pardos y luminosos, buena barba y no sé qué aire romanesco en consonancia con sus ideas ó que era el reflejo de ellas; á mí me causaba la impresión de un protagonista de drama romántico. ¿ Un Antony? ¿ Un Didier? ¿ Ó un D. Juan? Un D. Juan.

Quando hubo apurado su segunda copa de ajeno, dijo, contestando á una pregunta mía: « Es cierto, me voy á ordenar. » Seguimos nuestra conversación sobre ese tema; resolución más singular, pensaba yo, viendo la extraña cabeza de aventurero de mi interlocutor. Él comprendió mi interés y ó sea por simpatía ó por marcar bien su actitud novelesca ante un adolescente como era yo y admirarme y asustarme á la vez, me dió cita para

la entrada de la rada un canto celestial que dice: « El amor es el alma del mundo; ven si quieres consumirte de placer en mi seno, como la mirra en el perfumero. ¡ Ven! Toda belleza emana del amor. »

— *La Sirena*, dicen los pescadores, y haciendo la señal de la cruz, huyen á toda vela.



## UN CUENTO CRUEL

Á Victor Bannuet

*Escenario.* — Patio del café Fulcheri en el año de 1868. Cuatro estudiantes bebíamos ajeno y refrescos helados en una mesita junto á la fuente en que el agua baña las flores al caer en su taza de mármol. Uno de nosotros era ya un hombre hecho y derecho; tendría treinta años, grandes ojos pardos y luminosos, buena barba y no sé qué aire romanesco en consonancia con sus ideas ó que era el reflejo de ellas; á mí me causaba la impresión de un protagonista de drama romántico. ¿ Un Antony? ¿ Un Didier? ¿ Ó un D. Juan? Un D. Juan.

Quando hubo apurado su segunda copa de ajeno, dijo, contestando á una pregunta mía: « Es cierto, me voy á ordenar. » Seguimos nuestra conversación sobre ese tema; resolución más singular, pensaba yo, viendo la extraña cabeza de aventurero de mi interlocutor. Él comprendió mi interés y ó sea por simpatía ó por marcar bien su actitud novelesca ante un adolescente como era yo y admirarme y asustarme á la vez, me dió cita para

su habitación en el número 39 del hotel del Bazar. Acudió lleno de curiosidad y salió arrepentido casi....

## I

Carlos Alheño era una especie de *piel-roja*. Diez años tenía cuando concluyó la guerra con los americanos y su padre fué nombrado gobernador de un presidio en la frontera de Sonora y Arizona, en plena Apachería. Tiempo había que los indómitos y feroces caballeros del Gila no hacían una de sus sangrientas correrías por los alrededores del presidio, y confiados en esa aparente tranquilidad, el padre de Carlos, éste que era un niño, pero ya un diestro jinete y dos ó tres soldados, pasaron la línea en persecución de unos cibolos y cayeron de improviso en un campamento de Apaches. Preparábase los mejicanos á huir silenciosamente cuando oyeron el grito particular de los indios, luego una detonación y una bala rompía el hombro del niño.

El viejo capitán puso á su hijo, ensangrentado é inerte, sobre el arzón de su silla y en una carrera desesperada corrió hacia el vado del río. Era inútil; apenas habían adelantado un corto trecho cuando resonó una descarga; los cuatro hombres se miraron dolorosamente, los cuatro estaban heridos. Cambiaron entre ellos algunas palabras, desmontaron, para ocultarse mejor entre las hierbas altas, y el que perdía menos sangre, cargó á Carlos. Luego azotando á sus caballos echaron á correr tras ellos; se

fiaban en su instinto aguzado por el terror que, más los animales que los hombres, tenían á los Apaches. Sin embargo, los animales se desviaron de la vereda, los hombres cegados por la sangre y la desesperación no lo notaron; de súbito llegan todos, peones y caballos revueltos, al borde de una profunda barranca en cuyo fondo corría tranquilo un brazo del Gila. Los alaridos de los salvajes se acercaban á la redonda; los animales se encabritan y enloquecidos por el terror, revuelven sobre sus dueños y tirándolos y pisoteándolos escapan por entre los matorrales en vertiginosa carrera. Aquellos infelices, engañados por el silencio de sus implacables cazadores, arrastrándose por entre los zacatales y casi agonizantes, probaron á descender al fondo de la barranca; entonces se oyeron algunos disparos, algunos gemidos... Poco después el resto de la guarnición del presidio veía pasar sobre la corriente del río los cuatro cadáveres de sus compañeros, con el cráneo horriblemente rojo y descabellado...

Carlos fué salvado y curado por la mujer de uno de los jefes apaches, que no era un indio, por cierto, sino un francés, perdido desde joven en aquellos desiertos, después de singularísimas aventuras y que había acertado á distinguirse por su ferocidad entre aquellas fieras. Carlos, algunos años después, tenía algunas cabelleras de yaquis en su cabaña y tenía asiento en el consejo de los jefes; con razón, porque no sólo era un *escalpador* de primera y mondaba cráneos cabelludos con una sola

vuelta de su cuchillo, sino que ponía una bala donde la vista y cruzaba barrancas debajo del vientre de su caballo y nadaba quinientas varas sin sacar la cabeza del agua. — Volviendo de una cacería cierta tarde, oyó el grito de una mujer que pedía socorro. La cuna donde dormía su hija, era un cesto de ramas que se mecía entre dos árboles. Sobre el pecho de la niña se enroscaba una viborilla de mil colores, famosa por la sutileza de su veneno: un coralillo. El reptil acercaba su lengüeta partida y vibrante hacia la boquita de la niña, atraída, sin duda, por el olor de la leche que su madre acababa de darle. Carlos tendió su carabina, silbando como la hembra de la víbora; ésta levantó vivamente la cabeza y la bala partió. Cuando él y la madre se acercaron, la niña seguía durmiendo risueña; sobre su pecho yacía el cuerpecillo helado del reptil.

Más que suficiente era esto para imponerse al respeto casi supersticioso de sus compañeros, así es que cuando pidió permiso para emprender en compañía del francés y de algunos *yankees*, una excursión al occidente del río Colorado no tuvieron los jefes inconveniente en concedérselo. Al poco tiempo nuestros guerreros lavaban oro en los placeres del Sacramento y en las pendientes de la Sierra Nevada. California era entonces un *Eldorado* y Carlos marchó pronto á Europa cargado de oro; parte de su fortuna había quedado, sin embargo, depositada en la tribu. Recorrió el continente desde los Highlands hasta el Vesubio y desde la Alhambra hasta Santa Sofía. Allí aprendió todos los vicios elegantes y los ex-

tremó todos, pero á todos resistió su naturaleza de fierro.

El año de 1861, casi arruinado, vino á Méjico y, recomendado como lo estaba á las más ricas familias de la capital, brilló pronto por su *esprit*, por sus excentricidades y sus galantes aventuras. Carlos, sin embargo, se fastidiaba en regla; el cazador de cabelleras no estaba hecho para nuestra sociedad raquítica y retraída. Había en él la impetuosidad del caballo de la Pampa y los arrebatos de entusiasmo del árabe; y la mirada del ave de presa, la nariz palpitante del piel roja y la boca sensual del mejicano. ¿Qué lugar podía tener un hombre así en nuestra sociedad sin carácter determinado, semicivilizada, semibuena y semimala?

La guerra le proporcionó la distracción que anhelaba; el cinco de Mayo (esto nos lo ha referido el general M.), desempeñaba, muy acicalado y admirablemente armado, el papel de ayudante voluntario de Zaragoza; su gusto era hacer tiros sobre los franceses y siempre eran ciertos; él acompañó á dar órdenes peligrosas á L. y al pobre de Casarín, noble y valiente muchacho segado por la fatalidad, cuando empezaba á tejer como escritor y soldado, su doble corona de gloria.

Siete meses después se embarcaba con una misión secreta de nuestro gobierno en Europa; la misión fracasó, pero él permaneció envuelto en el torbellino de París.

He aquí lo que escribía á un amigo de Méjico.

« Querido Rafael: Á pesar de que no tiene objeto mi permanencia aquí, aquí me quedo. Tú solo sabes que

la misión que se me confió tenía como elemento principal de buen éxito atraerme la simpatía de una mujer, de suprema influencia en cierto corazón. Nada logré; mas junto de esa mujer, había otra; una mejicana y... y estoy enamorado. Dime, ¡oh! veterano de Cupido, ¿crees que mi corazón esté hecho para el amor?

« El caso es que no disminuye, sino antes bien crece, la extraña conmoción que en mí produjo esa mujer y ya no sé, ya no puedo dormir. Algo inmenso con la inmensidad de un alma, nacía y se formaba en mi interior lentamente; cuando arrojé á mi corazón una mirada lo comprendí todo; comprender el amor es acercarse á Dios. Esa noche comprendí también el goce de Colón al oír la voz del vigía y el de Víctor Hugo concluyendo *los Miserables*.

« Es casada; se llama Beatriz. Nada me importa su estado; no porque esta sociedad haya logrado corromperme el corazón; no, sino porque el amor está por encima de todos los deberes; es el deber supremo. Tú conoces á su marido; la hace sufrir mucho; una mujer que sufre... No te alarmes; no usaré de esta ventaja; quiero por vez primera y mi primer amor no se mancillará jamás. Te lo juro.

« Cuando presiento que la hipocresía social puede ser un obstáculo entre ella y yo... ¿Recuerdas esas noches de borrasca en la mar, en que las olas se ponen negras como una mortaja y vibra el relámpago descubriendo mundos de fantásticos contornos en cada pliegue del cielo? Ya sabes qué bello es el espectáculo y qué infinita

dulzura siente el corazón cuando de aquellas grietas fosfóricas sale á bocanadas el huracán! Tuyo. — Carlos A. »

Beatriz tenía veinticuatro años; un poco delgada, grandes ojos negros, boca roja y carnosa como un clavel, tez color de perla, larga, magnífica, negrísima cabellera. Sus pies habrían admirado en una tertulia andaluza, sus manos en un té de nobles en Inglaterra.

Era mejicana, nacida en Guadalajara, en ese oloroso y caliente nido de profundas pasiones y virtudes excelsas, en donde han cantado Isabel Prieto y Ester Tapia. Mujer de superior talento, pronto comprendió la sinceridad de la pasión de Carlos y su reserva digna sólo sirvió para atizar la hoguera. Una ocasión le fué forzoso oírlo; el joven dijo todo cuanto sentía, ¡ con un calor! ¡ con una fé! como si se estuviese confesando con su madre. Beatriz profundamente conmovida, no pudo rechazarlo, no supo responderle; pero se puso á llorar. Pensaba la desgraciada niña cuán dichosa habría sido al lado de aquel joven de quien una casualidad podía hacer ó un criminal ó un santo; recordaba su enlace sin afecto ni estimación siquiera con un hombre corrompido con la más disolvente de las corrupciones: el juego. Mas todas estas reflexiones se desvanecieron instantáneamente... Beatriz era madre y jamás en una mujer de corazón podrá sobreponerse amor alguno, al amor de la madre, trasunto del amor providencial de Dios. Carlos salió de casa de Beatriz loco de dolor. Sólo dos palabras le había dicho Beatriz: ¡ imposible! ¡ nunca!

He aquí un fragmento de otra carta suya :

« Es de mármol esta Beatriz; no ha podido concebir la inmensidad de mi cariño. ¿ Me habré equivocado? Pero es tan bella, Dios mío, es tan bella. La amaré á pesar del mundo, á pesar de ella misma, á pesar de... Ya tengo miedo de blasfemar. — ¡ Si vieras qué cambiado estoy! No he tenido un duelo siquiera; un viejo marqués célibe le hace la corte á Beatriz; ese viejo español ha ganado poco ha sumas enormes al marido, debía yo haberle matado. Nada le he dicho; tengo miedo de morir.

« ¿ Por qué dejaría yo mi choza de tierra y mi caballo en la Apachería? Los dejé para amarte, Beatriz, y para ser amado. Es irremediable; es nuestro destino.... »

Dos y tres años pasaron; Carlos no había vuelto á decir una palabra á Beatriz; pero la seguía á todas partes. En el invierno de 1863 se hallaban en Sevilla cuando murió el marido de Beatriz asesinado al salir de una casa de juego. « Soy feliz, » fué la primera expresión de Carlos al conocer el trágico suceso. Escribió á Beatriz y le dió cita en París para casarse. Terminaba sus preparativos de boda, sin haber tenido un solo instante de vacilación y de duda, cuando recibió una carta de Beatriz anunciándole su enlace con el marqués acreedor de su difunto marido. « Este hombre tiene en sus manos el porvenir de mi hijo, me ha puesto esta terrible condición y me sacrifico; perdóneme V. y no vuelva á pensar en mí. »

Carlos lloró largo rato de un hilo, como un niño, como

una mujer, como un tonto. Sus lágrimas se secaron al fin; entonces se levantó sereno, satánico, su fisonomía había cambiado, un hombre implacable había aparecido, por sus lágrimas había perdido gota á gota su corazón. El amor había dejado una huella espantosa, pero había pasado.

Llegó á Sevilla, insultó al marqués, lo mató en un duelo y huyó con Beatriz á Nápoles. La infeliz luchó largo tiempo, quería conservarse honrada para su hijo, quería casarse, pero estaba loca de amor.....

Terminaremos con otro fragmento epistolar esta parte de nuestra historia, ¡ ay! demasiado verídica historia :

« Beatriz ha muerto y ha muerto pronunciando mi nombre, no el nombre de su hijo. Ha muerto llamándome desesperada; yo estaba á muchas leguas de ella. ¡ Ah! Esa mujer desconoció mi amor y fué mía; me hizo infeliz por su hijo y murió olvidándolo... ¿ Qué venganza mejor? Si hay Dios, si he obrado mal, que él me exija cuenta; pero ¡ ay del que intente pedírmela en la tierra! — Ni allí quedará mi venganza; no, no, he sufrido mucho; es preciso hacer sufrir tanto como yo he sufrido; mientras queden mujeres en el mundo, sólo mi muerte apagará mi deseo de hacerlas padecer; todos sus sufrimientos condensados en uno, apenas equivaldrán á una hora del mío. Hagámoslas llorar.

« Cuando Beatriz la virtuosa, la santa, pasó por encima de su deber para venir á mí, la abandoné. Fué la mitad del desquite; murió y su hijito será recogido en un hospicio de caridad. ¡ Ah! Beatriz, llorarás hasta en la

tumba. Fuisteis para mí cieno, corrupción y engaño, yo seré para vosotras engaño, corrupción y cieno. »

## II

Los propósitos de Carlos eran de un réprobo ó de un demente. Mas sus palabras decían bien el enorme acopio de amargura que se había depositado en su corazón. Por el lado del desengaño el *donjuanismo*, como siempre, había invadido su corazón y subido su ola hasta anegar su espíritu; porque es claro, cuando se ha perdido la fé en la mujer, todas nuestras creencias mueren una en pos de otra; y mueren pronto. Después de su drama amoroso, Carlos se entregó al estudio, resuelto á dominar y á aniquilar lo que llamaba los últimos restos de sus supersticiones de salvaje con el disolvente de las doctrinas materialistas. Por eso estudió medicina; cuando Claudio Bernard le pareció un jesuíta y Robin un reaccionario en filosofía, tiró sus libros y se embarcó para Veracruz.

El domingo 5 de Agosto de 1867 varios amigos estábamos en la Profesa. En un grupo de muchachas instalado muy cerca del presbiterio, casi todas bonitas, descollaba una, bella con una belleza casi sobrehumana de esas que producen al mismo tiempo admiración y tristeza, como lo ideal, como lo imposible; y que luego, á medida que la contemplación se prolonga, van sumergiendo al alma en un sentimiento de adoración semejante al que nos invade, cuando enamorados de un

ensueño, penetramos en un templo á la hora inefable del crepúsculo.

Adelaida no tenía el tipo vaporoso y blondo de la mujer del norte, ni el de la de los países que abraza el sol; era una belleza de todos los climas, de todas las regiones: hubiera sido bella lo mismo en Alemania que en Grecia, era la beldad absoluta, si algo absoluto puede haber en este mundo.

Sus ojos grandísimos eran negros, según muchos, yo siempre los creí azules como zafiros; la morbidez sedosa de sus formas, el granate immaculado de sus labios, la blancura láctea y luminosa de su tez, como la de un altísimo celaje de primavera y su cintura maravillosamente proporcionada á su cuerpo y á la cadencia rítmica de su andar, todo contribuía á hacer de aquella niña una especie de obra *ad hoc* del supremo artista de la naturaleza. Al pie del altar, la niña sentía temblar la plegaria en sus labios y temblar el caliente pudor en sus mejillas, porque las miradas ávidas ó estáticas que en ella se fijaban hacían vibrar casi la atmósfera en que se erguía su dulce cabeza ideal. Llegó el momento de la elevación; oleadas de perfume llenaban el recinto sagrado y subían lentamente hacia las grandes lámparas que pendían de las bóvedas; la voz del órgano surgía armoniosa, magnífica como la voz de un mundo redimido, y luego resbalaba en cadencias muy tristes, muy suaves, que morían en un silencio vibrante aún de ecos melódicos y de emoción. Era aquello como el *adiós* de esos sentimientos nobles y grandes que un día abrigaron á la

civilización, pero que se van para siempre desde que la civilización marcha sola... Todas las frentes estaban inclinadas, palpitantes todos los corazones, en medio de silencio solemne, el inmenso misterio eucarístico iba á realizarse, la hostia se elevó blanca y redonda... Una risada estridente resonó en aquel instante; volvimos la cara: eran dos jóvenes de apariencia exótica, dos parisienses al parecer, que entraban departiendo ruidosamente.

Uno de ellos se adelantó hasta el presbiterio y volviendo la espalda al oficiante, se puso á ver con impertinencia un tanto afectada á las mujeres y notó á Adelaida y una llama se encendió en sus ojos. Adelaida, con una especie de sobresalto nervioso, alzó la vista y se puso blanca como los cirios del altar. El que había producido tamaño efecto en ella, era un extraño pisaverde á fé. La rigidez de su fisonomía escultórica, el fulgor leonino de sus pupilas, el insolente crispamiento de su boca sensual, fijaban la atención de todos. El desdeñoso provocador y bello miraba tenazmente á la niña que se debatía bajo aquella mirada. Hubo un momento en que el joven volvió la vista á otra parte y Adelaida lanzó hacia él una mirada rápida; cargada de odio ó de amor? Fué como un relámpago; el pisaverde la sintió y se volvió hacia ella rápidamente; Adelaida se santiguaba puesta ya de pie; en el extremo de sus largas pestañas temblaba una lágrima.

Un mes después:

« Señorita: es preciso que V. me ame, porque es pre-

ciso que yo viva. Tiene V. quince años y una belleza increíble; posee V. los dos ojos más lindos que existen en ambos mundos y ellos revelan el alma más pura que haya sobre la tierra. Quince años ha que busco algo que es V.; es decir, que nacía V. apenas y yo la presentía. Amar... Quince años hace que quiero comprender esa palabra; hoy el destino me trae á las plantas de V. — Es, pues, necesario que V. me ame; Dios lo quiere; responda V. á esta sola pregunta: ¿ Me amas? — Carlos Alheño.

Por la noche, casi debajo de los balcones de Adelaida, Carlos abría, temblando como un colegial, un papelito fino y oloroso que decía: Sí.

Aburrido de las mujeres, hastiado, enfermo á consecuencia de sus excesos, Carlos arrastraba penosamente por el mundo su vejez de joven. Había tenido la suerte de encontrar un nuevo motivo de vivir en cada nueva conquista y había aplazado el suicidio. — Era un libertino y, sin embargo, gustaba de odiar y provocar á los libertinos que encontraba á su paso; era esta una forma singular del desprecio que sentía por sí mismo. En la Habana había alquilado á la traviata de tono; la instaló en una rica y risueña casa, le regaló negros, la llevó á Tacón cubierta de pedrería; cuando ella, por capricho, gratitud, cariño ó costumbre, le dijo *te amo*, no la volvió á ver. Cuando la aburrída dama buscó un cortejo, Carlos logró sorprenderla y, siguiendo el ejemplo de un prócer mejicano de antaño, cortó á la infiel las orejas; rasgo apache que lo hizo muy popular.

En el paquete en que fué á New-York, tuvo un trágico lance con un oficial, George Stephens; se batió con él al sable y, en cambio de una cruel herida, degolló casi á su contrario. No podía ser más grave la causa del combate; Stephens tenía una hermana, Mary, á quien Carlos, acogido paternamente por el joven, había deshonrado en Cuba. George lo buscó, lo siguió, dió con él al embarcarse y cuando el vengador de su honra cayó sin vida, la pobre Mary se arrojó al mar y Carlos ignoró si la habían salvado.

Al volver á Méjico, recibió un mensaje que le obligó á ir á S. Luis. Allí lo esperaba un hombre extraño; encerróse con él y le dijo: « Padre, te doy las gracias por el ofrecimiento que me haces; dáselas en mi nombre á mis padres y hermanos de la Apachería. Antes de pensar en suicidarme, me acordaré de vosotros. Te espero en Méjico, cuando ocho lunas hayan transcurrido; ahí sabrás mi resolución. Adiós. »

El viejo apache que iba vestido como un rancharo de la frontera y hablaba el inglés á maravilla, le dejó un paquete con varias cabelleras, una carabina y el cuerpillo curiosamente conservado de una víbora. ¿Qué quería este hombre de Carlos? Los apaches gastaban entonces sus tesoros amontonados y escondidos durante largos años en pagar agentes de todas las nacionalidades, para impedir que el gobierno de los Estados-Unidos los obligase á encerrarse en una *reservation*; algunos jefes, instigados por los extranjeros que entre ellos había y que los explotaban sin misericordia, habían ido

disfrazados á las ciudades del Este, se habían afiliado en las logias masónicas; todo había sido inútil; el gobierno americano persistió en su propósito, ó perdían la libertad ó perdían la vida, ese era el dilema. Entonces habían comprado pólvora y armas, y se preparaban á la suprema resistencia; pero necesitaban un jefe, muy inteligente, muy bravo, muy conocedor del modo de combatir del enemigo y pensaron en Carlos, el hijo pródigo de la tribu.....

Apenas llegado á Méjico, Carlos conoció á Adelaida en una tertulia. La belleza poética de la joven, su recato encantador, el respeto con que era admirada, atrajo su atención. En un baile logró hablar con ella y la pobre niña, todavía sucede esto, se sintió magnetizada, esclavizada. La mirada, las palabras de aquel hombre la hacían sufrir; pero era el suyo uno de esos sufrimientos que, probado una vez, resulta superior á todos los placeres.

Carlos se estremecía al recibir, poco tiempo después, el lacónico billete de Adelaida. El desdeñoso libertino, que estaba seguro de no desmentir nunca la actitud bayroniana que había estudiado profundamente, se sintió herido en el corazón; una nueva herida, pero tan honda... Empeñábase en agitar el vaso turbio de su alma, para que se sumergiese la idea dominante; era inútil y se desesperaba y forjaba mil satánicos propósitos y cada vez era menos dueño de sí; amaba.

Si su amor propio no hubiese estado empeñado ya en

la conquista de Adelaida, acaso habría huido; pero pensaba en la risa de sus amigos y se quedó. Una maquinación de la casualidad, como dice Manuel de Olaguibel, colocó frente á frente á aquellos dos seres, dos grandes corazones, inmaculado el uno, gangrenado el otro. ¿Por qué Dios hace eso? Carlos corrió al café; ahí afectaba reír de aquellos amorcillos y era loeuz y estúpido y sentía con rabia indecible la resurrección de los sentimientos buenos y la aparición, en su interior, de una visión sublime y radiosa, el santo recuerdo de su madre, que en todas las grandes crisis de su vida, surgía ante él como una estrella guiadora de luz inefablemente dulce.

Sí, contó en el café que Adelaida le correspondía y, con indigna ironía, habló de ella y de ellas... ¡Bah! á todas las despreciaba. Uno de sus amigos, para hacerle coro, tuvo la ocurrencia de decir que efectivamente Adelaida, como gazmoña que era, debía de ser fácil y... no terminaba y ya tenía en la cara toda la taza de café de Carlos.

— Qué queréis, decía, es un capricho que me costará un duelo; no me importa; pero ¡ay de quien crea que yo la amo! yo no puedo amar á nadie, como el diablo. — La mujer no es una arpía, no es un dragón capaz de devorarnos; no; no es nada. El hombre debe elevar esa nada, al rango de esclava suya. Es una obra de arte útil; lo que no sucede con todas las obras de arte. Y, mirad, yo odio á las mujeres hermosas; quien crea en ellas es un miserable, yo lo insulto. Pero como

alguna de ellas, según los poetas dicen, suele mordernos en el corazón y destrozarlo, es preciso que el corazón cicatrice con las lágrimas de un verdugo encantador. Los hombres debían brindar en todas sus orgías con lágrimas de mujeres seducidas en cráneos de hombres engañados. ¡Oh! sí, añadía con siniestra exaltación que llevaba á la estupidez la admiración de sus imbéciles comensales (yo era de ellos) ¡oh! sí, hagámoslas llorar. » Y estrelló su copa contra el mármol de la mesa.

Cuando aquel Luzbel erótico llegó á su cuarto, se apretó el corazón con las dos manos y cayendo de rodillas, murmuraba: « Yo la amo, la amo. » Y al volver á ser un hombre, aquel desgraciado daba á su voz inflexiones que debían ser eco de la voz divina del que dijo: Pase de mí este cáliz...

En el mismo instante, Adelaida, purísima y blanca en su blanco vestido de dormir, se arrodillaba al borde de su cama inmaculada y en vez de su habitual plegaria, decía, suspiraba más bien: Carlos.

Y las almas de ambos jóvenes iban como dos exhalaciones á confundirse en el cielo, en la urna de estrellas de la noche...

## III

En una noche de orgía, se hizo Carlos esta reflexión: Para borrar la ilusión que nace, basta un minuto de realidad... Y el impio profanó con su pensamiento leproso el recuerdo de Adelaida que persistía puro en

la conquista de Adelaida, acaso habría huido; pero pensaba en la risa de sus amigos y se quedó. Una maquinación de la casualidad, como dice Manuel de Olaguibel, colocó frente á frente á aquellos dos seres, dos grandes corazones, immaculado el uno, gangrenado el otro. ¿Por qué Dios hace eso? Carlos corrió al café; ahí afectaba reír de aquellos amorcillos y era loeuz y estúpido y sentía con rabia indecible la resurrección de los sentimientos buenos y la aparición, en su interior, de una visión sublime y radiosa, el santo recuerdo de su madre, que en todas las grandes crisis de su vida, surgía ante él como una estrella guiadora de luz inefablemente dulce.

Sí, contó en el café que Adelaida le correspondía y, con indigna ironía, habló de ella y de ellas... ¡Bah! á todas las despreciaba. Uno de sus amigos, para hacerle coro, tuvo la ocurrencia de decir que efectivamente Adelaida, como gazmoña que era, debía de ser fácil y... no terminaba y ya tenía en la cara toda la taza de café de Carlos.

— Qué queréis, decía, es un capricho que me costará un duelo; no me importa; pero ¡ay de quien crea que yo la amo! yo no puedo amar á nadie, como el diablo. — La mujer no es una arpía, no es un dragón capaz de devorarnos; no; no es nada. El hombre debe elevar esa nada, al rango de esclava suya. Es una obra de arte útil; lo que no sucede con todas las obras de arte. Y, mirad, yo odio á las mujeres hermosas; quien crea en ellas es un miserable, yo lo insulto. Pero como

alguna de ellas, según los poetas dicen, suele mordernos en el corazón y destrozarlo, es preciso que el corazón cicatrice con las lágrimas de un verdugo encantador. Los hombres debían brindar en todas sus orgías con lágrimas de mujeres seducidas en cráneos de hombres engañados. ¡Oh! sí, añadía con siniestra exaltación que llevaba á la estupidez la admiración de sus imbéciles comensales (yo era de ellos) ¡oh! sí, hagámoslas llorar. » Y estrelló su copa contra el mármol de la mesa.

Cuando aquel Luzbel erótico llegó á su cuarto, se apretó el corazón con las dos manos y cayendo de rodillas, murmuraba: « Yo la amo, la amo. » Y al volver á ser un hombre, aquel desgraciado daba á su voz inflexiones que debían ser eco de la voz divina del que dijo: Pase de mí este cáliz...

En el mismo instante, Adelaida, purísima y blanca en su blanco vestido de dormir, se arrodillaba al borde de su cama inmaculada y en vez de su habitual plegaria, decía, suspiraba más bien: Carlos.

Y las almas de ambos jóvenes iban como dos exhalaciones á confundirse en el cielo, en la urna de estrellas de la noche...

## III

En una noche de orgía, se hizo Carlos esta reflexión: Para borrar la ilusión que nace, basta un minuto de realidad... Y el impio profanó con su pensamiento leproso el recuerdo de Adelaida que persistía puro en

su alma saturada de ensueños, como una de esas suaves y castas vírgenes murillescadas en su marco de ángeles y de nubes.

Carlos hizo el oso á su víctima, á mi presa, como decía; mañana y tarde, partiendo de su cuartel general en la peluquería de Escabasse, se encaminaba, dejando una huella de lavande ó de violeta, como el más empecatado pisaverde, hacia la calle en que su novia vivía. La pobrecilla se estremecía como una sensitiva apenas vislumbraba á Carlos en la extremidad de la calle y lo veía alejarse con los ojos llenos de lágrimas. Adelaida no había leído más novelas de amor que Atala y Pablo y Virginia; era cuanto, era todo. Su temperamento romántico y nervioso hacia lo demás; aquella niña vivía con el alma envuelta en una perpetua novela de amor y de imposible amor; Chactas y Pablo habían sido sus novios perpetuos, á través de tristes y divinas aventuras, en su silencioso, pero perenne ensueño. El misticismo no calmaba su aspiración indefinible á lo misterioso, á lo sublime del amor; al contrario. Cuando amó á Carlos creyó sentir humanizado para siempre su ideal y en las miradas del esposo de su alma creía sorprender algo de sobrehumano, de inmenso, como un cielo entrevisto por los jirones de la tormenta. Sus amigos se extasiaban ante la elegancia varonil del porte del joven y el corte de su levita y la intachable corrección de sus guantes. Adela no podía ver estos detalles: la pobre niña buscaba con ansia febril lo que había dentro de aquel corazón... Y creyó en su amor.

Carlos hacía excursiones nocturnas por los alrededores de la capital en un caballo de sangre pura; esta costumbre, adquirida desde la primera infancia, no podía modificarse, así necesitaba vivir. Cuántas veces al amanecer volvía de sus carreras locas por las calzadas cercanas á la ciudad y se ponía á rondar, como un caballero de los tiempos de capa y espada, los balcones de su amada y corría luego avergonzado á su casa, de donde salía pocas horas después, insomne y febril, pensando en el modo de ocultar á sus amigos la pasión que lo avasallaba. — En consecuencia, seguía hablando mal de las mujeres en los cafés á cara descubierta y á medias palabras en las tertulias; á solas se quedaba horas enteras pensativo; á solas la sagrada imagen de su madre le sonreía y llevaba en sus brazos un nido de palomas y su mirada despedía un rayo de luz clara y pura como la que brotaba de los ojos de Adelaida.

¡Quién hubiera dicho á aquellos dos seres destinados á una fusión sublime, sin duda, que á poca distancia de ellos, solo, ignorado, pobre, un joven, un adolescente, aceptaba un sacrificio indecible con absoluta abnegación!

Carlos me confesó alguna vez que había notado con nerviosa, aunque fugaz impaciencia, que un muchacho, que tenía aspecto de misérrimo estudiante, iba todas las noches, á las diez, y en la mañana, muy temprano, á situarse en la puerta cochera situada frente al zaguán de la casa de Adelaida. Alguna ocasión, Carlos creyó notar que á tiempo que su amada salía al balcón, aquel mudo y sempiterno centinela se ponía de rodillas en la som-

bra de la noche. Carlos sonrió, luego frunció el ceño y, por último, rió de todas veras. ¡Algún loco!

Ignacio era entonces impresor. Empezaba ya á estudiar medicina, cuando la falta de recursos, su orfandad y desamparo, le obligaron á dedicarse á un trabajo que le produjese en el acto con que comer; el taller tipográfico, entonces flamante, de Díaz de León y White, fué para él una tabla en el naufragio. Al salir del colegio bendijo á Dios; los libros le aburrían y hacía versos. Esto último bastaba para que la sociedad, en su presupuesto de ingresos, no pudiese clasificarlo como valor, era un cero. Desgraciadísima criatura inteligente y vigorosa, pero sin objeto en este mundo; sus versos no tienen en cuenta á la Tierra, son alados, dialogan sin cesar con Dios. Es la suya, una poesía vaga y misteriosa, que se difunde en endechas líricas, saturadas de un imposible amor, pero vibradoras y raras como si el poeta de pie sobre una estrella cantara una serenata frente al balcón de Adelaida engarzado en el firmamento.

Algunas de estas estrofas publicadas habían llegado hasta Adelaida, que había agradecido aquellos extraños cánticos de adoración, sin fijarse en ellos. Había allí una equivocación ó una emboscada de la suerte, que es la ironía de Dios. Aquellas almas eran muy semejantes y, sin embargo, no podían encontrarse en su rápido tránsito entre dos eternidades... ¡Quizá en un astro! decía Ignacio. Tengo á la vista su retrato, obra de Cruces: muy alto, muy joven, mucho de femenino en el alma que se percibe asomada á sus grandes ojos azorados y tristes.

Era muy tímido, con pudores de doncella y orgullos de caballero andante. Aislado aun en medio de la fátidica legión de los desterrados, no tuvo para la sociedad un insulto, ni para Adelaida una súplica. En las pocas y divinas páginas que escribió, buscaríais, en vano, el soberbio sarcasmo de Byron, la imprecación candente de Espronceda, la amarga y febril queja de Rodríguez Galván: no le hizo al mundo el honor de ocuparse en él. Vió á Adelaida: era así como había concebido la belleza, era un trasunto de su ideal, la amó con todo su ser: ¿Adelaida llegó á verle? Tal vez. ¿Se sonrió alguna vez? Quizás. ¿Supo quién era? Vagamente; eso explicaba acaso una que otra pasajera sonrisa que habían transportado á Ignacio al cielo. Creyó apasionadamente que el ángel comprendería al poeta: no fué así; no podía ser así.

Carlos se había acostumbrado á la presencia del silencioso poeta y concluyó por no hacerle caso. Ignacio fué testigo de la primera entrevista de los dos amantes; su esperanza había muerto; su infierno comenzaba, era preciso morir; pero una horrorosa necesidad lo empujaba sin cesar hacia la impia y matadora voluptuosidad del dolor. Su musa murió, no escribió ya versos; uno que otro pensamiento, apuntes, destellos, como los llamé yo, estertor, como él los llamaba. No faltó, con todo, una sola noche á su escondite; verla, verla siquiera... Ese era el amarguísimo pan cotidiano de su corazón.

¡Qué pasaría por ese corazón al oír la tierna querrela

de los dos enamorados! Una agonía, mas sin celos; su dolor era compuesto de desaliento, de acabamiento, de fuga hacia la tumba... Estos sufrimientos no son para el corazón de un hombre, el alma misma es capaz de disolverse en ellos. ¡Qué fatalidad coloca en la mitad del camino de un ser apto tan sólo para extremar é idealizar todo sentimiento, á una mujer capaz de resumir y dar vida á un mundo de ensueños, pero rodeada con el inalzable velo de las divinidades egipcias, y que tiene un solo nombre, *imposible!*

Ignacio sólo odió á Carlos cuando pudo escucharlo jactarse de la conquista de Adelaida. Una noche, observó que el libertino pedía á su amada un beso, la niña dijo: sí, y ya se disponía Carlos á escalar el balcón, cuando el coplero se lanzó hacia él y Adelaida huyó.

— ¿Qué quiere V. ? preguntó Carlos.

— No sé, contestó Ignacio.

— ¡ Ah ! está V. loco, repuso el petimetre, que se alejó entre furioso y divertido.

Ignacio quiso detenerlo, pero una puñada vigorosa de Carlos en el rostro, le hizo rodar sin sentido.

Ignacio escribió en su libro de apuntes estos renglones, esa misma noche (yo conservo entre mis reliquias esa hoja): « El duelo es el *car* de todas las sociedades; es un *mentis* á todas las civilizaciones. El duelo es la venganza nulificada; es el ridículo embarrado de sangre; es la razón temblando de miedo; es el estupor de parecer cobarde. Los que pensáis, los que amáis, levan-

taos y emprended una cruzada contra esa innoble tiranía del plomo; yo la bendigo, es mi oportunidad de morir. »

Al día siguiente fué al teatro. Cuando la concurrencia salía después de la función, Ignacio, nervioso y pálido como la fatalidad, siguió á Carlos y se plantó frente á él; una nube de *Leones* formaba valla en el vestibulo. Apareció Adelaida, espléndida, luminosa, con la adorable cabeza envuelta en seda blanca y encajes. La acogió un murmullo de admiración y envidia. Al pasar del brazo de su tío, la joven, frente á Carlos, dejó caer su guante blanquísimo. Carlos se inclinaba á recogerlo, cuando Ignacio que espiaba con ojos febriles, lo levantó rápidamente y, en presencia de aquel elegante gentío, azotó con él la cara de su rival. Adelaida vió con indecible sorpresa el movimiento de Ignacio y oyó el ruido de una caída; Carlos, sofocado de rabia, había caído al suelo como un muerto.

Adelaida creyó también morir; su tío la arrastró al coche y las lágrimas la serenaron un tanto. Al día siguiente, recibió esta esquila de Carlos: « Si es cierto que me amas, ven á ver la venganza como has visto el insulto. El sitio es una pequeña calzada de árboles en el camino de Mixcoac á S. Angel, pasada la casa de U.; á las cinco de la tarde de hoy. Te espero. Quisiera tener mi rifle y mi caballo de la apachería, para poder poner á tus plantas la cabellera de mi enemigo. Recuerda mis palabras; la que me ame será como el águila y como la

paloma. Jamás me rehusará nada; jamás llorará cuando yo mate ó cuando yo sufra; será mía. La querida del apache, esclava de su amor, y reina de las reinas, gracias al brazo y al corazón de su esposo. Te espero y no tengas miedo por mí; te amo demasiado para querer morir; no moriré.»

Ignacio escribía en su libro de apuntes en el mismo momento en que Adelaida recibía la extraña carta de su novio:

« El mundo es una lágrima cristalizada en el rostro indescifrable de la esfinge. Y va rodando por lo desconocido arrastrando su eterna mortaja. Algunos pueden cubrir durante una hora su jirón de sudario, con oro y con flores. Yo no pude hacer eso, yo no pude nada; yo sólo pude agrandar mi corazón á fuerza de sufrir, pero siempre el dolor rebosaba. — Es mi corazón un Calvario que llena todo mi horizonte; es inmenso; por la falda de ese Calvario rodaría la Tierra como un guijarro inútil. Desde mi Gólgota te saludo, blanca cima del Tabor, aurora de mi transfiguración. — Tú, mi amada, tú eras el ángel que me presentó el cáliz de amargura y lo apuré como el Cristo en Gethsemani, mas sin pedir á Dios nada. — Pasé por tu vida como una sombra; aparecí á tus ojos como una lágrima. Humilde como era, me atreví á adorarte; obscuro, pedí al cielo tu amor, tu luz. Si alguna vez me recuerdas, Adelaida, verás aparecer mi sombra á las puertas de tu felicidad; esa sombra te traerá la corona de la muerte, que es una corona de inmortales. — Te espero, ideal mío, y creo que nues-

tro destino será unirnos por la eternidad en las nupcias de ultratumba. porque creo en Dios.»

Adelaida contestó con una negativa la esquila de Carlos; pero después de una vacilación prolongada y dolorosa partió en su coche. Aquella criatura frágil como una copa de cristal, decidió con pasmosa energía ir á salvar la vida del pobre impresor; adivinaba que era la única que estaba en peligro. Recordaba mil incidentes en que no se había fijado antes, algunos fragmentos de versos, aquella muda y tenaz adoración... Adivinó un sufrimiento supremo, se creyó culpable, y febril, delirante casi, llegó á pie al sitio indicado.

La tarde había avanzado; el sol en un gran claro del cielo caía á plomo, rojo y enorme sobre una ondulación de las montañas; un toldo de nubes grises bordadas de fuego, parecía flotar al viento retenido por las cimas de las montañas azules.

Adelaida parecía esperada por Carlos; al aparecer la joven quedó un momento rígida, paralizada de asombro y de terror. Vió á Carlos levantar su pistola y á Ignacio muy pálido con la mirada fija en el sol. Quiso gritar, precipitarse; no pudo. Oyó la detonación; Ignacio se desplomó en brazos de sus amigos y cayó suavemente en el polvo. Con un esfuerzo de esos en que parece que va á dejarse la vida, Adelaida lanzó un gran grito y se arrojó sobre el herido, que abrió los ojos y sonrió. Adelaida estaba de rodillas, sin saber qué hacer, sin pensar siquiera.

Carlos estaba inmóvil y sombrío. Ignacio, cuyo pecho había casi desnudado el médico, murmuró con una voz de ultratumba, y clavando los ojos en Adelaida :

— Un beso.

Carlos se estremeció.

— Un beso, repitió el agonizante.

Carlos cruzó con su novia una mirada, la de él era satánica ; la de ella sublime y santa.

Ignacio hizo un movimiento y Adelaida se inclinó y pegó sus labios á los labios tibios aún del cadáver.

Se puso el sol.

## IV

Transcribo una carta de una amiga íntima de Adelaida :

« Después del funesto acontecimiento provocado por la desesperación de Ignacio, Adelaida se enfermó gravemente ; tenía que ser. Hubo día en que la intensidad de la fiebre fué tal que la lloramos perdida. — La conducta de Carlos nos llenaba de indignación. No abandonaba los cafés y las reuniones de locos como él ; en ellas se expresaba con repugnante sarcasmo del amor de las mujeres y de la imbecilidad de los hombres que en él creen. Era, como dice el tío de Adelaida, un satanás vestido á la *dernière* ; mas su modo de predicar el mal era tan agresivo que los hombres se mordían los labios de coraje y las mujeres reían como si quisieran llorar. Todos ellos habrían querido matarlo ; conquistarlo y seducirlo todas ellas ; mas ellos y ellas le tenían miedo. ®

« Algunas ocasiones, cuando me tocaba velar por la noche á mi pobre amiga y sentía yo oprimido y adolorido el corazón al escuchar los pensamientos que su delirio agitaba en su cerebro, me acercaba á las vidrieras de la sala y pegaba en los fríos cristales mi frente calenturienta. Desde allí creía ver en la acera de enfrente un bulto

negro, inmóvil y que me parecía fatídico; supo que era Carlos. Llegué á figurarme, tan profunda era así mi preocupación y mi pena, que era la sombra de ese pobre muchacho, que ninguna de las amigas de Adelaida conoció y que había sucumbido como los pajaritos que caen de su nido durante una noche de helada.

« Llegó el día de la crisis; Adelaida estaba á punto de expirar; su tez de marfil antiguo se destacaba del marco de su rica y obscura cabellera, como uno de esos perfilados y amarillentos rostros de virgen en los cuadros de los españoles del gran siglo. Estaban sus ojos entreabiertos y empañados, su boca parecía una violeta marchita. La tenue luz de la veladora hacía que las cortinas de la cama proyectasen extrañas sombras en la frente de la enferma. Yo, fatigada profundamente, hacía esfuerzos por vencer el sueño parada al pie de su lecho. De cuando en cuando subía de punto el respirar jadeante de la enferma; parecía el estertor que comenzaba. Resonaban el tictac del reloj que medía el tiempo á aquella agonía y, en la pieza vecina, los pasos del doctor Jiménez y del tío de Adelaida amortiguados por la alfombra.

« Un momento me venció el sueño; un momento no más, y desperté sobresaltada. Adelaida tenía los ojos blancos como los de un busto de mármol; sus labios estaban crispados, no respiraba. En toda la casa se oyó mi grito de terror. Me lancé hacia ella, le tomé la mano glacial, se la besaba; el médico acercaba el oído al corazón de la moribunda, el cura Sollano oraba lentamente, el pobre tío de Adelaida, para quien era todo la

huérfana por él amparada, lloraba en un rincón; las criadas encendían la cera bendita.

« Se abrió la puerta en ese instante; no lo ví, lo sentí; Carlos terriblemente pálido, como si fuera otro agonizante, entró; en su mirada se dibujaba con el fulgor de un sufrir extrahumano, una pregunta suprema. Pero eso fué instantáneo; ni nadie supo, ni pudo contenerlo; se arrojó sobre Adelaida, alzó en sus brazos su cuerpo casi impalpable y lacio, y la cubrió locamente de besos y de lágrimas. Nadie se lo impidió. Había tan intenso dolor en aquellos besos, una pasión tan irresistible, que todos estábamos conmovidos. El doctor que nos contenía con un ademán, seguía ansioso la escena. De improviso Carlos enderezó la cabeza fijando en Adelaida una mirada resucitadora, inmensa. Ella lanzó un suspiro ó un sollozo, no sé; y reclinó la cabeza sobre el pecho del joven. Está salvada, dijo el Sr. Jiménez; algunos minutos después Carlos y el viejo tío, todo debilidad y todo bondad, lloraban abrazados. La enferma dormía tranquilamente. »

« Por consejo de los médicos, Adelaida y su tío (bien conocido, casi popular en Méjico y que llamaremos D. Ildefonso) hicieron un viaje. Entretanto las visitas de Carlos, considerado ya por el buen señor como *novio oficial*, eran muy escasas; al despedirse de Adelaida estuvo casi frío. Esa noche, sin embargo, (lo supe después) pensó seriamente en suicidarse. Pasó un mes de un aturdimiento increíble; iba á los bailes, á los paseos,

á todas partes y en todas partes lo dejaban aislado ; más bien dicho él se aislaba.

« Copio aquí una carta que me envió Adelaida, algunos meses después de su partida : Querida Luz : te escribo llena de alegría, está resuelto que en la semana entrante salimos para Méjico. Si vieras cómo estos parajes que me son familiares desde la infancia me parecen tristes ; ni la vegetación incomparable, ni estos ríos que corren entre flores, ni el mar, ni el cielo me distraen, todo me parece triste. Mi buen tío, viendo mi abatimiento, se ha convencido de que mi remedio único es volver allá. ¡ Me persigue el recuerdo de Méjico, y me sonrén en la memoria sus calles polvosas, su algazara, todo, pero sobre todo... ¿ Porqué no me habrá escrito ? ¿ le has visto ? Tal vez está el infeliz agonizando de melancolía como yo. Dios te preserve, hermana mía, de sentir esa especie de nostalgia del ausente que sentimos los enamorados. Tu Adelaida. P. S. Mi tío ha encomendado á un amigo suyo que le prepare la casa de S. Ángel, porque yo le he dicho claramente que no podría volver á la casa de Cadena, desde donde de seguro volvería á ver aquella sombra, aquella mirada ¡ Dios mío ! — A. — Diez días después llegaba Adelaida y se instalaba en S. Ángel. »

Aquí termina la carta de la amiga de Adelaida.

Carlos estaba flaco, ojeroso, se consumía ; pero sin doblegar su voluntad de acero á la voz de su corazón ; le parecía que muchos millares de ojos irónicos le expiaban

y se crispaba su vanidad y se enderezaba más alta que su amor ; era una víctima de su actitud, de *la pose* como los franceses dicen. Quería demostrar al mundo que no amaba, que no podía amar y creía que el mundo se ocupaba en ver cómo cumplía con aquel juramento de venganza proferido á gritos en un momento de desesperación. Y era infeliz ; mientras el amor, el verdadero amor no había invadido su corazón, realmente había logrado hacer sufrir, hacer llorar como él decía, á cuanta mujer oyó sus palabras que acariciaban y quemaban al mismo tiempo ; ahora era lo contrario. ¡ Ah ! si las gentes, si la sociedad, si fulano, si mengana, si el mundo, como él decía, olvidase sus bravatas feroces é impías, con qué inmensa fruición se hubiera declarado vencido y habría estrechado contra su corazón y ante el altar á aquella divina Adelaida, la mujer que lo había hecho llorar.

Pero no ; las tabernas elegantes de América y Europa, los lujosos salones y las mancehías de Méjico habían dado eco á sus carcajadas impías, á su mofa sangrienta de todo sentimiento noble, que no fuese el valor, y así aquel desgraciado se debatía entre su amor y su orgullo. Verse al pie del altar, teniendo la mano de Adelaida coronada de azahares... ¡ oh ! esta era su ilusión suprema, pero antes de realizarla se hubiera dejado matar !

Sintió un regocijo inefable cuando supo que Adelaida estaba ya en S. Ángel ; aquel gozo lo puso rabioso contra sí mismo. Una idea infame, impura, inexpressable,

una ave negra se posó sobre su alma : « Necesito acabar con esta pasión, se decía el libertino, apaguemos lo que hay en ella de divino con el soplo de los sentidos. La haré mía y cuando yo la desprecie, habré cesado de amarla. Allí está el camino de mi libertad... ¿ Y ella ? » Carlos sin atreverse á mirar el cielo clarísimo que sobre él brillaba se encaminó á S. Ángel, por una mañana de Noviembre.

Adelaida, al recibirlo, se puso roja como un coral ; no pudo hablar, los golpes de su corazón se lo impedían. La caricia aterciopelada de sus miradas se fundía tan suavemente en el destello apasionado de las de Carlos, que, durante largos minutos, el beso de aquellas pupilas expresó una eternidad de amor. Carlos habló con nerviosa locuacidad del cielo, de los ángeles, de la Virgen María, se había vuelto místico. Ella de seguro no habría comprendido aquella elocuencia que deshacía las palabras del idioma y creaba instantáneamente otras más aladas, más diáfanas, si hubiese estado en la tierra. Pero aquellas dos almas bogaban en la misma góndola de cristal por el zodiaco, se saturaban de oro con el reflejo del sol y la música de sus palabras se unía al ritmo impercibido de la música sideral, como el canto del ruiseñor se vuelve un acorde del himno silencioso de la noche.

Volvieron al retrete de Adelaida, ligeros y luminosos como el rayo de sol que entraba por la ventana y salieron á la huerta tapizada ya de hojas amarillentas y secas. Y, con todo, de aquella naturaleza moribunda se esca-

paba un efluvio intenso y penetrante de savia, de juventud y de vida. Al bajar la escalinata de la fachada que mira al patio, Adelaida se levantó un poco el vestido para no arrastrarlo en las piedras mojadas por el agua que filtraba de los opulentos macetones de hortensias recién regadas y mostró su pie deliciosamente elegante y fino. El ave negra aleteó en el cerebro de Carlos y un soplo caliente del infierno apresuró la circulación de su sangre y atizó la llama roja y siniestra en sus ojos.

— Ada (así la llamaba, abreviando el nombre de la niña, cariñosa y poéticamente á un tiempo) Ada ¿ me amas ? Sí sé que me amas ; pero no sé hasta qué grado.....

— En eso no hay grados, respondió ella.

— ¿ No ? Tienes razón ; ¿ sabes lo que en amor llaman las mujeres sacrificio ?

— En eso no hay sacrificios.

— De modo, Ada mía, que si yo te dijera : la sociedad es lo que se arrastra, lo que emponzoña, lo que me ha envenenado, es mi enemiga. Ayúdame á pisotearla. Allá arriba, bajo la cúpula de zafiro del templo infinito, hay un Dios, él nos bendice ; un Dios que tiene por desposada á la naturaleza ; mira, en el engaste de su anillo nupcial ha grabado al sol con los planetas, un cerco de diamantes. Unámonos ante él, en este divino altar, pero no ante la sociedad que me ha hecho sufrir. Si yo te dijera, si te digo eso ¿ qué me responderías, amor mío ?....

— Carlos, yo te amo, yo te amaré á pesar de todo,

de la sociedad; sí, amémonos bajo la bendición de Dios.....

La bendición de Dios bajaba del cielo en las oleadas de oro del sol; las últimas flores embalsamaban, piaban suavemente los primeros pajarillos de invierno. Sobrecogidos por inefable emoción los dos amantes se pusieron de rodillas y sus besos enjugaron sus lágrimas.

— ¿Cuándo nos casamos? preguntó Adelaida.

— Ya es tiempo, hijos míos, exclamó detrás de ellos el tío con embeleso.

Esa tarde durante todo el viaje iba Carlos cantando: me casaré, me casaré, me casaré.

En esa misma hora dos personas hablaban en voz baja en la puerta de una casa de la plazuela de Villamil, donde los francmasones habían instalado uno de sus templos. Era el uno un hombre blanco, distinguido, correcto; el otro de color de ladrillo, nariz de pico de águila y mirada astuta y encapotada. Bajo su largo gabán de invierno se delineaba una musculatura atlética. Hablaban en inglés.

— No se casarán, decía el primero, ya os he comunicado mi plan, y yo conozco las pasiones de mi hombre; es infalible.

— Bien; tendréis la recompensa pactada ¿La persona está dispuesta?

— Sólo aguarda mis órdenes.

— Hoy mismo; dentro de una hora; ya todo es urgente; necesitamos pronto á ese muchacho en la tribu.

¡ Oh! bien nos habéis ayudado, pero el servicio que vais á hacernos es el mayor de todos.

En seguida el apache penetró en el templo y el inglés tomó un coche que por ahí pasaba y partió.

Cuando Carlos estuvo solo en su cuarto, se entregó á una meditación profunda. Su rostro iba adquiriendo una radiante expresión de serenidad; su mirada altiva y fria se fundió en un destello dulce y puro. Se levantó, tomó el retrato de su madre y lo cubrió de besos; pidió perdón al cielo de sus crímenes pasados; evocó el recuerdo de la desventurada suicida Mary Stephens, la pobre niña americana, que, cuando vió á su hermano muerto por su seductor, se había arrojado al mar. Este recuerdo, más todavía que el de Ignacio, era la sombra de su ventura: Perdóname, Mary, exclamaba, como Dios me ha perdonado.

Un criado introdujo una tarjeta traída por una señora que esperaba allí, junto á la puerta. La tarjeta decía: Mary Stephens.

negro hacía resaltar la maravillosa blancura de su busto de alabastro, en que se armonizaban con gracia infinita la pureza artística de las líneas y la voluptuosa morbidez que cubría como con un velo incitante á la encantadora criolla, desde la ondulación de su cabellera de azabache, hasta los dedos nacarados de sus manos, hasta la curva tentadora de sus pies. Aquella era la Eva de los rabinos, la gran tentadora, transformada en las narraciones bíblicas en el árbol de la ciencia.

¿Cómo vivía Mary? ¿Cómo había encontrado á Carlos? Dijimos que en la noche terrible en que el hermano de Mary y su seductor se habían batido, ésta al ver muerto á su hermano se había arrojado al mar. No podía hacer otra cosa; su hermano al expirar en sus brazos, pugnando por desasirse de ellos, sólo había articulado, en medio de su estertor, estas únicas palabras, cien veces repetidas: *maldita seas*. Carlos, mal herido, le había lanzado una mirada de desprecio y horror; sólo la muerte le quedaba y se lanzó al mar; el paquete americano siguió su camino y Mary desapareció en la enorme cinta de espuma de la estela. Pero el instinto de la vida, dueño ya de ella, la obligó á nadar, lo que siempre había hecho admirablemente; doce minutos después, el bote salvavidas de un buque francés la llevaba á bordo, y á los seis días la desembarcaba en el Havre.

Mary Stephens volvió al mundo con una sed inextinguible de venganza; vengarse, no del hombre que había matado á su hermano, sino del seductor que la había despreciado, después de infamarla. En París, Mary fué

## V

El camarista se retiró y Carlos, por un movimiento instintivo de terror, apagó la lámpara y quedó inmóvil en su butaca. El roce de un vestido de seda, un perfume exquisito derramado en el ambiente, le indicaron la presencia de una mujer. La luz opaca y azulada de las noches serenas permitió á Carlos, si no ver, sí adivinar en la sombra; sus ojos desmesuradamente abiertos vislumbraron un cuerpo esbelto, una blancura luminosa, que era el rostro, y en él dos puntos de fuego, como los ojos de una pantera en acecho. Aquel espectro se acercó á tientas; Carlos percibió una respiración breve, sintió una mano sobre sus cabellos húmedos de frío sudor y luego un beso tibio y prolongado.....

— Mary, murmuró el joven con voz de agonía.

— Charles, my love, respondió en suavísimo inglés la recién llegada.....

En las altas horas de la noche Carlos y Mary paseaban del brazo por el jardín de la Plaza de Armas. Llevaba ésta un vestido muy corto que dejaba ver un pie y el nacimiento de una pierna admirablemente formados bajo la elegante bota de piel oscura; el gabán de cachemira

una traviata de rumbo; llegó á reunir una buena suma de oro. Un inglés, segundón de una de las casas más aristocráticas del reino unido, que había vivido en California durante la fiebre del oro y que estaba afiliado en sociedades secretas y extrañas hermandades con las tribus de indios, aun libres, en el extremo oeste americano, conocía á Carlos y poco después de haber contraído relaciones con Mary, pudo informarle del lugar en que su antiguo amante se hallaba. Mary se decidió á venir á Méjico, el aventurero inglés á acompañarla y el secreto agente de los apaches que deseaba á todo trance arrancar á Carlos de Méjico, sin deseo ni esperanza de vuelta, se les reunió en New-Orleans; juntos llegaron á Méjico. — Por eso Mary y Carlos paseaban amorosamente por la Plaza de Armas, una noche serena del invierno de 1868.

De la mente de Carlos se había apoderado un profundo estupor; apenas si recordaba el amor de Adelaida en los brazos de aquella sirena que le inspiraba una pasión sensual, pero incalmable, en la que se mezclaba el vértigo del deleite y el amargo sabor del remordimiento, de todos los remordimientos. El amor de Carlos por Mary era una especie de tifo en el corazón. Sin saber qué hacía, dejándose arrastrar, sin voluntad, sin alma, por aquella terrible impura, los dos amantes fueron en aquellos días el escándalo de la ciudad.

Aguardaba Adelaida, entretanto; pero con accesos de mortal ansiedad; sólo enjugaba sus lágrimas para ir

(tres veces al día) á la estación del ferrocarril en S. Ángel y luego, como él no venía, se retiraba rápidamente para no llorar delante de los demás. Un temor instintivo y vago le decía que Carlos la había olvidado; había al fin, á fuerza de meditación dolorosa y tenaz, llegado á adivinar lo que llamariamos la organización anormal del espíritu de su amado y ya no quería pensar, porque la razón sellaba con un sello siniestro sus martirizadores presentimientos. La infortunada niña no se resignaba á que el mundo de amor que aquel hombre había hecho germinar en ella, se trocase repentinamente en pavesa y, sin embargo, todo era sepuleral en su corazón; era un cementerio en que el recuerdo de Carlos vivía y crecía regado con sus lágrimas. En medio de esta inefable angustia, jamás pensó Adelaida en la muerte; él vivía, podía siquiera verlo, luego ella no podía morir.

El tío lo sabía todo, porque lo sabía todo el mundo y el pobre señor y su amigo (un joven comerciante español un poco espeso, pero más honrado, que los visitaba hacía seis años devotamente, pero del color de cuyos ojos no hubiera podido dar razón Adelaida), hacían maravillas para distraer á la pobre muchacha, que, como decía D. Ildefonso, parecía una somnámbula.

La noche del estreno de *Fra Diavolo*, el Nacional, vestido de fiesta, estaba lleno, y regio de luz, de seda, de oro, de mujeres. En el tercer palco primero, del lado derecho del proscenio, había un grupo primoroso, un coro de ángeles de Murillo. Eran cuatro señoritas, bellas,

elegantes y risueñas, menos una, melancólica é inefablemente triste; esta era Adelaida, invitada tan cariñosamente por sus amigas, que, á pesar de mil pretextos inventados por D. Ildefonso, no había podido rehusar. Vestía un traje cerrado de gris de Suecia, con adornos de Valenciennes y los guantes eran como las flores de su tocado de un lila clarísimo. Todos *los gemelos* convergían hacia aquella aparición beatífica. Sin una joya, sin una cinta de color subido, aquella niña sorprendía por su sola belleza que, refinada por el dolor, había adquirido un no sé que de etéreo que hacía pensar en los cielos. Adelaida hacía en el corazón de todos los jóvenes, el mismo efecto que hace la inspiración en el corazón de los poetas. Era una de esas mujeres capaz, con una mirada, de hacer bueno á un criminal. Sentía uno al verla un súbito calofrío y ganas de llorar, como cuando se lee una estrofa de Hugo ó una frase de Rossini; sentía uno sobre sí esa sensación extraña que me atrevería á llamar la electricidad de lo infinito.

Después de la sonora obertura de la envejecida, pero á veces exquisita obra de Auber, se levantó el telón y poco á poco la atención de los espectadores se fué concentrando en la escena. Cantaba la Tomassi, con más gracia que voz, la linda romanza del acto primero, cuando dos personas ocuparon uno de los palcos hasta entonces vacío. Mary Stephens estaba escandalosamente hermosa; vestía de blanco con adornos de púrpura. Los diamantes, los encajes, las flores, estaban esparcidos por su traje con tal gusto, que no se sabía qué admirar más

en ella, si su riqueza, ó su elegancia, si es que riqueza y elegancia podían llamar la atención sirviendo de marco á la soberbia hermosura de Mary. Al entrar al palco una ráfaga de aroma dulce, indefinible, embriagador se esparció en la sala é hizo volver todas las cabezas. Cuando Adelaida volvió la vista, un grito pronto reprimido y transformado en sordo sollozo se escapó de sus labios. Aquella mujer hablaba sonriendo á un joven pálido que la escuchaba extático, era Carlos.

Cuando algunos de los *dandys* que pululaban en el patio y que conocían la historia amorosa de nuestro héroe; volvieron los ojos al palco de Adelaida, lo hallaron desocupado.

Á las diez de la mañana del siguiente día, Mary vestía precipitadamente un peinador y se dirigía á la sala en donde la esperaba una señorita enlutada. Adelaida muy pálida, muy tranquila, rehusó sentarse y dijo con voz clara, aunque lenta, á su rival: « Señora, vengo á preguntar á V. si es cierto que Carlos es su hermano.

— Permitame V., contestó la luisianesa, despedazando con su deliciosa voz el habla de Cervantes; permitame V. que me sorprenda esa pregunta, que no contestaré mientras no me haya informado del origen de su interés por Carlos.

— Señora, dijo, con la voz temblorosa ya, Adelaida; Carlos va á ser mi esposo.

Mary rió con risa indefinible que entró aguda y mortal en el pecho de la niña.

— Sois linda como los ángeles, señorita, y muchos se disputarán el honor de poner á vuestros pies su fortuna y su vida ; si yo fuera hombre sin vacilar lo haría ; pero Carlos no pudo prometerla ser su esposo ; tres años ha que lo es mío.

Adelaida nada dijo, tampoco pudo moverse ; se puso absolutamente pálida y esa palidez no se borró jamás de su rostro. — Apenas había dicho Mary las palabras que hemos transcrito, cuando Carlos entró fumando su pipa turca y sin hacer caso de Adelaida, sin notar que había allí otra persona, probablemente, pasó, apoyó su frente en la vidriera del salón y lanzó al cielo una mirada opaca y atónica, sin luz, sin expresión, sin vida.

— Carlos, ¿ no es verdad que eres mi marido ? pronunció Mary.

— Sí, contestó distraído Carlos.

Adelaida hizo un esfuerzo supremo y salió de la estancia muda, rígida, firme. Cuando, creyéndola muerta, la sacaron del carruaje, su viejo médico, después de haberla vuelto á la vida, dijo á D. Ildefonso y á su inseparable amigo el español D. Pedro Romero : podrá vivir algún tiempo, pero tiene una lesión orgánica en el corazón. Tío y amigo se dedicaron á cuidar de la pobre niña, á evitarle no el dolor, pero sí nuevas emociones ; era una flor encerrada bajo el capelo de cristal del cariño. Nadie la arrancaríá de su tallo ; se marchitaría sola.

Carlos se enfermó pocos días después seriamente ; volvió á la vida gritando como un loco : Ada, Ada, quiero

verte, Ada mía... Mary, que no había abandonado el lecho del enfermo, le presentó una tarjeta que decía : Pedro Romero y Adelaida... participan á V. haber contraído enlace.

para allá. Pensando en estos hondos problemas, trazamos como instintivamente el vocablo griego que halló Victor Hugo grabado en una de las torres de Nuestra Señora de París.

Mary Stephens había llegado al punto de bifurcación ; se sentía con una vaga energía para el bien, ella, la abominable pecadora ; por qué ? Porque amaba. Su deseo de venganza se había desvanecido en presencia de Carlos, cuando se creyó dueña absoluta de él. En cambio renació en ella el amor, pero violento, insaciable, como era en ella toda pasión ; amor de leona. Tuvo conciencia de esto en presencia de Adelaida. Esta virgen de rostro ideal, la hacía temblar de miedo y su miedo le reveló su corazón.

Mary comprendió que la mirada de la pálida niña que tenía delante era de las que no se olvidan nunca ; que aquella mujer que podía pasar inadvertida del hombre vulgar, debía apoderarse por toda la eternidad de un alma grande. Conoció que la imagen de Adelaida no había sido destruída en el corazón de Carlos ni por la hoguera de placer que los había devorado. Y tembló de miedo. Sus pupilas llenas de sombra se fijaron tenazmente en Carlos ; buscaba una palabra, un destello, un movimiento de ternura para ella ; si algo así hubiese encontrado ; quién sabe ?

Largos siglos hacía, otra bellissima extraviada iba, palpitante de inmaterial amor, á arrodillarse á los pies de un mancebo, de mirada magnética, de frente pura y sereno como el cielo. Era también aquel un punto de

## VI

« Imposible, exclamó Carlos con espanto, imposible. » Y había tan marcado acento de desesperación en aquella palabra que Mary tembló de despecho. Cuando Carlos con los ojos abiertos como los de un loco y estrujando la carta fatal se desplomó en su lecho, Mary se quedó pensativa. Un pensamiento audaz tomaba rápidamente forma en su alma y la idea de su realización conmovía hondamente las fibras todas de aquel organismo delicado y ardiente.

En el camino, en el breve camino de la vida, todos encontramos de trecho en trecho, un punto en que la senda bifurca. No es imposible que ya en la última jornada elijamos en ese punto la vía del bien, no de la felicidad, ¡ ay ! la felicidad fué la fruta que despedazó Eva con sus lindos dientes y quedó tirada para siempre en un rincón del Paraíso. Solemos con mayor frecuencia escoger la vía del mal, alguna vez la del crimen. ¿ Quién nos empuja á esa elección ? ¿ Quién nos permite elegir ? Providencia, casualidad ; cuál será el verdadero sentido de estas palabras ? Pertencen al vocabulario de lo inexplicable y las hojas de este libro sólo pueden leerse de la tumba

bifurcación suprema para la cortesana judía; el divino Maestro le dijo las palabras inmortales: María, Dios te ha perdonado, porque has amado mucho; y la Magdalena se levantó y siguió las huellas dolorosas de Jesús. A la interrogación muda de Mary, una Magdalena del siglo positivista, contestó Carlos con una mirada de recelo, de odio quizás, y entre frases de un idioma salvaje, balbuceó el nombre de Adelaida: Ada, Ada mía... Y fatigado por el esfuerzo, quedó dormido; una lágrima temblaba entre sus pestañas.

— La amaré siempre, se dijo Mary. Es preciso que muera, añadió después de una pausa. Tomó de sobre su escritorio un lindo revolver guarnecido de marfil y plata; hizolo jugar con la destreza de una persona habituada á las armas y conservándolo amartillado en la mano, sentóse al borde de la cama y se puso á contemplar el rostro enflaquecido, pero varonil y hermoso de su amante. Largo tiempo permaneció así; sus ojos iban tomando una expresión creciente de ternura; el llanto subía en ola inmensa de su corazón á sus ojos y tuvo que apoyarse en una de las columnas del lecho para no caer. En ese momento la lágrima que temblaba en las pestañas de Carlos, se desprendió y bajó lenta y sola por su mejilla. Mary con un impulso irresistible, como en los dulces instantes del primer amor, acercó sus labios á aquella lágrima. El joven se agitó al contacto levisimo de aquellos labios apasionados y murmuró: Ada, Ada mía...

Mary se irguió con la fisonomía profundamente alte-

rada; tornó á examinar su arma, vió que sólo tenía un cartucho y la dejó sobre la mesa de noche... Tomó entonces no otra resolución, la suya era irrevocable, sino otro camino para realizarla. Había despedido de antemano á sus criados; tomó grandes mantas y subió á la azotea, dejando en pocos minutos bien cubiertos los intersticios del tragaluz que había en el techo del cuarto de Carlos. Bajó y colocando un gran brasero de barro en el centro de la habitación, lo llenó de carbón y lo encendió concienzudamente; cerró después herméticamente la pieza y se puso delante del espejo. Vistióse una bata blanca forrada de seda y riquísimamente bordada; cubrió de flores sus cabellos; se calzó los pies con finísimas zapatillas de raso blanco con hebillas de diamantes y enredó á su cuello sonrosado y mórbido un magnífico collar de perlas.

Sin duda el espejo la dijo que estaba deslumbradora, porque acercó los labios al brillante cristal y estampó en él un beso largo y voluptuoso de coqueta; lo interrumpió un crispamiento de amargura y de pesar. Aquello fué momentáneo; atizó el brasero que mostraba ya entre sus grietas negras las mortales lengüetas azules del óxido de carbono; abrió y vertió en la alfombra, en las mesas, todos sus frascos de perfumes, empapó con ellos las almohadas, tendió encima su pañuelo de batista, cubrióse el busto con un chal de seda y acostándose junto de Carlos, que estaba aletargado, aunque su respiración jadeaba un tanto, buscó su mano, se la llevó á los labios y cerró los ojos.

Una hora después la asfixia estaba consumada casi; los dos jóvenes yertos, azulosos, parecían dos cadáveres; ni un latido, ni un movimiento denunciaba la vida en ellos y el brasero comenzaba á apagarse absorbiendo ávidamente las últimas partículas de aire respirable. Abrióse entonces, no sin grandes esfuerzos el tragaluz dejando escapar una espesa columna de humo negro como el de una locomotora en marcha. Poco después un hombre se descolgó por una escala de cuerda, se acercó al lecho y tomando en sus brazos á Carlos, subió á la azotea con aquel cuerpo inerte.

— Está muerto, fué la primera palabra que pronunció el inesperado y atlético salvador, depositando el cuerpo sobre el suelo y mientras otro individuo, un médico tal vez, casi echado sobre él lo examinaba y lo auscultaba.

— No hemos llegado tarde, dijo después de un instante, voy á hacerlo respirar.

Otro personaje, el inglés que os presenté, lectores, en la puerta de una logia en la plaza de Villamil, preguntó friamente:

— ¿Y la otra?

El salvador de Carlos, que tenía un aspecto de piel-roja muy pronunciado, contestó: Cierre V. el tragaluz.

— Bonita mujer, articuló el inglés obedeciendo la orden y haciendo girar sobre sus goznes el bastidor de fierro y de cristal.

Aquellas dos palabras fueron el epitafio de Mary Stephens.

Carlos volvió á la vida dolorosamente y como á su pesar. Adivinó el drama de que había sido actor inconsciente cuando se proporcionó los periódicos que hablaban del suicidio de Mary. Pasó largas horas de concentración y creyó salir de ellas transformado; todo había acabado para él en el mundo, sus amores habían naufragado para siempre; encontró, en el detenido examen que hizo de su alma, que su odio por las mujeres había concluido en desprecio profundo, del que brotaría forzosamente la indiferencia... Él, sin embargo, iba á ser bueno, amaba ya; pero ahora, en su amor puro, como antaño, en su amor culpable por Beatriz, había sido traicionado...

¿Por qué traición? decíase á veces. ¿No soy yo el culpable? Y renacía en su corazón, impetuoso como el alud que baja de la nieve de la montaña, su amor, su incurable amor por Adelaida. Pero tornaba á hallar, entre ella y él, ya libre, la religión y la sociedad como infranqueables obstáculos. Y entonces lloraba de desesperación y rugía como el puma herido, mientras cruzaban por su pensamiento relámpagos de ira, mezclados con satánicos retos al destino. ¿Pensar que Ada, su Ada, era de otro hombre! Cierto, hay tormentos que no se pueden analizar y al formular ese pensamiento, sentimos algo así como un pliegue de vejez prematura en nuestra frente y nuestra pluma rehusa continuar, porque ni queremos pensar, ni hablar de semejante dolor.

En ese estado de ánimo entró Carlos una ocasión al templo... Volvió y volvió. Un día dijo que su cristianismo

que él creía muerto, había renacido lozano y vigoroso bajo el *humus* depositado lentamente en su alma por sus pasiones muertas. Otro día nos dijo, lo he perdonado todo, los he perdonado á todos. La gracia me ha transformado; sea bendita, repetía frecuentemente. Y entró al seminario y bajo la dirección inteligente, familiar y rudamente cariñosa del padre Soler, se preparó á ordenarse; quería y podía él como nadie, servir en las misiones entre las tribus del oeste americano.

Mas lo que no sabía su buen director era que, en secreto, iba al café y tomaba ajeno porque con él, decía, mejor que con los libros de teología me abandonará la idea del suicidio que á pesar de mis creencias religiosas me asalta cuando reaparece la imagen de Adelaida en su cerebro. La verdad es que lo que lo retraía era su orgullo y se estremecía de rabia, pensando que un día, cediendo á irresistible impulso, podía quitarse la vida entre las risas de la sociedad que diría: Se mató por una mujer que no fué suya.

En esa época tuve con Carlos la entrevista de donde extraje la presente historieta. Esperé desde entonces el desenlace con intensa curiosidad. He aquí el último acto del drama; podrán hallarlo inverosímil mis lectores. ¡Ojalá que no fuera tan real y tan cierto como es inverosímil!

La vispera del día en que Carlos Alheño debía partir para Puebla á recibir las primeras órdenes sagradas, encontró sobre la mesa de su cuarto una libranza por una

fuerte cantidad y un papel que decía: Adelaida te ama aún; Adelaida es digna de ti; sólo es casada á los ojos del mundo.

Después de una hora y cuando la emoción que le causaban aquellas líneas le permitió reflexionar un poco, se preguntó: ¿Qué intervención tienen en todo esto los padres de la apachería? Este papel ha venido bajo la misma cubierta que la pensión que me envían mensualmente.

Quedóse largo tiempo pensativo; de repente se incorporó como quien ha tomado una resolución; á que devanarme los sesos; no sé, no atino, se dijo, pero ¿qué importa? Voy á ver á Adelaida.

Tomó el tren de S. Ángel y al llegar á la estación del pintoresco pueblo, vió á una persona enferma apoyada en los brazos de dos caballeros. Era muy pálida; sus enormes ojos parecían llenar su rostro enjuto y casi transparente. Y había en los pliegues de su boca, en su modo de ver, en la leve pero infinitamente pura ondulación de las líneas de su cuerpo virginal, una expresión tal de dolor, que cuantos se fijaban en ella sentían deseo de llorar.

Era Adelaida; Carlos, al verla, arrojóse impetuosamente hacia ella y la estrechó contra su corazón. El tío y el marido de Adelaida se habían quedado inmóviles, consternados, mudos. Y el abrazo de Carlos no habría terminado nunca si ella no hubiese murmurado desfallecida: « Carlos, me está V. matando. » Carlos la llevó entonces casi cargada á un rincón lejano y allí, casi

mezclando sus lágrimas, oyó ella la extraña historia de su amante. A veces se detenía el fogoso narrador porque Adelaida se ponía rígida como una muerta; pasado el espasmo, Carlos proseguía.

Al saber Adelaida que su prometido no era casado, que Mary había muerto, sintió una loca impresión de sufrimiento.

— ¿Qué tienes, Ada mía? preguntó Carlos.

— ¡Conque podíamos haber sido felices! balbuceó ella sordamente.

— Podemos serlo aún, repuso él con tal ímpetu, que la joven dió un grito. Los caballeros se acercaron; ella los detuvo con un ademán y rápidamente y en voz muy tenue dijo á Carlos tales cosas que el semblante de éste rebosaba de dicha. El billete decía la verdad.

— Doy gracias á Dios, pues te he visto y te he hablado antes de morir.

— Morir, eso no; tú has jurado ser mi esposa.

— En el cielo, dijo la pobre enferma con el rostro radiante de fé.

En ese instante partía el tren; Carlos saludó impávido á los dos caballeros resignados y severos que acompañaban á la joven y se fué exclamando: Volveré.

## VII

¿Qué se proponía? Vamos á decirlo á fuer de narradores indiscretos. Carlos estaba en la boca del abismo. Él despreciaba á la sociedad, ya lo hemos repetido, había en eso no sólo el recuerdo de antiguas y hondas penas que atribuía á la influencia de las preocupaciones sociales, sino un resabio de su educación salvaje. Mas la sociedad obliga á doblarse más ante ella á los que más la desdeñan, ó los rompe; para realizar el programa de Carlos es necesario no ser hombre, no ser el deleznable vaso en que se encierra, durante un minuto, una gota del elixir divino.

Cuando ha llegado entre los soles de la juventud el momento de amar, la sociedad ríe del ímpetu con que pretendemos sacudir las cadenas que nos impone, como los patricios sibaritas de la Roma imperial reían de las convulsiones de angustia de los esclavos que destrozaban para engordar á sus lampreas.

Carlos quería arrancar de las manos del monstruo el tesoro que había perdido y al decir, partiendo de San Ángel: yo volveré, imaginaba un raptó. ¿Y su vocación sacerdotal? No había vuelto á pensar en ella.

mezclando sus lágrimas, oyó ella la extraña historia de su amante. Á veces se detenía el fogoso narrador porque Adelaida se ponía rígida como una muerta; pasado el espasmo, Carlos proseguía.

Al saber Adelaida que su prometido no era casado, que Mary había muerto, sintió una loca impresión de sufrimiento.

— ¿Qué tienes, Ada mía? preguntó Carlos.

— ¡Conque podíamos haber sido felices! balbuceó ella sordamente.

— Podemos serlo aún, repuso él con tal ímpetu, que la joven dió un grito. Los caballeros se acercaron; ella los detuvo con un ademán y rápidamente y en voz muy tenue dijo á Carlos tales cosas que el semblante de éste rebosaba de dicha. El billete decía la verdad.

— Doy gracias á Dios, pues te he visto y te he hablado antes de morir.

— Morir, eso no; tú has jurado ser mi esposa.

— En el cielo, dijo la pobre enferma con el rostro radiante de fé.

En ese instante partía el tren; Carlos saludó impávido á los dos caballeros resignados y severos que acompañaban á la joven y se fué exclamando: Volveré.

## VII

¿Qué se proponía? Vamos á decirlo á fuer de narradores indiscretos. Carlos estaba en la boca del abismo. Él despreciaba á la sociedad, ya lo hemos repetido, había en eso no sólo el recuerdo de antiguas y hondas penas que atribuía á la influencia de las preocupaciones sociales, sino un resabio de su educación salvaje. Mas la sociedad obliga á doblarse más ante ella á los que más la desdeñan, ó los rompe; para realizar el programa de Carlos es necesario no ser hombre, no ser el deleznable vaso en que se encierra, durante un minuto, una gota del elixir divino.

Cuando ha llegado entre los soles de la juventud el momento de amar, la sociedad ríe del ímpetu con que pretendemos sacudir las cadenas que nos impone, como los patricios sibaritas de la Roma imperial reían de las convulsiones de angustia de los esclavos que destrozaban para engordar á sus lampreas.

Carlos quería arrancar de las manos del monstruo el tesoro que había perdido y al decir, partiendo de San Ángel: yo volveré, imaginaba un raptó. ¿Y su vocación sacerdotal? No había vuelto á pensar en ella.

La noche de la entrevista con Adelaida no durmió; el insomnio mantenía abiertos sus párpados con sus dedos de hierro y martillaba en sus sienas clavos de fuego. Al amanecer empapó un pañuelo en cloroformo, se lo puso sobre la boca y la nariz y quedó aletargado. Al despertar cerca del medio día, paseó sus azorados ojos por su habitación; aspiraba cierto aroma especial, que le recordaba los campamentos de las orillas del Gila, y vió, no sin un sobresalto involuntario, que junto á su lecho estaba de pie un hombre cuya atlética estatura se destacaba del claro del balcón.

— ¿Qué queréis, dijo Carlos con voz en apariencia tranquila.

El desconocido bajó su embozo, y en lo pronunciado de sus facciones aguileñas y en el color inclasificable del cutis, manchado sin duda por el uso frecuente de las pinturas del tatuaje, se reveló claramente el tipo dominante entre los indios nómadas de nuestra frontera septentrional. Carlos no podía vacilar, é incorporándose sobre el lecho, preguntó de nuevo:

— ¿Sois mi padre ó mi hermano?

— Soy tu padre, contestó el jefe apache, y prosiguió, después de breve pausa: hoy se cumple el término que el consejo de los jefes de la tribu que es tu madre, me señaló para redimirte de la sociedad de los hombres pálidos. Tú eras el orgullo de los hijos de la apachería, el amor de las bellas vírgenes del Gila; mi hija á quien librabas con tu carabina del veneno mortal de la víbora, mi hija, que es hermosa como el reflejo de la luna

en los grandes mares, te espera en su corazón. Los blancos quieren reducirnos á vivir sin libertad en una de esas horribles *reservaciones* en que nuestra raza privada de movimiento se muere y hemos resuelto luchar hasta la muerte antes que someternos; tenemos armas, tenemos oro, tenemos soldados europeos que nuestros agentes han reclutado entre los emigrados del oeste, pero necesitamos un jefe, un rey, solo tú puedes serlo, sólo en ti confiamos, tú lo serás. — Pero el tiempo urge, ya se han librado los primeros combates, vamos. Queremos que nuestra resistencia sea tal que los *yankees* nos señalen grandes tierras para contentarnos y no un miserable corral para morir. Cuando lo hayamos logrado, te colmaremos de oro y ese es el rey de los pálidos y volverás á tenerlos á tus pies...

Carlos escuchaba mudo y sombrío. El jefe continuó así: Mucho has sufrido, yo lo he procurado para hacerte odiar y para hacerte odiado aquí. Cuando fui á buscar á Mary Stephens para que arrancara de tu corazón el amor de esa niña parecida á las imágenes de Santa María que nos hacen adorar los misioneros católicos, creí haber conseguido mi objeto y te volví á contar entre los libres. Pero ese que llamas tu ángel y que te ha aprisionado en el nido de seda de sus trenzas, era más fuerte que todos nosotros, y Mary, que quería vengarse, vino á morir junto á ti; sin embargo, ya el mal estaba hecho, y el vínculo con la niña pálida estaba roto para siempre. Ahora es inútil luchar con lo imposible, ven con nosotros. ¿Acaso ya no ama la libertad el hijo de la tribu?

- La amo, balbuceó Carlos con voz trémula.  
 — Ven, pues, conmigo, ven al desierto.  
 — ¿Conque vos, jefe, habéis procurado para hacerme libre, matar mi corazón?  
 — Matarlo, no; templarlo con el sufrimiento.  
 — ¡Ah! ¿y para qué?  
 — Para hacerlo libre, te lo repito.

Carlos sentado en el borde de su cama se había apoderado del revolver que tenía sobre su mesa de noche y dijo con voz sorda: ¡Para hacerme libre, para hacerme libre! Y por eso me habéis preparado un martirio infinito, vais á morir entonces. — Y dirigió el cañón de su pistola al pecho del apache que permanecía impasible. ¿Nada tenéis que decir antes de morir? añadió.

— Sí, repuso el salvaje, dejando caer su capa.

Carlos vió sobre el pecho del jefe algún signo misterioso y como movido por un resorte se puso de pie. El jefe pronunció una palabra en vetusto idioma y Carlos dejó la pistola sobre la mesa lleno de desaliento y de fatiga. Aquella palabra á que había maquina, pero humildemente obedecido, lo transformaba en súbdito. Mas después de un momento levantó la frente y dijo con calma: No iré á la tribu.

— Sí, irás, respondió el indio, sí, irás. Aquí tienes, agregó poniendo un paquete sobre la mesa, aquí tienes más oro, gástalo todo si quieres hoy, mañana tendrás otro tanto. Aquí dejo tu cuchillo de jefe, con él te has hecho dueño de largas cabelleras de enemigos en tu libre juventud. Adiós, si quieres llevar contigo á la

niña blanca, llévala, entre nosotros será respetada como una santa. Eres dueño de ti; yo te esperaré hasta la media noche. Aquí tienes unos cohetes de luz roja; si á las doce de la noche no los has encendido, partiré solo, si los veo en los cielos partiremos juntos. No olvides que esta noche se cumple el plazo.

Diciendo esto salió el apache, embozado de nuevo. Carlos permaneció algún tiempo sumido en una completa atonía. De improviso se incorporó, vistióse febrilmente, llenó de oro sus bolsillos, guardó en su cintura su cuchillo apache y veinte minutos después tomaba el tren de S. Ángel.

Después de llamar en vano á la puerta de Adelaida, tomó un callejón, costeó durante cinco minutos la tapia de la huerta y cuando estuvo seguro de que nadie lo observaba, trepó con su habitual soltura por el muro y se encontró un momento después en la huerta de la casa. Dirigióse desatentado por una avenida de troenos, subió la escalinata bordada de azules hortensias, y sin saber qué hacía, y como enloquecido por la soledad y el silencio, rompió un vidrio de una puerta, logró abrirla y penetró en las habitaciones. Estaban desiertas. El pavimento crujía sordamente bajo sus pies; en la puerta de la alcoba de Adelaida se detuvo. Cuando los latidos de su corazón se calmaron un poco, bajo la presión de sus dos manos crispadas, quiso dar un paso hacia adelante, mas no pudo. Creyó ver en la penumbra un espectro con el pecho ensangrentado: era Ignacio, sí, él era que le decía: Adelaida no será nunca tuya; era Ignacio,

el pobre muchacho poeta cuya sangre había salpicado el camino triunfal del libertino. Y él sabía que aquello era una alucinación, una visión de su fantasía exaltada, y, sin embargo, tuvo miedo y huyó hasta el fondo del jardín.

Bien reconocía aquel sitio; era el mismo en que Adelaida y él habían pasado momentos de éxtasis hablando del amor y del sol y de Dios. El joven se sentó sobre la hierba y doblegado de emoción dió rienda suelta á sus lágrimas. Era aquel su Getsemani; era la hora de infinita melancolía que se compone del descomenso de la muerte y de la impotencia de morir. En esas horas brotan en los jóvenes las canas primeras, las primeras arrugas, lo imborrable, lo irreparable, lo que clausura para siempre la puerta de oro de la juventud.

La felicidad mundana que tiene algo de la brillantez efímera del afeite, podrá cubrir el surco doloroso de esas horas solemnes, mas no lo hará desaparecer; arruga del alma queda en ella para siempre.

El infortunado amador de Adelaida padecía mucho; besó cien veces el suelo en donde creía adivinar las huellas de los pies de la niña y después de una oración, esta vez salida del fondo de las entrañas, como nunca lo habían sido ni sus rezos de niño, ni sus plegarias frías de futuro eclesiástico, Carlos salió de la huerta después de haberse hecho un grueso ramillete de violetas, aspiradas con profunda delicia y volvió á Méjico. Entró en la casa de Adelaida en la calle de Cadena; supo que ahí estaba la joven; supo por su agradecida amiga la portera

que el tío y el marido vivían en un departamento completamente separado del de la señorita, y, mediante algunas monedas de oro repartidas entre los porteros y la camarista, obtuvo la promesa de encontrar las puertas francas á las diez de la noche.

Adelaida estaba sola en su *recámara*, escondida entre los cortinajes y viendo al través de los transparentes de punto de su balcón la acera opuesta á la de su casa y en ella la gran puerta cochera vetusta y sombría. Desde el día de la trágica aventura de Ignacio, Adelaida no había vuelto á poner los ojos en aquel sitio siniestro. Ahora los recuerdos se agolpaban tumultuosamente á su cerebro enfermo y exaltado. Había llegado á persuadirse de que era uno de esos seres á quienes la Providencia destina, quién sabe por qué, una corriente de lágrimas en el océano de la vida. Recorría con las miradas de su alma un pasado corto, aunque prolongadísimo, si se le medía por las terribles angustias que marcaban su transcurso y entre las cuales, aquí y ahí cruzaban fugaces, como las golondrinas que huyen la borrasca, algunas horas efímeras de amor y de inefable ventura. La figura bella y extraña de Carlos dominaba todos sus recuerdos, era el eje de su vida, el culto de su juventud; ni había estrella de más vivo fulgor para ella que la mirada altiva y profunda que turbara para siempre el cielo limpio y sin nubes de su vida.

Poco á poco sus recuerdos y la puerta negra que tenía enfrente se identificaron y surgió en su memoria ahí, en esa misma sombra que veía, el fantasma de un pobre

muchiacho, casi hermoso, viviendo de los esfluvios que de ella se desprendían y encerrándolos, como dentro de un perfumero, dentro de su corazón de diez y ocho años. Luego ese mismo fantasma blanco y con una camisa ensangrentada yacía á sus pies y ella lo alzaba entre sus brazos y él la veía con inolvidable mirada, superando en sus dulces y rasgados ojos la llama de la pasión sin recompensa al dolor de dejar la vida, que quizás habría sido más tarde risueña y gloriosa para él, y después el espectro moría acordándose sólo de pedir á Adelaida un beso para perfumar su alma durante la eternidad. Adelaida lloró larguísimo tiempo.

Una voz grave y tímida la sacó de su doloroso estu-  
por.

— Yo también sufro, Adelaida, yo también sufro y acaso podríamos consolarnos mutuamente.

Adelaida tendió afectuosamente la mano á su esposo, diciéndole:

— ¿También V. sufre, amigo mío?

— Sí, y un martirio horrible que nunca hubiera podido concebir, que creí poder soportar, que es superior á mis fuerzas; yo también amo.

— ¿Y es V. despreciado? repuso ella sin darse cuenta de lo que hacía, con el involuntario y profundo egoísmo de los que padecen mucho.

— Adelaida, es V. muy cruel conmigo; no ha podido V. adivinar que con el corazón torturado sin cesar, sufro en mi casa el dolor de no ser vuestro marido siéndolo y fuera de mi casa la vergüenza de serlo no siéndolo.

— ¡Ah! murmuró temblando Adelaida con miedo y lástima á la vez; ¿no fué ese nuestro pacto? ¿No me dijo V., no me juró V. que sería sólo un hermano para mí, cuando en un arrebato de desesperación, el único que he tenido en mi vida, consentí en ser su esposa? ¿No sabía V. que amaba yo á otro y que no podía, que no puedo amar á otro que no sea él?

— Sólo sé que nuestro pacto era ilícito é impío, Adelaida, dijo el joven con una expresión reconcentrada y fatídica.

— Y bien, ¿qué quiere V. de mí? exclamó Adelaida trabajosamente asiéndose de los cortinajes para no caer.

— Quiero que V. me ame.

— Imposible.

— Quiero en virtud de un derecho que Dios mismo me ha dado, quiero que sea V. mi esposa.

— Jamás.

— Es mi derecho, es su deber de V.

— Jamás.

— Será á pesar de V. misma.

— Seria V. un cobarde, dijo ella, con indignación y con pavor á la vez.

No contestó, se adelantó á Adelaida que dió un grito y quedó sin sentido, la levantó en sus brazos y dió unos pasos dentro de la alcoba.....

Un hombre apareció en la puerta; el marido raptor no vaciló un momento, dejó á Adelaida sobre la alfombra y se lanzó sobre Carlos, á quien había reconocido.

La lucha fué al principio silenciosa, aquellos hombres pugnaban rabiosamente por estrangularse; poco á poco Carlos en la exaltación del combate empezó á lanzar siniestros alaridos de apache; sus ojos centelleaban en la oscuridad como los de los gatos monteses, el vértigo de la sangre contraía sus facciones y la lucha seguía frenética y rápida. Por fin uno de los luchadores quedó en tierra sin respiración bajo la rodilla del otro; el vencedor sacó su cuchillo, lo esgrimió con un grito inexpressible, y con una destreza feroz hizo un cerco profundo en derredor de la cabeza del vencido; luego se incorporó, tomó los cabellos del infeliz con ambas manos y poniéndole un pie en el cuello tiró de la piel con espantoso esfuerzo.

Un crujido particular, acompañado de horrendo gemido, puso fin al síncope de Adelaida: se apoyó en la alfombra para levantarse y la sintió húmeda.

— ¿Qué es esto, Dios mío? balbuceaba con suprema angustia.

— Ven, decía el vencedor arrodillado junto á ella, ven, huyamos; soy yo, Ada, yo te amo.

— ¿Qué es esto, Dios mío? repetía la pobre mujer, abrazándose de Carlos, ¿por qué estan húmedas tus manos, por qué me manchan...?

— Ven pronto, ven, vamos.

Adelaida dió un grito; todo lo había comprendido, vió á sus pies un cuerpo inerte, se vió las manos, sintió el olor de la sangre.....

— Sangre, sangre; Carlos, has matado á mi esposo,

sí, sí, huyamos al fin del mundo... No me abandones, no me dejes.....

Carlos cargó con ella, salió de las habitaciones y bajó rápidamente... Los porteros asustados abrieron la puerta; Carlos salió á la calle; allí estaba un coche. De repente Adelaida pugnó por detenerse, lo logró á pesar del esfuerzo del raptor.

— Mira, le dijo, mira quien viene hacia nosotros, miralo, miralo bien, Carlos, es Ignacio, aquí está, no me deja partir.

— Ada, tú deliras, vamos; viene gente.....

Los erizados se asomaban, uno que otro transeunte se detenía ya.....

— ¿Qué es esto? ¿qué tienes en la mano?

— Soy un apache, pero así me amaste, así me amarás, vamos.....

— ¡Ah! sí, sí, un apache, sí, aquí está, esta es la cabellera del vencido, la cabellera de mi esposo.....

Entonces Adelaida comenzó á reir, casi sin ruido primero, después con estridente sonoridad y luego en un *crescendo* que parecía prodigioso para aquel pecho enflaquecido, acabó por lanzar una carcajada espantosa que retumbó en los ámbitos de la calle y se perdió á lo lejos...

Carlos clavó en ella sus ojos desesperadamente y huyó de la infeliz loca; ¿pero cómo podría huir de sí mismo?

Antes de las doce de aquella trágica noche un cohete dejaba su larguísimo surco de oro en el cielo, estallaba muy alto y derramaba sus exhalaciones rojas, como lágrimas de sangre, en la profunda oscuridad del firmamento.

Mas os he engañado, lectoras mías, lo que vais á leer no es un cuento, ni es una leyenda siquiera; es un poemilla muy lirico, muy *subjetivo*, es decir, muy del alma para adentro, si se me permite decirlo así (y aunque no se me permita) que en lugar de estar escrito en verso, está compuesto en prosa lo más verso posible (si puede decirse así, que si se puede).

Apasionado de los contrastes, desde niño he buscado instintivamente, no los sitios siempre verdes y floridos en que parece que la luz se enferma de fastidio, sino el prado cargado de tintas vigorosas que se apoya en la abrupta montaña y que desborda sobre escalinatas de rocas ásperas y negruzcas en donde el mar se estrella y labra su nido la gaviota. Por eso en las playas dulces y sin cantiles de mi país, era para mi delicioso cierto sitio en que la amplísima curva de la playa se interrumpe súbitamente, por una aglomeración de peñascos cuajados de cacteos y desde cuya cima, que me parecía la de una montaña, y que en realidad no era más alta que la de los vecinos cocoteros, tomaba el mar á mis ojos de niño un relieve soberano.

¿Me creeríais, lectoras, si os dijese, que en este lugar me entregaba á grandes y fantásticos ensueños mirando las nubes, una tarde del estío templado que en nuestras costas acostumbran llamar invierno? ¿Y por qué no me habíais de creer? Tenía yo diez años. ¿Mirar las nubes! ¿Qué otra ocupación más seria puede tenerse en esa edad? Esa tarde tenían un resplandor cobrizo, pero como si fuera el reflejo de un gran horno de cobre en

## PLAYERA

A Esteban González.

En la mansa orilla de mis playas natales, brotan los cuentos, florecen las leyendas como las rosas y los jazmines que bajan al arenal trocando la colina en una sonrisa por entre los mangueros, los tamarindos y los *shkanoles* que de sus espléndidas copas verdes dejan caer por las puntas de sus ramas su incesante lluvia de flores de oro. Unas de esas leyendas son reidoras y alegres como la luz del día; otras melancólicas como el crepúsculo de las tardes lluviosas; de todas se exhala el vivaz aroma salado de tus algas, ¡oh! mar, que has sido colocado á la vista del hombre para sugerirle la emoción del infinito. Uno de esos cuentecillos voy á traduciros, lectoras mías, en pálido lenguaje; oírlo referir á una joven de la costa, mezclándolo con cantares, salpicándolo de imágenes que parecen árabes por lo atrevidas, por lo ardientes, en lenguaje vibrante y sencillo, sin un ápice de retórica, es un encanto. Oírmelo á mí en lenguaje literario y en frases poéticas compuestas *ad hoc*, puede seros fastidioso; temiendo esto, será breve.

fusión, oculto como el sol bajo el horizonte. Más arriba grandes masas de vapor, de un impuro color violáceo, desleían sus contornos en la enorme placa de zinc del cielo. El mar imprimía á aquellos horizontes su tono prodigioso. Mis meditaciones, (¿eran meditaciones?) tomando un giro triste del paisaje me sumergían lentamente en una catarata de abismos.

Unas muchachas con sus flotantes faldas de muselina blanca, con el pecho cubierto por una cruzada pañoleta de seda, y con flores y cocuyos en las trenzas, subieron á donde yo estaba, reidoras y traviesas. Una de ellas tocaba una guitarra, cantaban todas; poco á poco los cantos cesaron; la tristeza indefinible que emanaba de las cosas ganó sus almas y, sin hacer caso de mí, comenzaron á hacerse confidencias, y una, la tocadora, hizo su confesión. De esa confesión que la joven ponía en tercera persona, he extraído unas gotas de perfume para las páginas que vais á leer.

— Se llamaba Concha; en los labios de la que se confesaba, tomó el nombre de flor de Lila.

Lila era más linda que ese celaje que veíamos flotar como un encaje de oro sobre el disco del sol poniente. Era blanca y el hálito del mar sólo aterciopeló un tanto sus facciones. Era alta y parecía haber estudiado en los datileros cierto delicioso vaivén que daba á su modo de andar la cadencia de una de esas canciones tristes que cantan los pescadores al salir para el mar; sus cabellos eran de un castaño denso, eran casi negros con visos dorados, suaves como el primer véilón de la mazorca del

maíz y sus ojos eran grandes y brillantes, de un color indefinible, y divinos y turbadores cuando los entreceñaba (porque era un tanto miope), y podía percibirse el fluido cristalino que los bañaba, al través de la rizada seda de sus pestañas. Bajo la nariz rosada y un tanto aguileña, se abría como el botón purpúreo de un clavel, una boca que espiaban para besarla y chuparle la miel, los colibríes y las abejas, que habían olvidado por ella las flores perfumadas del *shtaventán*. Completaban aquella maravilla las líneas del óvalo de su rostro, sedosas y puras, como las de la escultura de *la Purísima* que se venera en la iglesia de S. Francisco y que es fama que fué esculpida por los ángeles.

Lila era una niña rica; mas cuando vivía con su familia en el lindo poblacho en que Campeche toma fresco, las marineritas de los contornos la contaban como una de ellas, la colmaban de regalos y parecían mariposas revoloteando en torno de una rosa de Alejandría.

Lila nunca había sufrido ni tampoco había llorado, y esto la ponía triste y pensativa; muchas veces se pasaba las horas sentada á la orilla del mar, preguntando á este perenne oráculo de las costañas, el secreto, no de su falta de sentimiento, sino de su falta de lágrimas. No, no lloraba y cuando resentía alguna grave aflicción, sus ojos se ponían un tanto opacos... y no más.

Era una mañana de Agosto; la playera acababa de bañarse en el mar reidor y tibio y parecía empapada en el lampo de la aurora; sus cabellos, salpicados de

gotas de cristal, caían en grandes ondulaciones sobre sus hombros de estatua y bajo la orla de la pintoresca saya asomaba un piececillo cubierto á medias por el agua y sobre el cual las olas remedaban arrullos de paloma y desplegaban coquetamente primorosos festones de espuma. Lila tenía á su hermanito entre los brazos y jugueteaba deliciosamente con su carita risueña y sonrosada de placer y de vida; ya cerrándole la boquita con sus dedos de hada, ya fingiendo el canto de la torcaz cuando reclama á sus polluelos ó cubriéndole de besos y mordiditas que hacían reír sin cesar al recién nacido.

Las nubes, como apretadas bandas de cisnes, tomaban en el oriente baños de púrpura, se abrieron dejando entre ellas un gran trecho azul limpisimo y bruñido. En ese espacio apareció súbitamente un segmento del disco del sol en ascensión. De él se escapó el primer rayo y la luna que se columpiaba sobre el mar palideció de amor. El rayo de sol bajó la colina cubriendo de besos las copas de las palmas, trocando en perlas de oro las gotas de rocío en las florecillas y los musgos, y llegó á la cabellera de Lila; allí quedó prendido; se había enamorado de ella; la sombra se proyectaba delante de la niña y era que el primer beso del día se había dormido en el regazo de la playera.

Lila sentía extraños padecimientos; palpitaba violentamente su corazón y cerraba los ojos como si quisiera cegarla el reflejo del sol que ya abría sobre las olas su inmenso abanico de fuego: ¿Voy á llorar, Dios mío? se preguntaba. Una sensación inexpresable la hizo volver

en sí; al tornar el rostro al oriente había recibido un beso en los labios; quiso huir, pero no pudo. Puso al niño sobre la arena, suave como un almohadón de pluma, y se apoyó en la roca; parecía que una voz cuchicheaba en su oído frases divinas. Y tornaron sus ojos á cerrarse, una corriente volcánica circuló por sus venas y al sentir el segundo beso sus labios sonrieron de deleite; estaba dormida.

Y allá, en la región de los sueños, la joven escuchó la música voluptuosa y lánguida de esta canción de amor:

Soy un destello del sol candente,  
Chispa de un foco de eterno amor;  
Niña, tu boca dulce y riente  
Será mi cáliz, será mi flor.  
Mirame, ámame, niña hechicera,  
Yo soy el ángel de la ilusión;  
Dame tu vida, blanca playera,  
Playera, dame tu corazón.

Delante de ella se irguió un mancebo, tenía en la mano el arpa, vibrante aún y temblaba en sus rojos labios la última nota. Su belleza era ideal, brotaban de sus ojos en ondas luminosas el amor y la juventud. Hasta su sombra parecía iluminada por un fulgor cuya fuente esa invisible. El mancebo parecía embarcado en un esquife cubierto con mantos de armiño y cendales de oro; las olas del mar se teñían de fuego al acercarse á él; cuando batía sus alas inmaculadas dejaba entrever

detrás de él en los cielos un gigantesco pórtico de cristal y de zafiro desde donde bajaba una gradería de oro transparente.

En medio de su éxtasis, una penumbra negra invadió el alma de la muchacha; tuvo un recuerdo. En la última fiesta del patrón de los marineros que se venera en San Román, había visto á aquel ángel: vestía de terciopelo como un magnate de la corte virreinal (de los que todos hablaban y nadie había visto), ó como un jefe de corsarios franceses, y recordó que todos creían que aquel hombre debía de ser un filibustero, porque nadie lo conocía y derramaba el oro á manos llenas. (Estamos, queridas lectoras, en los tiempos coloniales; no se me había presentado oportunidad de decíroslo.) Lo singular, lo malo, es que durante todas las fiestas aquel hombre la siguió con sus miradas amorosas y audaces á la vez; ¡qué horror! Y ella, ella lo veía como distraídamente y el corazón le palpitaba con infinita fuerza...

Todas estas reminiscencias pasaron como una bandada de aves negras por el cielo de su alma. Quién ha pretendido analizar el primer momento de amor en el corazón de una mujer. Ellas jamás lo explicarán, ni los ruiseñores como brota de su garganta el primer arpegio, ni el botón de nardo como exhala, al abrirse, su primer perfume. El primer amor es la revelación del alma en nuestro ser; sabemos que existe, mas no la sentimos, sino cuando amamos. La paloma que anida en el misterio que cada uno lleva en lo más íntimo de

sí, abre las alas y canta, con sólo el fulgor de una mirada que penetra en nuestra sombra. Y esta palabra mil veces deletreada con indiferencia: amor, adquiere para nosotros una significación inmensa, nos lo explica todo, es la clave del jeroglífico de la eternidad.

Lila no se explicaba así lo que sentía, ni de ningún otro modo. Porque el mancebo que la playera tenía delante, lo estaba en realidad, pero delante de su alma; y el parecido de éste con el filibustero, indicaba que ya lo había visto. Pues no, no había visto á nadie; y, sin embargo, todo era real, todo era supremamente real, ¿pues qué, hay algo más real que la luz en un rayo de sol y el amor en una mujer de quince años, en la costa del Golfo?

Lila magnetizada por las palabras del mancebo alado, se dejó cubrir la frente de besos; de cada beso nacía un azahar; y juntos formaban una corona de desposada. Luego, el ángel (¿no os he dicho que era un ángel?) tendió sobre su cabeza y dejó caer en rectos pliegues sobre el cuerpo de la virgen una nube sin mancha; era el velo de boda. Y el altar era sorprendente; parecía el altar de la iglesia de S. Román, pero cuajado de piedras preciosas; los cortinajes de tisú recamados de oro, parecían nubes bordadas de estrellas y el pavimento era un ópalo verde como el mar.

— ¿Me amas? preguntó el mancebo.

— Sí, dijo la joven con sólo el destello que se encendió en sus ojos.

— Ven, pues, ven conmigo.

— ¿Podré llorar ?

— Llorarás, repuso el amante de Lila.

Y la barquilla de cristal se aproximó... Pero otra sombra negra se interpuso entre el alma de la niña y su visión de amor : ¡ Dios mío ! exclamó la niña con desesperación profunda, dónde está mi hermanito, lo dejé dormido en la arena y lo olvidé ; ¡ ay ! se lo han llevado las olas.

— Miralo en su nido, le dijo el celestial barquero.

Sobre la luna en menguante, apenas visible en occidente y que parecía una cuna de plata colgada en el firmamento, Lila pudo ver á su hermanito dormido.

Y ya la barquilla bogaba, bogaba en el mar risueño. La cabeza de Lila reclinada sobre el pecho de su amado parecía rodeada de una aureola ; sus cabellos destrenzados, mojaban sus extremidades en las olas, y éstas pasaban á través de sus hilos sutiles temblando armoniosamente como la brisa por entre las cuerdas de las arpas eólicas. Lila se sentía dormida y no tenía fuerzas para querer despertar. En sueños tuvo un recuerdo y fué la última sombra negra. Aquella mañana al salir del baño había visto un bergantín con bandera negra cruzando á toda vela el horizonte... La bandera negra es la bandera de los filibusteros : allí está, decía palmoteando alborozada la criada africana de Lila, allí está, viene por nosotros. ¿ Quién ? preguntó la niña. Aquel que tanto miraste en las fiestas de S. Román... Después, Lila pensativa tomó un poco de leche, que le trajo la esclava,

estaba un poco amarga y luego siguió jugando con su hermanito...

Lila sintió un beso entre los labios y la barca continuaba bogando, bogando...

— Yo quisiera llorar, decía la niña, ¡ oh ! Dios mío, creo que voy á llorar.

— Llorarás, contestaba el ángel, inclinando sobre ella su gran mirada de amor...

— Vaya un cuento raro, y ¿ lloró por fin ? decía una de las muchachas.

— ¿ Quién sabe ? Pero lo cierto es que fué feliz.

— ¡ Feliz ! dijeron todas á una.

— Si murió, fué feliz y si lloró, fué feliz también...

— ¡¡ Oh !!

— ¿ No ha dicho Jesús, nuestro Señor, felices los que lloran ?

## EN JERUSALÉN

Á Pablo Ordaz.

Durante el gobierno de Pilatos en Judea se hallaba en Jerusalén un joven romano que pertenecía á una de las pocas familias senatoriales de prosapia verdaderamente histórica que quedaban en la capital del mundo. Después de haber estudiado en Atenas pidió permiso de visitar las provincias de Asia y Siria á Tiberio que era su tutor. El emperador le envió instrucciones minuciosas para su viaje á lo que puede inferirse de sus cartas. Por una coincidencia notabilísima fué testigo de la obscura tragedia que terminó con la muerte de Jesús y pudo dar testimonio de alguno de esos episodios que cuentan, como ha dicho el gran historiador de los orígenes del cristianismo, por muchos siglos de la historia de la humanidad. Lo que vió quedó consignado en una carta escrita á un compatriota y amigo que había dejado en Atenas; esta carta llegó á manos de algún discípulo de S. Pablo en Atenas, probablemente, y piadosamente conservada en algunos grupos de las comunidades cristianas primitivas, fué transmitida de una en otra gene-

ración hasta los tiempos bizantinos en que halló sepultura en el polvo secular de la biblioteca del convento celeberrimo del Athos. Allí la descubrió el erudito alemán Hermann Bauer; he aquí su traducción.

Obedeciendo al mandato de César me presenté á Poncio en Cesárea y de ahí nos trasladamos á Jerusalén para asistir á la gran fiesta pascual, en que la ciudad era un foco de tumultos y sediciones. Él, su familia y yo nos alojamos en un viejo edificio real de la época de los ashmoneos, los últimos reyes nacionales de Judea, y desde las ventanas medio derruidas de aquel palacio; que daban sobre el patio del templo, pude observar á mi sabor la abigarrada y pintoresca multitud que allí se aglomeraba. Pocos días después de nuestra llegada hallé al Procurador agitado é irascible; creí que era la noticia de alguna intriga de Vitelio, el prefecto de Siria, y su personal enemigo. No era eso.

Nada puedes, caro Emilio, imaginar de más extraño, de más noble y más bajo á la vez que este pueblo judío, su historia, su poesía y sus costumbres... Y su religión, ¿qué decirte de su religión? ¿Es un sistema filosófico, es el más grande de los sistemas filosóficos reducido á un dogma y á la más pura enseñanza moral? ¿Ó es la creencia bárbara, desnuda y simple de un pueblo primitivo, que la imaginación oriental ha vestido de pintorescas y complicadas liturgias? No sé; todo es aquí un problema para mí; pero todo mantiene alerta mi curiosidad. Jove, para ellos, es un ser incorpóreo que dirige los ejércitos

de astros en el cielo; le llaman Zebaoth, Adonai, y esto no es su nombre, su nombre sólo es conocido del Sumo Sacerdote. No te entristeceré con los pormenores de las prácticas austeras y tristes de este culto tan parecido al que celebra delante de sus dioses de mármol el exquisito grupo humano en que vives, como el cielo urente y polvoso del desierto cercano, al suave, al templado, al luminoso cielo que el favor de los dioses nos permitió bendecir juntos....

Mas volvamos á Poncio; su mal humor tenía por causa la aparición de un grupo exaltado, y que parecía sedicioso, entre la multitud que duplicaba en esos días la población de Jerusalén. Lo formaban muchos de los peregrinos de Galilea y algunas personas pobres de los alrededores de la ciudad y de los restos de la secta de un agitador religioso que metió mucho ruido por estos contornos, no hace largo tiempo y que Poncio llama el Bautista. Lo singular del caso actual y lo que ponía perplejo á nuestro irresoluto procurador es que, según su esposa le había contado, el jefe de este grupo es un profeta, como son aquí todos los corifeos de sediciones, mas Jesús, así se llama, no azuza al pueblo contra nosotros los romanos, sino contra los sacerdotes y los fariseos. Esta división nos es benéfica; suscitar los odios de los unos contra los otros en este pueblo rarísimo que nos odia en masa, es lo mejor que desearse podía, con tal de que no perturben *la inmensa majestad de la paz romana*. Lo grave es que el profeta galileo ha sido apre-

hendido y sentenciado anoche por los devotos del cuerpo sacerdotal y que Poncio tiene dentro de unos momentos que revisar esta sentencia capital contra un reo del terrible y extraño delito; admírate! de *seductor* del pueblo y de blasfemo. Llegado el momento, Poncio y yo salimos con una centuria del Palacio y nos dirijimos al tribunal, al *bisma*, como en Siria se dice...

De pie junto á la silla de Poncio pude contemplar aquella escena: « Se trata, decía al gobernador su secretario, se trata de uno de esos vagabundos que conmueven al pueblo de los campos y á los pescadores; éste se dice hijo de Dios, ha asegurado que el Templo vendrá por tierra y que él lo levantará en tres días.

— ¡Bah! murmuraba Poncio, es un loco, es uno más. ¿Dice algo de César?

— Dice que á César se debe lo que del César es; pero afirma que es el rey de los judíos, por herencia y por determinación divina.

— ¡Ah!

Rodeado de un tropel de sacerdotes, de escribas, de grupos que pertenecian á las sectas en que aquí se divide el pueblo: fariseos, saduceos ¿qué sé yo? y de mujeres y niños que vociferaban, subió el reo, trabajosamente protegido por los soldados de la cohorte, las gradas del tribunal... ¿Aquella multitud le era hostil? Así me pareció á primera vista. De todas maneras, el aspecto de aquel hormiguero humano era siniestro. Unas mujeres se lamentaban y quizás lanzaban imprecaciones sobre

nosotros en esta ruda lengua aramea que parece hecha para expresar tan sólo el dolor ó la ira.

Vestido de una túnica suelta que le bajaba hasta los pies, de un color indefinible, pero que tenía visos rojos, quedó solo el reo en un espacio despejado ante nosotros. Su cabellera llena de polvo y sangre caía en guedejas desde su cabeza profundamente doblada. Al través de la túnica desgarrada á trechos, se veía un cuerpo enjuto y débil; en su dorso, las ligaduras habían dejado hondamente impresa su huella de púrpura. En su barba rojiza había espesos coágulos de sangre negra.

Poncio comenzó su interrogatorio; en vano: aquel infeliz nada contestaba; ¿ estaba aterrado? ¿ Ó seguía de hito en hito, sin hacer caso de las turbas, ni de sus dolores, la ascensión lenta y sublime de una visión interior? Lo cierto es que nada respondía, nada. Un emisario de los sacerdotes estaba listo para interpretar sus palabras y traducía las del Procurador. Éste, sin embargo, hacía una tentativa suprema; por una parte aquel enemigo de los sacerdotes, de los fariseos, le interesaba; por otra quería conocer el móvil íntimo de aquellos conatos frecuentes de insurrección que irritaban á César y que daban cierta apariencia de verdad á las acusaciones del Prefecto que le achacaba el tolerar demasiado á la casta sacerdotal. Pero fué inútil, Jesús parecía mudo; al mediar la noche aquel infortunado esperaba en el patio del tribunal y ni los tormentos, ni la burla brutal de la soldadesca (que indignaba tanto á la esposa de Poncio) habían conseguido despegar sus labios.

Uno de los levitas que tenían cierta amistad con Poncio y que había logrado acercarse á nosotros, después de hablar acaloradamente con el gobernador, se lanzó hacia la balaustrada, inclinó sobre la muchedumbre su mirada ávida y negra y articuló algunas frases, que provocaron un inmenso clamor. Me piden la libertad de uno de los sediciosos más peligrosos, me dijo Poncio, por ser esta la costumbre durante las fiestas, y no quieren la libertad de este infeliz nazareno..... Óyelos — Bar-habas, Bar-habas, gritaba frenético el pueblo. Los hombres mostraban los puños, las mujeres esforzaban sus lamentos, los agentes de los sacerdotes rugían sordamente y cubrían sus rapadas cabezas con sus paños de amarillo impuro.

El reo alzó lentamente la cabeza; me estremecí involuntariamente, te lo juro por los dioses. Era un león herido que sacudía la negra melena; el pueblo seguía gritando: Bar-habas, Bar-habas.

El sol de la hora meridiana lanzaba á plomo sus rayos que caldean la sangre y aceleran las palpitaciones del corazón; un viento caliente y sofocante nos traía los rumores lejanos de las procesiones de peregrinos que subían las gradas del templo de Moriah en que iba á celebrarse la Pascua, y entonaban salmos de una ruda y maravillosa poesía, que, aseguran, son obra de un rey y profeta antiquísimo, de David.

Jesús se había erguido completamente, parecía que su alma volvía de muy lejos, de no sé qué abismos, y que adquiría al fin conciencia de lo que pasaba en torno

suyo. Sacudió su cabellera y volvió al pueblo su rostro ensangrentado y flaco y pálido en la sombra de su melena real. Sus ojos emitieron una sola mirada y sus párpados se cerraron de nuevo. La multitud recibió el choque de aquel destello inmenso y calló súbitamente; las frentes se inclinaron sombrías de vergüenza y de espanto; los sacerdotes murmuraron sus preces ahogadas y monótonas.

A mí me turbó profundamente la luz que de esos ojos ví desprenderse, era tan suave, que la del sol me pareció dulcificarse al mezclarse con ella. Ven á Oriente, amigo mío, si quieres ver, de los harapos de un mendigo, surgir un Dios.

Jesús fué condenado; Poncio no lo reputaba culpable, pero creía contentar así á los judíos y á César...

¿Conoces el horrible suplicio que se aplica á los esclavos allá y aquí á los reos de sedición? Pues este fué el que á petición de la muchedumbre se aplicó al profeta. Quise ver esto: era horrible, pero mi curiosidad me arrastró; ¡y aquel hombre me interesaba tanto! Los penados eran varios, pero yo no tenía ojos más que para Jesús. Lo ví llegar al lugar prominente en que se expone aquí á los ejecutados y estaba casi muerto de cansancio físico y moral: sobre dos maderos unidos en forma de T fué atado de pies y manos, clavado con larguísimos clavos, lo que me produjo horror, é izado en aquel alto leño en medio de la cima colocado y desnudo el cuerpo estrujado y cubierto de llagas y sangre.

Unos cuantos, y nuestros soldados los ayudaban estí-

pidamente, lo motejaban é injuriaban; pero aquellos procaces no encontraban eco en la plebe que se apiñaba en torno, y que, probablemente, había pasado de la cólera á la piedad, á juzgar por su siniestro silencio; las mujeres lloraban y alzaban las manos para bendecirlo: otras se acercaban y lo contemplaban con dolor y adoración á la vez. ¿Dijo algo? Yo no oí nada, oí redoblar los lamentos; ví que los soldados se miraban unos á otros como sorprendidos; ¡oh! ¿cómo no oí su voz, cómo no acerté á escuchar y á comprender sus palabras? Pero sí le ví abrir los ojos, sí le ví levantar los ojos al cielo, sí entendí que en ellos había un reproche ó una plegaria? no sé, pero sí un destello inmenso, así como el rápido fulgor de una estrella entre dos nubes que vuelan. No hagas caso de esta comparación, es débil; aquello que yo ví era más triste, más puro.....

Reunidos por la noche en derredor de la mesa de Poncio, guardábamos profundo silencio; reclinados en los triclinios, parecía que dormíamos, y no, pensábamos. El calor era sofocante y los esclavos nubios derechos, desnudos y negros con su pequeño paño de púrpura tiria en derredor de la cintura, agitaban en vano sus grandes abanicos de plumas de aves africanas sobre nosotros ó derramaban en nuestros vasos de oro el vino de Cypre que no bastaba á refrescar nuestro ánimo. La esposa de Poncio, inquieta y triste, se hacía humedecer el cabello por sus esclavas sirias con agua helada perfumada con esencia de nardos: su mano febril

jugaba con las gruesas perlas de su rosario de ámbar.

Nos separamos ; después de mucho tiempo comencé á conciliar el sueño, arrullado por las salmodias de los peregrinos que daban gracias después de distribuirse el Cordero pascual. De improviso desperté sobresaltado ; mi memoria despertó también. La escena de la muerte del Nazareno vino de un golpe á mi mente. Me incorporé trémulo y frío, como si me hubiese rozado la frente la punta del ala de la muerte ; una ola de llanto subió á mis ojos y lloré, lloré... lloré como el día en que fuimos juntos á depositar á mi madre en el sepulcro.

## NOCTURNO

Á Roberto A. Esteva

He aquí una hoja de su cartera. La he conservado amarillenta y próxima á convertirse en polvo, como esas hojas anémicas con que los viejos fresnos lloran la pérdida del calor y que ruedan por los campos á merced de los nortes de otoño formando en las veredas movibles tapices.

De esa hoja transcribo los versos siguientes :

Las flores del cementerio,  
 Las de las corolas pálidas  
 Que una vez el tallo doblan  
 Y ya nunca se levantan ;  
 Las flores en que el rocío  
 Sus perlas convierte en lágrimas,  
 Aquellas que de las tumbas  
 Creciendo á la sombra helada,  
 Viven muy tristes, muy tristes  
 Y mueren blancas, muy blancas...  
 Las rosas del cementerio  
 Que miel no tienen ni ámbar,

jugaba con las gruesas perlas de su rosario de ámbar.

Nos separamos ; después de mucho tiempo comencé á conciliar el sueño, arrullado por las salmodias de los peregrinos que daban gracias después de distribuirse el Cordero pascual. De improviso desperté sobresaltado ; mi memoria despertó también. La escena de la muerte del Nazareno vino de un golpe á mi mente. Me incorporé trémulo y frío, como si me hubiese rozado la frente la punta del ala de la muerte ; una ola de llanto subió á mis ojos y lloré, lloré... lloré como el día en que fuimos juntos á depositar á mi madre en el sepulcro.

## NOCTURNO

Á Roberto A. Esteva

He aquí una hoja de su cartera. La he conservado amarillenta y próxima á convertirse en polvo, como esas hojas anémicas con que los viejos fresnos lloran la pérdida del calor y que ruedan por los campos á merced de los nortes de otoño formando en las veredas movibles tapices.

De esa hoja transcribo los versos siguientes :

Las flores del cementerio,  
 Las de las corolas pálidas  
 Que una vez el tallo doblan  
 Y ya nunca se levantan ;  
 Las flores en que el rocío  
 Sus perlas convierte en lágrimas,  
 Aquellas que de las tumbas  
 Creciendo á la sombra helada,  
 Viven muy tristes, muy tristes  
 Y mueren blancas, muy blancas...  
 Las rosas del cementerio  
 Que miel no tienen ni ámbar,

Las que desprecian las niñas  
 Y que nunca la mañana  
 Refrescó con su abanico  
 De oro, de azul y de nácar,  
 El abanico en que juegan  
 Las brisas embalsamadas,  
 Uniendo el olor del bosque,  
 Y el olor de la montaña  
 Y á los arpegios del mirlo  
 La canción de las calandrias...  
 Esas pobres flores huérfanas,  
 Esas pobres flores parias,  
 Esas son las flores mías,  
 Como yo desheredadas,  
 Que lloran como yo, y tienen  
 Como yo la frente pálida.  
 Cuando á su tallo sin jugo,  
 Se acerca mi mano helada  
 Las siento muertas... ¡Dios mío!  
 ¿Será un sepulcro mi alma?

Al calce de este romance melancólico una mano que parecía senil y que era de un adolescente había escrito un nombre, lo velaremos con otro semi-fantástico, ¿no os parece, lectoras? Escribiremos *Stella* y sigamos describiendo la hoja de la cartera.

Bajo el nombre de *Stella*, hay unos signos musicales en unas líneas de pauta; Paco Lerdo de Tejada los interpretó en el piano, eran la transcripción de un sollozo. Á la vuelta de la hoja estas frases: « Su corona nupcial es de rosas exangües; tan pálidas! Pobre Stella obligada á hacer sus ramilletes en el cementerio. Esta

es la noche de boda... » La hoja termina así: S. Fernando números 201 y 202. R. I. P.

Heberto era un soñador de veinte años; no había nacido para nada útil, en el sentido que da el mundo al vocablo, y creía que tenía derecho para no hacer, para no ser nada. ¡Pobre! Su padre le obligó á estudiar; él no sabía, no podía, no quería estudiar. Los muros del colegio oprimieron su corazón infantil y se lo dejaron enfermo para siempre; cuando su madre, una santa, fué, por consejo de los médicos, á sacarlo del colegio, se encontró con un niño muy pálido que tenía mucho frío, unos ojos llenos de fiebre y que por cierto movimiento, que en otro habría sido amanerado, y era gracioso en él, indicaba el hábito contraído de contemplar largas horas el cielo.

La madre lloró al ver á Heberto; éste lloró, primero porque su madre lloraba y luego porque en su corazón enfermo parecía haber un depósito de lágrimas y, cuando ya rebosaba, parecía que por una válvula de escape, se derramaban en sus ojos, en sus mejillas, y entonces, se calmaban un tanto, un instante. Era una naturaleza viciada, era una ave de paso que se había equivocado de rumbo viniendo á la tierra. Desde pequeño le había faltado el sol y el corazón de su madre, ese otro sol. Resultado: había contraído un vicio, ¿ que niño secuestrado en el colegio no lo contrae? El vicio solitario de Heberto, eran las lágrimas; la causa una sensibilidad de mujer; ¿ quién sabe que elementos entraban en la composición de su alma? Quién sabe cuántas mujeres huér-

fanas, desamparadas, soñadoras, locas tal vez, habían dejado al pobre muchacho su herencia de sentimentalismo y de aspiraciones irrealizables. Pobre Heberto, era un histérico.

Lo despreciábamos algo, sus compañeros de colegio; le queríamos mucho; cuando le veíamos dormido, sentíamos tentaciones de rodear su lecho con cuatro cirios. No hay cosa más lúgubre que un adolescente sin salud; es un mes de Mayo sin golondrinas.

Heberto al salir del colegio, entró al primer templo que halló á su paso y se arrodilló: Dios mío, dijo, yo sé que me voy á morir, pero concédeme antes una cosa, una sola, amar, para tener la seguridad de ir al cielo. Poco más ó menos, todos hemos hecho esta plegaria en los años de fé de la adolescencia sobre los cuales aun se proyecta la dulce y piadosa sombra de nuestra madre, como la sombra del viejo campanario que repicó en nuestro bautizo, nos acompaña algunos instantes al alejarnos de nuestro país natal.

Heberto buscó un año. Su madre no cesaba de aconsejarle un viaje á Europa; ella le acompañaría; en Burdeos tenían parientes que los esperaban. Heberto aplazaba su resolución. Creía que el ángel de sus ensueños, que en sus delirios llamaba Stela, debía de ser hija del suelo mejicano, formada con el luminoso éter de nuestro firmamento, dorada por un rayo de sol de nuestras primaveras, perfumada por las ardientes y acariciadoras emanaciones de las florestas indianas. El ángel que había elegido por nido el corazón del poeta, no tenía rostro,

ni tenía cuerpo, era un celaje color de rosa, que dibujaba bajo su gasa vaporosa, las líneas ideales de una figura extrahumana, como bajo una sábana de lino inmaculado se adivinan los contornos poéticos é imprecisos de una impúber.

Cierta vez, Heberto dió un grito en su lecho, en su almohada había caído una lágrima reciente que no podía ser suya, las coberturas guardaban casi el molde y la tibieza de un cuerpo de virgen. Su madre vió algo de eso, cuando Heberto se lo refirió entre el llanto y la risa. Salió al jardín de la casa que habitaban en el campo y se sintió súbitamente narcotizado por los aromas vivaces de las plantas. Cuando el sueño apagó en su cerebro el último destello de razón, escuchó Heberto, en pleno paraíso fantástico, un *ven* sonoro y claro como si hubiese salido de una garganta de oro.

El soñador, incorporándose, marchó en línea recta al lugar de donde la voz había salido. Pronto llegó á una pobre habitación, allí encontró á Stela, allí vivió algún tiempo. — Stela era una niña como Alfredo la soñaba; era una ráfaga color de rosa, detenida, con las alas trémulas, sobre los pétalos de una azucena. Su nombre, su figura, su alma eran hijos del cielo. — Era una perla caída de la guirnalda efímera de las hadas, en una noche en que la aurora las sorprendió en el seno de las flores. Era, de lejos, un espectro, de cerca un perfume. ¿Cómo Alfredo había encontrado á Stela? Lo ignoramos. ¿Stela existía, ha existido alguna vez? Lo ignoramos; y, sin embargo, estamos seguros de haber visto su negativa en

el taller de los Sres. Cruces y Compañía. Á pesar de eso nos preguntamos ¿será cierta la bajada de ese ángel á la tierra?

En suma, la hemos conocido, á no ser que la hayamos soñado; su retrato parece la fotografía de una cabeza pintada por un artista inspirado. Es, ó era — como quieran mis lectores — era divina, en lo que hay de más alto en esta palabra aplicada á la forma; tenía la belleza de un alma, es decir de lo más inmaterial que puede forjarse la imaginación humana, sólo capaz de concebir tipos materiales. Alfredo la había bautizado en su corazón con el nombre de *Stella* (estrella). Y, en efecto, parecía una gota de luz derramada sobre el mundo desde uno de esos vasos de diamante que llamamos astros.

Era color de rosa; sus ojos eran negros, pero parecían emitir luz, no recibirla. Cuando sus pupilas se levantaban hacia el cielo y la punta de sus pestañas se confundía con el arco admirable de las cejas, no sé qué llamarada sombría se encendía en aquel punto, que hacía estremecer de delicia, pero que enfermaba al corazón. El óvalo de su rostro habría desesperado á Winterhalter; bajo su nariz recta y pura desplegaba su broche de jacinto una boca celeste, casi siempre entreabierta como para dejar escapar una nota del alma, ó aspirar el aroma de las flores, sus hermanas menores.

El día que la ví llevaba un vestido color de violeta, la flor de los poetas y de las vírgenes, y una pelliza negra sobre los hombros. ¿Pero no será una alucinación mía?

¿No una visión producida por las tintas de nácar del crepúsculo de la tarde?

Heberto y Stela vivieron juntos; Stela en el corazón de su amante como una esperanza de poeta; no podremos decir si el joven estuvo presente alguna vez en el pensamiento de la niña. Ya hemos dicho que había entre ambos la distancia de la tierra al cielo.

Una vez llegó Heberto al altar en que su estrella le esperaba, — decimos altar porque para el pobre poeta la vista de Stela era una comunión; sentía, como el creyente que se aproxima á la mesa eucarística, que con las miradas de su amiga ideal caía en su espíritu un rocío, un maná del cielo. — Heberto, decíamos, llegó una vez al tabernáculo de su pasión; su amada se acercó al marco de oro de su cuadro, y le dijo *adiós*, con una voz sonora y dulce como la música que debe de oírse más allá de la tumba..... Y partió. Cuando hubo llegado á la región de las almas, dejó caer sobre su amante desamparado una mirada que Heberto vió encenderse en el espacio en forma de estrella. Y esa misma noche en medio de su insomnio oyó el joven junto á su lecho sonar distinta y clara esta palabra *ven* y sintió sobre su frente rodar tibia y lenta una lágrima.

Stela vivía en el mundo inmaterial, pero Heberto la veía; la veía de noche como un lucero en su constelación favorita y de día se le aparecía en las penumbras muy blanca, muy blanca, con la inefable blancura triste de las flores de cementerio. El pobre tendía la mano para tocarla y no podía; de vez en cuando sentía sobre su frente el

roce de su cabellera, suelta, sedosa y áurea, tal como la llevaba la última vez que había sentido el roce de sus hilos finísimos entre sus dedos febriles.....

Entonces esbozó unos versos que nos han sido transmitidos; he aquí los menos informes:

Piedad por los recuerdos alegres de tu vida,  
 Por la ilusión primera de tu alma celestial,  
 Por la paloma blanca que cuando estás dormida,  
 Baja del cielo y mece tu sueño virginal.  
 Piedad, por tus quince años, piedad, porque eres bella  
 Y tengo, niña, henchido de muerte el corazón,  
 Porque será mi vida sin tu mirar de estrella  
 Espectro coronado con flores de panteón.  
 La vida es lo que pido, pidiendo que me ames,  
 La vida, para luego agonizar de amor,  
 Para que mi alma entera dentro del pecho inflames  
 Y se consuma como la mirra ante el Señor.....

Pero Stela seguía cruzando como un silfo por los rayos de luz que penetraban hasta el lecho del pobre enfermo. De repente el techo del cuarto desaparecía y un cielo en que oscilaban mareas de luz y olas de oro transformaba la estancia. Como una virgen de Murillo se le aparecía en medio de tanto esplendor su Stela.

Hace un año la blanca Stela descendió sola y melancólica por un crepúsculo brumoso y frío. Llevaba en la frente una corona nupcial de camelias blancas: Esta noche celebraremos nuestras bodas, murmuró en el oído de Heberto.

Éste escribió en su cartera unos versos, necesidad sublime de los corazones que sufren y aman, trazó algunas notas musicales como queriendo interpretar la voz de Stela.

Luego llamó á su madre. La santa mujer corrió al lecho de su hijo que volvía á la razón; sí, porque un mes hacía que Alfredo había salido como un delirante al jardín en busca de una mujer que había llorado una lágrima sobre su frente. De allí le trajeron aletargado á su casa y ese letargo sólo se interrumpía por accesos de delirio. Pero ahora sí, ahora sí volvía el pobre enfermo á la razón. Su pobre madre, ¡ pobres madres ! aprovechó aquel instante para inundar de claridad el espíritu de su hijo y convencerlo de que su amor era imposible, era una visión de la fiebre. Alfredo quedó plenamente convencido de ello y murió..... Su madre lo creyó salvado cuando le vió llorar; ella lloró también. De repente dos lágrimas se detuvieron como congeladas entre las pestañas del soñador: Se ha dormido, murmuró su madre, que nadie lo despierte... Nadie lo iba á despertar; se había dormido para siempre.

Anochece el día de muertos del año pasado. Una llovizna menuda y fría cata de los negros y desgarrados nubarrones que entoldaban el cielo. Si alguna vez las nubes fueron crespones y los astros cirios, fué en aquella noche; parecía que en las alturas también se festejaba

á los muertos ; llevaba el viento ecos de respuestas en sus ráfagas y del fondo de la noche parecía venir por momentos un rumor pavoroso del *de profundis*. Las raras estrellas estaban trémulas como lágrimas ; cuando llegaba á percibirse una constelación semajaba una corona de inmortales colocada en el sepulcro de un dios...

Penetramos en el cementerio de S. Fernando algunos estudiantes. La muchedumbre se había escurrido y algunos sacristanes quitaban á toda prisa á los sepulcros sus vestidos de lujo, dejándolos desnudos y fríos. Así son las mañanas que siguen á un baile de carnaval, cuando ellos y ellas arrojan los *dominós* ajados y las caretas maculadas de sudor y de vino sobre el mostrador de los alquiladores. El día de muertos es el baile de carnaval de los muertos ; en lugar de *dominós* azules se ponen *sambenitos* negros.

Entramos en el cementerio para colocar nuestra losa sobre el sepulcro de Heberto. En el nicho contiguo había una lápida flamante ; se había colocado, al parecer, ese mismo día. No tenía más inscripción que ésta, un nombre *Stela* ; sobre ella colgaban el velo, la corona de las desposadas.

*Stela* había muerto ; luego había vivido..... La realidad oculta bajo mi simbólica narración obtendría algunas lágrimas vuestras, lectoras mías, porque es muy dolorosa y muy triste. ¿ Os la contaré algún día ?

## MEMORIAS DE UN FARISEO

(FRAGMENTO)

Á José Córdova

En el liceo franco-mexicano en que viví por algunos años, me hice amigo de un joven de origen alsaciano, hijo de un israelita.

Leíamos juntos con frecuencia las obras de Renan y Strauss sobre Jesús, y sin llegar á resultados apreciables, como sucede en todas las discusiones en que los datos son insuficientes en pro ó en contra de la tesis, andábamos siempre querellándonos sobre el poco noble papel asignado en la narración evangélica á los fariseos, de quienes era mi amigo, acerrimo defensor y aun algo descendiente, según decía.

Como casi todos los judíos ilustrados en nuestros días, era un apasionado de Jesús ; los quince siglos de indecibles torturas infligidos por los discípulos del nazareno á los judíos, no acertaban á empañar ante los ojos de mi amigo la claridad incomparable de la personalidad moral del *judío divino*, como él le llamaba. Y en el afán de

lavar de una mancha de iniquidad y de sangre á los que él reputaba como lo mejor de su pueblo, como el fruto maravilloso de la planta sembrada por el profetismo y por los legisladores geniales de Israel, sostenía, con los eruditos rabinos Salvador y Rodriguez, la teoría de que Jesús había sido sacrificado por los romanos y un grupo de traidores á la patria, confabulados con ellos.

Á la vuelta de un viaje muy largo que hizo por Europa, me comunicó el fragmento de unas memorias vertidas del hebreo al griego, y luego al latín, en una judería holandesa durante el siglo xvii, y que en la familia de mi hombre, radicada en Argel después de la guerra franco-prusiana, se conservaba piadosamente como una sagrada reliquia de lo pasado. ¿Pero, dirán los lectores, el documento es auténtico? Mi israelita me lo juró por la ley y los profetas.

¡Oh! dulces mañanas tibias del mes de Nisam en la tierra de las divinas promesas. La de aquel día inolvidable había sido bella y roja como ninguna; luego de aparecido el sol, todo fué azul y oro; entre las negruscas rocas surgía la ciudad como una multitud de cubos de un blanco implacable atenuado por las manchas verdes de los limoneros y las palmas.

Dos grandes rumores se levantaron con el sol; el del viento del desierto arábigo que bebió con una sola ráfaga el ligero velo de niebla que esfumaba los olivos de

Gethsemani y caldeó la atmósfera saturándola de moléculas de fuego, y el de la multitud pascual que se precipitó desde los atrios del Templo y desbordó del recinto de Sion, en busca de un poco de frescura y de sombra.

Á pesar del calor abrasante, comenzaron las procesiones multicolores de los peregrinos á ascender al santuario, al son del kinnor y del salterio, cantando en cadencia bajo la dirección de sus coreutas los salmos sagrados que algunos atribuían á David.

Al mismo tiempo el mercado que rodeaba el recinto sacerdotal, se animaba por inusitado modo. La fiebre del cambio y del lucro, se apoderaba de aquellos hombres que hablaban todos los idiomas del mundo, reunían en sus bazares todas las mercaderías, desde la esclava blanca y casta de Germania, que parecía una estatua de lácteo alabastro, coronada de un nimbo de oro, hasta el enano negro de la alta Etiopia, acurrucado sobre un chal de púrpura en un pintarrajeado vaso escita, y desde la ánfora de Atenas, elegante y pura, hasta el papiro de Alejandría en donde se contaban los espléndidos episodios de *la vida inimitable* y la pasión de Antonio y el áspid de Cleopatra.

Yo, en la azotea de una de las sinagogas que apoyaban sus muros en el recinto exterior del Templo, miraba el precipicio á mis pies, el seco lecho del torrente Cedrón, serpeando en el árido llano, y más allá los olivos del Huerto.

Un grupo de jóvenes *Kohenim* [sacerdotes] compañeros míos, asiduos lectores del gran doctor fariseo Hillel,

comentaban las noticias llegadas la víspera hasta nosotros y que ponderaban las maravillas realizadas por un joven profeta y taumaturgo que, curando y predicando parábolas, venía seguido de una multitud pasmada de admiración, desde las orillas del lago de Galilea hasta Jerusalén, á celebrar la Pascua.

¿Quién era ese alborotador del pueblo? se preguntaban los romanos. ¿Quién es ese humillador de hipócritas? murmuraban algunos sacerdotes.

Los suyos le llamaban rabbi y le llamaban Christo, esto es, el ungido del Señor, el prometido de los Benisrael, el Mesías de la emancipación.

Pílatos temblaba de pavor, y con Pílatos temblaba Kaipha que era el sumo sacerdote y llevaba ese año en la cabeza el petalón sagrado. Porque nadie en el pueblo de Dios era amigo de los soldados del César, nadie, excepto Kaipha y algunos que le seguían.

Los fariseos que componían el Synedrium, eran enemigos de Roma y su vida era santa y su doctrina santa, porque era la doctrina de Moisés y los profetas, explicada por Hillel, que había dicho: Haz á otro lo que quieras que te hagan á ti; esta es toda la ley, lo demás son comentarios. [Talmud.]

Y después de Hillel había venido Jesús de Nazareth y había repetido las palabras del Maestro.

Los fariseos amaban á Jesús y odiaban á Herodes y á los esbirros de Herodes los protegidos de Roma. Y esperaban el tiempo de la emancipación y la llegada del Mesías de gloria.

Jesús había dicho: No temáis á los que matan el cuerpo (*Mateo*). — El que conserve su vida la perderá y el que la pierda por amor mío la encontrará (*ib.*) y los cabellos mismos de vuestra cabeza están contados (*ib.*)

Jesús había dicho: Desde los tiempos de Juan el Bautista hasta hoy, el reino del cielo se posee por violencia y los violentos lo arrebatan.

Y los que no lo conocían preguntaban: ¿Quién es éste?

Y las gentes del pueblo respondían: Éste es Jesús, el profeta de Nazareth de Galilea. Éste es el que ha dicho: Ahora es cuando el príncipe de este mundo va á ser arrojado (*Juan*). Y entonces el príncipe del mundo era Tiberio César y los enviados del César.

Éste es el que ha dicho: El que tenga una bolsa y una alforja, tómelas y el que no las tiene venda su túnica y compre espada (*Lucas*). Y en cuanto á aquellos de mis enemigos que no quisieron que yo reinase sobre ellos, traédmelos acá y matadlos delante de mí (*Lucas*.)

Y aquellas palabras eran el grito de guerra contra la opresión de Roma la impía, de la Babilonia del Occidente.

Porque sus discípulos le decían: Rabbi, tú eres hijo de Dios, tú eres el rey de Israel (*Juan*). Y todo aquel que se hace rey se declara contra César (*Juan*). ®

\* \* \*

Cerca de tres millones de almas (Josefo) celebraban aquel año la pascua en Jerusalén. Reinaba un rumor

inmenso en derredor del templo, y el zumbido de muchos pueblos llenaba los aires. Yo escuchaba explicar la ley en el templo santo, cuando un clamor lejano y prolongado como el primer suspiro del viento en el desierto, llegó hasta nosotros. Es la tempestad que sopla de Jericó, dijo uno. No, respondió el anciano Ismael, incorporándose, es el alarido del pueblo, ¿no oís que semeja la voz ensoberbecida de las olas?

Corrimos á los pórticos, salimos á las gradas, vimos en el triste valle del Cedrón, un espectáculo indecible.

La llanura estaba como vestida de una clámide flotante de vívidos colores. Parecía que, arrancada por la ira del Señor la clave del arco iris de la alianza, se había éste desmoronado en infinitos fragmentos sobre el valle del último día.

El polvo oscuro del suelo de Sion empañaba con su nube ardiente aquel cuadro prodigioso.

El sol levantado en los cielos de un azul plumizo como la superficie del mar muerto, lanzaba implacable sus saetas de fuego sobre el templo y la llanura.

La inmensa muchedumbre se precipitaba en todas direcciones hacia el camino que baja de Gethsemaní y se apiñaba ya en el recinto exterior del templo.

La voz del pueblo subía hasta las nubes y la repetían las colinas como los ecos del trueno de Dios.

Y en el centro de la multitud se agitaban las palmas y se estremecían las ramas en las manos de los niños.

Y oíamos una gran voz como la voz del que clama en desierto, que decía: « Hosanna al Hijo de David:

» bendito el que viene en el nombre del Señor: hosanna  
» en las alturas. »

Era el conquistador que venía en nombre de Yaveh, era la hora de la emancipación que llegaba. Los ancianos murmuraban: no era tiempo aún; pero brillaban sus pupilas como si el sol se hubiera reflejado en ellos por la vez postrera. Buscaban nuestros ojos con sed intensa en el centro de los pueblos al profeta de Galilea: su espada debía centellear como la espada de Goliat en manos del pastor de Terebinto; sobre su indómito corcel, hijo de los vientos de Arabia, debería asemejarse á Josué victorioso en Gabaón de los hijos de Canaan.

Todos esperábamos ansiosos. Las palmas, las ramas, se hicieron de un lado y otro, y se adelantó del seno de la turba un hombre montado sobre el lomo humilde de un asno.

Y bajando de la cabalgadura contuvo al pueblo con un ademán, y subió solo por las gradas del templo. Y al verlo murmuraban los ancianos las palabras del profeta: « He aquí que tu rey viene manso para ti, sentado sobre un asno, sobre el pollino de una asna. »

Era Jesús de Nazaret. Su rostro no se había enrojecido con el calor del camino, antes bien, estaba pálido y melancólico, como el del cantor de las lamentaciones. Su frente era elevada y llena de luz, y sus cabellos rojizos y suaves: su boca como la del que nunca la ha acercado al cáliz de los placeres del mundo. Cuando levantó los ojos al cielo, cuando invocó á su Padre y permaneció mudo en oración, el fulgor sobrenatural

de su pupila hizo palpitar el corazón de los que lo mirábamos é iluminó las sombras sagradas del santuario. Hubo un momento en que sus ojos se humedecieron y temblaron nuestros huesos como los de nuestros padres cuando el fuego del Señor coronó la frente del Sinaí; si una lágrima hubiera brotado entre sus pestañas el templo habría caído hecho polvo á sus pies.

La multitud rompió el silencio al verlo marchar hacia la teba del templo santo; cuando penetró bajo el techo de Yaveh, no había una sola boca muda, y los ámbitos de la casa del Altísimo resonaron con un hosanna infinito salido de todos los pechos: *Hossanna al hijo de David, bendito el que viene en nombre del Señor, hossanna en las alturas.*

Los romanos temblaban; pero velaban Herodes y Kaipha — el traidor á su ley y al pueblo — el soberano sacrificador.

El día 14 de Nisan sacrificó en Jesús de Nazaret las esperanzas de los Beni-Israel.

En vano los fariseos habían dicho al joven profeta: — Sal de aquí y vete, porque Herodes te quiere matar. — (*Luc.*) En vano le habían rogado que hiciera callar á sus discípulos, que lo proclamaban rey delante de los romanos (*Luc.*) Jesús, que había afirmado su farisaísmo de una manera completa, diciendo: Los escribas y los fariseos se sentaron sobre la cátedra de Moisés, guardad, pues, y observad todo lo que os dijeren (*Mateo*); se vol-

vió contra los malos fariseos de Kaipha y los maldijo y hubo gran división entre el pueblo.

Los romanos aprehendieron á Jesús. Kaipha, el mal fariseo y Hanan su padre, lo quisieron condenar por blasfemo á pesar de las resistencias del consejo; pero todo fué inútil, y en lugar de ser lapidado, que era el suplicio á que la ley condenaba á los blasfemos, se le condenó al suplicio romano de la cruz, y la causa de su muerte, escrita por orden del cruel y rapaz Pilato (*Philon*), se fijó en un cartel sobre la cruz: *Jesús Nazareno, rey de los judíos.*

Los judíos del templo amamos durante largo tiempo á los judíos discípulos de Jesús, que nos acompañaban á orar y cumplían con todo los ritos de la ley (*Origenes*). Santiago era uno de nuestros santos, venerado por los *ebionim* del pueblo (*ebionitas*, pobres). Pero un hijo de Hanan, hechura de Herodes y traidor como Kaipha, fué nombrado pontífice y dió muerte á Santiago como blasfemo. Los Beni-Israel se indignaron lo mismo que los cristianos. La opresión de Roma llegaba á su colmo y el pueblo se estremecía de odio y de impaciencia.

El día en que yo me separé, á las puertas del templo, del último discípulo de Jesús, que amé en mi vida como á un hermano, un loco seguido de muchos grupos de gente, apareció gritando estas horribles palabras (*Josepho*); ¡ Voz del Oriente, voz del Occidente, voz de los cuatro vientos! ¡ Voz contra Jerusalén y contra el Templo! ¡ Voz contra los casados y contra las casadas! ¡ Voz contra todo el pueblo! ¡ Ay de ti, Jerusalén! ¡ Ay de ti, ay de ti!

## INCÓGNITA

Á Francisco Villaseñor,

Tú sabías, dulce y santa criatura que descansas en una inmensa tumba anónima, lejos de la isla espléndida cuyas brisas mecieron tu hamaca infantil, tú sabías mirar mas allá de los horizontes limitados del mundo y, soñando con algo viviente más allá de tus suspiros, buscabas el modo de huir de nuestra impura atmósfera, sin dejar un solo jirón de tu immaculada veste entre las garras de la Esfinge. Mas ella, como el *Smarra* de Nodier, se sentó sobre tu propio corazón y la tremenda pesadilla de la existencia oscureció tu alma y tu ruta... Un Dios piadoso rompió entonces para ti esa crisálida de la muerte que llamamos vida y... ¿está resuelto para ti el problema? Ó lo está ó el problema no existe.

Vale in æternum.

De los pies á las cejas era un hombre vulgar, en alto grado vulgar el Dr. Rafael Montero. Digo hasta las cejas,

porque entre éstas y la fracción de atmósfera que cubría su cráneo liso como una bola de billar, el doctor tenía la frente. Y, bajo mi palabra de honor, aquélla era una frente admirable, llena de prominencias y precipicios, pero no deforme, sino, al contrario, resumida en un total armónico; sus profundos surcos indicaban que el arado del pensamiento había sido en ella un arado de fierro.

Tenían sus ojos esa especie de atonía de los acostumbrados á ver el cielo al través del telescopio. Porque era un médico singular D. Rafael Montero; sus colegas estudian generalmente la naturaleza en los átomos, él la estudiaba en los mundos; creía en la astrología. En las poquísimas veces que había sido consultado, en vez de tomar el pulso al paciente, se informaba del año, mes, día y hora en que había nacido y una vez determinadas las influencias siderales que obraban y reobraban sobre el individuo, á fuer de discípulo del gran Paracelso, caía en hondos arrobamientos ó éxtasis, durante los que el visitante tomaba su sombrero ó su sombrilla y dejaba al médico en conversación con el anillo de Saturno. Cuando volvía en sí el doctor se encogía de hombros con un movimiento de desdén indecible y dirigiéndose á su laboratorio, desleía en una cucharada de agua una gota de un brevaje negro, que daba al líquido un rutilante color de sangre, y la apuraba para reparar la fuerza vital perdida en su meditación última; en seguida volvía á sus pergaminos, que le eran caros y le costaban caro. El astrólogo, ¿por qué no lo hemos de llamar así?

había copiado en Nápoles uno de los carbonizados papiros de Herculano, que había resultado una obra medical egipcia que descifraba el sabio con la clave de Champollión. El escrito atribuía á la noche el origen de todos los males y ponía en el sol la fuente de todos los bienes. Esta obra se llamaba como todas quisieran llamarse: *Sabiduría*.

Otra particularidad tenía nuestro hombre; era un espiritista rabioso; Marta, su ama de llaves, fresca y hermosa casi, á pesar de sus cincuenta próximos, aseguraba haber oído rumores de voces de gente que no había entrado en el cuarto de aquel santo varón, como solía llamarle. — Señor, le decía ella en tono de broma, anoche estuvo el diablo en su cuarto de Vd. — Marta, contestaba el doctor con su enigmática sonrisa, el diablo está aquí; le tenemos dentro; el hombre es el diablo. (Suponemos que el doctor comprendía á la mujer en el vocablo.)

Como todos los sabios, el nuestro tenía un sobrino, un parisiense, que había vivido largos años en Europa con su segundo padre y había aprendido mucho más que su tío, que no salía de la Sorbona y el colegio de Francia; los cursos á que el sobrino había asistido se daban en los bastidores de los teatros del *boulevard* y en los bailes públicos; no eran cursos gratis, pero el doctor era riquísimo. Este joven había traído de Francia un poco de *esprit*, de ese que se vende á diez céntimos el volumen en los gabinetes de lectura; decía que el dinero era: *lustre del frágil barco de la vida*, y cuando algún amigo

tropezaba con él en alguna aventura nocturna y le preguntaba por su tío: le he dejado haciendo el oso á la osa menor, contestaba. Este sobrino se llamaba Víctor

## II

Era una tibia noche de la entrada de la primavera; el doctor volvía de su paseo vespertino, un poco fatigado, mas de excelente humor. Marta preparaba sobre una mesita del salón de trabajo el té en un elegante aparato de Christoffle. El cielo jaspeado por unas velas pálidamente violadas, encendía sus mil luciérnagas de oro en el espacio. Por encima de los frondosos fresnos de la huerta, acechaban tímidas algunas estrellas. La penumbra que anegaba los sembrados hervía en rumores misteriosos, dominados por el chirrido metálico é intermitente del grillo. Las lomas se velaban para dormir con los vapores opalinos del crepúsculo; aquí y allí se percibían las luces encendidas en las chozas de barro; el ruido trabajoso y desapacible de una carreta que subía al cercano molino, los balidos de un rebaño de cabras que corrían por las veredas tras el cencerro cascado y melancólico y los ladridos de los perros que empezaban cuando acababa el canto de los pájaros, parecían manifestaciones medio fantásticas de la soledad y de la sombra.

Marta se puso á rezar al oír en la iglesia vecina sonar *la oración* y el doctor se puso á pensar; así oraba.

— ¿Recuerdas, Marta, la noche del 9 de Marzo de 1865? dijo el doctor de improviso. ¿Aquella noche en que creiste que una legión de almas en pena había venido á mi cuarto? — Y sin hacer caso de la contestación de Marta que se había puesto pálida, continuó: Quince años hace hoy; sí, hoy la encontraré; los espíritus no saben, no pueden mentir; el único mundo de la mentira es éste. ¡Qué noche, qué noche! Tú viniste espantada á verme... ¡Oh! mi buena Marta, entonces eras joven y guapa...

Marta miró al médico con expresión indefinible. Éste proseguía cada vez más ensimismado: En este mundo la vida del alma debe ser par, debe ser á dos para ser completa. No hay almas solas, hay almas solitarias. Si un alma no encuentra en la tierra su complemento, lo encontrará en otra parte. Las ideas impregnadas del fluido vital, de que habla Van Helmont, van á despertar al través de las distancias, al través de los tiempos, correspondencias simpáticas que dormitan en otras almas; á esto llamaba Baltasar de Gracian: « el parentesco natural de los espíritus y los corazones. »

Marta acercó al doctor una taza aromática de té de caravana, puso junto á la taza el limpio frasco de anisado de Mayorca y salió de puntillas. El sabio sorbió lentamente la poción refrigerante; luego dejó la taza sobre el velador y colocó la mano sobre él. Poco después un estremecimiento extraño se apoderó del delicado mueble; parecía que las vetas de la caoba se dispersaban en un abanico fantástico y ondulante como si sus moléculas,

repentinamente disgregadas, tendiesen á pasar al estado líquido. Algunos instantes más, y las fibras, los nervios, los filamentos todos de la madera palpitaban, se torcían, sollozaban de una manera tenue, pero dolorosa, parecían gemidos de un niño que venían de muy lejos, de muy hondo. El velador estaba epiléptico.

En los pliegues de la frente del doctor se reflejaban y repetían las convulsiones de la mesa; ya se contraían tempestuosas sobre sus abultadas cejas, ya se esparcían como nubes dispersadas por el viento al impulso misterioso de una irradiación interior.

Espesos nubarrones habían invadido una ancha porción del cielo y la luna, escondida tras ellos, plateaba las orlas del celaje, que así parecía un paño funebre. Las estrellas parecían miradas que convergían atentas hacia aquel grupo negro, como si en su seno se consumiese algún misterio. Á la luz de los silenciosos relámpagos se veían desprenderse de aquella masa sombría largos jirones sutiles de vapor negro que recibían un beso de la oculta luna y se desvanecían suavemente en el espacio.

El doctor se incorporó, su mano rígida se desprendió con esfuerzo violento de la mesa y una especie de sonrisa se dibujó en sus delgados é inexpresivos labios. El doctor sonreía porque había vencido á la materia; la mesa siguiendo la dirección de su mano que obedecía á su voluntad se había desprendido del suelo y oscilaba en el aire. « Obedece, exclamaba el magnetizador, obedece al espíritu, esclava para quien no sonará jamás la

hora de la emancipación. Si yo quisiera con sólo una mirada podría arrojarte á la cara de los necios que hacen burla de mis ideas ; yo les mostraría que tú, pobre astilla de árbol, sirves de pedestal á esos seres que la antigüedad llamó ángeles ; que eres un tramo de la escala de Jacob, que los hombres pretenden truncar y romper por la mitad quedándose sólo con la parte apoyada en la tierra, para aislarse en su cenagal y su fango. Y bien, vivid en él, vivid, hongos saturados de veneno, vivid, parásitos del árbol social que os llamáis *aristócratas* y que no sois más que la aristocracia del vicio ; vivid, hombrecillos perfumados que os figuráis representar en la farsa de la vida el papel de Juvenal, el gran poeta romano del castigo, cuando sólo alcanzan vuestras fuerzas para soportar la máscara de Polichinela. Tenéis razón en injuriarme, mi horizonte es demasiado vasto para vuestra miopía ; tenéis razón en negar que el alma es inmortal, la vuestra está sujeta á la muerte. El derecho á ser inmortal es un premio en la lucha de la existencia ; la inmortalidad es la perfección y poco es para alcanzarla la vida en la Tierra, que es un minuto en la historia de los seres. »

« Si de vuestro cerebro brota un destello, si de vuestro corazón nace un sentimiento, luchad por conservarlos, pelead sin tregua por elevarlos más y más ; que en esa ascensión penosa hacia el ideal, aquellos á quienes amedrentan los escarpados picos del Tabor en donde las águilas hacen sus confianzas al cielo, esos débiles que bajen, que huyan hacia las zonas de las flores y del

perfume, que desaparezcan ; sus almas se evaporarán en el vacío. Porque las almas son como los granos de *pollen* que llevan las auras ; de cada millar uno ó dos se convierten en plantas, los demás se reducen á polvo. ¡ Eh ! vosotros, apresuraos á morir, estáis robando á la naturaleza elementos que necesita para más felices combinaciones. »

Y el buen doctor, como si se dirigiese á un auditorio de enemigos, levantaba su mano crispada y amenazadora ; sus cejas se erizaban como la cola de un gato ; en el fondo, muy en el fondo de sus apagados ojos, se iba encendiendo una llama azulosa y las sienas le latían como si en las paredes de su cráneo se estrellase una oleada de sangre. La mesa daba en el aire saltos fantásticos yendo de un lado á otro del aposento, cual si un enjambre [de geniecillos invisibles se divirtiera en jugar con ella á la pelota. Sin embargo, á medida que el doctor se serenaba, el mueble magnetizado iba recobrando su aplomo, y cuando su dueño se dejó caer sobre el sillón, apenas conservaba algunos estremecimientos. Parecióle entonces al sabio que las nubes se abrían para dar paso á un tropel de fantasmas. Al principio sólo percibía contornos indecisos, movimientos cadenciosos y vagos de la obscuridad ; pero aquellos lineamientos tomaban cuerpo, venían... venían...

La ventana que daba á la huerta se abrió sin ruido como empujada por una mano de mujer ; luego la lámpara se apagó suavemente. Apenas iluminaba la estancia el fulgor lívido de la llama de alcohol que Marta al reti-

arse había dejado sobre una cómoda de *boule*. La tapa de la tetera, levantada sin cesar por el vapor del bullente líquido, producía un ruido continuo semejante al tie-tac de un reloj. El doctor pensaba; he aquí lo que pensaba el doctor:

« Hace quince años llegó la hora fijada por los astros. A las doce de la noche el alma que es parte de la mía, la Eva espiritual prometida por el cielo á los que creen, el complemento de mi ser que, según los oráculos, debía encontrar en esta tierra, apareció para mí. Marta recuerda bien aquella noche solemne; la llegada á este mundo de mi co-espíritu se anunció faustamente; Victor, mi sobrino, que había nacido idiota, adquirió súbitamente la inteligencia. Como si quisieran los genios hacer llegar hasta los seres queridos para mí la irradiación del alma esperada, del ser en que, como una burbuja de oro en crisol inmenso, se perdía mi pobre ser embargado por el éxtasis. »

« Ese viejo pergamino, en que está escrita la sabiduría, me había revelado el secreto. Las almas gemelas rara vez cruzan juntas las esferas del dolor; tal premio sólo se concede á quienes, en sus existencias anteriores, han creído siempre y obtienen al fin, por recompensa, en esta vida, ser iniciados en los grandes misterios de la naturaleza. *Aquel que crea en la naturaleza, obtendrá de la naturaleza según la extensión de su fé*, ha dicho Paracelso. Mi alma ha abierto su cáliz, es cierto, después de la edad del amor, mi alma ha sido una *mesembryantum*, la flor de la tarde, pero eso es porque tomo mi vida

actual por término de comparación; mas en la eternidad, que es la verdadera edad del alma, no hay tarde, el sol no declina, el sol está siempre en el zenit. Allí entra un día en la constelación del amor. ¡ Oh! Unidad, cuya fórmula para ser perceptible al hombre es la dualidad; dualidad santa que, escondida ó manifiesta, te revelas en toda la creación, que en todas partes estás, hasta en la muerte, como la luz del sol está dondequiera hasta en la sombra; ¡ santa ley de amor, yo te bendigo! »

Y el doctor se dirigió á su gabinete con pasos de sonámbulo; tomó la traducción del papiro egipcio y deletreó, que no leyó, estas frases cabalísticas: « *Dos es Dios; de dos brota el fuego, el ser sin mancha. Dos es amor, Amor es Dios. — Dios es la llama que todo lo vivifica, en la que todo vive. Adora. Tú verás, hijo de la fé, verás más allá de lo que rodea á este mundo; tu Dios interior proyectará su luz blanca por delante de ti Cree, cree siempre, hijo de la fé, cree porque la fé es el puente por donde pasan todos los predestinados, fino como la arista de hierro que corta el vello de tu barba, pero al cabo del cual está el Paraiso. Adora. Adora á la que venga hacia ti de la constelación del amor, de Géminis; vendrá en la noche y la noche arrojará una gran luz, las estrellas cadentes serán su séquito, porque son almas errantes como ella, en busca de sus dobles, que no se detienen en la tierra. Cuando llegue la mitad de la noche y un instante más vendrá hacia ti el alma de tu alma. »*

Ya ha venido, sin duda, se interrumpió el doctor, ha

entrado en esta habitación, me ha mirado con ojos cariñosos y luego ha ido á nacer quién sabe en donde. Del foco de un astro bendito que brilla en el cielo lo mismo esta noche que aquélla, hace quince años hoy, bajó como envuelta en una espiral de oro. Cierto es que esta espiral venía envuelta en otra de sombra; es cierto que según este libro divino pueden venir dos almas á la vez del cielo, una en la luz y otra, su otra ella, escondida en la sombra, y esa otra hecha de tiniebla es un espíritu de mal. Mas la luminosa visión de aquella noche no podía unirse con nada sombrío. Y luego ¿no sentí acaso todas las señales, iba á decir los síntomas, que indica mi divino libro, para conocer la proximidad de nuestra otra alma? Ya se había perdido en el horizonte la línea luminosa y yo contemplaba aquella irradiación divina brillar en mi fantasía. Marta vino á hallarme en los últimos límites del éxtasis; un minuto más y el hilo que unía mi espíritu á la materia, se rompía como la hebra sutil de una tela de araña y tornaba yo al cielo y al espacio, al gran laboratorio en cuyos alambiques fui un átomo lentamente transformado de existencia en existencia. En fin, hoy se cumple el plazo, hoy debo verla ¿en dónde? ¡Decídmelo, espíritus!»

El doctor tendió los brazos, pronunció con sobrenatural dulzura una frase incomprensible; luego cerró los ojos y cayó dormido en su sillón. Se había magnetizado á sí mismo.

## III

Las paredes del aposento, como fundidas por un fuego devorador, tomaron un color de púrpura, después se hicieron translúcidas y color de rosa; la alfombra, á la vez, se esponjaba y encrespaba con la apariencia de una nube borrascosa; como si la moqueta hubiese sido arrancada del piso, algunos jirones de lana flotaban bañados por el lampo plateado de la luna; hubiérase creído que la habitación entera ascendía en el espacio, que en las regiones altas de la atmósfera se adelgazaba hasta tomar la apariencia de un cubo formado por seis planos de cristal, tan tenue que bastó el calor del corazón del doctor, para licuar mobiliario y paredes, que cayeron convertidos en gotas de rocío sobre las plantas de la huerta.

El sabio se sintió, desde aquel momento, profundamente solo, á una inmensa altura, con el libro de la sabiduría bajo el brazo y en pie y firme sobre las ondulaciones del éter. Habría podido realizar el deseo de un estudiante amigo nuestro, muy dado á la astronomía, enganchar al meridiano una escala de cristal, para poder enamorar á Venus, aburrída de verse sola en el firmamento, persiguiendo al sol, sin esperanza. Lo cierto es que si hubiera podido ser vista desde este misero planeta la frente calva del doctor habría parecido un astro de tercera magnitud; parecía una estrella con pantalo-

nes. ¿Y ese puntito negro que danzaba en el vacío? Era la mesa magnetizada.

El doctor Montero era el último Fausto, ó si creéis, lectores, que todavía puede reproducirse este personaje en el curso de los tiempos, le daremos el número de orden que os plazca. Pero era un Fausto; so capa de buscar la ciencia, la ciencia absoluta, nuestro hombre como el de Goethe, pero más directamente que él, buscaba el amor, la verdad suprema, la ciencia de las ciencias, por ende.

En las alturas á que había ascendido, *el espíritu infatigable que flota en torno del vasto universo*, como dice el amante de Margarita, habló al doctor:

— Mira, le dijo, arroja la sonda de tu mirada hacia abajo; no ves á la Tierra que vuela en su órbita haciendo espuma como un cetáceo en el mar? — No veo, contestó balbuciente el doctor. — ¿Quieres luz? — Sí, dame luz.

Algo semejante al hálito de un niño acarició el rostro del vidente y luego sintió sobre los ojos un dolor agudo, como si un dardo de fuego le penetrara en la retina; esta sensación fué instantánea; cuando abrió los párpados creyó tener á manera de antiparras dos telescopios de Herschel delante de los ojos.

— ¿Ves ahora? tornó á preguntar la voz. — Sí; he allí abajo la tierra rodeada de nubes, se agranda, se agranda como si viniese sobre mí; ya saca por encima de su bruma su enorme calva blanca. ¡Ah! es el polo cuajado de hielo. ¿Qué cosa es esa enorme serpiente que

presenta al sol sus escamas de plata y cuyas alas inmensas caen sobre el globo y lo cubren? No es un dragón fantástico, es la mar — Toma más luz, dijo la voz — Allí está el continente, todo arrugado de montañas; con largas grietas llenas de agua; esos son los picos de los volcanes, parecen las tiendas blancas de una caravana que hace alto en el desierto. Abajo, los montes retorciendo sus grupas negras, erizadas de púas, son los pinos; allá un caserío, bosques, puntas de campanarios, edificios en la sombra, he allí los transeuntes, parecen hormigas. Aquí es de noche, me acerco, me acerco más. ¿Pero qué es esto? Una mascarada; cuánta luz!; cuántas mujeres! Oigo el zumbido de la multitud delirante de alegría; este es el pórtico de un teatro... ¡Ah! sí, sí; estoy en una fiesta de carnaval... Aguarda, espíritu, aguarda, detente; siento el gran estremecimiento eléctrico, como hace quince años. Ese dominó, esa careta de raso, ¡oh! sí, sí veo debajo del antifaz, sí es ella, es mi visión, es el alma que yo esperaba... ¡Dios mío! Sigámosla, veamos....

— ¿La has reconocido? preguntó el interlocutor misterioso. — ¡Oh! Sí, respondió el doctor, ¡oh! sí, es ella; no es cierto? — Yo puedo resucitar á tus ojos lo pasado y hacerte abarcar lo presente; solo Dios puede revelarte lo futuro... — Tú no me lo puedes decir; pero mi libro me lo ha dicho ya, pensó el doctor. — Aun no has descifrado su última página, replicó el espíritu cono respondiendo á aquel pensamiento....

El doctor tuvo un terrible sobresalto de ansiedad.

Reencendióse la luz á un soplo repentino y Marta entró á apagar la lamparilla de alcohol. Quedó un rato pensativo y agotado nuestro hombre, luego estuvo un rato mayor contemplando el cielo y al fin, haciendo un esfuerzo casi sobrehumano, llamó. Vino Marta: Prepárame mi traje de etiqueta, dijo el médico; haz que preparen el coche; voy á Méjico. — Marta miró á su amo con asombro y al cabo preguntó, entre azorada y risueña: ¿Va V. al baile, Señor? — Precisamente voy al baile de máscaras. — Marta estaba estupefacta, no quería dar fé á lo que oía; pero el hábito de la obediencia se sobrepuso á todo y se encaminó meditabunda á la alcoba del doctor. — Es cierto, murmuraba éste, siguiendo lentamente á su ama de llaves, esa última página siempre me pareció obscura.

El discípulo de Paracelso tomó en su laboratorio un frasquillo de oro, cuidadosamente guardado en su estuche, vertió en una cucharilla de agua una gota de un licor negro que con el contacto del aire y del agua tomaba un bellissimo color de púrpura y lo hizo pasar por sus fauces con delicia íntima. « Este es el elixir del amor, exclamó, porque es el elixir de la vida, puesto que equilibra en mí las fuerzas del cuerpo y las del alma. » Y en efecto, siempre que el doctor se entregaba á sus

arrobamientos, tomaba una cantidad pequeñísima de aquel brevaie y, como por encanto, lograba volver á la sangre las fuerzas que la fiebre de sus deliquios espíritas le arrebatava.

Vistióse de rigorosa etiqueta y emprendió en su bien cerrado vehículo el viaje hacia Méjico y hacia el baile. Éste rayaba en su apogeo cuando, á las once de la noche, llegó el doctor. La charla estridente y el perpetuo falsete de los máscaras, que se ponían un antifaz en la voz como se lo ponían en la cara, las melodías de la habanera que tienen la ondulación provocadora de las caderas de las negras, el roce de los dominós de seda, el choque de las miradas que aislaba y concentraba el marco de seda de la máscara, el de los alientos saturados de fiebre y de vino, los colores vivos de los trajes, la luz que ponía de relieve la belleza de las damas de los palcos, risueñas de curiosidad y de placer, todo eso en indescribible conjunto que hería todos los sentidos á la vez, hacia del salón del baile una Babel del deleite y la locura.

El doctor Montero tambaleó como presa de un vértigo al poner el pie en aquel nuevo mundo. Pronto, sin embargo, se repuso y navegando como pudo, entre aquellas oleadas humanas, dejóse arrastrar hacia la otra extremidad del salón. Poco tiempo hacía que se había instalado en su observatorio, cuando una mano pequeña y fina bajo la cabritilla, apretó la suya y una mujer herméticamente encerrada en su dominó pronunció á su oído estas palabras: Yo soy.

*Gabinete del palco intercolumnio de la derecha, piso primero. Media luz; sobre el velador un tiesto de porcelana lleno de flores y una careta de seda; un espejo en su óvalo de palo de rosa, bajo él un candelabro con grandes flores de cristal y dos ó tres bujías apagadas. En el confidente una mujer reclinada con elegante abandono; delante el doctor, de pie y arrobado, una lágrima humedece su mejilla.*

*La dama.* — No me extraña eso, doctor; mi fisonomía lleva una marca fatal. Cuantos me miran detenidamente sienten deseos de llorar. Tal vez por eso me llamaron *Lágrima.*

*El doctor.* — Es porque vos hacéis soñar, Señora; porque habláis con la dulce expresión de vuestros ojos de un mundo mejor y los que os ven lloran, porque se sienten encadenados á éste.

*La dama.* — Juntos recorreremos ese mundo ¿no es cierto, hermano mío? ¡Oh! yo os buscaba; ese hombre, me dije mi corazón, es el que te han mostrado los espíritus desde hace tiempo, por él llegarás al amor, que es la insaciable sed de tu corazón. ¿Es entonces, su alma, hermana de la mía? pregunté á mis confidentes de ultratumba. ¿Eso está escrito en la última página del libro de la Sabiduría? ¿Tiene Vd. ese libro, doctor?

*El doctor.* — Ayer, niña mía, creí tenerlo sobre mi atril; mas hoy comprendo que lo tengo aquí, en el corazón, porque es el amor... y yo os amo. Esa es la palabra de eterna juventud, por ella soy tan joven como vos.

*La dama.* — ¿Y habéis llegado á leer todo ese libro hasta la última página; esa que quieren los espíritus, que quiero yo leer?

*El doctor.* — Vais á leerlo todo, os digo que es el amor, y os prometo que lo leeréis hasta la última hoja. ¿Qué edad tenéis?

*La dama.* — Siéntese V., doctor; tengo, hoy precisamente, quince años. ¿Os parezco hermosa?

*El doctor.* — Me parecís sobrehumanamente bella.

*La dama.* (ruborizada) — Gracias, doctor. Me han dicho que mi madre era bellísima señora; yo no la conocí; murió pocos minutos después de mi llegada al mundo. Mi padre... solo Dios y mi anciano abuelo conocen su nombre. Mis primeros recuerdos datan del convento; allí aprendí á soñar y á tener mucha confianza con los muertos y con la noche. El cementerio y las naves del templo solitario y desierto á media noche, tenían para mí atractivo irresistible. La sombra y la soledad ¿sabe Vd., Doctor, que esas son las hermanas consoladoras de nuestra alma? Pero yo iluminaba esa sombra con la aureola espectral de los que volvían del otro mundo y poblaba mi soledad de amigos de inefable sonrisa y de miradas vagas y acariciadoras; yo tenía como las aves nictálopes el don de ver en las tinieblas y las veía llenas de seres que la luz del día borra, como borran los rayos del sol á las estrellas que siguen constelando, aunque invisibles, el cielo. Y, con todo, lloraba yo frecuentemente; ¿por qué? La superiora me decía

que así lloran siempre los huérfanos ¿ Es cierto eso, doctor ?

*El doctor.* — Sí; los huérfanos piden á la naturaleza las sonrisas que nunca vieron en los labios maternos; porque el niño que crece sin madre, es como el caminante que atraviesa el desierto, sin agua; en cada nuevo horizonte que descubre cree mirar un manantial brotando en húmedos murmurios al pie de las palmeras. Para vosotros los huérfanos, esa necesidad de las caricias maternas que Dios pone en nuestra alma al despertar y en nuestro cuerpo al crecer, queda viva y depositada en el fondo de nuestra naturaleza cuando no ha sido satisfecha. Por eso vosotros creéis ver una sonrisa en los labios escarlatas del clavel silvestre, la de la madre ausente; en los cantos del ruiseñor que parecen siempre venir de muy lejos, por el rumbo del cielo, se os figura oír el eco de la canción extinguida por la muerte en los labios maternos mientras columpiaba vuestra cuna. ¿ No es verdad, niña mía, que la violeta perlada por una gota de rocío os pareció que guardaba la lágrima con que vuestra pobre madre se despidió de vos, mientras dormíais ? Hija efímera del espíritu maternal, os saludaba todas las mañanas en el jardín del convento, y luego se evaporaba en el cáliz de esa flor retraída y casta, que es la religiosa de los vergeles...

*La dama* (escucha embelesada al doctor que goza viendo el efecto que produce su largo párrafo poético y sentimental). — ¡ Oh ! sí, sí, así era poco más ó menos ; vos me explicáis lo que yo sentía sin explicármelo. Do

noche cuando á tiempo de recogerme en mi blanca y estrecha cama de penitencia, mis cabellos desatados resbalaban por la piel de mi espalda, sentía que una mano me tocaba suavemente ; volvía la vista y nada veía, porque yo que veo á los seres invisibles, jamás he logrado ver á mi madre ; sólo escuchaba junto á mí el rumor tenue de un suspiro, como si fuera un eco de los míos. Creo que por eso he tenido el don de lágrimas, creo que por eso he podido hablar con los ángeles.

*El doctor.* — ¿ Salisteis del convento para ir á Europa ?

*La dama.* — Sí, conducida por mi abuelo ; allí una amiga me inició en los divinos misterios de la ciencia de los espíritus. Pero el alma de mi madre no vino jamás á mi llamado ; cuando mis ojos cerrados sondeaban las sombras de otro mundo creía ver una nube blanca que me ocultaba, como á los ojos de los apóstoles, la ascensión luminosa de un ángel ; ese ángel debió de ser mi madre. Para llegar á donde ella habita, necesitarías que un alma santa y pura te ayudase en tu peregrinación sobre la tierra, me dijo un espíritu amigo. Yo sabía que os iba á encontrar aquí...

El doctor llevó á sus labios una de las manos afiladas y blancas de *Lágrima*, á sus labios tanto tiempo áridos y crispados. La irradiación interior se reflejaba en toda su fisonomía ; su noble frente parecía que, desde aquel instante, quedaría por siempre envuelta en una atmósfera de serenidad y de luz. Estaba casi hermoso así. *Lágrima* lo miró en los ojos con infinita simpatía, y sus manos estrecharon silenciosamente las de su noble amigo.

¿Nace, pues, el amor de una mirada? Espíritas ó no, ¿tenemos en el fondo de nuestro ser un ángel escondido que pliega dolorosamente sus alas dentro de la materia, y ese ángel, esa Psiquis, soñadora sublime de amor, se asoma á nuestras pupilas cuando la encarnación humana de nuestro ideal surge ante nosotros y nos llama con una sola mirada? ¿Quién sabe! Bienaventurados los que creen...

¿Lo que Lácrima sentía dentro del pecho era el amor? Cuando el doctor la condujo á su coche, un dominó de seda blanca se acercó á la pareja y quitándose vivamente la careta, preguntó con voz alegre y juvenil como el sonido claro de una campana de oro: ¿De qué cielo habéis descolgado esa estrella? — ¿Quién es ese hermoso joven? preguntó Lácrima, ya en su asiento. — Es Victor, mi sobrino, respondió el doctor, y ebrio de felicidad besó otra vez y otra la mano de la joven. Ya había partido el carruaje majestuosamente balanceado en sus ocho muelles y la mirada de Lácrima seguía entre la multitud al dominó blanco...

## V

Un abuelo á quien parecía estorbar la presencia de una niña que quizás era para él un reproche ó un remordimiento, y que, de propósito, dejaba envuelta la vida al mundo de su nieta en el silencio y el misterio, una niña de quince años que no sentía la menor inclinación

por aquel anciano siempre huraño y seco con ella y que al mismo tiempo creía haber encontrado el compañero que los hados le habían destinado, no podía presentar graves obstáculos al matrimonio del doctor y un día de Mayo Rafael Montero y L. M. (Lácrima) celebraron su enlace.

El sabio había cerrado su preciosa quinta de Tacubaya y había tomado una casa, al estilo antiguo, pero amplísima y cómoda en el centro de la ciudad; quería hacer á su joven esposa honores de reina. Marta, que naturalmente se puso muy triste desde que su antiguo amigo, más bien que amo, le participó el inmenso cambio que iba á operarse en su existencia, con el cuidado exquisito que se despierta á veces en la mujer más vulgar, cuando sabe que otra mujer, y elegante, va á juzgar de su buen gusto, dispuso las habitaciones que iban á ocupar los recién casados.

Mucho se habló, mucho se comentó en la ciudad, el casamiento. Muchos se tomaron el trabajo de pensar, por el alegre y casquivano Victor (que era incapaz de fijarse tres minutos en un mismo pensamiento) en las probabilidades de que la muy respetable herencia del tío quedase en otras manos. Algunos se lo insinuaron así al joven, y la mala impresión de esta advertencia hubiera durado en él dos ó tres horas, si pocos instantes después de que meditaba sobre ella, no lo hubiera tomado del brazo el doctor para mostrarle su departamento en los entresuelos de la nueva habitación.

Todo era en él lujo y *comfort*. Sobre los espesos relic-

¿Nace, pues, el amor de una mirada? Espíritas ó no, ¿tenemos en el fondo de nuestro ser un ángel escondido que pliega dolorosamente sus alas dentro de la materia, y ese ángel, esa Psiquis, soñadora sublime de amor, se asoma á nuestras pupilas cuando la encarnación humana de nuestro ideal surge ante nosotros y nos llama con una sola mirada? ¿Quién sabe! Bienaventurados los que creen...

¿Lo que Lácrima sentía dentro del pecho era el amor? Cuando el doctor la condujo á su coche, un dominó de seda blanca se acercó á la pareja y quitándose vivamente la careta, preguntó con voz alegre y juvenil como el sonido claro de una campana de oro: ¿De qué cielo habéis descolgado esa estrella? — ¿Quién es ese hermoso joven? preguntó Lácrima, ya en su asiento. — Es Victor, mi sobrino, respondió el doctor, y ebrio de felicidad besó otra vez y otra la mano de la joven. Ya había partido el carruaje majestuosamente balanceado en sus ocho muelles y la mirada de Lácrima seguía entre la multitud al dominó blanco...

## V

Un abuelo á quien parecía estorbar la presencia de una niña que quizás era para él un reproche ó un remordimiento, y que, de propósito, dejaba envuelta la vida al mundo de su nieta en el silencio y el misterio, una niña de quince años que no sentía la menor inclinación

por aquel anciano siempre huraño y seco con ella y que al mismo tiempo creía haber encontrado el compañero que los hados le habían destinado, no podía presentar graves obstáculos al matrimonio del doctor y un día de Mayo Rafael Montero y L. M. (Lácrima) celebraron su enlace.

El sabio había cerrado su preciosa quinta de Tacubaya y había tomado una casa, al estilo antiguo, pero amplísima y cómoda en el centro de la ciudad; quería hacer á su joven esposa honores de reina. Marta, que naturalmente se puso muy triste desde que su antiguo amigo, más bien que amo, le participó el inmenso cambio que iba á operarse en su existencia, con el cuidado exquisito que se despierta á veces en la mujer más vulgar, cuando sabe que otra mujer, y elegante, va á juzgar de su buen gusto, dispuso las habitaciones que iban á ocupar los recién casados.

Mucho se habló, mucho se comentó en la ciudad, el casamiento. Muchos se tomaron el trabajo de pensar, por el alegre y casquivano Victor (que era incapaz de fijarse tres minutos en un mismo pensamiento) en las probabilidades de que la muy respetable herencia del tío quedase en otras manos. Algunos se lo insinuaron así al joven, y la mala impresión de esta advertencia hubiera durado en él dos ó tres horas, si pocos instantes después de que meditaba sobre ella, no lo hubiera tomado del brazo el doctor para mostrarle su departamento en los entresuelos de la nueva habitación.

Todo era en él lujo y *comfort*. Sobre los espesos relic-

ves de las alfombras, había, por dondequiera, muebles fuertes, pero de exquisita forma. Sólo en las casas ricas de Europa había visto el joven cristales tan diáfanos, mármoles tan puros y sedas tan bien recamadas. En el zócalo de cada candelabro había una Angélica ó un Medoro, un Romeo ó una Julieta, esculpidos en bronce por Barbedienne y para tener más contento á su sobrino, que tenía cierto instinto artístico, el doctor, en una pequeña y deliciosa biblioteca atestada de libros maravillosamente ilustrados, hizo colocar entre los cuadros del gusto de Víctor como la *Psiquis* de Amaury Duval y la *Leda* de Guérin, perfectamente copiadas, un lápiz original y auténtico de Paul Chevalier (Gavarni) que había deseado mucho el joven, más por lo poco velado de las figuras, que por el mérito del dibujo. El piano irreprochable, las salas de armas y de billar, el *fumoir* primoroso y un baño de mujer coqueta, completaban la instalación de aquella casita dentro de la casa del doctor.

Victor sintió disiparse como por encanto su melancolía, sobre todo, en presencia de los nuevos y magníficos caballos y de un documento encontrado en cierto lugar del escritorio, que era la constancia de una pensión vitalicia de ocho mil pesos anuales, á la cual añadió el doctor que en ella no estaban incluidos ni los gastos extraordinarios, ni los domésticos, sino puramente los que exigían las costumbres elegantes de su pariente. Pero si Víctor se sintió feliz, su tío estaba literalmente en el Paraíso. El sarao nupcial hizo furor; la novia estaba encantada y encantadora.

Fueron muy numerosos los invitados; los salones estaban cuajados de notabilidades de uno y otro sexo. El doctor recibió á los sabios, sus amigos, médicos la mayor parte, en su estudio y departía con ellos lo más humanamente que podía, porque más que nunca se sentía saturado de la esencia de la dicha, que ponía en sus miradas extraordinarios efluvios magnéticos. Habría querido hablarles de lo que en su interior sentía; pero determinó callarse cuando uno de sus colegas, respondió de este modo á las primeras frases que se le escaparon:

— Sois un somnábulo inapreciable, mi buen Rafael, y el somnambulismo se ha posesionado de vos, por tal modo, que lo que me parecería raro sería que vivieseis un momento en el mundo real; nos habláis de Dios, del alma, del amor, como si fueran entidades reales, y no son más que quimeras de vuestros sueños lúcidos. Aquí en la tierra, amigo mío, todas esas cosas se van olvidando desde que el hombre supo observar y experimentar. Son cosas que sirvieron, que servirán algo todavía, pero que, en personas ilustradas, constituyen manifestaciones de graves dolencias mentales. Esas ilusiones han huído: del telescopio que da sus alas de luz á la mirada huyó el cielo; del escalpelo, como si tuviese miedo de lastimarse, ha huído encogida y temblorosa el alma, y huye el amor, cuando faltan algunos globulillos rojos á la sangre. Y os digo esto, aquí entre nos, porque afuera gusto de que me vean muy devoto en el templo y soy la espada más poderosa contra la impiedad. Pero ¿qué queréis? Es preciso tomar la vida por el lado en que no

tiene espinas, puesto que nada aprovecha el punzarse; le dolor es el verdadero Satanás, *vade retro*. En conclusión, he aquí como yo resuelvo la incógnita de nuestra existencia, he aquí mi ecuación: X.....

— Mi esposa, caballeros, dijo el doctor incorporándose y presentando á Lácrima que acababa de entrar.

Todos se inclinaron mudos de admiración; era sobrenatural la belleza de aquella criatura. Parecía que iluminaba todos aquellos rostros demacrados por la meditación, con el reflejo de su fisonomía casi inmaterial; aquellas canas se doraban dulcemente como si estuvieran inundadas por una ráfaga de luz solar. Vestía la desposada un traje de seda *antique*, color de hoja de rosa, velada por un celaje de crespón blanco, que parecía el tenue vapor de un incensario; de entre una ola rítmica de espuma y de perlas surgía su busto virginal y pálido, y el óvalo purísimo del rostro estaba coronado por una áurea cabellera en cuyas ondas luminosas se enredaba un hilo sultánico de perlas, cuyas extremidades se besaban al través de los rizos opulentos que caían en cascada velando la ondulación sedosa de la espalda hecha, habría dicho Teófilo Gautier, con la pasta de lirios con que Fra Angélico pintaba sus *madonnas*.

La curva mágica de su boca de carmín vivo, dejaba entrever el reflejo nacarado de su dentadura, como el oriente de una perla en el cáliz de una flor de sangre, como llaman los orientales al coral. Bajo su frente griega, bajo el doble arco de sus cejas que un antiguo habría comparado á los arcos de Cupido, brillaban como

dos zafiros negros sus ojos grandes, profundos y misteriosos. Sólo á la luz del sol se adivinaba, en torno de aquellos ojos, una ligera tinta azul y transparente como la del cielo de la aurora.

Después de saludar con gracia de emperatriz niña á los amigos de su marido, la celeste criatura dejó caer su abanico de inmaculadas plumas pendiente de su cintura por un broche de pedrería, recogió la inmensa falda con la mano más aristocrática que han calzado jamás los guantes de Jouvin y pasó por entre los sillones, no sin que la orla indiscreta del vestido hubiese revelado un pie....

— ¿Creéis ahora en el amor? dijo el doctor Rafael acercándose á su amigo.

— ¡Qué pie, Dios mío, qué pie! contestó distraído el sabio materialista.

Fruncióse imperceptiblemente el ceño del doctor y todos se dirigieron al salón de baile, donde sonaban los primeros compases de un wals. La inspección de algunas plantas exóticas colocadas en los ángulos en ricos tios de porcelana japonesa, detuvieron algún tiempo á aquella procesión de hombres negros, los sacerdotes de la ciencia, como se llamaban entre ellos. Luego tomaron asiento en los huecos de los balcones velados por finos transparentes de punto y se pusieron, con cierta curiosidad grave, y en el fondo impura, á seguir la ondulación de las parejas en el wals á dos tiempos.

El roce de la seda con la seda, en el volteo vertiginoso de las parejas, producía ese largo y suavísimo crujido

que hace correr por los nervios un estremecimiento de indefinible deleite. El cálido aroma de las flores y de las mujeres se esparcía en el ambiente en ondas magnéticas y embriagantes. Las bocas entreabiertas, los ojos encendidos, el choque del aliento y de las miradas en no sé qué palpitaciones voluptuosas; las inflexiones intermitentes de la voz que acaba por hacerse fascinadora como la mirada y por convertirse en sonrisa y en jadeo de placer, todo eso hacía de aquellos seres unas deliciosas parejas animales, en cuyos cerebros dormía el pensamiento como una sensitiva cerrada al borde de un torrente de fuego.

Ha concluído ya la música y todavía el corazón repite en sus latidos los últimos ecos de aquellas melodías.

Un minuto había transcurrido desde la entrada del doctor al salón cuando cruzaron ante él Lácrima y Victor. Nada más seductor que aquella pareja; el mancebo estaba hermoso, gallardo, inundados de placer los ojos chispeadores, impregnado de ardientes efluvios el aliento. Su brazo enlazaba con nerviosa gracia el cuerpo flexible de su compañera que cruzando su brazo fino de Venus de Médicis sobre la elegante manga negra de Victor, con el otro recogía su falda con un movimiento lleno de indecible abandono y de coquetería infinita. Su admirable cabeza ligeramente echada hacia atrás, dejaba flotar en torno suyo su cabellera que caía y se levantaba de sus hombros con palpitaciones de ala, al compás vertiginoso de la pieza alemana.

Una llama suavemente purpúrea bañaba su rostro,

sus miradas se besaban en el espacio con las miradas del joven y en sus labios secos y rojos por donde pasaba á cada momento la punta delicada de su húmeda lengua, se adivinaban el desmayo y la sed, como dice el autor de *Clemencia*.

Como respondiendo á un acorde interior que se correspondía incesantemente en sus almas, los dos jóvenes se precipitaban alegres, risueños, ligeros por entre el torbellino del baile. Los espejos reproducían millares de veces aquel cuadro de vértigo y de luz. « ¿Estás cansada, Lácrima? murmuraba la voz acariciadora de Victor. — No, contestaba ella, así no me cansaría nunca. »

Victor y Lácrima se amaban.

Cuando concluyó el baile, el joven hubiera querido decir á la recién casada, llena como estaba su alma de fiebre de amor, la linda estrofa del infortunado Luis Aznar:

... Ven, mi adorada,  
Posa tu mano en la mía,  
Que se presta esa armonía  
Á fraguar otra ficción:  
Otra ilusión fingiremos,  
Como esa ilusión perdida,  
Que es fuerza pasar la vida  
De ilusión en ilusión.

Pero Lácrima estaba muy seria ya... Una expresión de tristeza adorablemente dolorosa invadió su rostro y como ya todos los convidados habían partido, las bujías

estaban apagadas y sólo se advertían en el salón algunos ramos de flores deshojados y marchitos sobre la alfombra. Los dos jóvenes, sin articular una palabra, sin decirse nada, ella sentada cerca del piano, él apoyado en el mármol de una consola, cuando se vieron solos, cambiaron una mirada muy larga, inmensa y se echaron á llorar, como dos niños... Mucho rato pasó así; de repente Lácrima se incorporó y se dirigió á su alcoba; Víctor vaciló un momento y luego dando un rugido sordo, que parecía el reclamo amoroso de un león, la siguió de puntillas.

El doctor esperaba á su esposa en la cámara nupcial absorto en profundas reflexiones; al verla entrar se adelantó hacia ella. La niña se detuvo llena de sufrimiento y de rubor; quiso hablar, mas no pudo; un estremecimiento nervioso recorría todo su cuerpo, su garganta se anudaba y una nueva oleada de lágrimas le subía del corazón. El sabio tomó silenciosamente las manos de su esposa, la contempló un momento con una expresión llena de ternura y de pesar á la vez; tomó luego entre sus manos la hechicera cabeza de la joven y, besándola en la frente, le dijo: Duerme, hija mía, y salió de la habitación.

Poco después, todo era silencio en la casa. Víctor se revolcaba en su lecho devorado por una especie de fiebre de remordimiento y de deseo; Lácrima lloraba, Marta rezaba y el doctor pugnaba con toda la energía de su alma por descifrar el enigma de la última página del libro de la Sabiduría. Pero ninguno dormía; cuando el

sueño se ha retirado de los habitantes de una casa, una gran desgracia está próxima!

## VI

Nada dijo durante muchos días al doctor la última página del libro de la Sabiduría. Su cabeza se había desorientado, la estrella de la esperanza se había eclipsado para aquel astrólogo. Los espíritus callaban, ninguno de ellos respondía á su llamamiento, la mesa mágica permanecía inerte bajo su mano demacrada y trémula y era porque el sabio dudaba ya. Sus ojos abríanse de repente, enormes, llameantes, llenos de inquietud y de dolor y como si quisieran salirse de sus órbitas para ir á escudriñar el cielo. Todo continuaba tranquilo. ¿Qué importa el átomo al universo?

Víctor continuaba con la cabeza enferma; comprendía que su tío á su vez lo comprendía todo y lo esquivaba tenazmente; entraba furtivamente casi á la casa, se encerraba en su departamento y pasaba las noches á oscuras junto de las vidrieras desde donde podía ver pasar á Lácrima. De cuando en cuando su mirada tomaba un tinte sombrío capaz de infundir miedo en aquel casquivano que, de repente, se había tornado en serio y melancólico, era que alguna idea siniestra batía sus alas negras dentro de su débil cráneo...; Su tío era un obstáculo!

En la última página del papiro contemporáneo de

Sesostris, había ciertas lagunas que el doctor había llenado á su antojo creyendo interpretar bien la idea del misterioso autor; sin duda el infortunado Montero se había equivocado; su vida, como una oleada entre dos rompientes se estrella entre dos problemas, un libro y un corazón. ¡Y cuando recordaba aquella noche en que había visto descender á Lácrima por una espiral de luz, el pobre hombre lloraba de impotencia y desesperanza!

Cierto día entró al cuarto de su esposa á quien casi no veía; la encontró cada vez más espiritualizada, si así puede decirse; su tez había adquirido una opalescencia incomparable; sus ojos divinos se habían hundido dejando, como el sol en el crepúsculo vespertino, una sombra más azulosa y triste que la que en ella era habitual. Lácrima se moría de amor. El recuerdo de su madre, su veneración por su esposo, el mundo de los espíritus, todo había desaparecido para ella; sólo en un objeto se había concentrado su ser entero.

¡Pobre muchacha! Yo la conocí á orillas del mar, fijando su mirada con una confianza infantil en la nube que huía y con la que sostenía intraducibles diálogos. Su palidez tenía no sé qué de resurrección y emanaba de ella, una especie de irradiación sobrenatural. Las mariposas debían buscar sus labios cuando estaba dormida y hundir en ella su trompetilla ávida de miel como en el cáliz de una rosa; aquella deliciosa niña era, sin duda, una flor. Su amiga de colegio en Francia, la bella Libye, (cuyo nacimiento ha referido Michelet) la compa-

raba al lirio de Rumania, al que lleva el delicioso nombre de *lacrimiore*.

Volvamos á la visita que le hizo su esposo. La saludó con afecto, casi con piedad; ella bajó los ojos y dos hilos de topacio líquido comenzaron á correr por sus mejillas; la fatalidad martirizaba aquellas almas. Tendió el sabio en silencio las manos sobre la doblegada cabeza de aquella dulce virgen y ésta lanzó un gemido, como el de la cuerda de un arco al estallar. Pocos momentos después dormía magnetizada. He aquí lo que respondió á las temblorosas preguntas del doctor:

« Yo bajé de los cielos á tu vista y tú, dominado por la impresión que, según el libro de la Sabiduría, es la que sienten las almas hermanas cuando se aproximan en el mundo la una á la otra, te dijiste: he! aquí, y soñaste en una niña pura y bella á quien unirte para siempre. Te olvidabas de que Dios maldice al hombre cuya boca, agostada por los años, se acerca á los labios de la mujer en flor y la marchita con su aliento muerto; te olvidabas de que otra alma escondida en la sombra venta al lado mío y que desde el día siguiente Víctor, que había nacido idiota, empezó á despertar á la razón. »

« No, no era yo el alma que buscabas; has preguntado á los espíritus en dónde debías encontrarme y te lo han dicho; pero callaron todos cuando quisiste saber si yo era la esposa de tu alma. Yo también me engañé, « Ese te guiará al amor, me dijeron las voces del cielo, y yo creí que eras el amor mismo. No, no, tú eres el dolor,

por ti he sufrido lo bastante para expiar una vida; pero te bendigo, porque me lo has hecho conocer. Me ama ¿no es cierto que me ama?»

¡Pobre criatura! murmuraba el doctor, pálido como un cadáver; hemos querido resolver el enigma de la esfinge y la esfinge nos ha devorado.

Y saliendo del aposento y sin despertar á Lácrima, fuese en busca de Víctor y lo condujo al cuarto de la magnetizada: Hoy salgo para el campo, le dijo, y ni á ella, ni á ti los volveré á ver jamás. Partid de aquí, tengo derecho á exigir esa última prueba de respeto. Cuando lleguen á Europa, encontrarán ustedes una fortuna, mi fortuna, acéptenla como un recuerdo. Lácrima puede moverse é ir y venir, pero no despertará en cuatro días, llévatela y ojalá pueda así reparar de algún modo el mal que, sin querer, le hice.

Cuatro días después, Lácrima despertaba en el mar.

## VII

Cuando se encontró sola con Víctor, una alegría inmensa se apoderó de su alma; pero al salir del estu- por de la felicidad que la enajenaba, comprendió el tremendo sacrificio del doctor, midió el tamaño de su bondad casi divina y sufrió y lloró. Para ella era intolerable la idea de ser causa de un gran dolor y sintió un vago deseo de morir. Y al contacto de la pasión puramente sensual de Víctor, su mente se sintió libre y pudo

pensar; pensó en el abismo de ridículo en que había dejado caer el nombre de un caballero honrado, que era su esposo... El mundo se veló ante sus ojos y una sorda desesperación se infiltró en su espíritu con el sentimiento de lo irreparable.

— Víctor, decía, yo quiero, yo necesito morir.

— No seas niña, contestaba éste, todo es ya inútil.

El paquete americano entraba en la Habana en aquellos momentos. Lácrima encerrada en su camarote veía por la ventanilla el risueño panorama que se desenvolvía lento ante sus ojos llorosos y cansados. Por la ventanilla entraban bocanadas de aire caliente y perfumado. Lácrima seguía orando á su madre, invocando su auxilio, pero ni podía, ni quería moverse: una lasitud indecible se apoderó de ella por entero; todo, cuerpo y alma, parecían naufragar en un mar de sueño; mas pronto el cansancio fué doloroso, le parecía que había andado muchas leguas y que iba á expirar de fatiga; su cerebro se disolvía bajo la presión circular de una espantosa corona de hierro; le parecía que una mano brutal le dilaceraba los riñones... Poco á poco la calentura sopló sobre ella su aliento de fuego y Lácrima se durmió como asfixiada por un incendio, mientras la brisa de Cuba entraba cada vez más cálida por la ventanilla del camarote.

El sueño de aquel dormir febril le fué grato, sin embargo. Soñó que de los horizontes de aquella isla encantada, de entre las emanaciones balsámicas de sus campiñas saturadas de aliento marino, el espíritu de su

madre se desprendía como un vapor opalino y sutil; soñó que el espíritu se acercaba á ella, que enjugaba sus lágrimas, que besaba su boca; sintió al par de los suyos los latidos de aquel corazón y... oyó luego una voz que le decía: Ven, pobre hija mía, á quien me arrebataron al nacer y que he esperado quince años; el cielo no quiere que tú expíes en el mundo las faltas de tu madre. Voy á libertarte del cuerpo, que, tan bello como és, es la única mancha de tu existencia; entonces cruzaremos juntos el espacio sideral, mi alma y la tuya se unirán en un solo ser, por virtud de mi amor, porque es el único amor, el que no miente jamás. Ven yo soy tu madre... »

Cuando el médico examinó á la enferma, en presencia de Víctor, manifestó que era imposible moverla de donde estaba, que la única esperanza remota de salvación era que el paquete que estaba ya á punto de zarpar, saliese de aquella zona de muerte, que él nada tenía que hacer, su diagnóstico fué éste: *el vómito*.

Víctor se enfrió de terror y de miedo y no pensó más que en alejarse de la doliente... Ésta no conservaba de su fisonomía de ángel más que los ojos, la mirada azul y misteriosa... Por todo lo demás había pasado su pavoroso nivel la fiebre... En ese horno de fuego se había fundido la belleza de la pobre Lácrima, no quedaba más que su alma aleteando en el fondo de sus pupilas de zafiro. Víctor decidió quedarse en Cuba, prometiendo reunirse con *su esposa* en Nueva York... El vapor salió y las horas pasaron y la zona del vómito quedó atrás y

la enfermedad no soltó su presa; Lácrima murió al fin, sin decir nada, sin pensamiento, sin delirio: de sus ojos apagados se escapó el alma sin agonía casi, sin una lágrima.

La envolvieron en una gran sábana blanca, ataron á sus pies una bala enorme para que descansase rápidamente en el maravilloso lecho de algas del fondo del mar y al ponerse el sol, bajo la mirada espléndida del Véspero que parecía también un alma surgiendo de la agonía febril del día, la depositaron en la cubierta. El vapor enfrió sus calderas y se detuvo; el agua estaba negramente azul; después de las preces del pastor, coreadas por la ruda voz de los marineros, dos jóvenes tomaron el cadáver y lo llevaron á la borda abierta, por entre los pasajeros arrodillados; balancearon por tres veces el gran bulto blanco y lo dejaron caer, el sacerdote trazó sobre el mar la señal de la cruz, el cañón del paquete hizo tres pausados y lúgubres disparos y el navío partió...

## VIII

Nuestro malaventurado doctor se había dicho: Es preciso que, como parte integrante de la fortuna que esos muchachos reciban en Europa, encuentren mi papeleta de defunción. Pero antes quiero saber á qué atenerme respecto de esta última página del libro de la sabiduría que me ha hecho infeliz por su obscuridad. Y volvía, con una curiosidad que lo mataba á fuerza de ser intensa,

á descifrar la hoja consabida. Pero sus lagunas eran demasiado grandes y aun cuando el doctor hubiese tenido para reconstruir aquel escrito el genio que Cuvier desplegó en sus restauraciones paleontológicas, la empresa habría sido punto menos que imposible.

Pero sucedió — y por cierto que fué el día mismo que Lácrima murió — que los amigos invisibles del buen doctor lo visitaron ; entonces su mano guiada por otra intangible, corrió sobre el papel y la ansiada página quedó integrada. « Muchas veces, decía, pueden vivir muy cerca una de otra las dos mitades que constituyen un alma sin conocerse ; los iniciados en la ciencia sagrada resentirán, cuando hayan vivido así, la emoción reveladora de la presencia del alma desconocida, cuando en ésta se encienda el amor ; mas esto sólo puede suceder en el momento en que la muerte comience á desatar para una de las dos los lazos de la materia. Porque esas almas sólo están destinadas á unificarse en otras regiones. »

El doctor no leyó más ; se dirigió poseído por el demonio de la curiosidad y de la desesperación á su laboratorio, tomó el frasco de oro y vació todo su contenido en sus entrañas. Algunas horas después entró Marta ; las facciones de su viejo amigo habían cambiado ; su cabeza y su cuerpo todo habían empequeñecido, era el doctor una reducción de sí mismo ; la fuerza del elixir de vida era tal, que el calor de la sangre devoraba todos los tejidos del organismo y los músculos y los huesos del doctor se fundían y calcinaban en un formidable

crisol interior ; todos los poros de su piel, todos sus nervios, todas sus fibras, todas sus celdillas parecían aspiradas por la bomba gigantesca del corazón ; sus ojos, huidos hacia el fondo del cráneo, no existían casi ; era una rara agonía aquella.

Marta comprendió que el doctor se moría ; le buscó el pulso y una gruesa lágrima desprendida de los ojos de la pobre mujer cayó sobre el rostro del sabio. Abrió éste los párpados y algo que era ya el último residuo de la masa cerebral, miró á Marta desde el fondo del cráneo del médico ; luego una voz que parecía venir del fondo de un abismo y á distancia de tres mil años, heló la sangre de la desdichada. Y decía la voz : « ¡ Eras tú, eras tú, Marta, el alma complementaria de mi alma ! ; Tú me amabas, tú me amas ! » Había tal mezcla de ternura y de congoja en aquella voz, que podíamos llamar psíquica, que Marta arrodillándose se puso á rezar. Cuando acabó de ofrecer el alma de su amigo, la sombra había invadido el aposento. Fué á buscar una luz y alumbró el lecho del moribundo y dió un grito : sólo las ropas del doctor estaban allí ; su cuerpo se había evaporado.

Mucho lloró la pobre Marta ; guardó las reliquias del doctor piadosamente y quemó el libro. Debe haber muerto ya, porque cuando, muy poco después de los sucesos, nos refirió la historia que habéis leído, su vejez parecía datar de tres siglos. Ahora hablemos de otra cosa, según el consejo de maese Rabelais :

*Micula est de ris que de larmes écrire.*

## EL VELO DEL TEMPLO

À Domingo Díaz.

Era un jueves santo por la noche.

Habían acabado las ceremonias de la tarde, y tras un día de fatiga y de calor, yo, joven seminarista que no había tenido tiempo de conmovirme, volví sudoroso y cansado á mi celda de colegial, á disfrutar de media hora de reposo, pues á las ocho en punto debíamos estar en el palacio del obispo para acompañarlo á rezar las estaciones en siete de las principales iglesias de la ciudad. Arrojé sobre la cama mi beca azul y mi sotana carmelita, y después de apurar á rápidos sorbos un gran jarro de horchata, acerqué al balcón mi butaca de cuero, me puse de codos sobre el barandal y empecé á ver, á pensar, á soñar...

Debajo de mi balcón, la calle, negra y profunda, parecía hacer del silencio un paño fúnebre. El polvo levantado por la agitación del día iba cayendo lentamente sobre el suelo y de vez en cuando una de sus par-

ticulas, arrebatada por el caliente viento de Abril, reflejando la luz moribunda del cercano reverbero, parecía un átomo de oro encendido que hacía viajes fantásticos por el espacio. Sólo el eco de alguno que otro rezo llegaba hasta mí, que oía sin escuchar. Mi balcón dominaba todas las vecinas azoteas y un gran trozo del cielo oriental se extendía ante mis ojos. La luna, velada por la bruma compuesta de las moléculas de fuego desprendidas de los campos incendiados, se levantaba roja, enorme y sin fulgores, como si saliera de un baño de sangre. Fragmentos largos y flotantes de los nubarrones que se agrupaban en el zenit, la velaban á veces, y á veces subrayaban con un enorme rasgo negro aquel globo de púrpura. Hubo un momento en que el disco lunar me pareció un agujero abierto en la bóveda sombría del cielo, detrás del cual se veía el seno de incandescente volcán ó de otro cielo abrasado por infinito incendio. Mi espíritu revoloteó por los bordes de aquel cráter, y luego, cerriéndose un momento sobre él, agitó las alas y huyó.

Huyó á aquel tiempo lejano en que, sin que el mundo lo sintiera, unas cuantas palabras sencillas y una dolorosa y oscura muerte cambiaban el itinerario de la edad antigua y hacían que la corriente del paganismo se bifurcara en un montículo de la Palestina, yendo una á perderse en la soledad del desierto como los ríos del África y entrando la otra en el cauce profundo en que la civilización helénica se convirtió en la civilización humana.

Subí la colina de Moriah, en cuya cima estaba el tem-

plo. Sion, con sus altos muros, sus ramilletes de olivos, sus higueras agostadas por calor primaveral, estaba á nuestra vista, sentada sobre su trono de roca negra y calcinada. Procesiones larguísimas de peregrinos venían cantando los salmos y los himnos sagrados; atravesaban el torrente y trepaban continuamente por los peldaños de la colina santa.

El israelita del otro lado del Jordán, el que mezclaba sus tiendas de pieles de cabra á las de los hijos de Moab, ó vivía en pos de sus rebaños vagando por los confines del desierto de los hijos de Agar, unía sus cánticos al israelita de la poética Galilea, que tenía, en su andar rítmico, el vaivén gracioso de las olas del Tiberiades y cuyas mujeres se cubrían con sombrillas rojas, pensando, en aquellas horas de calor y de fatiga, en las frescas sombras de los plátanos de Nazareth. Aquellos peregrinos traían ovejas blancas de Galaad y corderos cebados de la Siria; tórtolas del oasis damasceno, y frutos de todos los climas; cajas de sándalo de Ofir llenas de gomas de la Arabia y cofres de ciprés del Libano para guardar los vestidos sacerdotales; vasos murrinos para los bálsamos y ánforas áticas para los vinos; los sacerdotes veían, risueños, desde el gran pórtico del templo, aquellas multitudes cargadas de presentes para los servidores de Jehová.

En el interior del templo la muchedumbre se apiñaba; crujían las tablas de cedro del revestimiento interior y el humo del incienso formaba una niebla densa en torno del *santo de los santos*, como en el día en que Jehová

había venido en forma de nube sobre el arca del testimonio, al escuchar las paces de Salomón.

Los levitas, vestidos de blanco, contenían al gentío en torno del gran sacrificador y sus salmodias, acompañadas por el sonido de los salterios y de los *Kinnorim* se mezclaban á los clamores de los fieles. Á cada momento el sol se oscurecía dejando al templo sumido en la sombra y las llamas del candelabro de los siete brazos, vacilaban sobre sus aceiteras de oro. Un ruido sordo, que parecía gemido escapado de las entrañas del monte Sion, hacía enmudecer de repente á los hombres, temblar á las mujeres y llorar á los niños. El gran sacerdote paseaba su mirada inquieta sobre las cabezas inclinadas que lo rodeaban y una súbita palidez invadía su rostro. Los cascabeles de su túnica resonaban, porque se había apoderado de él un estremecimiento extraño.

De dentro del tabernáculo salían débiles quejas, como si un anciano llorara. David, al golpear con su frente cubierta de ceniza, el pavimento del santuario, delante del arca, debía llorar así; las mujeres repetían en voz baja y convulsiva *miserere nobis*: apiádate, Señor, de nosotros, según tu gran misericordia. Los levitas agitaban sus cofias de lino y los fariseos, en aristocrático grupo, observaban con sus rostros rasurados y marmóreos, oculta la frente bajo sus tiaras de pergamino, aquel espectáculo confuso.

El que observaba en el cuadrante dió la señal; la sombra del gnomon tocaba la raya que marcaba la hora nona. Los *cohenim* acercaron la mesa del sacrificio, sobre

la que yacía un cordero sin mancha. Delante del arca, sostenido por cuatro columnas de ciprés con capiteles de oro y zócalos de plata, se tendía inmenso el velo de púrpura que cerraba el santo de los santos.

El pontífice blandió el cuchillo, lanzó el tierno cordero una mirada de dolor sobre su verdugo, como si hubiese tenido la súbita revelación de su destino y una lágrima humedeció su vellón immaculado. La mano cayó; un solo chorro de sangre brotó de la herida, y como si el ángel del señor hubiese pasado su espada niveladora sobre las cabezas de levitas y profanos, todas las frentes se inclinaron; bajó más la espada y todos los cuellos se encorvaron; más aún y todas las rodillas pegaron en tierra. Un gran grito salió del tabernáculo. Así debió ser el último suspiro del rey profeta...

Cuando los ojos se elevaron, el velo estaba roto, abierto; por entre sus dos fragmentos, como por mano colérica apartados, se veían temblar las alas de los dos querubenes, cual si quisieran transportar el arca al cielo....

De entre la nube de incienso, salió un niño, ¿era Joas? ¿era el rey niño guardado por los sacerdotes en el santuario como si sobre el trono de la Palestina quisieran los levitas reemplazar con una flor, al águila de Roma?

No; aquel niño tenía una figura extraña; si un pueblo al nacer se encarnase en un símbolo, habría escogido para esconder su alma, aquella frente pura, aquella mirada que parecía hecha no para recibir la luz, sino para darla...

Era la estatua viva de una nueva edad.

« Ha muerto, exclamó, ha muerto, ha muerto. » El rey de los judíos, la flor de la vara de Jesé, el vástago de David, el hijo de Jehovah ha muerto; ha muerto el Cristo. Yo le he visto, una gota de su sangre cayó sobre mi frente: *mirad.* »

Pontífices, levitas, fariseos, pueblo, todos en confuso remolino se precipitan hacia el niño; los querubines del arca volvieron sus cabezas para mirar también.

Dos líneas rojas, una puesta al través de la otra, marcaban la frente del niño.

El Sumo Pontífice murmuró algunas palabras en los oídos del pequeñuelo. ¿Eran palabras de muerte? El niño levantó los ojos al cielo y abrió los brazos como si invocara á Dios. El sol lo hería de frente con su último rayo; la sombra del cuerpecillo y de los abiertos brazos creció detrás del infante: el arca desapareció debajo de aquella sombra, desapareció el templo, la colina, Jerusalén; llenó el mundo, ganó el cielo, y el espacio infinito se llenó con ella: era la sombra de la cruz.

## MARÍA ANTONIETA

Á Martin F. de Jáuregui.

Yo alcancé aquel tiempo de ruinas, de horror, de combate sin descanso, de odio, de odio y amor á un tiempo; amor sí; en el fondo de todo corazón palpitaba una sed irresistible de fraternidad y concordia; M. de Saint-Just, ese Marat de mármol, había regalado, en un arranque de amor al género humano, su fortuna á los pobres; era el tiempo en que Robespierre amaba. Yo alcancé aquel tiempo; yo ví desmoronarse un mundo, yo sentí los primeros movimientos del mundo nuevo en sus pañales humildes, bordados por las manos de nuestras madres, las pobres mujeres del pueblo. Yo he visto; oh! piedad, el vaso de sangre humana apurado por Mlle. de Sombreuil, yo he visto, pálida y pura, en la punta de una pica, la cabeza de reina de María de Lamballe.

En los comienzos sin embargo, sólo pan y libertad pedíamos; los que nos negaban el pan desaparecían bajo nuestros pies, en un momento, en el lodo ensangrentado de las calles de París. Solíamos levantarlos, ya cadáveres,

y algunos infelices que reían con la nerviosa risa del hambre, los colgaban de los faroles. Estallaba entonces una carcajada general, y jóvenes, viejos, niños y mujeres, nos dábamos las manos y danzábamos frenéticas rondas, cantando sin cesar el alegre estribillo de las esperanzas del hermoso país de Francia: *ça ira, ça ira, les aristocrates à la lanterne.*

En cambio cuantos nos ofrecían la libertad eran nuestros dioses; quitábamos de las cabezas de nuestras mujeres y nuestras hijas las cintas con que se adornaban los días de fiesta y las entrelazábamos á las crines doradas del caballo blanco de M. de Lafayette, el libertador de dos mundos.

¡Ah! tiempo feliz, tiempo bendito de hambre y de misericordia, de frío y de perdón, de miseria y de amor! Nuestra bandera flotaba sin cesar sobre nuestras cabezas; era la bandera nueva, la bandera de París, el azul y el rojo de nuestra Comuna, aprisionando el blanco de la monarquía. Habíamos aprendido unas palabras muy bellas, muy grandes; un cortesano que tenía una frente inmensa y que, con su junco de Indias de puño de oro, había azotado sin piedad las espaldas del clero, nos había enseñado una palabra mágica: *libertad*. Cuando este cortesano murió y la Asamblea decretó su apoteosis, llevamos sus restos á nuestro gran templo cívico, al Panteón, entre el incienso y las flores, y nos arrodillamos delante de su ataúd y llorando de admiración enseñábamos á nuestros hijos el nombre de *Voltaire*.

Pero ese hombre no era el más querido, había otro

había otro adorado entre todos los hombres de la tierra, porque era el de un hermano nuestro, que había vivido con nosotros, que había tenido, como nosotros, hambre, que había sido escarnecido, humillado, apedreado; que había sido lacayo como nosotros y nos había dado nuestro evangelio nuevo, que había predicho el porvenir y había muerto, olvidado y triste, con la mirada perdida en la última luz del crepúsculo. Ese hombre era el maestro de nuestros apóstoles, era el maestro de nuestros santos. Robespierre se descubría al pronunciar su nombre, St. Just pensaba en la guillotina para vengarle y su recuerdo arrancaba de las profundidades lúgubres del corazón de Marat una lágrima que apantaba entre sus pestañas como una gota de hiel. Aquel Cristo de nuestra gran revolución se llamaba Juan Jacobo Rousseau; de sus labios había bajado esta otra divina palabra: *Igualdad*.

Yo me llamaba Pueblo; este nombre pronunciado por la boca de bronce de Mirabeau, que parecía la de la máscara de la tragedia antigua, había hecho crujir los troncos, como árboles de raíces podridas. Esta palabra, apenas balbuceada por nuestros padres en los siglos de tormento, de ignorancia, de esclavitud; apenas déletreada en el fondo de la tumba social en que yacían, había tomado con el timbre de la gran voz del tribuno, el tono de una tempestad rebotando entre las cimas de granito de las montañas. Desde que esa voz sonó, la monarquía, la nobleza, el clero, el rey, el duque y el obispo se habían puesto pálidos para siempre; con esa inmutable palidez iban á subir las gradas de la guillotina.

Sólo una mujer no se había puesto pálida, sólo un rostro se había encendido de ira y odio; esa mujer divina y aborrecible se llamaba *la reina*; era María Antonieta. ¡Oh! dejadme recordar esos días de dolor y redención, esos días de muerte y de inefable gozo, en que Francia, sacudiendo el desgarrado manto, el manto en que ocho siglos de monarquía habían derramado el vino de sus orgías perennes, se levantaba á la voz de la filosofía y la elocuencia y daba su sangre á la resurrección de América y presentaba su corazón á todos los pueblos llamándolos sus hermanos. Dejad que los recuerde. Como una visión prodigiosa se dibujan á mi vista. Allí abajo rugía y cantaba París, la grande, la inmensa París que vivía en la calle, que había olvidado el camino del hogar, que parecía siempre lista para emprender una peregrinación sin término, con el saco de viaje á la espalda y en las manos la pica, la pica que iba abrir á la Revolución las puertas del mundo en Jemmapes.

Como un reflejo de nuestros vértigos, de nuestras aspiraciones, como un eco de aquel mar preñado de tormentas que se llamaba París, se oía sobre nuestras cabezas el murmullo de un grupo de gigantes: era la Asamblea Nacional. En medio de ese grupo un rugido de león resonaba en los grandes momentos; era un antiguo noble, un antiguo libertino, un antiguo presidiario que hablaba cuando su existencia de placer se lo permitía; era la voz convulsiva del porvenir promulgando la sentencia de muerte del antiguo régimen; era la palabra de Mirabeau que envenenaba á la monarquía

con su aliento, mientras las flores lo envenenaban á él con su perfume. Y desde que esa palabra estalló, comenzó el estremecimiento del suelo de Francia; dura todavía.

Frente á la Asamblea, frente al Estado llano, brillaba la Corte, en derredor del suntuoso y simétrico Versalles habitado por las sombras de todas las grandezas y maculado por las reliquias de todas las corrupciones de la vieja Francia. Era aquel un mundo vestido de seda y oro, que sentía que iba á morir y vertía en su copa de deleite las últimas gotas de aroma de las flores de lis de la monarquía. Todo era elegante y delicioso; los guardias de corps perfumaban sus delicadas manos con agua de ámbar, para hacer su cuarto de centinela en la puerta de alcoba de la reina; los abates se batían en duelo; los obispos firmaban las protestas en contra de la preminencia que se daba en el *menuet* de honor en Versalles á la Señorita de Lorena y los cardenales se enamoraban de la reina.

Todo era allí artificio; nadie creía en Dios, ni las mujeres; es cierto que una que otra vez creían en el diablo bajo las especies de Cagliostro ó de Mesmer. Los padres vendían á sus hijas, los hermanos traficaban con sus hermanas y todos los cortesanos aplaudían febrilmente á Figaro que les escupía en el rostro toda su ignominia.

En el centro de todas esas figuras de porcelana, cuyos perfiles dulces y fatigados se destacaban en el esmalte azul de un cielo en cuyo horizonte humeaba ya la llama del incendio, estaba sentado un buen hombre robusto y

plácido, glotón é inofensivo, débil y rubicundo: Luis XVI, y junto á él, de pie, una hermosa y altiva mujer que entonces se llamaba *Madame Veto*. Algunos empezaban á decirle *la austriaca*; su nombre de bautismo fué María Antonieta, archiduquesa de Austria; su nombre de muerte está escrito en el registro de inhumaciones de la Magdalena, helo aquí: *Por un ataúd para la viuda Capeto, 7 francos.*

Era preciso que para llamar Capeto á esta mujer, era preciso violar la historia, no importaba. Capeto era el nombre del fundador de la monarquía y los dos que expiaron los crímenes de la monarquía debían llevar el nombre del fundador, lo que quería decir que en ellos se mataba la institución. Así al menos lo explicaba un hombre elocuente que fué el primero que aplicó al último monarca el apellido del primero: este hombre era Camilo Desmoulins.

La reina de Francia era bellísima, era, ya lo dije, odiosamente bella, porque así como su lujo insultaba nuestra miseria, así como sus banquetes, en que se repartía la escarapela negra de la contrarrevolución, insultaban nuestra hambre, así su belleza insultaba nuestra fealdad. ¿Qué derecho tenía ese monstruo á la hermosura, cuando Teresa, la mujer de Rousseau, había sido tan fea? Su cabellera de oro pálido como el sol de Alemania, sus ojos azules como el Danubio, la curva mórbida de sus labios austriacos, su inmaculada frente, su talle de hada, su porte de diosa aérea, suave y pura, todo, hasta las lágrimas que venían á sus ojos cuando

besaba á sus hijos, todo estaba diciendo claramente la horrible iniquidad que encerraba el corazón de esa hiena que, para conservar la tersura de su piel, se bañaba en sangre de niños recién nacidos, como nos lo aseguraba Marat, el amigo del Pueblo, con su acento ronco y sublime.

Desde el día que tomamos la Bastilla el terremoto creció; todos los viejos edificios se desmoronaban, el suelo de Francia se movía como una báscula inmensa, y mientras nosotros los de abajo subíamos, el rey, la reina, Versalles, la corte, descendían rápidamente al abismo. Todos huían, todos temblaban, todos se miraban des-pavoridos, menos ella. ¡ Oh fatal, abominable mujer que aconsejaba la resistencia á Luis Capeto, que intrigaba con sus cortesanos para degollar á nuestros hijos, que aglomeraba el pan en Versalles para matarnos de hambre, que había jurado el exterminio de todos los parisienses, que llamaba á su hermano primero y á su sobrino después ¡ traidora ! para que acabasen con Francia y con la libertad.

¡ Con qué gusto la buscamos en Versalles para insultarla ! Entramos en su alcoba ; todo era blanco, limpio, puro, transcendía á templo aquel cubil de pantera ; la sangre de sus genizaros que se atrevieron á morir sonriendo al pie del lecho de su señora, manchó la cuna de sus hijos. Y ella los llamaba ; Antonieta llamaba con suprema angustia á sus hijos ; la austriaca fingía ser madre buena ; ¿ para qué ? ¿ Por qué aquella voz de agonía, por qué aquella desesperación maternal ? ¿ Qué dere-

cho tienen los reyes para sentir como los demás hombres ? ¿ No son los enemigos de la humanidad ?

Llegó un día épico ; la monarquía desapareció con solo el rumor de nuestros cantares :

Allons, enfants de la Patrie,  
Le jour de gloire est arrivé...

Era el himno del Rhin, era el canto de nuestros marseleses, era el sublime grito de guerra del 10 de agosto. Un extremo de la báscula se había perdido en la sombra para siempre. El trono, la nobleza, la Iglesia, todas las añejas invenciones de otra edad, todos los instrumentos de tortura inventados para el pueblo, todo se redujo á polvo. Un poco de sangre, un poco de humo... y el pasado había vuelto al no ser. Día bendito, yo me arrojé para adorarte al través de los años ; ese día el mundo moderno encontró su cuna en los brazos de un pueblo ebrio con su victoria inmensa.

No, el vencido no era Luis XVI, no era la víctima María Antonieta ; el vencido era el pasado ; el vencedor el género humano ; sentimos sobre nuestras cabezas la mano de Dios que nos bendecía. Miramos á todos los puntos del horizonte y vimos surgir de las tumbas, de las hogueras, de los calabozos, de los campos de batalla, de los templos, de las escuelas, de los laboratorios del pensamiento, de los talleres sepulcrales de los obreros, del corazón de los siervos de la gleba, del pecho de los encadenados, un grito soberano de emancipación, un

infinito clamor triunfal: y aquel rumor ilimitado se concretaba, se volvía una armonía divina en una palabra sola, en esta palabra de concordia, de porvenir y de paz: ¡ República! La fórmula de la verdad social estaba encontrada.

Nosotros estábamos en el otro extremo de la báscula, muy altos, dominándolo todo. Á ese trono le pusimos un nombre: la guillotina; nuestro pedestal era el cadalso. Ahogamos en nuestro interior los gérmenes viciados de la compasión, y el juego del cuchillo de la guillotina empezó la renovación de la humanidad, el *Amigo del Pueblo* era feliz.

Era un día de otoño; la muchedumbre efervescía, como el mar en derredor de una roca, en torno del patíbulo en la plaza de la Revolución. Los soldados de la Comuna y las *calceteras* de Robespierre, bailaban rondas en torno de la guillotina. Las picas, aun no limpias de la sangre de Septiembre del año anterior, parecían un bosque agitado por el huracán. Un grito de rabia y de implacable furor salía de todas las bocas. Era el día 6 de octubre; la viuda Capeto iba á morir.

Los traidores realistas habían propalado la leyenda de su infortunio; referían su dignidad en la hora del peligro, sus adioses tiernísimos al rey, su desesperación y sus lágrimas cuando le arrebataron á su hijo, su resignación santa y dolorosa en la *Conserjería*, los ultrajes que se le habían inferido; hablaban de sus cabellos encanecidos en pocos días, de su desnudez, de

sus enfermedades, de su hambre, y repetían las palabras de perdón que había dejado como herencia á sus hijos. No, no; eso debía de ser mentira, eso era imposible, nuestros jueces eran justos, nuestros municipales eran buenos; no, los realistas querían hacer una mártir de la tigre imperial de Austria. ¡ María Antonieta tener corazón de esposa, de madre! ¡ María Antonieta perdonar! Sueño, locura; los enemigos del pueblo no son hombres, no son mujeres, son monstruos.

La carreta apareció en la gran plaza; la acompañaban las vociferaciones de la muchedumbre; silbidos, ultrajes, salivas, lodo, no había ni ignominia ni inmundicia que no se arrojase á aquella frente, antes ceñida por la corona de ocho siglos de grandeza, hoy por una humilde cofia de lino blanco que dejaba entrever los cabellos canos cortados brutalmente por la tijera del verdugo. La Veto, con las manos atadas á la espalda, hacía esfuerzos para permanecer derecha envuelta en su estrecho vestido negro. Cuando vacilaba, la punta de una pica ó de un sable la sostenía.... Así iba subiendo á su Calvario, decían los realistas.

¡ Maldición! ¿ Por qué estaba tan serena esa mujer? Su cabellera ha encanecido de dolor, es cierto... ¡ Bah! que sufra por todo lo que ha hecho sufrir al pueblo... Ya llega, ya sube... Yo era el ayudante del verdugo; yo iba á beber su sangre. Hela aquí; pone un pie en la escalera fatal, vacila, va á caer... Me precipito á sostenerla. Ella sonríe y me dice con un acento de desolación suprema: Gracias, amigo, hermano mío.

¡ Yo el hermano de la Austriaca ! ¡ Yo ! Dios mío, sentí un dolor inmenso en el corazón y permanecí clavado en aquel lugar fatídico... ¿ Luego esa fiera podía perdonar ? ¿ Luego era una mujer ? Sentía que el vértigo se apoderaba de mí...

Un silencio profundo rodeó un instante la guillotina, sólo se percibía el latido del corazón de la multitud. Entonces se escuchó una voz angelical y triste que decía : « Adiós, adiós una vez más, hijos míos, voy á unirme á vuestro padre »... Un grito, un sollozo se escapó de mi pecho ; corrí hacia el cuchillo fatal exclamando : « ¡ Dejadla vivir, dejadla vivir, no es la austriaca, es una mujer, es una madre, es mi madre... ! » La mano del verdugo cerró mi boca, aquella mano estaba empapada en sangre, era la sangre de la pobre mártir.

Sofocado por el dolor y por las lágrimas, caí al pie de la guillotina ; me figuraba que un mundo pesaba sobre mis espaldas y Francia me pareció sumergida en un lago de sangre sin riberas. Cuando volví en mí la muchedumbre se había dispersado, el patíbulo estaba solo, la noche profundamente oscura y fría. Levanté los ojos y ví una gran fantasma dominando el cadalso, la Francia, la humanidad, blanca, inmaculada, inmutable : era la estatua de la libertad...

## CONFESIONES DE UN PIANISTA

Á Margarita G. de Altamirano  
Homenaje y recuerdo.

### I

Seguía Eduardo muy grave ; la tisis, bastante frecuente entre los jóvenes de la costa, iba consumiendo aquel cuerpo casi diáfano ya, y los médicos habían dicho á la familia que era preciso disponerlo.

Los incidentes todos de aquel día están grabados en mi memoria.

Yo no había abandonado el lecho de mi amigo, de mi hermano, durante los días penosos del mal ; todos sus parientes me trataban con gran cariño, y siempre que el padre de Eduardo venía á la ciudad, de vuelta de su hacienda, tenía palabras afectuosas y alentadoras para mí. Me veían como un hijo de la casa.

Mi pobrecita tía Victoria estaba orgullosa con las atenciones que me prodigaban aquellos ricos ; y yo, que no tenía otra madre que ella, procuraba atraerme la

¡ Yo el hermano de la Austriaca ! ¡ Yo ! Dios mío, sentí un dolor inmenso en el corazón y permanecí clavado en aquel lugar fatídico... ¿ Luego esa fiera podía perdonar ? ¿ Luego era una mujer ? Sentía que el vértigo se apoderaba de mí...

Un silencio profundo rodeó un instante la guillotina, sólo se percibía el latido del corazón de la multitud. Entonces se escuchó una voz angelical y triste que decía : « Adiós, adiós una vez más, hijos míos, voy á unirme á vuestro padre »... Un grito, un sollozo se escapó de mi pecho ; corrí hacia el cuchillo fatal exclamando : « ¡ Dejadla vivir, dejadla vivir, no es la austriaca, es una mujer, es una madre, es mi madre... ! » La mano del verdugo cerró mi boca, aquella mano estaba empapada en sangre, era la sangre de la pobre mártir.

Sofocado por el dolor y por las lágrimas, caí al pie de la guillotina ; me figuraba que un mundo pesaba sobre mis espaldas y Francia me pareció sumergida en un lago de sangre sin riberas. Cuando volví en mí la muchedumbre se había dispersado, el patíbulo estaba solo, la noche profundamente oscura y fría. Levanté los ojos y ví una gran fantasma dominando el cadalso, la Francia, la humanidad, blanca, inmaculada, inmutable : era la estatua de la libertad...

## CONFESIONES DE UN PIANISTA

Á Margarita G. de Altamirano  
Homenaje y recuerdo.

### I

Seguía Eduardo muy grave ; la tisis, bastante frecuente entre los jóvenes de la costa, iba consumiendo aquel cuerpo casi diáfano ya, y los médicos habían dicho á la familia que era preciso disponerlo.

Los incidentes todos de aquel día están grabados en mi memoria.

Yo no había abandonado el lecho de mi amigo, de mi hermano, durante los días penosos del mal ; todos sus parientes me trataban con gran cariño, y siempre que el padre de Eduardo venía á la ciudad, de vuelta de su hacienda, tenía palabras afectuosas y alentadoras para mí. Me veían como un hijo de la casa.

Mi pobrecita tía Victoria estaba orgullosa con las atenciones que me prodigaban aquellos ricos ; y yo, que no tenía otra madre que ella, procuraba atraerme la

distinción de las personas honradas, porque así proporcionaba algunos momentos de placer á aquella criatura angelical, que había sido mi providencia sobre la tierra.

Mi tía Victoria me había recogido del lado de dos ataúdes en el cólera de 55. Tenía yo entonces diez años, y no comprendí la pérdida de mis padres; pero los sentí tanto, que una fiebre me llevó á orillas de la tumba. Antes de aquella enfermedad me creían un poco idiota, pero según contaban, desde mi convalecencia mi razón se encontró libre de las trabas que la naturaleza tardía, había olvidado en la cuna de mi alma. Crecí en el trabajo y las privaciones (mi nueva madre vivía de un montepío militar); en cinco años me hallé en disposición de ayudar á mi ángel bueno, y no podré olvidar nunca la indefinible emoción que experimenté la noche que por vez primera (hora bendita de mi juventud) puse en aquellas manos, ya arrugadas, pero blancas aún y finas, el producto de mis primeras lecciones de música:

Luisa y mi tía estaban cosiendo junto á la mesa del comedor. La lámpara con su velador, en que yo había pintado unas flores; el sillón de cuero, con clavos de cobre, en que mi tío el coronel, gravemente herido en Veracruz por los yankees, había expirado; la cabeza pálida y delicada de Luisa, levemente inclinada sobre su labor (Luisa era la única hija de mi buena tía); los ojos de aquella santa anciana fijándose en mí con una expresión de indecible ternura, mientras los de su hija buscaban tímidamente los míos; todo aquel cuadro, el San Antonio colgado en la pared, el trozo de hielo

envuelto en un paño de lana, para enfriar mi agua durante la cena, y el pobre Azor, flaco, amarillo y raquítico, jugando por entre mis piernas, todo lo recuerdo. Besé á mi tía en la frente, le di la onza americana y me puse de rodillas. Aquello significaba para mí la aceptación de un deber sagrado; significaba para ella el momento en que el pobre huérfano desvalido se hacía hombre, se encontraba armado para entrar en la lucha del mundo, y su ofrecimiento á mi pobrecita madre agonizante había sido cumplido. Sentí sus manos trémulas apoyarse en mi tempestuosa cabellera, y le oí murmurar una bendición entrecortada por las lágrimas. Soñé esa noche con el espíritu de mi madre.

Pocos días después, las dos tumbas tenían una pequeña losa de piedra con los nombres de mis padres, muy limpia y muy bonita. Nos llevó á verla mi tía después de una misa que se dijo en la capilla del Cristo por aquellos dos muertos tan queridos.

Dispuesto Eduardo á recibir el Viático, todos sus compañeros de colegio quisimos hallarnos presentes en la solemne ceremonia. La noche (estábamos en Octubre) era lluviosa y fría. Una claridad pálida, monótona, igual, iluminaba débilmente las nubes que ocultaban á nuestros ojos el disco de la luna, antorcha pura del cielo de los hombres. Un sordo rumor que venía del negro horizonte denunciaba la agitación del mar. De vez en cuando, el silbido del viento, entrando por los quicios, ó el desgarramiento de las nubes en grandes jirones de un gris cetrino, indicaba el paso del águila feroz del Nor-

deste, como decía la Reim-Kennar de Walter Scott, llamando á los vientos boreales.

En la sala de la habitación estaba reunido un crecido número de personas; la puerta del cuarto del enfermo estaba abierta de par en par, y las velas decera del pequeño altar erigido junto al lecho, acababan de encenderse. El pobre Eduardo tenía una decidida afición por las flores, y como desahuciado, era preciso darle gusto; un diluvio de rosas y de lirios de la costa, rodeadas de sus espinas las unas, y balanceando los otros sus largos pétalos morados, inundaban la casa de intenso y delicioso perfume. La Naturaleza, para Eduardo, como para todos los corazones delicados, era una vaga pero infinita personalidad, que vivía en nosotros y con nosotros, revelándonos su alma imperecedera en la aurora de los sueños de la juventud, en el medio día del pensamiento viril, en la plegaria serena de la vejez, esa tarde primaveral de la existencia humana. La sentía, la comprendía á veces, la admiraba siempre, y quería asociarla al momento supremo de su muerte, por medio de las flores y los perfumes, como si supiera que las lágrimas de los hombres, que entristecen el instante de la partida final, estarían compensadas por la serenidad adorable de aquellos otros seres, á quienes iría á dar nuevo vigor su cuerpo, resolviéndose en los elementos de la vida inagotable de la naturaleza, para la que no tiene significado la palabra *muerte*.

Entre las fisonomías hondamente preocupadas de los asistentes, en pie sobre un elegantísimo zócalo sonreía

la estatua de Ceres, ejemplar del Renacimiento, traída de Europa por el padre de Eduardo; trozo de nieve de Carrara, espiritualizado por el buril del genio, blanco como si se hubiera petrificado en la cantera de que fué arrancada la savia de leche de las azucenas, palpitante de vida hasta en su más débil relieve, fresco como una corola recién abierta, y casto y virginal como solamente lo es en la tierra el mármol, en el que pueden vivir unidos la materia y el ideal.

Ceres, la divinidad vencida por el sentimiento, la diosa pagana vencida por Jesucristo, de entre los frutos que hacía nacer de los campos, había escogido una rama de espinas para coronar la frente del que hacía nacer del corazón el fruto bendito de las lágrimas; de entre los árboles con que cubrían los montes, había escogido uno para servir de patíbulo al que hacía de la pobreza una hija predilecta del cielo, y desde entonces las espinas habían cubierto sus altares abandonados, la flauta de Pan no resonaba ya en las selvas, y sobre su pedestal en ruinas, se levantaba, enclavada sobre un madero de los montes amados de la Diosa, la figura de un agonizante que abría sus brazos sobre la pálida frente de Eduardo, como para enseñarle á soportar el dolor y á levantar el alma á Dios.

Yo estaba conmovido. Una extraña sobreexcitación dominaba mi sistema nervioso; el murmullo de las preces que recitaban junto al lecho del enfermo, Luisa, mi tía, y otras personas arrodilladas, y el eco sordo de la respiración calenturienta de Eduardo, el perfume de las

flores y el olor peculiar de la habitación de un tísico, todo esto hería mis sentidos y provocaba en mí sensaciones que no podía analizar.

Cuando se presentó en la puerta el sacerdote con su pequeña capa blanca, recamada de flores de oro, rodeado de luces y de personas prosternadas, sentí no sé qué impresión para mí desconocida. El brillante marfil del piano me fascinaba, me parecía una faja luminosa en la que se movían *silhuetas* fantásticas, creaciones sin duda de mi cerebro exaltado. Mi boca estaba seca y mis manos heladas.

No pude resistir. Dejéme caer sobre el taburete de pajilla, y preludivé maquinalmente el quinto nocturno de Leybach. Cerré los ojos, porque en el teclado, como si se reflejaran en un espejo, me parecía ver un enjambre de sombras, moviéndose á compás en derredor de mi cabeza. En el fondo de mi inteligencia se despertaba una vaga intuición de mi estado anormal, y sin darme cuenta de él precisamente, sentía una especie de terror de volverme loco.

Nadie percibía sin duda lo que por mí pasaba; sólo Luisa cuya plegaria se oía cada vez más trémula y afa-nosa. No sé qué hubiera sido de mí si en aquel instante una voz solemne y pausada, llena de dulzura y de unción, no se hubiera levantado en la pieza del enfermo. Decía el sacerdote:

« *Domine, non sum dignus ut intres sub tectum meum...* »

Todas las rodillas estaban en tierra; las frentes profundamente doblegadas; intensamente pálido y como

dormido el enfermo, cobijado por la ternura suprema de la mirada de su padre; hasta las flores y las luces se inclinaban al suelo.

El sacerdote, descollando como un árbol secular entre las espigas dobladas por el viento, levantándose por sobre los fieles con toda la altura de su misión sublime, erguida y serena la pensativa frente despojada de cabellos que en largos rizos blancos tocaban casi sus espaldas, triste ante aquella planta que se iba á secar en la hora más radiosa de la vida, llevando en los ojos humedecidos por las lágrimas como el reflejo sobrenatural de la fé en un mundo mejor, lo cual timbraba su voz con una entonación de infinita dulzura y majestad, cuando pronunciaba la fórmula eucarística, aquella figura en torno de la cual la luz que baja del cielo al hombre, que se llama la fé, y la luz que sube del hombre al cielo que se llama la ancianidad, se confundían en una aureola mística de consuelo y de paz, derramó un bálsamo en mi espíritu agitado.

Si llegara á apagarse en el hogar de la humanidad el sentimiento religioso, su último resplandor estaría alimentado por el recuerdo de esta augusta ceremonia, que convierte en templo y en altar la cámara y el lecho de un moribundo; que para alumbrar la ruta del alma en la entrada de la eternidad, enciende ante ella la antorcha de la oración cristiana: y, lo que ninguna religión ha hecho, en la peregrinación inmensa de ultratumba, pone, al lado del viajero, al Dueño mismo de los destinos humanos que tiende su mano desde lo desconocido

para ayudarnos á bajar las gradas sombrías del sepulcro.

Volvió la serenidad á mi ánimo, corrían mis lágrimas silenciosas; y como si aquel cuadro hubiera sido para mí una revelación, obligué al piano á interpretar mis emociones. Sus notas cantaron la plegaria de esperanza y de fe que partía alada de mi corazón hacia el Ser que ampara y consuela. Cuando volví de mi éxtasis, todos me rodeaban sorprendidos; el viejo sacerdote puso su mano sobre mi cabeza y murmuró una frase de bendición; mi buena tía estaba radiante de placer; Eduardo sonreía dulcemente, y Luisa lloraba sola y callada en un rincón de la sala.

— Antonio, me dijo el padre de Eduardo, la semana que entra saldrás para México á acabar tu educación musical.

Una ó dos horas habían pasado. Hervía en el fondo de mi cerebro la lava de mis pensamientos encontrados. Sentía yo en mi interior la ebullición de un océano más tempestuoso y agitado que el que tenía delante de mis ojos.

— México, murmuraba yo, México.

Soñar mucho, crear un paraíso en sueños para el alma y oír de repente una voz que dice á nuestro oído: esa es la realidad; ver girar la puerta de un castillo encantado sobre sus misteriosos quiciales, y sentir una mano que nos empuja hacia adentro..... Eran estas impresiones demasiado fuertes para mí en tan corto tiempo. Así es que con la mirada delirante, contemplaba

apoyado en la barandilla del mirador, el cielo y el mar.

El viento había caído; las nubes aglomeradas en el horizonte confundían el cielo y el agua en una ancha raya negra, débilmente franjada de oro por la luna; debajo, el mar en espantoso hervor, envuelto en una sábana inmensa de lívida espuma; encima un cielo de ópalo, terso y bruñado, en su centro la luna, rodeando apenas su hemisferio oscuro con un arco finísimo de plata oxidada. Arrastrábase la niebla en grandes jirones por sobre la superficie de las olas, velando los buques que habían escapado del temporal y los astros que aparecían como gotas de agua cristalizada en los cielos.

México, México, pasiones en guerra, inteligencias en combate, el placer y el sufrimiento disputándose el trono, el oro al lado de la llaga, la sombra y la luz repitiendo la lucha de Jacob y el Ángel: la antítesis, es decir, la poesía, y sobre aquel torbellino de hombres y de acontecimientos, la deificación de la mujer, bella, ardiente y luminosa....

¡ Pobre Luisa !

II

Probablemente esto es lo único que puede llamarse sobre la tierra *ser feliz*.

He logrado hacer venir á México á los dos seres que han sido los ángeles de mi juventud, y vivimos muy contentos. Luisa me dice que esto le da miedo. Yo no tengo miedo de nada. Trabajo mucho y gano una vida bastante

cómoda. Dos ó tres *polkas* mías han hecho furor. Un día de estos haré una ópera y de seguro obtendré un éxito sorprendente. Tengo sobre mi mesa un proyecto de variaciones al *Miserere del Trovador*. Todo el día hablo de notas y compases. Tomo el tren por la noche y me vengo á descansar á este mi cuartito, con su jardín debajo de la ventana y un bonito surtidor en medio del jardín.

Una vez me puse á traducir en música la charla perlada de la fuente; imposible.....

¡Qué risa me dan los que hablan de embellecer á la Naturaleza! Éstos la habrán visto; pero de seguro no la han sentido. Ella lo tiene todo; examinadla con el microscopio, y la descompondréis en átomos; admiradla con el antejo de Cambridge, un microscopio del cielo, y la descompondréis en mundos. Y seréis bien desgraciados si no peréibis la rima del mundo y el átomo en el gran poema de la creación. Componded un millar de volúmenes de estética y no formaréis un poeta; dejad flotar una ola ante los ojos de un soñador, y tendréis á Lord Byron. ¡Embellecer á la Naturaleza!.... ¡blasfemos! vosotros la veis como los míopes sin duda... Esos rasgos del genio humano que os parecen embellecimientos, no son sino revelaciones, sino reflejos de su hermosura suprema débilmente traducidos en el lenguaje humano; son los fulgores de la inteligencia iluminando para los hombres el umbral de los sagrados misterios. Queréis saber cómo el papel del poeta es esencialmente revelador al lado de la naturaleza; cómo ella es el Dios,

y él el sacerdote: leed el *Niágara* de Heredia, quiero creer que sois susceptibles de profundo entusiasmo, acercaos luego á la caída portentosa... el libro resbalará de vuestras manos... y, vosotros solos, haréis con los ecos de aquel rumor gigantesco, vuestra propia poesía... Esa vez habréis sentido, habréis entrevisto á la madre de todo lo bello y de todo lo bueno, y los versos del poeta, como las palabras mágicas con que se evoca un ser superior, habrán hecho vivir á vuestros ojos esa maravilla que ha hecho de su murmurio un trueno y de su aliento una tempestad.

La culpa de esta disertación la tiene este inepto de Carlos, que cree mejores los ojos de la Virgen del Coró que preside á los canónigos en la Catedral, que los ojos de Emilia, mi futura discípula, una virgen blonda; sin notar siquiera que aquélla es obra de Murillo, y ésta es obra de Dios.

¡Emilia! de seguro que alguno de estos locos petimetres creería que estoy enamorado de ella. ¡Bah! no; la admiro, como todo lo que es bello, como todo lo que es bueno. La amo tal vez; pero con el mismo amor con que amo la *Pastoral* de Beethoven, la romanza del *Salice* en *Othello*, ó esas divinas armonías de *Freischütz*, en que la romántica fantasía de Weber parece haber traducido en notas los ritmos solemnes de las selvas y las voces misteriosas de los espíritus elementales de la naturaleza; mejor dicho, la amo como al azul de tus mañanas primaverales, ¡oh tierra bendita de la luz! ¡oh México! la Nápoles de las montañas! ó como el

recuerdo de mi mar, de mi amigo de la infancia, tan grande y tan bueno, no, no, no la amo así... En fin, no sé explicar este sentimiento, mas no es como el amor que tengo á Luisa, que pronto será mi esposa.

Esta noche tocaré algo en el concierto á donde me llevará Carlos; se celebra el santo de la mamá de Emilia; se bailará un poco, Carlos dice que quizá salga yo de allí maestro de piano de Emilia. Necesito hacerlo muy bien para que no sea para ello un inconveniente mi juventud. Carlos manifiesta muchísimo empeño, y de seguro lo conseguirá... ¿Qué pieza tocaré? No, el nocturno de Leybach es sagrado; he prometido á mi madre Victoria no tocarlo, sino cuando ella me lo pida. ¿Qué diablo! tocaré lo que me pongan á la vista como si el piano no fuera mi esclavo; sumiso y obediente, gime ó rie á mi antojo; también yo soy rey; tengo mi pueblo de teclas de marfil.

*Á las siete de la mañana.*

Estoy felizmente instalado de nuevo en mi escritorio después de una noche de agitación y de insomnio. La pobre Luisa me esperaba desde muy temprano en el jardín, y he creído sorprender la sombra de un sufrimiento cruzar por el fondo puro y limpio de sus pupilas.

La verdad es que no había yo pasado una noche fuera de casa desde que ellas vinieron á México. Mi excelente tía me esperaba también para abrazarme, segura de que había yo obtenido espléndidos triunfos. Será preciso

quizá volverla á enviar á la costa, porque me parece cada día más delgada, y esa tos persistente y hueca... pero está contenta. Todo ello sin duda ha de ser nervioso; este México me da idea de uno de esos aparatos electromagnéticos del Dr. Duchesne, con cuyas corrientes estamos en perpetua aunque invisible comunicación, y que mantienen el sistema nervioso en un grado de excitación extraordinaria, á juzgar por lo que con ellos he sentido. De esto han de provenir los males de mi buena madre.

¿Qué placer le ha dado la noticia de que la mamá de Emilia me ha invitado á dar lecciones á su hija! ¿Y á mí! Si no me conociera bien, diría que estaba enamorado de mi discípula. Carlos también muestra una gran satisfacción. Simpático muchacho, con razón le quiero tanto; parecía que él era el que había recibido el encargo y no yo. Sólo Luisa... vaya, es inútil, es tontería que quiera hacer la mártir silenciosa; al cabo aun cuando llegara yo á no quererla, me casaría con ella porque se lo he prometido.

Durmamos un poco.

Evidentemente algo de muy raro está pasando por mí. No puedo dormir y no siento, con todo, malestar alguno. De repente una deliciosa fruición recorre mi cuerpo, como una serpiente eléctrica... El recuerdo de anoche vivirá en mi memoria largo tiempo.

¡Emilia! bello nombre á fé; yo creo que así llamaría

á mi primera hija ; parece un nombre modulado por la brisa en una arpa eólica.

¡ Emilia ! ; qué bella es ! Creo que es alta y delgada ; no lo sé á punto fijo : tan admirable armonía reina en toda ella. Si no es alta, peor para las altas ; y si no es delgada lo siento por las gordas.

¡ Qué linda es, qué linda ! Con su gran traje de seda blanca y su sobreveste de gasa color de paja, aquí y allí recogido con rojos botones de esas flores fantásticas, inventadas por la moda. Cómo brillaba la cinta de oro que besaba su redondo cuello de criolla, pero no como su opulenta cabellera, blonda, ondulosa, espesa, suave ; una de esas cabelleras en que quisiera uno anegar las manos ardorosas en las horas de pasión, y desordenar con nuestros besos en los minutos de fiebre.

Si yo fuera de esos que saben percibir en la húmeda sombra de las pupilas la misteriosa irradiación de una alma ; si yo supiera retratar como el Ticiano, y amar como Rafael, y... viera á Emilia erguir delante de mi su figura de arcángel ; yo con todos los laureles del genio sobre la frente, ella con la diadema de su belleza y de sus quince años, rompería yo mis pinceles, me arrodillaría ante ella, y...

No se puede negar que si leyesen estas mis intimidadas mis amigos reirían, persistiendo en la tonta creencia de que estoy enamorado de esa muchacha ; pero no... esto no es el amor... El amor es una cosa tranquila y serena, es lo que yo siento por Luisa... Mientras que

ahora estoy agitado, tengo la frente calenturienta ; quisiera tener un pretexto para llorar...

Esto debe ser lo que yo llamaba en mi infancia México ; ese México entrevisto hasta ahora, hasta hoy vagando en un paraíso encantado en el confin de mi desierto. México quería decir para mí un mundo de luz, de pasión, de ensueños : ese mundo lo veo hoy concentrarse entero en una mujer. Seamos reflexivos, quién sabe cuántos sufrimientos ignorados, cuántas penas, sin nombre aún para mí, toman silenciosamente un puesto en la emboscada de mi vida... Sufrir, amar, este es el destino de las grandes almas... yo quiero sufrir, Dios mío, Dios mío, yo... Iba á decir, *quiero amar*, pero no, ¡ oh ! no lo diría nunca, aun cuando lo sintiera.

Muchos días han pasado sin que yo recordara para nada la cartera en que apunto mis impresiones.

Después de todo, quién se había de figurar que Carlos estuviera enamorado de esa muchachita amiga de Emilia, tan coqueta y tan fea... Creo que Carlos perseguía en esos amores el fantasma de un millón. Y alguna fechoría intentaba, cuando dos ó tres días después de llegado de Europa el padre de Emilia, ha habido escenas en que ésta ha llorado mucho, y después de eso Carlos no ha vuelto á la casa. ¡ Qué injusticia el suponer á Emilia cómplice de la pollita del polvo de arroz, en los amoríos de mi amigo !

Carlos y Emilia me han explicado, bajo las mayores reservas, por supuesto, esta triste ocurrencia. Emilia es

ya una pianista consumada; ¡y qué voz, por el cielo! ¡qué voz! Sólo su cara es más linda.

Yo paso la mayor parte del día en su casa. Esta vida del campo acaba por fastidiar; he encontrado en la ciudad una bonita habitación cerca de la de Emilia. Allí iremos; quizá mi tía recobre la salud que decididamente ha perdido aquí. La pobrecilla me ha hecho renovar la promesa de no tocar el nocturno, sino cuando ella me lo pida.

— No tardaré mucho en pedírtelo, agregó con una expresión de profunda melancolía.

Luisa entretanto me parece también un poco enferma; algo como un sentimiento de resignación suprema, da á su fisonomía no sé qué tinte sobrehumano. Ó será que yo quiero, que necesito que Luisa se resigne á una desgracia; en este lugar, ante esta hoja blanca en que va corriendo mi pluma, ¿no he hecho el juramento de decir todo lo que siento? ¿No son estas mis confesiones? ¿No hay algo dentro de mí que quiero ocultar á mi mismo?.... Valor, pues; deja que el corazón hable. ¡Dios sabe por qué te lo ha dado así!

Emilia:

Nada nuevo debe ser para Vd. lo que voy á decirle: la amo. Nada tampoco puede darle una idea de lo íntimo é ilimitado de mi cariño; ni la luz del sol, ni la profundidad de los espacios, ni todo lo que los poetas encuentran de más bello para casos semejantes. Así es que, si deseo que Vd. me comprenda, es porque deseo que me ame, y el amor sólo puede explicar al amor.

Emilia: qué estrecho y qué mezquino es el horizonte de la vida cuando lo vemos en la realidad: qué bello, qué puro y luminoso es ese horizonte cuando todo se encuentra en la sombra de una pupila. En la sombra de tus pupilas de ángel, Emilia mía, entreví la primera revelación del porvenir: desde entonces siento en mi pecho aliento para engrandecer el sueño más gigantesco del genio; siento en mi cerebro agitarse más gérmenes de ideas que los que han vivido en el corazón del hombre desde que pensó en crear el fuego y encendió un hogar, hasta que quiso crear un corazón y soñó á Julieta... Todo ese mundo mío se arrodilla ante ti, Emilia, se arrodilla ante Vd.

*Ocho horas después.*

No quiero pensar porque no quiero sufrir.

Después de algunas horas de temblar mucho me atreví á decirle al tiempo de despedirme:

— Emilia, ¿sería Vd. tan buena que quisiera leer estos renglones?

— Sí, con una condición — me contestó — que ha de acceder Vd. á una cosa que varias veces le he pedido inútilmente..... Dice Vd. que desde que tocó hace mucho tiempo un nocturno de Leybach, no ha vuelto á hacerlo..... Hágame el favor de tocarlo ahora.

— Imposible, Emilia.

— Adiós, Antonio; es Vd. demasiado buen muchacho para ser buen amante.

## III

Tengo el convencimiento de que Emilia me ama, y de que esa manía de evitar el encontrarse conmigo á solas, es porque quiere poner mi pasión á prueba.

Yo paso mi vida entre la ansiedad y la tristeza. De noche llamo con ansiedad al día, para verla: de día pienso con tristeza en que llegará la noche. Su familia ve mi asiduidad con cierta complacencia; saben que yo soy bueno y que la quiero mucho. Llegaremos á ser muy felices. Las noticias de los míos no son nada satisfactorias por cierto. Ayer, día de mi cumpleaños, recibí un pañuelo bordado por Luisa. Quisiera que yo fuese á verlas. Mi buena tía me dice al fin de la carta, en trémulos renglones, que siente aproximarse el momento de la despedida. ¡ Ah! si no fuera porque estoy persuadido de que son preocupaciones de la pobre anciana, yo volaría á cuidar de sus momentos postreros, como ella cuidó de los primeros míos. No, no me retendría el amor de Emilia. He extrañado que en la carta de Luisa no se encuentre ni la menor alusión á nuestro antiguo amor, ni una frase siquiera de celos. ¿ Me habrá olvidado? Tal vez otro... Esto es para dudar de todas las mujeres. ¡ Conque crea usted en la santidad, en la constancia, en la pureza del alma! Luisa me engaña; un nuevo afecto ha

sucedido al que poco tiempo hace me juraba bañando en lágrimas mis manos; acabaré por volverme escéptico.

Quizá mi segunda madre protege esta inclinación, porque cree que yo no soy el que mejor puede asegurar la felicidad de su hija: ¡ tiene razón! Pero si lo cree así, ¿ á qué empeñarse en que yo vaya?.....

He leído las anteriores líneas, y me parece que me estoy volviendo infame.

¿ Qué es, pues, lo que por mí pasa? Necesito un consejo. Siento hoy una desazón mortal; de repente me incorporo sobresaltado con ganas de pedir socorro. Y ¿ quién me lo dará? ¿ Carlos? No, me es antipático este muchacho; algunas veces revela una extraña ironía en sus palabras, sobre todo si hablamos de Emilia. ¿ Qué le habrá hecho la polla aquella, aquella coquetuela? No sé, pero noto que no me quiere ya Carlos ¡ y á fé que está pagado! En resumen, desde el día en que me rehusé á llevar una carta para Emilia, en la que, según me dijo, daba explicaciones sobre su conducta en la casa y presentaba sus excusas, no ha vuelto á verme. Emilia se disgusta también mucho de que le hablen de él.

Pero si no he de pedir un consejo á Carlos, ¿ á quién pedirselo? ¿ Á quién mejor que á Félix mi sabio de veinticinco años? De paso quizás se le ocurra algo bueno á ese loco de Ricardo...

Los he visto, he pasado con ellos un rato delicioso, y quedamos citados para ir esta noche á las seis á San Ángel, para tratar de ver á Emilia que va á un baile en

— Adiós, Antonio; es Vd. demasiado buen muchacho para ser buen amante.

## III

Tengo el convencimiento de que Emilia me ama, y de que esa manía de evitar el encontrarse conmigo á solas, es porque quiere poner mi pasión á prueba.

Yo paso mi vida entre la ansiedad y la tristeza. De noche llamo con ansiedad al día, para verla: de día pienso con tristeza en que llegará la noche. Su familia ve mi asiduidad con cierta complacencia; saben que yo soy bueno y que la quiero mucho. Llegaremos á ser muy felices. Las noticias de los míos no son nada satisfactorias por cierto. Ayer, día de mi cumpleaños, recibí un pañuelo bordado por Luisa. Quisiera que yo fuese á verlas. Mi buena tía me dice al fin de la carta, en trémulos renglones, que siente aproximarse el momento de la despedida. ¡ Ah! si no fuera porque estoy persuadido de que son preocupaciones de la pobre anciana, yo volaría á cuidar de sus momentos postreros, como ella cuidó de los primeros míos. No, no me retendría el amor de Emilia. He extrañado que en la carta de Luisa no se encuentre ni la menor alusión á nuestro antiguo amor, ni una frase siquiera de celos. ¿ Me habrá olvidado? Tal vez otro... Esto es para dudar de todas las mujeres. ¡ Conque crea usted en la santidad, en la constancia, en la pureza del alma! Luisa me engaña; un nuevo afecto ha

sucedido al que poco tiempo hace me juraba bañando en lágrimas mis manos; acabaré por volverme escéptico.

Quizá mi segunda madre protege esta inclinación, porque cree que yo no soy el que mejor puede asegurar la felicidad de su hija: ¡ tiene razón! Pero si lo cree así, ¿ á qué empeñarse en que yo vaya?.....

He leído las anteriores líneas, y me parece que me estoy volviendo infame.

¿ Qué es, pues, lo que por mí pasa? Necesito un consejo. Siento hoy una desazón mortal; de repente me incorporo sobresaltado con ganas de pedir socorro. Y ¿ quién me lo dará? ¿ Carlos? No, me es antipático este muchacho; algunas veces revela una extraña ironía en sus palabras, sobre todo si hablamos de Emilia. ¿ Qué le habrá hecho la polla aquella, aquella coquetuela? No sé, pero noto que no me quiere ya Carlos ¡ y á fé que está pagado! En resumen, desde el día en que me rehusé á llevar una carta para Emilia, en la que, según me dijo, daba explicaciones sobre su conducta en la casa y presentaba sus excusas, no ha vuelto á verme. Emilia se disgusta también mucho de que le hablen de él.

Pero si no he de pedir un consejo á Carlos, ¿ á quién pedirselo? ¿ Á quién mejor que á Félix mi sabio de veinticinco años? De paso quizás se le ocurra algo bueno á ese loco de Ricardo...

Los he visto, he pasado con ellos un rato delicioso, y quedamos citados para ir esta noche á las seis á San Ángel, para tratar de ver á Emilia que va á un baile en

casa de una amiga nueva de su mamá. Yo no puedo ir, pero trataré de verla, y mis dos amigos la conocerán.

Reproduciré, entretanto llegan, mi entrevista con este par de entes originales, más abundantes en México de lo que se cree.

Difícil es hallarlos en pleno día. Viven en el claro-oscuro, más bien inclinados á la sombra que á la luz. Habitantes de uno de esos mundos que pocos conocen, en que para revivir una civilización muerta basta una taza de café, el roce de una falda para hacer un poema, y una espiral de humo de cigarro para corregir los defectos del paraíso. México tiene un poco de ese mundo en todas partes; en sus casas más suntuosas, y en sus más oscuros zaquizamies; pero al Nordeste de la ciudad en el barrio de las escuelas, es en donde está el centro de lo que un parisiense llamaría la *bohemia estudiantil*, de la que han salido casi todas las grandes ilustraciones del país, y que va desapareciendo ya á medida que la mediocridad extiende su brillante cetro de latón por todos los círculos de esta medianamente culta capital.

Viven en una gran celda, en uno de los corredores más claros del convento, por haberse venido abajo casi toda la arquería del corredor; éste les ha servido para hacerse una escalera de servicio, como ellos dicen, pues bajan al patio por sobre los escombros, pisando aquí un fuste de columna, allí un capitel churrigueresco, por acá un nicho, más allá las ramas de una higuera, que ellos llaman el *descanso*, desde donde se deslizan por uno de aquellos barandales de fierro labrados á martillo por

el siglo xvii, hasta el brocal de una fuente medio perdida entre las hierbas. Me guardé bien de abandonar los fantásticos peldaños que de noche, á la luz de la luna, recuerdan, según Ricardo, los diabólicos senderos, por donde ascendía Fausto á la cumbre del Brocken, en la noche clásica de *Walpurgis*.

Félix es médico, ó lo será muy pronto, y es también pintor. Difícilmente hay un hombre que sepa más que él; lo que no ha leído lo adivina. Nunca ha hecho un verso, porque dice que le disgustan todas las formas de poesía y todas las métricas de los idiomas modernos, y hace poco se había puesto á inventar algo en esta materia, pero abandonó la empresa el día que se tropezó con este pensamiento de Goethe:

« Hablamos demasiado, deberíamos hablar menos y dibujar más: en cuanto á mí quisiera renunciar á la palabra, y, como la naturaleza plástica, hablar sólo en imágenes. Hay en la palabra algo de tan inútil, de tan vano, de tan ridículo, en fin, que el terror se apodera de vosotros ante la austera serenidad de la naturaleza, y que su silencio os aterra cuando os encontráis cara á cara con ella frente á algún aislado lienzo de granito, ó en la soledad de alguna antigua montaña. »

En su libro de recuerdos había un apunte que da idea de su carácter excéntrico. « En las religiones de nuestros antepasados los indios, se encuentra un fondo sublime de verdad y de admirable inteligencia de la gran naturaleza; los ignorantes sólo han visto las formalidades extravagantes y los ritos sanguinarios; pero

la tarea santa de nuestro patriotismo sería restaurar la religión de nuestros padres en armonía con el culto de lo bello. » Desde aquel día se declaró sacerdote nahoa y empezó á redactar un decálogo tolteca; pero suspendió su obra de iniciación cuando una vez llegó á hacer estas observaciones: Que los pájaros, los pescados y los insectos, presentan solamente colores de brillo metálico; mientras las plantas y los zoófitos no los presentan nunca; y esta otra: que la parte de los animales que mira á la tierra es mas pálida que la que vé al cielo. Pintor y naturalista, el estudio del colorido en la materia orgánica le devolvió su pasión por los libros de medicina, y en lugar de querer un grado de doctor en la teología de Anáhuac, iba á recibirlo en medicina y farmacia. Tal era Félix.

Ricardo era un poeta. En el primero, la razón había acabado por dominar á la fantasía; en el segundo, más joven y más ardiente, la imaginación sólo estaba subyugada por el sentimiento. Yo iba á pedir á Félix un consejo, á Ricardo un abrazo.

Empujé la puerta de la más extraña celda que hubo nunca; componíase de dos piezas y una cocina; la primera se llamaba *la sala de recepción*: tres enormes cuadros del antiguo convento, cuyos marcos habían vendido los dos estudiantes, cubrían casi en su totalidad los lados de la habitación. Apoyados en el suelo, sus bastidores casi tocaban al techo. Entre estos bastidores y el envigado de cedro, se ostentaba la más empolvada y caprichosa colección de frascos, vasos, retortas, tubos y

sifones, que se haya podido encontrar, mezclada con manojos de plantas secas, aves disecadas, calaveras de diversos animales, armas y pipas. Junto á una ventana, cuyos quiciales estaban ocultos por las torcidas volutas de una coquetísima enredadera que dejaba penetrar hasta el interior del cuarto sus húmedas campanillas azules, había un caballete con su lienzo y en él, bosquejado, un retrato de Ricardo. Del otro lado de la ventana, un piano que había regalado al poeta una persona de sesenta años, muy rica, que se acordó de él.

Pintar el desorden que reinaba en aquella celda sería casi imposible; y sin embargo parecía más arreglada que el comedor del palacio Buckingham, al lado del dormitorio. Los cuadros, despojo de los claustros, seguían desempeñando el principal papel; uno de ellos servía de alfombra, pero cubierto por una gran pintura de Félix que representaba un cielo con nubes de todas las especies y colores, con su luna de color de melón y algunas constelaciones; semejante capricho estaba, sin embargo, muy bien ejecutado: en medio del cuadro había una lente admirablemente imitada. Esta idea de alfombrar el suelo con el cielo, puesta en planta por Félix, provenía de Ricardo, que gustaba de reclinarse sobre las nubes y de figurarse suspendido en el aire. Otra ocurrencia del *bardo*, como le llamábamos, había sido la de hacer una biblioteca en los libreros del cardenal Belarmino (cuyo retrato de tamaño natural, había encontrado en la celda del guardián) por medio de unas tablas clavadas detrás del lienzo, cuyos gruesos bastidores permitían esta trans-

formación, y eliminadas las partes de la tela en que estaban pintados los libros, el buen bibliotecario del Vaticano, tenía á sus espaldas á Lord Byron, á Strauss, y á Quintana y Espronceda, en vez de las *disputationes de controversiis fidei* y del libro *De Potestate summi Pont.*

Cuando entré, Félix estaba echado en el suelo apoyados los codos en la Osa mayor, y la cabeza en las manos, y contemplando con la paciencia de un Huber ó de un Dufour, el ir y venir de los interesantes insectos. Ricardo, sentado en un viejo sitial de cuero y teniendo una fotografía en la mano, dormía. Al verme, despertóse murmurando un verso parecido á aquel de Becquer :

« No dormía; vagaba en ese limbo  
En que cambian de forma los objetos;  
Misteriosos espacios que separan  
La vigilia del sueño. »

Félix me vió por encima de su hombro, y sin abandonar del todo su postura, me dijo : « Ven á estudiar los preparativos de una batalla entre estos himenópteros; las aristócratas de arriba se preparan á batir á la plebe que hormiguea en el tronco de la higuera : antes de dos horas se pondrá el ejército en marcha. Te invito á partir conmigo el teatro de la guerra. »

Ricardo sin soltarme el brazo, decía al mismo tiempo : « No oigas á este loco que se ha empeñado en dar lecciones de derecho representativo á esos monstruos microscópicos; ven al piano y tócame como tú lo sabes

hacer, la serenata de Schubert, el músico de los que están enamorados sin desesperar, pero sin esperar tampoco. Figúrate que anoche, mientras una persona destrozaba en el piano al inmortal melodista, creí por un momento que ella fijaba sus ojos grandes, brillantes, altivos, en los míos, y sentí que mi vida entera se encontraba en sus pupilas; era tan sorprendente la luz de aquella mirada en que parecía vagar como un destello de los cielos su alma infantil y pura, que me pareció escuchar un coro de querubines tocando en sus arpas la melancólica serenata. Sabes lo rápidamente que me lanzo al mundo de los ensueños; el fulgor de aquellos ojos iluminó en mi cerebro tantos encantados paraísos ocultos en la sombra, tantas estrellas dormidas en mi noche..... que en ese instante comprendí por fin que era poeta..... ¡Antonio! si ella me amara, haría al mundo inclinarse ante mí, y yo me echaría como un perro bajo sus dos piececitos de hada. Pero no me amará nunca. »

Y el pobre Ricardo se mordía los labios como si quisiera impedir la formación de una lágrima, que temblaba ya en sus pestañas.

— ¿ Por qué lo crees así ? le pregunté.

— Porque quiere á otro y es de la raza de las mujeres privilegiadas : quieren una vez sola.

Félix le interrumpió diciéndole :

— Ya te he dicho que esa criatura, ó es privilegiada como tú dices, y entonces no podrá querer á la persona que me has mostrado, cuyas facultades cerebrales per-

tenece al género negativo, ó no hay tal privilegio.... y entonces abandona la partida, porque, dado un aspecto mucho mejor que el tuyo, y cierta audacia de lengua, no hay mujer vulgar que resista.... Pero como creo que tú no buscarás una mujer cualquiera para partir contigo el peso de la vida, como dice el Código civil....

Ricardo se había puesto pensativo, y yo aproveché aquella pausa para contar á mis amigos lo que me pasaba, y les pedí consejo; Félix repuso sin vacilar :

— Aléjate de esa mujer.

Ricardo me dijo :

— Acércate á tu madre.

Yo quise protestar; aquella severidad me pareció excesiva, pero Félix previno mi idea diciendo :

— Házme la conocer, y yo confirmaré mi opinión ó me retractaré.

— Pues vengan ustedes esta noche á San Ángel conmigo; tendremos una pequeña aventura, y verán á Emilia.

Y quedamos convenidos en salir para San Ángel en el tren de las diez.

\*\*\*

El firmamento, anegado en una niebla plateada permitía distinguir apenas las grandes constelaciones; en persecución del Toro, cuya pupila roja brillaba en lo alto del cielo, el gigantesco trapecio de Orión se inclinaba sobre la oscura cortina de las montañas, y la luna

en menguante ardía blanca y pálida encima del Ixtlalcihuatl, como una lámpara colgada sobre el sepulcro de una reina. Entre la sombra del horizonte serpeaba á veces una línea azul indicando el paso del viento por los lagos, y más allá de los tersos tableros de los maizales una mancha livida marcaba el sitio de la capital. Los álamos rumorosos lamían con sus larguissimas sombras las rocas de la montaña, en que escondidos aguardábamos el momento de penetrar en la huerta. Los pájaros gorjeaban soñando, como dice Uhland, y el eco lejano de la música se mezclaba en torno nuestro con la risa argentina de las corrientes de agua que se alejaban conversando con los céfiros por las vertientes...

Ricardo ha escrito en mi libro esta página de poesía. Yo he olvidado como ríe la Naturaleza; sólo sé como llora el corazón. Tengamos el valor de las memorias tristes; siento en ello un amargo placer....

Estábamos ya en la avenida de fresnos; mi corazón palpitaba violentamente; cuántas veces un reflejo de la luna me pareció su falda rozando las malvas y los rosales! Á poco se destacó entre el rumor confuso de la noche el eco de un diálogo; nos acercamos... era la voz de Emilia. Sentí que la sangre desgarraba las aberturas de mi corazón para poder escaparse libremente; la otra era la voz de Carlos... He aquí lo que recuerdo :

— Carlos, me has hecho sufrir mucho, me martirizas, y por ti estoy cometiendo la infamia de hacer sufrir á otro.

— No hemos venido aquí á llorar, Emilia. Ó Antonio

no vuelve á tu casa, ó antes de un mes estoy casado con otra cualquiera... sobran por ahí.

— Pero óyeme; tú sabes bien que estoy fatalmente ligada á ti, y abusas innoblemente. ¿No crees que Dios me castigaria si después de dejar que ese pobre muchacho se enamorara de mí, por tus consejos, ahora porque se te antoja tener celos le despidiera?... ¡Sería matarlo!

— Óyeme Emilia, ni Dios se mete en chismes de mujeres, ni ese pobre desconocido se morirá por tus ojos negros.

— Eres un malvado, Carlos, incapaz de comprender ni el sacrificio, ni la pasión... pero yo no haré lo que tú me propones... yo quiero á Antonio... porque en fin, él sí me ama; y si he sido capaz de engañarle hora por hora y minuto por minuto, quiero que Dios me perdone, agradeciendo tanto cariño á ese pobre joven.

— Muy bien, Santa Emilia. Eres la chica más lista que haya encontrado nunca. Eso deseaba yo; así es que quedamos buenos amigos; tú te casas con ese *pobre joven* y yo con tu antigua amiga; ella es fea, pero tiene mucho dinero; tú tienes poco dinero, hija mía, y yo te devolveré tus cartas para que nadie llegue á saber que he tenido una querida tan linda. . . . .

Han pasado algunos días, y estoy muy enfermo, á Dios gracias, mortalmente.....

Probablemente ya no te mancharé más con tinta y con lágrimas, pobre cartera mía. Adiós; voy á ver quién llama... si fuera la muerte... No, no, es, es, E.....

## IV

Estaba muy débil, y al ver á aquella mujer delante de mí me faltaron las fuerzas.

Cuando volví de mi aturdimiento y recobré la conciencia de mí mismo, estaba tirado sobre la alfombra, y mi cabeza adolorida descansaba sobre el pecho de Emilia, arrodillada á mi lado. Alcé los ojos para buscar los suyos, que habían sido la luz de mis mejores días, y los ví anegados en lágrimas.

No eran aquéllas, bien lo recuerdo, las lágrimas mudas de un sufrimiento que se retiene dentro del corazón; no, era el desbordamiento del llanto ardiente, apasionado; sollozos continuos mezclados de suspiros, agitaban su seno; en derredor de mi cuello sentía el temblor nervioso de sus brazos; corrían por sus mejillas encendidas, gruesas lágrimas, y su cabello en desorden, y su frente pálida como la de un cadáver, su aliento febril que mezclado con palabras trabajosamente articuladas, se escapaba de su boca crispada y convulsa, indicaban en aquella Magdalena de veinte años, no á la aristócrata que teme descomponer el rostro; no á la orgullosa que no quiere confiar al hombre las secretas lágrimas de sus noches de insomnio, sino á una mujer que, extraña en aquel instante á las convenciones sociales, necesitaba llorar, y lloraba.

Á mí nunca me pareció tan bella. Cuando por ocultar

sus ojos, llevó á ellos su ajado pañuelo de batista que olía á violetas, y de su cabeza doblegada caían sobre mi cara sus largos rizos, sentía una delicia infinita en besarlos silenciosamente.

Por fin, me desprendí del brazo admirable que me aprisionaba y que cayó pesadamente, me incorporé con gran trabajo, y un relámpago de vanidad satisfecha coloreó mi frente helada aún. La tenía yo á mis pies doblegada, llorosa, sumisa, avergonzada; adivinaba en sus labios la palabra: perdona... y yo... iba á perdonarla!

Pocos minutos después nos mirábamos extasiados; ella casi sonreía, yo casi lloraba de felicidad. Sentía sus manecitas entre las mías, percibía el perfume de su boca; bebía la luz de sus ojos que me miraban de esa manera lenta y profunda con que ven solamente las mujeres de corazón.

— Era preciso, me decía; Dios lo habría dispuesto así. La felicidad no es felicidad, Antonio, si no hace contraste con un gran dolor; por eso las horas felices de la adolescencia están dominadas por una vaga aspiración que martiriza en silencio nuestra vida. Pero llegan estas horribles tempestades en que nuestro corazón se agita y se desgarra, en que cree uno que el azul del cielo es un sueño, tan siniestramente negros son los abismos que nos rodean, y agitamos nuestros brazos en el aire, y nos falta la voz en la garganta, como en una pesadilla... y si al despertar sentimos una mano leal entre las nuestras, si se comprende que quien nos ha hecho sufrir, sufría más que nosotros; que quien nos ha inspirado amor,

amaba también y ama sin poder, sin deber decirlo... entonces esta hora, este mundo fugaz de felicidad, robado á los ángeles, este rayo de sol después de una borrasca, nos penetra hasta lo íntimo del alma y.....

Se detuvo un momento; había no sé qué de celestial en oír aquella palabra animada, veloz, sonora como un timbre de oro; parecía que las rosas y los claveles de mi balcón alargaban sus cálices hacia ella, como atraídos por el magnetismo de su belleza y de su pensamiento... Emilia era toda pasión, toda artista; conocía el goce, vedado á las almas vulgares, de la adoración de lo bello y de lo bueno.

Yo la había visto estremecerse de emoción contemplando la Dolorosa de Velázquez, cuya alma se siente llorar al través de sus ojos sin lágrimas; sabía concentrarse extasiada ante la *Venus de Milo*, belleza incomparable que sólo se revela á los elegidos; lloraba escuchando la marcha fúnebre de Chopin, y en materia de libros era rara; daba la preferencia á Santa Teresa sobre Kempis, á Goethe sobre todos los novelistas, y había tres autores que nunca podía leer, Víctor Hugo, porque le causaba dolor en el cerebro á fuerza de hacerla pensar; Balzac, porque le causaba dolor en el corazón á fuerza de hacerla dudar; y Pérez Escrich porque le causaba dolor en el estómago á fuerza de hacerla bostezar.

Los admirables instintos artísticos de esta mujer en quien el amor á la belleza plástica lo dominaba todo, hacían decir una ocasión á Manuel Olaguibel que Emilia era una pagana que iba á misa,

— Perdone usted, Antonio, si me entrego á esta expansión de ternura; hace tanto tiempo que mi alma necesitaba hablar con otra alma, que mi dolor comprimido habría hecho estallar mi corazón, si Dios no me hubiera deparado el consuelo de tenerlo á usted, Antonio, de comprender su amor infinito, en el momento más cruel de mi expiación. Egoísta de mí, yo no podía aceptar ese amor que habría sido el orgullo de mi juventud, sin hacer á usted una confesión dolorosa, y una resistencia tenaz, dentro de mí misma, me lo impedía, como la influencia satánica que impide á Margarita levantar su oración á Dios; yo misma no quería que la que usted habría creído pura.....

Emilia prorrumpió en sollozos, yo murmuraba á su lado palabras incoherentes, febriles, extáticas. — Ya podía morir; el presentimiento del cielo había entrado de lleno en mi corazón. — Pero no, continuaba Emilia, no vengo á decirle á usted lo que otra mujer le diría; me basta una frase de perdón, y pasaré mi vida entera arrodillada á sus pies. No, yo no quiero perdón, Antonio, yo quiero amor, amor del bueno, del santo amor del espíritu que lo purifica todo, que todo lo engrandece. ¿Por qué no me habla usted de tú, como en sus arrebatos apasionados?

— Emilia, si estás viendo que me vuelve loco la felicidad!

Y nuestros labios encontraron el primer beso de los esposos, después de la bendición del cielo.



¿Este Felix! ¿Pues no está empeñado en que hay no sé qué diabólico en Emilia, que con sólo una palabra me devuelve la vida y la dicha? Seguramente les parece mal que yo me encuentre sano como nunca en un solo día. Éstos que leen mucho los libros, nunca saben leer el libro del corazón.

Ahora yo soy quien me encuentro capaz de aconsejarles. Ricardo me escribe diciendo que es infeliz, que tiene un enigma enfrente en forma de un lindo querubín de diez y ocho abriles. « Un sueño, una quimera me dice en su carta, que será mi último sueño y mi quimera última. ¿De qué me servirá luego una ilusión, si no tiene sus ojos luminosos y tranquilos, como debe ser el cielo de los cielos; si no tiene su charla de jilguero, si no me podrá hacer soñar con una larga velada de invierno en que pueda beber su mirada destello por destello, y adorar su sonrisa, perla por perla? ¿Qué horizonte me parecerá radiante si no miro vagar su recuerdo en el primer celaje bordado de oro por el sol? ¿Qué flor me parecerá hermosa si no creo que ella pueda tenerla entre sus manos de duquesa? ¿En qué mundo quieres que yo encuentre la felicidad si ella no me ama? Es la primera vez de mi vida en que desearía ser capaz de ocuparme en esa abominable estupidez del corazón que se llama amorios porque el amor así, loco, sin porvenir, sin esperanza como el mío es una pantalla entre mi inteligencia y mi

Dios; es una tumba que se cierra en mi corazón!! »

Según eso, el pobre Ricardo es infeliz; entonces ya veo que es más difícil consolarlo, de lo que yo creía, porque me está sucediendo una cosa muy rara: no comprendo la desgracia.

Querido Félix: — Ayer, después de las seis de la tarde me dirigí como de costumbre á casa de Emilia. La sala estaba sola y silenciosa; el gabinete de Emilia solo y silencioso también. Me senté sobre una butaca á esperarla, y mi vista se fijó maquinalmente en unas grandes tarjetas colocadas en la canastilla de cristal de un tarjetero cincelado por Froment-Meurice, y que Emilia tiene siempre á mano sobre un velador, para arrojar en ella sus guantes y sus flores. No sin gran sorpresa leí en el primer cartón blanco: « Carlos N. é Isabel N. han contraído enlace, y se ofrecen á las órdenes de usted. » La otra era de los padres de Carlos dando parte del matrimonio, y la tercera decía: « Carlos N. y esposa se despiden para los Estados Unidos y Europa. »

Quedéme como abismado mirando fijamente aquellas tarjetas. Poco á poco sus caracteres se borraban; la blancura del cartón desapareció á mi vista, y pasaban ante mí como arrebatadas por un torbellino, el concierto en que Carlos me había presentado con la intención de hacer de mí un instrumento de sus vilezas, el día en que Emilia me había contado la fábula de los amores de su

amante con la pollita coquetuela y fea, que no era otra que la recién casada; el diálogo satánico de San Ángel, nuestro diálogo celeste en mi cuarto, y toda aquella sucesión de recuerdos pasaba ante mí como la procesión de los reyes ante los ojos espantados de Macbeth, envueltos en una atmósfera de fuego; poco á poco á aquellos círculos encendidos fueron sucediendo otros negros; creí entrever la figura de mi buena madre enferma, la de Luisa arrodillada á los pies de su lecho;... y la fruición deliciosa que anunciaba en mi cuerpo la cercanía de Emilia, me arrancó de mi letargo.

Era tal mi preocupación que creí ver un tanto enrojecidos sus ojos, como si hubiera llorado; ella, al contrario, sonriendo dulcemente, se sentó á mi lado.

— Te habrás sorprendido, me dijo, de mi tardanza; pero he tenido que arreglarme un poco para recibir la visita de la esposa de Carlos, que en una esquelita me ha dicho que vendría á darme un abrazo antes de partir. ¿Te parezco bien así? agregó con la más deliciosa coquetería que haya iluminado en las líneas de un busto femenino.

Hablamos un buen rato y nos dijimos mil locuras. A poco salimos á la sala para recibir á Isabel, la esposa de Carlos.

Venia Isabel vestida con un lujo aturrullador; toda ella era *moiré antique*, blondas de Chantilly, diamantes, y sobre todo un penetrante perfume de no sé qué flores, y del cual parecía haberse derramado encima veinte ó treinta frasquillos. Tan intenso era aquel aroma, que

Emilia, al verla se puso densamente pálida, sin embargo, nada había tan fuerte en aquella relamida criatura, como su inagotable charla, casi tan insulsa y frívola como inagotable.

Después de mil preguntas á las que ella misma se respondía, y de decirnos que iba á gastar cincuenta mil pesos á Europa, y que sus mejores deseos eran conocer á S. M. Napoleón III, á la Emperatriz su esposa, al príncipe su hijo, al otro príncipe su primo, á la princesa su prima política, y al Santo Padre, y después de eso visitar las perfumerías de París, y conocer al *Gladiator*, y ver el Jardín de plantas y qué sé yo cuantas otras cosas más, encarándose á Emilia, le dijo con marcada ironía:

— Allá te veré, preciosa, en cuanto te cases con el señor, porque según veo siguen ustedes tan amartelados como nunca; oiremos tocar juntas á Listz, y á ver si Carlos, que lo conoció en Europa, consigue que nos haga oír ese famoso nocturno que nunca ha querido tocar este caballero por más súplicas que le hacías, según tú misma me has dicho.

— Antonio lo toca siempre que yo se lo ruego, contestó Emilia haciendo un esfuerzo como para sofocar un grito de leona herida.

— Es posible; entonces ruégaselo ahora, querida, porque tengo vehementes deseos de oírle tocar.

— Hágame usted el favor, Antonio, murmuró con voz trémula de emoción.

Yo comprendí la situación de aquella mujer lastimada en su amor propio y sin embargo, no, no podía olvidar

mi promesa á mi pobre madre y á Luisa... Aquello me habria parecido un sacrilegio. Empecé á balbucear una excusa, Isabel se puso de pie y se despidió con la más burlesca sonrisa que ha podido hinchar los carrillos de una fca.

Cuando nos vimos solos, Emilia levantó la cabeza; estaba espantosa; su boca se crispaba horriblemente, sus ojos centelleaban fuera de sus órbitas; una penumbra negra cubria, como una máscara siniestra, su rostro: se adelantó hacia la puerta como si quisiera despedir rayos por sus rígidas manos; me pareció oírle decir: Carlos maldito!... y prorrumpiendo en un grito agudo, estridente, aterrador, rodó como una masa inerte por la alfombra.

Yo no supe qué hacer mientras su madre y la servidumbre le rodeaban. Yo que creía que se había muerto, que yo la había matado con mi feroz negativa, corrí al piano: eran las ocho de la noche, y las teclas, dóciles como siempre, respondieron más á mi alma que á mis dedos con el nocturno de Leybach. Aquellas melodias melancólicas y puras, fueron un bálsamo para Emilia. Calmóse rápidamente, y acercándose al piano, se puso á escuchar arrobada. Yo apenas la veía en una especie de oscuridad perdida en el fondo de mi memoria. La sala de la casa de Eduardo, mi pobre amigo moribundo, la Ceres de mármol, el sacerdote, el mar, mi tía, Luisa, todo se aglomeraba en mi fantasía con una precisión que me hacia sufrir.

Aquel enjambre de hadas que rodeaba mi frente,

estaba allí, reflejándose en el marfil del piano, pero veladas, pero tristes... de repente oí vibrar clara, majestuosa, tranquila, la voz del sacerdote que decía:

« *Dominic, non sum dignus.....* »

Y cerca de él había un lecho, pero casi pobre, y en la pieza había poca luz, y quién estaba allí, quién!.....; Oh! Dios mío, yo quise huir, pero la mano de Emilia me retenía, mis dedos seguían recorriendo el piano, y á veces me parecía que después de cada nota había otra fúnebre, lejana, moribunda, y mi nocturno tenía un eco en el campo santo.

Hasta que al fin Emilia me deluvo, diciéndome: Estás loco, ese piano se rie de ti; lo que acabas de tocar no tiene sentido común.

Despidióse de mí diciendo: ellos pueden hacer entrar en su matrimonio todo el oro del mundo; nosotros haremos entrar en el nuestro toda la felicidad del cielo.....

Corrí á mi casa. Llegó á poco un parte telegráfico. Le abrí temblando.... Decía así: « Acaba de recibir el viático nuestra pobre madre. Dicen los médicos que no hay esperanza. Ella desea á cada momento hablar contigo.

— *Luisa.*

Yo parto, Félix, suplicándote llesves á Emilia la carta que incluyo, y que me escribas. Adiós. — *Antonio.*

## V

Querido Antonio:

Sobre tu cartera, olvidada aquí, me permito intercambiar, yo, Ricardo, estas mis recientes impresiones, mientras nos llega carta tuya, desde hace una semana esperada con ansiedad; me servirá eso de algún consuelo, pues Félix se ocupa en estudiar á Emilia, y no le he visto la cara en algunos días: se acicala ya como una damisela; dice, y no sin razón, que el médico debe empezar por agradar, y que él, ó cura á tu amada, ó te propinará un veneno para curarte. Ya sabes que Félix es un romántico extraviado en un anfiteatro de disecciones; es un poeta que en busca de los mundos se encontró con los átomos, y estudia con tanto ahinco las leyes que determinan los movimientos de rotación y de traslación de las moléculas en la sangre, como un astrónomo el porque giran los satélites de Urano en sentido inverso. Ya le has oído decir que quiere ser el Copérnico de los infinitamente pequeños.

Pero en el estudio del corazón de la mujer, Félix tiene que estrellarse. Por más que se empeñe en probar cuán poco interesan los ojos azules de una hija de Eva, al que ha sorprendido en el vientre de un coléoptero, ese zafiro sombrío, como nunca lo hubo en la corona de los reyes, dice Michelet; ni el carmín de la boca de una costeña al que ha tenido bajo su lente una hoja de jacinto: ni

estaba allí, reflejándose en el marfil del piano, pero veladas, pero tristes... de repente oí vibrar clara, majestuosa, tranquila, la voz del sacerdote que decía:

« *Domine, non sum dignus.....* »

Y cerca de él había un lecho, pero casi pobre, y en la pieza había poca luz, y quién estaba allí, quién!.....; Oh! Dios mío, yo quise huir, pero la mano de Emilia me retenía, mis dedos seguían recorriendo el piano, y á veces me parecía que después de cada nota había otra fúnebre, lejana, moribunda, y mi nocturno tenía un eco en el campo santo.

Hasta que al fin Emilia me deluvo, diciéndome: Estás loco, ese piano se rie de ti; lo que acabas de tocar no tiene sentido común.

Despidióse de mí diciendo: ellos pueden hacer entrar en su matrimonio todo el oro del mundo; nosotros haremos entrar en el nuestro toda la felicidad del cielo.....

Corrí á mi casa. Llegó á poco un parte telegráfico. Le abrí temblando.... Decía así: « Acaba de recibir el viático nuestra pobre madre. Dicen los médicos que no hay esperanza. Ella desea á cada momento hablar contigo.

— *Luisa.*

Yo parto, Félix, suplicándote llesves á Emilia la carta que incluyo, y que me escribas. Adiós. — *Antonio.*

## V

Querido Antonio:

Sobre tu cartera, olvidada aquí, me permito intercambiar, yo, Ricardo, estas mis recientes impresiones, mientras nos llega carta tuya, desde hace una semana esperada con ansiedad; me servirá eso de algún consuelo, pues Félix se ocupa en estudiar á Emilia, y no le he visto la cara en algunos días: se acicala ya como una damisela; dice, y no sin razón, que el médico debe empezar por agradar, y que él, ó cura á tu amada, ó te propinará un veneno para curarte. Ya sabes que Félix es un romántico extraviado en un anfiteatro de disecciones; es un poeta que en busca de los mundos se encontró con los átomos, y estudia con tanto ahinco las leyes que determinan los movimientos de rotación y de traslación de las moléculas en la sangre, como un astrónomo el porque giran los satélites de Urano en sentido inverso. Ya le has oído decir que quiere ser el Copérnico de los infinitamente pequeños.

Pero en el estudio del corazón de la mujer, Félix tiene que estrellarse. Por más que se empeñe en probar cuán poco interesan los ojos azules de una hija de Eva, al que ha sorprendido en el vientre de un coléoptero, ese zafiro sombrío, como nunca lo hubo en la corona de los reyes, dice Michelet; ni el carmín de la boca de una costeña al que ha tenido bajo su lente una hoja de jacinto: ni

mujer alguna sobre la tierra al que ha sabido adorar el no más allá de la forma armoniosa y pura, como un verso de Virgilio, en la Venus de Milo; por más que en esto se empeñe, lo cierto es que el corazón de Félix es virgen aún de impresiones de amor, y yo tengo miedo del desequilibrio que existe entre esa cabeza de sabio y ese corazón de niño. Esto no quiere decir que se enamore de Emilia, porque eso sería un sacrilegio para él; pero van á casa de tu novia tan lindas muchachas...

¡ Ah! estudiar á la mujer es el gran imposible en la vida; sería lo mismo analizar el dolor ó el placer, dos sensaciones que embargan nuestra inteligencia. Es un enigma junto al cual ha pasado el género humano á oscuras, y que ellas mismas no saben descifrar. Más vale por eso amarlas, amarlas á ellas con el amor sin límites con que se ama lo que no se alcanzará nunca sobre la tierra, y que tiene que ir más allá para perder su horizonte en los horizontes inconmensurables del cielo.

Yo, mi buen Antonio, casi empiezo á habituarme á ese dolor sordo que ocupa el fondo de mi vida moral. Sé bien que ella no me amará nunca... que tal vez ama á otro... Aquellas reflexiones de Félix sobre si porque amaba á ese otro, era ó no una mujer vulgar... ¿ qué me importan á mí? ¿ pues qué, puede ser vulgar cuando es tan linda, cuando es tan buena? No son estas las distinciones supremas de este mundo. Y luego, eso que Félix dice, se puede aplicar á una mujer; pero ella no es una mujer todavía; todavía su frente noble y pura no se des-

prende de los besos del cielo; aún no entra en ese eclipse doloroso que se llama la vida; es una estrella que viene por el rumbo del infinito, y tiene apenas su primer contacto con la penumbra.

Quieres que yo te cuente detalladamente lo que me pasa; eso, amigo mío, es sencillo y fastidioso como el relato de una pasión de colegial. Casi no me pasa nada. La veo una que otra vez, porque me lastima mirar sus preferencias á otras personas; pienso en ella constantemente y le hago sin cesar versos, que sin cesar consume el fuego. Me da miedo que ella los vea; hemos cantado muchas miserias y muchas vanidades los hijos de esta generación de lucha y odio, para que hayan perdido nuestras trovas el perfume mundano; las cuerdas de nuestra arpa han prestado su música sombría al *de profundis* de muchas ilusiones muertas, de muchas creencias perdidas, para acariciar el alma en botón de ese ensueño immaculado de mi existencia; no, yo no la cantaré mientras no queden mis labios purificados como los del profeta, mientras de mi corazón redimido no pueda brotar el himno sublime de la esperanza y de la fé...

Sin embargo, alguna vez soy casi feliz, aunque quizá hay mucho de facticio en mi ventura. Me basta para ello un incidente cualquiera, una sombra esfuminada en el crepúsculo; la estrella vespertina y debajo un segmento de la luna, semejantes á una hostia de fuego sobre un cáliz de oro la inmensidad de un ensueño en mi alma, y el ensueño de la inmensidad delante de mis ojos....

La noche del último miércoles pude contemplarla

algún tiempo. La tierra estaba llena de alegres rumores; chispeaban en el cielo las grandes constelaciones, anegadas en un océano de plata por la luna; debajo del divino Orión, Sirio, Júpiter y Canopus, parecían bosquejar una inmensa triangulación en ese espacio. Iluminada por aquella luz blanca y pura, envuelta en una chalina roja, irguiendo algunas veces su frente de reina, sobre la cual los rayos de la luna se convertían en besos ó apoyando melancólicamente la barba en sus manecitas de ángel, parecíame dibujada con esos perfiles que surgen del infinito en nuestras horas de éxtasis; así son las mujeres con que soñamos; así cruzan por el horizonte de nuestra vida los seres que nos hacen amar y crear. ¡Ay! como si toda luz hubiera de producir una sombra, á su lado se apoyaba con íntima familiaridad el señor del cerebro negativo.

¿Qué debo pensar de esto? Y bien, la amo y la amaré á pesar de todo el mundo, á pesar de ella misma..... algún día..... ella me perdonará..... La noche la envolvió luego en sus velos negros. Hubiera dado mi vida por un solo rayo de sol; creía que aquello era una agonía; era una fuga de mi alma en plena vida; yo la quería detener, la quería pedir una mirada, una sola..... pero es cruel como un niño.

Félix llega con tus cartas...

♦♦

Hermanos míos: más tranquilo ya, aunque más triste, mi primera carta es para ustedes; vuestras manos siem-

pre han estado al alcance de las mías y nunca puede ser más dulce esta verdad que en la hora siniestra del naufragio en el mar de los grandes dolores.

Llegué á mi casa, estaba sola; atravesé el patio, subí.... nadie. Quise llamar á Luisa, pero mi voz fué rebelde. Veía yo con no sé qué infinita amargura aquellos muebles ya envejecidos, pero cada uno de los cuales estaba ligado con un recuerdo de mi infancia; en el fondo del comedor una puerta entornada por donde se escapaba cierto olor de cera encendida: creía percibir muy apagados, muy silenciosos, unos gemidos. Un desamparo frío y mudo reinaba en todas partes; los antiguos naranjos sacudían de vez en cuando su cabeza amarillenta, como si pensarán cosas tristes, y los jarros de barro colocados en la barandilla del comedor estaban secos; parecía que en largo tiempo no se les había puesto agua.....

Busqué dentro de mí mismo un resto de valor y marché de puntillas, teniendo miedo de turbar aquella calma lúgubre; empujé la puerta y entré: una vela amarilla cuya gran llama pálida rayada de negro por el pábilo carbonizado, estaba próxima á huir, ardía en aquella estancia sin alumbrarla. En el rincón opuesto, un lecho, bajo cuyas ropas se dibujaba débilmente un cuerpo humano. Luisa, de rodillas, escondiendo entre sus cabellos descompuestos que le caían sobre el rostro, las manos de la enferma, de nuestra madre; la pobre niña quería calentar aquellas manos con sus lágrimas y con sus besos.....

Estaban ¡ ay ! heladas para siempre. Me arrodillé en silencio junto de Luisa, y lloré también. Al oír aquel eco de sus sollozos, levantó la cabeza, y sin sorpresa, sin emoción, como si el dolor la hubiera hecho insensible á toda nueva impresión, me dijo en voz baja : Hace una hora... No pude más. Entró en mis entrañas la gran tristeza de que habla San Agustín y me arrojé sobre aquel cadáver... lo levanté en mis brazos, puse su cabeza sobre mi corazón, le besé en la boca, como si así pudiera infundirle aliento... y luego pegué mi frente contra la pared, llorando como un loco... No la había visto morir, no la había cuidado en sus últimos días, apenas le había escrito... era mi madre y había velado como un ángel sobre mi cuna, me había dado aquello de que tenía que privar á su hija... y la primera ganancia de mi trabajo había sido para el sepulcro de mis padres. La pobrecita me llamaría, llamaría al pobre huérfano que había recogido entre dos ataúdes, al adolescente que había sabido convertir en un hombre... y lo único que me había pedido en su vida de adoración por mí, era una pieza de música para cuando se acercara la muerte... y yo... yo estaba de rodillas ante una mujer que no me amaba....

Porque Emilia no me ama, ¿ es verdad, hermanos míos ? algo me lo dice en mi corazón, ¿ será la voz de la muerte ?.....

Si Emilia me amara ¡ oh ! díganme ustedes si me ama ; dímelo, Félix, tú que lo sabes todo, ¿ se olvida de mí, llorará por mi pobre madre ?...

Luisa seguía llorando muy bajito... muy bajito... muy

en silencio, como si temiese despertar á su madre....

Al cabo de cierto tiempo entraron algunas personas, eran el padre de Eduardo y dos ó tres de sus hijas que venían á acompañar á Luisa.

El buen señor me saludó afectuosamente, se arrodilló un momento, y oró. Luego dirigió á la huérfana algunas palabras trémulas de compasión y de ternura ; y limpiando una lágrima que corría por entre su barba cana, se retiró silenciosamente para que vistieran el cadáver ; yo le acompañé.

\* \* \*

Luisa, el padre de Eduardo y yo, compusimos todo el séquito de mi madre en su marcha para el Camposanto. El mar, un poco picado, lamía la playa con planideros rumores ; los rayos del sol suspendido apenas sobre el horizonte, herían oblicuamente las olas, descomponiéndose en chispeantes cascadas de fuego, franjadas de blanquísima espuma. Las sombras de los conductores del ataúd y de nuestra carretela, se prolongaban sobre la arena barrida á intervalos por los primeros soplos del Norte. Los penachos de las palmeras se agitaban por momentos, y luego entraban en reposo exhalando tenues suspiros de dolor. Nos internamos un poco y llegamos al cementerio en cuya puerta, un poeta de ardiente inspiración ha escrito :

*« Postraos, aquí la eternidad empieza ;  
Es poco aquí la mundanal grandeza. »*

Después de colocado el ataúd en su fosa, un sacerdote levantó al cielo sus plegarias por aquella santa que nos abandonaba para siempre. Algunas hojas secas de las que tapizaban el suelo, cayeron dentro el sepulcro antes del primer puñado de tierra. Después todo desapareció. Luisa y yo permanecemos de rodillas hasta el postrer instante; yo no podía contener mis lágrimas, ella no lloraba, sus ojos se fijaban obstinadamente en el suelo, como queriendo arrancar del seno de la tumba una última mirada de la que la dejaba sola y desamparada sobre el mundo. Comprendimos que quería desahogar aquel supremo dolor, hablando con la que había partido; era ese el instante de las promesas, el instante del diálogo entre los que han partido y los que quedan. Cuando se tiene el alma pura, Dios nos deja oír las respuestas de los muertos.

El padre de Eduardo y yo nos retiramos á la sombra de la capilla que ocupa el centro del cementerio.

— « Antonio, me dijo el anciano, dos ó tres días antes de morir la madre de usted, previendo el caso de que no viera á su hijo predilecto, quise saber su última voluntad, el postrer encargo para quien le debía la vida y la educación, para quien le debía sobre todo, muchos años de trabajo y de vigilia, una existencia entera de cuidados maternos... »

« La pobre anciana no pudo contestarme una sola palabra... Lloró en silencio algún tiempo, y luego, con la más conmovedora expresión de angustia que podía caber en ojos humanos, me señaló á Luisa, que arrodila-

llada ante una imagen de la Virgen, rezaba en un rincón del cuarto... lo comprendí todo. Yo le traigo á usted, Antonio, esa última súplica de su madre moribunda; allí está á pocos pasos la tumba de los padres de usted; ellos se unirían á mí si pudieran levantarse del sepulcro, para recordarle este encargo sagrado de la que acaba de morir... »

« Allí está la pobre huérfana á quien usted prometió llamar esposa... vivir con usted, como su hermana, no podría, Antonio. Dios bendecirá esta unión hecha en medio de la desgracia; Dios y la mujer á quien después de él, debe usted más sobre la tierra. »

Yo no sabía qué responder; me figuraba ver las miradas de mi santa madre clavadas en mí... sabía que mis palabras iban á ser pesadas por el Dios de los buenos; me parecía que el viento se callaba; me parecía que se movían las tumbas; la esquila del campanario, movida por el viento, gemía sordamente... ¿ qué hacer? Recordé á Emilia, recordé á aquel ángel caído, para quien mi amor era una redención: comprendí que ese amor es de los que viven eternamente, de los que ya nunca se borran del corazón... y habría querido morir... ®

Después de un rato de silencio doloroso, respondí: « Me es imposible, señor; juzgue usted de la pasión que me tortura el alma, por este sacrilegio de rechazar los ruegos de mi madre muerta. Luisa y yo seríamos muy infelices. »

Sin variar su afectuoso tono, el padre de Eduardo repuso:

— Pertenece usted, hijo mío, á una generación que proclama en todos los idiomas y en todos los templos el culto del amor... y la primera pasión sensual de esas que secan lentamente el corazón, de esas que queman uno á uno todos los perfumes sagrados de la juventud y la inteligencia, esa se llama amor; en ella se concentra la gran misión del hombre sobre la tierra, y por ella el joven se cree un sacerdote. No me interrumpa usted, Antonio, lo sé todo; sé quién es ella, y quería saber quién era usted. No me hable usted del espíritu, porque quien puede concebir un gran amor espiritual y santo, ese puede concebir que sobre todas esas grandes pasiones que convierten en lava nuestra sangre, hay algo mucho más grande, mucho más augusto: el deber.

Yo estaba anonadado; aquel anciano se convertía en mi juez, en mi acusador; su voz sonora y poderosa tenía una vibración particular en medio del camposanto, su espaciosa frente sobre la cual se arremolinaban largos rizos plateados, se erguía ante mi cobarde corazón, como si fuera la de un enviado de Dios... y sin embargo no tenía razón; mi amor por Emilia, era la comunión de dos almas... Como si respondiera á mi pensamiento el padre de Eduardo prosiguió:

— El cumplimiento del deber, ese es el verdadero culto de Dios; esa es nuestra verdadera misión; así, tal vez la unión del alma de usted con la de una linda persona no se realizará, pero se realizará la unión del alma con el Creador, en el sagrario de la conciencia...

Cómo; el amor del espíritu es el que le vuelvetus á ed

av. n. d.

un mal hijo? ¿ese amor que levanta el alma hasta el cielo, no le deja ver lo que tiene de goce profundo y puro, un sacrificio hecho en aras del recuerdo más santo de la vida, del recuerdo de una madre que había usted olvidado, y que ha muerto bendiciéndole?...

— Está bien, Antonio; Dios quiere tal vez vedarle á usted un placer inefable, ignorado casi entre los que proclaman en verso y en prosa la religión del amor, el de la tranquilidad de la conciencia. Está bien, no insisto. Francamente el martirio de una huérfana loca de amor por usted, me ha hecho acaso traspasar los límites de mi encargo. Perdóneme, Antonio; es así mi temperamento, y sufro como una mujer ante un dolor ajeno; adiós, yo cuidaré de Luisa, y que el cielo nos proteja á todos.

— Tenga usted, señor, la bondad de hacer todos los preparativos para mi matrimonio con Luisa... le dije maquinalmente.

Iba á responder, cuando vimos venir á la huérfana hacia nosotros: no sé si había oído, ó si había adivinado.

Nos estrechó con un ademán de reconocimiento inmenso las manos á mi protector y á mí; después de una pausa forzada, porque apenas podía hablar, nos dijo: Acabo de hacer á mi madre una promesa, y un juramento á Dios; quiero noticiárselo, á ti que eres mi hermano, y á usted señor, que ha sido mi padre; mañana mismo empezaré mi noviciado en las Hermanas de la Caridad.

Guardamos profundo silencio los tres. Entré á la capilla como un demente, sin saber qué sentía yo, ni qué hacia.

Cuando salí, el anciano me dijo: vámonos, su resolución es irrevocable.

Un relámpago de alegría involuntaria cruzó por mis ojos.

¿Luisa lo vió? ¡quién sabe! pero el llanto comprimido en su corazón corrió á mares por sus mejillas pálidas y fatigadas. Adiós. — *Antonio.*

## VI

Una larga y dolorosa calma, es el fondo de mi vida presente. No sé porqué, sintiendo que cada día amo más á Emilia, ya no me siento como en otro tiempo feliz; ya no tengo conciencia de mi ventura, ya no tengo fé en mi amor. A fuerza de quererla con una pasión que crece por minutos como una corriente volcánica, me siento alejado de los demás; me siento capaz de odiar á los otros.

¡Ay! qué cierto es que en la copa de la vida sólo nos son dulces los bordes. ¿Será porque mientras mi amor tomaba las proporciones de una obra de redención, arrastraba yo al sacrificio, que sólo debió ser mío, á los seres que más sinceramente me amaban en esta vida? No sé, pero la expresión dolorosa del rostro de mi madre muerta se ha petrificado, por decirlo así, en mi

memoria y la sonrisa sublime de resignación y de tristeza de Luisa, cuando por última vez la ví vestida con el hábito humilde de las hijas de San Vicente; sus poéticos ojos velados por la sombra de su tocado blanco; su figura angelical en medio del Oratorio, rodeada de una multitud de niños arrodillados que tal vez no comprendían su oración, pero que sí se conmovían con sus lágrimas, se interponen á veces entre Emilia y yo, como una nube entre el hombre y el sol.

Algunas veces vagos temores que no me explico, restos quizá de mis horas de agonía cuando supe los amores de Carlos, se agitan y hierven en mi corazón. Pero soy injusto. — De este triste estado en que me encuentro tiene la culpa Félix; él me ha dicho que Emilia es una coqueta de la peor especie; porque no lo es por cálculo ni por vanidad, sino por temperamento.

Bien me había dicho Ricardo, que Félix nunca conocerá el corazón de una mujer. No está hecho para el amor; es demasiado sabio para eso. — Emilia se ha puesto furiosa contra él al saber su opinión: me dijo que quizás tenía razón; pero que se olvidó de averiguar si en una mujer como ella quería decir algo el temperamento, cuando hablaba el corazón.

Ese Félix es brutal; si lo que me dijo es cierto, si lo creía así, ¿por qué esa impiedad de desvanecer mis ilusiones, de manchar mis ensueños?... Confieso que senti cierto placer cuando supe que iba á marchar á la campaña con el cuerpo médico.

— El único que podía venir á soñar conmigo, sería

Ricardo, pero nada sé de él. Sólo por una carta de Félix, fechada en Zacatecas, supe de unos versos suyos que han llenado de indignación al sabio. ¡Pobre Ricardo! debe sufrir mucho para escribir así. He aquí algunas de esas cuartetas dolorosas:

« Desdéname, yo te amo, mi orgullo está vencido;

Oye mi última súplica, y callaré después!

No quiero que me ames; ¡ay! no, yo sólo pido

Besar arrodillado las huellas de tus pies.

Es cierto que es horrible sentir que se nos muere

El corazón, soñando con su imposible amor,

Pensar que son sus besos del hombre que prefiero

Que partirás con otro tus horas de dolor...

Pero no importa, deja que antes que sucumba

Contemple de tus ojos la luz crepuscular;

Y tu mirada única recordaré en la tumba

Para alumbrar con ella mi triste eternidad. »

« Di á Ricardo, me escribe Félix, que cuando se hacen versos semejantes no se inspira compasión, sino desprecio; que está bueno que amen de ese modo las mujeres ó los menguados; pero un hombre, jamás. — El orgullo en los tontos se llama vanidad; pero en las personas de talento se llama dignidad. — Yo comprendo, añade, que se doble la frente, nunca la rodilla, ante una gran idea ó un gran sentimiento; pero ante una chiquilla más ó menos casquivana, sólo porque tiene los ojos lindos y la boca risueña, eso se llama prostituir la poesía, que es un don admirable del cielo, y bajar al cieno nues-

tro espíritu que es la misteriosa predisposición del cerebro para reflejar á Dios. Cuando un poeta no puede cantar sino endechas cobardes, que cuelgue su lira hasta que haya aprendido en el trabajo y la desgracia á mirar el sol de frente como las águilas; así habrá menos elegías, pero más inspiración. »

Estoy trabajando mucho. ¡Qué dulce es la palabra « gloria », en la boca de Emilia! Sí, la tendrá, y á mi primer corona de laurel, quedarán enlazados los azahares nupciales. Hacer una ópera ha sido el ensueño de toda mi vida; dar forma á mis suspiros y á mis ideas, á mis sueños inquietos, á mis aspiraciones, á mis tristezas, anotar como un débil eco la voz de la naturaleza que se queja en los bosques y ríe en las fuentes, que rugie en los mares y besa en las brisas, sorprender algunos acordes modulados en el arpa misteriosa de la noche, articular alguna de esas palabras que vienen á veces de no sé qué horizontes perdidos, como si los ángeles al pasar por nuestra atmósfera impura dejaran caer sus ayes como notas en las almas y sus lágrimas como perlas en las flores....

Y encerrado todo en los ritmos sublimes cantados por el amor en mi corazón; en mi corazón que se exhala en una plegaria cuando estoy lejos de ella, ó se desborda en una aléluya gigante de pasión y de vida, cuando me da todos sus besos en una mirada y toda su alma en un beso.

Emilia y yo tuvimos al mismo tiempo la idea de que mi nueva ópera fuese la traducción musical de la trago-

dia divina de Shakespeare ; *Romeo y Julieta*. Otros lo han intentado ya. Bellini ha derramado en esa copa de oro algunas de sus lágrimas melódicas y puras ; pero la musa femenil del cantor de *Sonámbula* no pudo nunca asimilarse á la energía suprema de aquella pasión poética, ardiente, inquieta y loca como los quince años, sensual á un tiempo y dolorosa, perfumada con todos los perfumes de la vida y de la muerte, mezclando el olor de los blandones con el aroma de los limoneros en el retrete nupcial de Julieta, y embalsamando las brisas del cementerio con el aliento voluptuoso de la desposada, que busca sobre los labios de su amante el último soplo del amor.

El único poeta cuya tristeza es superior á la alegría de los otros, es Jeremías, que concentró en sus entrañas los lamentos de un pueblo entero, y que de dolor en dolor asciende sobre las multitudes humilladas, para percibir, como un eco de sus gemidos, la voz del porvenir.

Á Félix se le figura que los poetas dejan de ser hombres, y no ha visto en la fuente de todas las grandes revelaciones de la poesía, un dolor íntimo y desgarrador. Me sorprende sin embargo que hable del espíritu y de Dios.

*Julieta (queriendo beber en la copa del tósigo) ; Avaro ! lo apuró todo... ; nada me ha dejado ! ni una gota siquiera de este licor amargo que debía ayudarme á salir de este mundo, (arrojándose sobre el cadáver de Romeo.) Besaré*

*esta boca ; quizá quede en ella un poco de veneno ; lo recogeré y moriré feliz. ; Qué calientes están tus labios !*

\*\*\*

Bello lugar de trabajo es este pueblecillo delicioso. Me encuentro rodeado de todo el boato de la primavera. Mi ventana, con su marco de enredaderas salpicada de campanillas azules y rojas, se abre sobre un panorama adorable. La luz se derrama por los bordes de la copa azul de las montañas, en cuyas cimas se cruzan las más caprichosas ondulaciones, y por cuya falda tiende su manto de colores la vegetación. Los ángeles sacuden su rubia cabellera en la llanura. Hacia el Oriente, por entre grandes sábanas de bruma, alza su pirámide de cristal el Popocatepetl, y en el profundo azul del cielo se bosquejan las rayas negras y fugaces que trazan en su vuelo las golondrinas.

Á Emilia le encanta la música inspirada por su recuerdo en medio de esta magnífica naturaleza, que se siente vivir en todas sus moléculas con la vida feliz del amor y de la juventud.

Por la noche, á veces acaricia mi frente un soplo tibio que viene de lo infinito y que me recuerda las caricias de mi pobre madre. Dejo entonces á mi piano exhalar de sus cuerdas una oración por la ausente, que poco á poco, y sin quererlo yo, se transforma en el quinto nocturno.

\*  
\*  
\*

Obstáculos imprevistos, afanes que es necesario sentir para conocer, luchas con todos los que debían cantar, tocar, dirigir, arreglar la representación de mi ópera; de todo he salido triunfante. Emilia quería gloria mía, y la tendrá. Me siento un gigante. Nunca olvidaré que el padre de Eduardo puso á mi disposición todo el dinero que para llevar á cabo mi empresa he necesitado.

¡Dios lo bendiga!

\*  
\*  
\*

Han causado gran sensación los anuncios. Los periódicos me profetizan la victoria. Emilia está radiante de alegría. Los cantantes han ensayado bastante bien. Veremos. Llevaré en mi cartera nota de mis impresiones.

Hoy es el gran día. Emilia ha estado arrebatadora conmigo. Ha llorado en mis brazos de pasión y de orgullo. Soy feliz. La noche se presenta muy bella. Habrá teatro lleno. Tendré que ponerme el frac por si me llaman á la escena; pero dirán que iba yo prevenido... No le hace. Siento que la sangre me salta en el corazón por momentos, y otros parece que se paraliza la sangre en mis venas. Tengo vértigos. Estoy asustado, inquieto..... Este es un suplicio en el umbral del paraíso.

\*  
\*  
\*

Se llenan los palcos. Hay mucha gente en el patio. Emilia está vestida de blanco con flores y adornos rojos. Una *toilette* rica y sencilla. Está divina. ¡Qué seno! ¡qué cuello! ¡qué boca de aurora y qué ojos de ángel! Todo el mundo se fija en ella. Estoy celoso, contento.

\*  
\*  
\*

La obertura ha pasado entre el bullicio de los que toman asiento, de los que saludan, de los que se colocan cómodamente, de los que ven á los palcos. Me llega hasta los bastidores en que estoy oculto, un zumbido inmenso. Me tengo que apretar las sienes porque me parece que mi cráneo va á estallar. — Tiemblo como un niño. El telón.

\*  
\*  
\*

Nadie ha oído sin duda el primer acto. Tengo rabia. La soprano está ronca. El barítono no sabe mover un dedo. El segundo acto levantará el ánimo de ese monstruo que se llama el público.

\*  
\*  
\*

*En mi casa solo sin poder llorar.* Un pequeño aplauso á las bufonadas de Mercucio. ¡Y eso fué todo! ¡Y la

romanza de Julieta, y el duo divino del baleón, y el aria final! El aria final no se oyó, porque estaba el teatro vacío. Algunos fueron á consolarme al foro. Y yo casi sonrei. Agonizaba. Un maestro afamado me dijo, que yo habia hecho una enorme paráfrasis del quinto nocturno de Leybach. ¿Será cierto? Es extraño.

Tuve valor para ofrecer mi brazo á Emilia. Se apoyó en él convulsamente. Sus palabras iban á ser un bálsamo para mi incurable herida:

— Me ha puesto usted en ridículo, me dijo.

## VII

Tengo horas alegres en medio de mi existencia de desencanto y de tedio. Esas horas que llamo alegres, porque no encuentro otra palabra con que calificarlas, son aquellas en que siento elevarse en toda su majestad la conciencia de mi dignidad de hombre, por sobre mi corazón, como una de esas augustas estatuas antiguas que se levantan sobre un sepulero. En esos instantes siento la fuerza de analizarme, de disecarme, y encuentro que mi amor, fé y religión de mi juventud, ha muerto, pero con el noble continente de los gladiadores en el coliseo. De todos mis pensamientos saco esta consecuencia: hice bien.

Ahora que todo ha pasado para siempre, recuerdo, con cierta especie de complacencia dolorosa, cada uno de los incidentes de este largo sueño de mi entendimiento ahogado por el torrente de pasión que pugnaba por

desbordarse en lo íntimo de mi naturaleza. Decía bien Félix.

Si yo pudiera dormir, seria dichoso. El opio hizo al principio algún efecto sobre mí, pero hoy necesito enormes cantidades para dormir algunos minutos. Antes cuando soñaba con ella todas las noches, no dormía tampoco. La actividad de mi amor tomaba proporciones inmensas durante mi insomnio; pero era feliz. Vivía toda mi vida en algunos meses de fiebre. Sabía que estaba mortalmente herido en las arterias de mi corazón; y la aneurisma, que llamaba en mi delirio: nuestra hija primogénita, me sonreía como una virgen pálida, herida en el seno por uno de los punzones de oro de Emilia.

Siento como van gradualmente hinchándose las membranas parietales de la aorta; siento el golpe de la ola de sangre; cuando me agito un poco me viene una poca á los labios, tengo ganas de gritar para respirar y me parece que Dios hace en mi derredor el vacío material como hizo ya el vacío moral; pero pasa la sofocación, y me encuentro casi bien, á fuerza de serme todo indiferente.

No me gusta esta vegetación de la tierra caliente tan exuberante, tan enmarañada, tan llena de perfumes que enervan y de emanaciones que matan.

Prefiero las montañas azules del Valle de México con sus aristas armoniosas destacándose en el cielo, envueltas en un ambiente purísimo y mostrando su musculatura robusta y graciosa, apenas vestida con una túnica abigarrada como la saya de una india.

romanza de Julieta, y el duo divino del baleón, y el aria final! El aria final no se oyó, porque estaba el teatro vacío. Algunos fueron á consolarme al foro. Y yo casi sonrei. Agonizaba. Un maestro afamado me dijo, que yo habia hecho una enorme paráfrasis del quinto nocturno de Leybach. ¿Será cierto? Es extraño.

Tuve valor para ofrecer mi brazo á Emilia. Se apoyó en él convulsamente. Sus palabras iban á ser un bálsamo para mi incurable herida:

— Me ha puesto usted en ridículo, me dijo.

## VII

Tengo horas alegres en medio de mi existencia de desencanto y de tedio. Esas horas que llamo alegres, porque no encuentro otra palabra con que calificarlas, son aquellas en que siento elevarse en toda su majestad la conciencia de mi dignidad de hombre, por sobre mi corazón, como una de esas augustas estatuas antiguas que se levantan sobre un sepulcro. En esos instantes siento la fuerza de analizarme, de disecarme, y encuentro que mi amor, fé y religión de mi juventud, ha muerto, pero con el noble continente de los gladiadores en el coliseo. De todos mis pensamientos saco esta consecuencia: hice bien.

Ahora que todo ha pasado para siempre, recuerdo, con cierta especie de complacencia dolorosa, cada uno de los incidentes de este largo sueño de mi entendimiento ahogado por el torrente de pasión que pugnaba por

desbordarse en lo íntimo de mi naturaleza. Decía bien Félix.

Si yo pudiera dormir, seria dichoso. El opio hizo al principio algún efecto sobre mí, pero hoy necesito enormes cantidades para dormir algunos minutos. Antes cuando soñaba con ella todas las noches, no dormía tampoco. La actividad de mi amor tomaba proporciones inmensas durante mi insomnio; pero era feliz. Vivía toda mi vida en algunos meses de fiebre. Sabía que estaba mortalmente herido en las arterias de mi corazón; y la aneurisma, que llamaba en mi delirio: nuestra hija primogénita, me sonreía como una virgen pálida, herida en el seno por uno de los punzones de oro de Emilia.

Siento como van gradualmente hinchándose las membranas parietales de la aorta; siento el golpe de la ola de sangre; cuando me agito un poco me viene una poca á los labios, tengo ganas de gritar para respirar y me parece que Dios hace en mi derredor el vacío material como hizo ya el vacío moral; pero pasa la sofocación, y me encuentro casi bien, á fuerza de serme todo indiferente.

No me gusta esta vegetación de la tierra caliente tan exuberante, tan enmarañada, tan llena de perfumes que enervan y de emanaciones que matan.

Prefiero las montañas azules del Valle de México con sus aristas armoniosas destacándose en el cielo, envueltas en un ambiente purísimo y mostrando su musculatura robusta y graciosa, apenas vestida con una túnica abigarrada como la saya de una india.

El padre de Eduardo, que se paseaba por Europa, me ha noticiado la llegada de Emilia á París, en compañía de una hermana suya y de su cuñado; Carlos ha puesto á disposición de los viajeros un lindo departamento de la elegante casa que ocupa en la *Rue Chabrot* (Passy.) Proyectan permanecer muy poco tiempo en la capital de Francia; y « nos hemos dado cita, dice en su carta mi protector, para Octubre, en Nápoles, desde donde nuestro itinerario será el mismo, pues iremos á Liorna á tomar la línea de paquetes para Ismailia, admiraremos á Lesseps y su canal, al Nilo y á las Pirámides, y volveremos por Alejandria á Trieste y Venecia, desde donde emprenderemos una excursión por Lombardia, Suiza, Alemania. Ellos se irán á esperar el próximo invierno á París y nos separaremos en Bélgica, pues sabe usted que quiero conocer á esa prodigiosa Holanda. No me disgusta viajar mucho tiempo en compañía de esta singular criatura tan perversa como bella. La estudiaré y contaré á usted mis observaciones. »

En fin, vivamos lo más que se pueda. Vivamos solos, abandonados y tristes; Félix ha prometido transmitirme sus impresiones de la campaña, Ricardo sus impresiones poéticas. Pobres amigos míos, en un momento ha cambiado para mí la faz del prisma. Ayer era yo más poeta que Ricardo, y hoy soy más escéptico que Félix. Éste estudia para encontrar la verdad, el otro siente la verdad de lo bello; yo no creo ya ni en la verdad ni en la belleza; mejor dicho, no me importa que todo exista; á mí de qué me sirve. Mi única diversión es componer

danzas habaneras. ¡ Y yo me sabía apasionar oyendo una fuga de Sebastián Bach!

Arte, talento, gloria; grandes días de trabajo en el pasado, algunos de dolor en el porvenir; afortunadamente no me quejo á nadie. Si en esos días se me preparaba mi martirio, también germinaba mi recompensa. La vispera de mi desengaño era el día siguiente de la formación de esta mi querida aneurisma.

¡ Oh! admirable, tres veces admirable Providencia!

\*  
\*  
\*

Yo nací irónico; desgraciadamente también nací poeta. Por eso mientras estuve enamorado de Emilia, temblaba ante la sociedad que desfilaba á mi vista, como un niño frente á una procesión de santos; algunas veces mis ojos se levantaron y vieron, y en nada estuvo que estallara yo en una carcajada homérica: pero me contentaba y me reprochaba mi crimen. El *medio* en que vivía Emilia, estaba bañado en el oro inmaculado de su irradiación; mas el día que toda aquella aureola se redujo hasta no tener otros destellos que los estambres dorados de las flores de trapo del peinado de mi amada, el día en que comprendí, como *el Walenstein* de Schiller, que lo bello había desaparecido de mi existencia para nunca volver á ella, sentí venir al primer término de mi imaginación todos aquellos personajes que en México se apellidan aristócratas ó demócratas, y que no son sino

los farsantes de una comedia en la que cada uno hace de *caricato* y todos de espectadores.

Del último baile á que concurri en México, pude sacar una buena cantidad de datos, que de buena gana comunicaría á Félix para sus cartones. En esa ciudad, por regla general, cuando una persona no es hipócrita, es desvergonzada. Es una sociedad que en sus horas de fastidio piensa en el modo de prostituirse, y en sus horas de placer pone en práctica sus reflexiones, lo que es muy divertido.

Algunos se llaman aristocracia, y cuidado si tienen infulas. Lavater habria encontrado, para sus fisonomias, un campo admirable entre ellos. Por supuesto que los antepasados de estos señores, fueron usureros, abarroteros, pulqueros, y otras terminaciones de este jaez. Y, cosa rara, algunos de esos encopetados, que tienen de veras sus pergaminos y blasones, son gente campechana é ilustrada, mientras que los de antecayer, y los de ayer, señores adjudicatarios y otros, son más pomposos y soberbios que el Tzar de todas las Rusias.

En cuanto á costumbres en esa gente, sólo me basta recordar que una vez, alentando á un muchacho amigo mío á que atacara en el teatro esa lepra del adulterio que ya nadie podrá contener en mucho tiempo y que mina la raíz de la sociedad con una rapidez que sólo los ciegos no ven, me contestó: « No puede abordarse esa cuestión por una sola fase sin que todo el mundo no vea en ello veinte alusiones personales. »

En la clase media no hay la cantidad fabulosa de ton-

tos que entre los señorones, y hay más instrucción y más virtud, de pura necesidad; pero que caiga en manos de uno de ellos una casa, ó dos, ó diez, porque son muy hábiles, y ya entonces son aristócratas. — La clase baja, como llama en México la gente decente á los pobres, lo cual es graciosísimo, está dispuesta á subir toda la escala. Y ve usted unas niñas que parecen ángeles bañados de polvo de arroz, seguidas de las otras que se blanquean con albayalde, las cuales preceden á la costurera que se amuralla con una costra de caliza, lo cual es muy divertido también. — Mas no es lícito desesperar, recordando que, entre ese barro, se levantan las flores más puras de la tierra.

Me han enseñado un retrato de Luisa con su vestido de Hermana de la Caridad. ¡ Ah ! ¿ Por qué no te amé á ti, que eras la felicidad?... Todavía..... ¡ quién sabe !

Antonio querido : Fiel á mi promesa, te escribo ésta desde Guadalajara, cuando apenas me dan un poco de descanso las tristes ocupaciones que nos ha legado la última sangrienta campaña. Quizá, ahora más que nunca, podrás decir que he cambiado. ¿ Soy mejor ó peor ? Lo ignoro ; pero siento un trastorno interior, del que quiero darte cuenta, porque, si no me equivoco,

proviene de una causa cuyo conocimiento te ocasionará honda sorpresa.

El 18 del pasado mes, las ambulancias, tres ó cuatro Hermanas de la Caridad, y la seceión del cuerpo médico, que sigue á esta división de operaciones, cubiertos por una fuerte escolta, nos adelantamos hasta el pueblecillo del Rosario, en que debíamos establecernos durante el combate, que de seguro tendría lugar el día siguiente, y que en realidad había empezado ya. Desde el principio de la noche, un medio batallón conducido en la grupa de un escuadrón de caballería, había recibido orden de desalojar del pueblo la vanguardia enemiga, y de mantenerse á pie firme mientras llegaba el grueso de nuestras fuerzas. Era esta una operación sólo practicable de noche, y con gran rapidez y precisión, porque las fuerzas contrarias podían advertir el pequeño número de los asaltantes, y cargar sobre el poblacho todo el empuje de su gente.

Desde que supimos el feliz éxito de la maniobra, nos pusimos en marcha, precediendo de cerca de una hora al general en jefe.

Las *hermanas* venían envueltas en sus capotes sobre los coches de la ambulancia, y nosotros á caballo. Sólo se oía el rumor de los arroyos que, acrecentados por las lluvias, cruzaban las pendientes del camino en todas direcciones; de vez en cuando, las ráfagas del Sur nos traían gruesas gótas de agua, que se estrellaban en nuestros capotes de hule, y el eco lejano de la gritaría de los soldados mezclado la ruido de la fusilería, seme-

al

jante al que producen al correr por entre piedras muchas carretas; el camino estaba negro, y negro el cielo. Solamente sobre las aristas de las montañas del Este, corría una gran faja lívida, anuncio triste de la aurora. El galope flojo de los caballos agregaba una monotonía lúgubre á aquel cuadro, que más bien se sentía que se veía.

La viveza creciente del fuego nos anunció la aproximación de la aldehuela. En breve tiempo quedamos instalados en la casa cural, perfectamente abrigada de las balas por la iglesia, y empezamos á recoger heridos, que eran abundantes, porque la acción había sido muy reñida. Nuestros soldados se habían parapetado en las casuchas más avanzadas del pueblo, y desde allí recibían el fuego constante del enemigo. Acompañado de una joven Hermana de la Caridad, que se empeñó en salir, y de algunos soldados con antorchas, empecé á recorrer el teatro del combate. Daba lástima aquel espectáculo. Yacían en confusión los caballos y los hombres muertos ó heridos. Por aquí luchaba un caballo por arrancarse del suelo, hincando en él sus dos pies delanteros, y pugnando silenciosamente por arrastrar su vientre destrozado y sus ancas fracturadas. Por allí un dragón tendido, con la cabeza estrellada en el suelo, y los pies aún medio enganchados en los estribos de su balgadura muerta; más allá un grupo de cadáveres, casi todos con los brazos tendidos y las facciones crispadas por la última convulsión; y los heridos arrastrándose dolorosamente por la tierra, ó arrojando lastimeros queji-

dos, unos pidiendo agua, y otros pidiendo la muerte.

La mujer que me acompañaba estaba densamente pálida, y su palidez hacía como una mancha blanca en la sombra. Seguramente la luz de nuestras teas llamó la atención del enemigo, pues el ruido especial de las balas de rifle empezó á multiplicarse en nuestro derredor. Empezábamos á retroceder, cuando tropezamos con un oficial que por el uniforme parecía ser del enemigo, y que estaba casi en pie apretándose con las dos manos el vientre. Evidentemente quería levantarse y marchar. Su rostro, trigueño y brutal, estaba amarillo como la cera, y sus mandíbulas contraídas indicaban un esfuerzo espantoso para contener un grito de dolor. Su frente estaba bañada en un sudor frío y espeso. Tenía una bala en el estómago. Nos acercamos á él; sus ojos vidriosos y dilatados se fijaron en la hija de San Vicente, y aquellos labios contraídos se abrieron para articular una blasfemia repugnante. Tembló un momento la pobre niña, y apenas pudo murmurar con una voz suave como el roce de una ala: « Hermano mio..... »

Tentado estuve de hacer conducir por la fuerza á aquel miserable: pero comprendí que era inútil, no tenía más que algunos minutos de vida. Uno de mis soldados había caído herido, y era preciso decidirse á alguna cosa. Rogué al oficial que se dejara conducir por unos cuantos pasos á un lugar más abrigado, y su respuesta fué una blasfemia mayor que la primera. Pero como si aquellas palabras hubiesen agotado su fuerza ficticia, se desplomó en el suelo,

La *hermana* se arrodilló á su lado. El oficial la veía con sus grandes ojos estúpidos. ¡ Ella rezaba por aquel moribundo! pero había tanta unción, tanta súplica, tanto amor en aquella oración, que las facciones del infeliz se suavizaron, y una lágrima bañó sus ojos. La *hermana* tenía una cruz de madera en una mano. De repente su brazo cayó inerte, y una desgarradora impresión de sufrimiento se dibujó en su fisonomía celeste. Pugnó maquinalmente por sacar el otro brazo de debajo de la cabeza del herido; pero éste murmuró más con las entrañas que con los labios: « Me muero, la cruz. » Y aquella santa, convulsa de dolor, levantó su brazo y puso la cruz sobre la boca del agonizante. No pudo más; su cabeza vaciló, y cayó sin sentido al lado del oficial muerto. Una bala le había fracturado el hombro derecho. Yo hubiera querido arrodillarme y adorarla.

Luego supe su nombre: es Luisa. — *Felic.*

## VII

La marea sube, sube, decía Thiers el año 1848, queriendo poner á flote una tabla siquiera del trono de Luis Felipe; una suprema concesión liberal, para ver de salvar sobre ella á la monarquía francesa. Á mí me sucede al contrario, me siento bajar y bajar. El mar de mi vida es monótono y tranquilo como todo lo que se compone de fastidio. Es una charca de arena de esas que llaman en la costa tembladeras, en donde pone uno el

pie y se va hundiendo, hundiendo, á cada movimiento de desesperación, á cada esfuerzo, á cada latido del corazón, hasta que, sepultándose debajo de aquella superficie hipócrita, para la muerte todo movimiento en nuestro cuerpo.

Lo triste para mí es, que huyen mis creencias, que me abandona mi fé, que mi juvenil melancolía, dulce y pura como un crepúsculo matinal, no tiene ya esperanza; que he llegado ya á la tarde, que ya no creo en la venida del sol, que la pequeña raya de luz que marca como con un cinto de oro los límites de mi razón, es la última, es el rayo postrero que se muere; y vendrá luego la noche ciega, la noche de la negación. Con un poco de las tinieblas que hay en mi interior, me bastaría para enlutar al mundo; y allá en el fondo de esa noche, solo y silencioso, bajaré un peldaño más del abismo, y nadie, nadie volverá á acordarse de mí. Ni tú, Emilia, en el trono del placer, ni tú, Luisa, en el calvario del sacrificio. Me lastima mucho pensar; es lo único que me ha quedado, porque sentir..... ya no siento nunca.

¡Ay! si por ventura mi hermana estuviese aquí.... Mis amigos, el sabio y el poeta, me acompañan de vez en cuando con sus cartas. Ricardo me ha escrito, de Félix nada he vuelto á saber.

Bueno es dejar aquí en estas confesiones, consignadas algunas de los que han sentido y sufrido conmigo. Con razón se ha dicho que el patrimonio de la humanidad es el dolor. Los sectarios de Budha dicen que la primera de las felicidades es la de no nacer, y la segunda la

de morir joven. Si alguno pudiera oír una plegaria, yo pediría constantemente esa segunda felicidad. Afortunadamente mi Providencia ha tomado la forma de un aneurisma en la aorta.

He aquí algunas confidencias de Ricardo, del poeta :  
« Los muertos, Carlos querido, van aprisa; y este pensamiento francés, medianamente traducido al castellano, es una verdad para todo lo que se muere, lo mismo un hombre que una flor, ó un ensueño; desde que nos hemos separado, cuántas ilusiones han encontrado un sepulcro, y algunas hasta un epitafio en verso, en esa gran necrópolis que se llama el corazón. »

« Hace algún tiempo te hablaba yo de una mujer á quien creía amar; ¡ quimera! hoy me avergüenzo de aquella debilidad. Las palabras duras de Félix sobre unos versos míos, hicieron un foco de luz en mi alma, y luego la luz ha bañado mi vida por entero. Aquella mujer que revestí con formas ideales, era, perdona la frase familiar, *bella e bestia*, como dicen los italianos, y no *tan* lo primero como *tan* lo segundo. ¿Qué fué, pues, lo que encontré en esa mujer para haberme detenido á soñar una hora delante de ella? No es una forma capaz de hacer pensar en ninguna *madonna*, ni en cosa que se le parezca. Tú sabes que lo primero que pedimos á una mujer que se cruza con nosotros en el sendero de la vida, es una fuerte impresión sobre nuestra naturaleza artística. Ésta apenas tiene un poco del *salero* de las jarochas, y nada más; pero qué lejos está de ese tipo elegante, nervioso y puro, ideal del tipo femenino en

México, destinado á immortalizarse, tal vez, bajo el pincel romántico de Manuel Ocaranza. Y en cuanto á la parte intelectual, sólo te diré que el hombre de cerebro negativo de que me hablas, es un Cicerón al lado de ella. »

« ¡Pobre niña! ella nunca leerá estos renglones, quizás dictados por el orgullo humillado, y por eso á ti solo te los confío. Por lo demás, creo que será una buena esposa, en lo que cabe, porque tiene las dos tonteras, la de la cabeza y la del corazón; involuntariamente aquellas palabras de Espronceda se me vienen á la mente :

« Es la mujer, ángel caído,  
 Ó mujer nada más y todo inmundo,  
 Hermoso ser para llorar nacido,  
 Ó vivir como autómeta en el mundo. »

Y que esta chica no es ni hermoso ser, ni ha nacido para llorar..., es de pública opinión y fama. »

« Perdonemos el pequeño arañón que hizo la pollita insustancial en nuestro corazón, porque ella no tuvo la culpa de que en el momento en que pedíamos á Dios y á la naturaleza un ser á quien consagrar el mundo de pasión cuyos gérmenes hervían en nuestra alma, tropezásemos con su vestido de seda. Perdonémosla en nombre del santo y verdadero amor de la vida, del amor que se presiente primero y que penetra en nuestro propio ser, acompañado de no sé qué intuición vaga de la eternidad, de no sé qué perfume del Paraíso. Créelo, hermano mío, yo he temblado ante *esa luz* que ha venido

para mí de los horizontes de la gloria; he temblado de miedo al pensar que su mirada azul y profunda no se detendría en mí; con una sola de esas miradas reflorcerá mi existencia; con un solo rayo del sol hace el mundo su primavera. Esperemos y amemos. La esperanza y el amor son las dos alas con que el alma humana, ave viajera del infinito, se levanta hacia Dios. »

« Es tan bella, tan buena, tan pura. El cáliz de la vida presentado por las manos de ese ángel, debe ser apurado con deleite. Félix y tú la conocéis. Una vez la vimos llegar á la iglesia, y nos quedamos los tres mudos de emoción al contemplarla; su cabellera de oro, su frente de artista, sus ojos *émulos de la llama del zafiro*, como dice Andrés Bello, su boca de aurora, yo no sé qué ambiente de religión y de poesía que la rodea, nos la hizo aparecer como una ilusión, como nuestro ideal enlutado y triste que había venido á sacarnos de la vida sensual para hablarnos de un hogar sereno y de un amor sin lágrimas. Desde entonces no la volví á ver. Recuerdo que aquella aparición me tenía inquieto; me parecía mi vida un insomnio, me sentía fatigado del deleite; los amores vulgares, las caricias voluptuosas, tenían para mí un sabor amargo; la tristeza de vivir se apoderó de mí. Es de esa época esta pequeña composición sobre la cual resbaló tu música melancólica y delicada, como una cascada de perlas en una taza de frágil cristal. Quiero recordártela para que recuerdes á tu vez la música y me la envíes.....

¿ Cuánto se ama en tu regazo blanco  
Mirándote soñar !  
¿ Será tu falda vaporosa, el nido  
Del amor inmortal ?  
Me siento heroico y joven, amor mio,  
Con tu ardiente besar,  
Siento en olas la savia de la vida,  
Mi vida penetrar.  
Nuestra raíz hundamos del deleite  
En el inmenso mar,  
Vivamos en un' hora nuestra parte  
De vida universal.  
Y los candentes labios se buscaron  
Trémulos de pasión.....  
¿ Por qué una voz dentro del alma mía  
Murmuraba : *esa no?*

Seguí buscando, y cerca de mi alma  
Un arcángel pasó. ...

¿ Quién no ha visto en la hora de las lágrimas  
Pasar esa ilusión ?  
El beso de sus ojos de zafiro—  
Duerme en mi corazón,  
Como en el cáliz del estéril cardo  
Duerme un rayo de sol.  
En el templo la nube del incienso  
Que su frente veló  
Sobre aquella paloma parecía  
Un ala del Señor.  
La seguí, la busqué, pedila al mundo,  
Nadie.... Pedila á Dios ...

Alcé la frente.... En el zafir cruzaba  
Fugaz exhalación.  
No sé por qué, pero un dolor inmenso  
En el alma senti....  
Lejana voz en mi interior lloraba  
Murmurando : *esa sí!*  
Desde ese día cuando miro al cielo  
Aparto el cáliz del placer de mi,  
¿ Por allí se perdió ? pregunto á mi alma,  
Y el alma me responde : *por allí.*  
RICARDO.

\*\*\*

Mientras Ricardo llora, yo me desespero. He sido arrancado de mi letargo por la picadura de una víbora. Félix me ha escrito. Félix ama á Luisa. Está dispuesto á ofrecerle su mano cuando sus votos se hayan cumplido. Eso no; yo lucharé, yo la apretaré contra mi corazón con mis crispadas manos. No creía que la amaba tanto; pero ahora que voy á perderla, ahora que mi amigo, el que se decía mi hermano, la quiere arrancar á mi última esperanza, á mi lecho de agonía, á mi solitaria tumba, me siento gigantesco, indomable y salvaje para disputársela. No será suya, no; los muertos son sagrados; caiga el anatema sobre el que arranque del dedo de un cadáver el anillo nupcial, depositado por el amor en la vida; maldito sea el que robe sus flores al ataúd para deshojarlas en la copa de los goces de este mundo; y bien, yo soy el ataúd, el cadáver soy yo!

Yo la amo, esa mujer es mía; de ese corazón nadie

arrancará mi imagen; de ese pasado nadie borraré las lágrimas, los dolores de una gran pasión; ella al sentirse abandonada se arrojó en los brazos de Dios. Al sentirse amada de nuevo Dios la devolverá á mis brazos. Dice Félix que Luisa será su redención; que es ya el culto de su alma. Pues bien, yo soy el culto del alma de Luisa; yo se lo recordaré de rodillas; yo pondré mis labios sobre sus pies de santa, yo le pediré en nombre de los sueños divinos y puros de nuestra infancia, un poco de amor, un poco de misericordia. Pobre hermana mía, tú me oirás, tu manecita de ángel que antes me abría las puertas del hogar, cuando venía buscando reposo al fin de una jornada de trabajo, me abrirá las puertas del cielo al fin de esta jornada de dolor que se llama la vida.

## IX

Como una lámpara que antes de extinguirse parece arrancar de sí misma la mayor cantidad de vida, como si en un segundo quisiera quemar todo el oxígeno del aire, así yo, en una hora de fiebre, he agotado todo lo que quedaba de aire respirable en torno mío, y me consumo, y me muero. Dicen los teólogos que la creación fué sacada de la nada; dicen los sabios que la creación es hija de la luz; ni creo en lo primero, ni me importa lo segundo. Yo he sido creado en la sombra, y de sombras vive mi alma. ¿Es este el patrimonio de los que han nacido para la rápida vida de los sentidos? ¿Pero, tengo

acaso la culpa de haber sido hecho de barro? Qué sé yo, ni qué quiero ni qué puedo saber. Soy un espectro rodeado de apariencias. Cada flor es una tumba, cada universo es un panteón; la regia opalescencia del crepúsculo, mentira; *ni es cielo, ni es azul*, Argensola lo ha dicho. Tus colores, ¡oh rosa de los prados! son una ilusión; tus lágrimas, ¡oh niña encantadora! esa gota de topacio, que rueda por tus mejillas, es un nido de vibras; acércales un microscopio. Los astrónomos, contempladores del infinito, gritan: mirad el cielo. ¡Y bien! Esferas y más esferas, grandes cabezas muertas que no me dicen nada, grandes ojos errantes que no tienen pupila, una inmensa monotonía de luz y de movimiento. Si yo hubiera hecho el mundo, habría colocado un inmenso teclado en el centro, y tanta materia y tanta luz, gastada en hacer cosas redondas, habría sido por mí empleada en crear millones de seres de distinta belleza, pero todos normados por el tipo ideal de la mujer, y al compás de armonías incomparables habría lanzado en un wals vertiginoso, por los espacios sin límites, aquel enjambre infinito, y puesto que un Dios pianista no tendría que hacer otra cosa que tocar el piano, yo haría que mis acordes durasen siglos y pondría á mi wals por título: *Eternidad*.

Félix acabó de venir; dice que mi calentura continúa cada vez más fuerte. ¿Por qué no he matado á Félix? Llegué á México, resuelto á ello, pero me recibió con los brazos abiertos, radiante de felicidad; parecía como un hombre iluminado por dentro. Está hermoso, fuerte

arrancará mi imagen; de ese pasado nadie borrará las lágrimas, los dolores de una gran pasión; ella al sentirse abandonada se arrojó en los brazos de Dios. Al sentirse amada de nuevo Dios la devolverá á mis brazos. Dice Félix que Luisa será su redención; que es ya el culto de su alma. Pues bien, yo soy el culto del alma de Luisa; yo se lo recordaré de rodillas; yo pondré mis labios sobre sus pies de santa, yo le pediré en nombre de los sueños divinos y puros de nuestra infancia, un poco de amor, un poco de misericordia. Pobre hermana mía, tú me oirás, tu manecita de ángel que antes me abría las puertas del hogar, cuando venía buscando reposo al fin de una jornada de trabajo, me abrirá las puertas del cielo al fin de esta jornada de dolor que se llama la vida.

## IX

Como una lámpara que antes de extinguirse parece arrancar de sí misma la mayor cantidad de vida, como si en un segundo quisiera quemar todo el oxígeno del aire, así yo, en una hora de fiebre, he agotado todo lo que quedaba de aire respirable en torno mío, y me consumo, y me muero. Dicen los teólogos que la creación fué sacada de la nada; dicen los sabios que la creación es hija de la luz; ni creo en lo primero, ni me importa lo segundo. Yo he sido creado en la sombra, y de sombras vive mi alma. ¿Es este el patrimonio de los que han nacido para la rápida vida de los sentidos? ¿Pero, tengo

acaso la culpa de haber sido hecho de barro? Qué sé yo, ni qué quiero ni qué puedo saber. Soy un espectro rodeado de apariencias. Cada flor es una tumba, cada universo es un panteón; la regia opalescencia del crepúsculo, mentira; *ni es cielo, ni es azul*, Argensola lo ha dicho. Tus colores, ¡oh rosa de los prados! son una ilusión; tus lágrimas, ¡oh niña encantadora! esa gota de topacio, que rueda por tus mejillas, es un nido de vibras; acércales un microscopio. Los astrónomos, contempladores del infinito, gritan: mirad el cielo. ¡Y bien! Esferas y más esferas, grandes cabezas muertas que no me dicen nada, grandes ojos errantes que no tienen pupila, una inmensa monotonía de luz y de movimiento. Si yo hubiera hecho el mundo, habría colocado un inmenso teclado en el centro, y tanta materia y tanta luz, gastada en hacer cosas redondas, habría sido por mí empleada en crear millones de seres de distinta belleza, pero todos normados por el tipo ideal de la mujer, y al compás de armonías incomparables habría lanzado en un wals vertiginoso, por los espacios sin límites, aquel enjambre infinito, y puesto que un Dios pianista no tendría que hacer otra cosa que tocar el piano, yo haría que mis acordes durasen siglos y pondría á mi wals por título: *Eternidad*.

Félix acabó de venir; dice que mi calentura continúa cada vez más fuerte. ¿Por qué no he matado á Félix? Llegué á México, resuelto á ello, pero me recibió con los brazos abiertos, radiante de felicidad; parecía como un hombre iluminado por dentro. Está hermoso, fuerte

juvenil; vé con no sé qué cariñosa mirada á todo lo que le rodea; dice que está alegre, como Colón al día siguiente de haber completado el mundo, porque él se ha descubierto dentro de sí una alma. Ha logrado que mi ópera se cante de nuevo, y asegura que el dúo de amor de Romeo y Julieta es una página sublime, la hace ensayar, oye con deleite la música, y está pintando un cuadro verdaderamente bello. Las facciones de Luisa han surgido ya del boceto, como una estrella de una nube. Yo me encontré sin fuerzas ante tanta bondad y tanto amor; toda mi desesperación se ha transformado en deseo de morir; sería una crueldad que me sobreviviera mi pensamiento doloroso. Mi imaginación está llena de ensueños enlutados, mi memoria llena de recuerdos, es decir, de lágrimas. Quiero morir entero, y sólo siento que mis frías cenizas vayan á enturbiar la corriente de algún río en la tierra, ó á apagar la fosforescencia de una ola en el mar.

Félix me ha dicho que Luisa vendría á verme; no tengo aliento para desearlo. La pobrecilla no ha podido abandonar un momento los quehaceres del hospital, en donde el número de tifoideos aumenta todos los días.

Aquí concluyen las confesiones de Antonio. El que esto escribe ha logrado adquirir algunos datos, para no dejar flotante el desenlace de este cuento, desenlace vulgar y prosaico si los hay: pero como no se pueden

reformular las cosas que en este mundo dependen de la naturaleza humana, con él habrá de contentarse el lector.

\* \* \*

Dos hermanas de la Caridad entraron en la habitación de Antonio. Una de ellas era Luisa; la otra era una señora de alguna edad, muy alta y gruesa, un tanto morena, de maneras en extremo afables y distinguidas, que revelaba en su lenguaje pertenecer á una raza extranjera, y en su mirada á una familia aristocrática.

Mientras Luisa abrazaba á su hermano con efusión, la señora saludó á Antonio con exquisita cortesía y tomó asiento. El diálogo entre los dos jóvenes fué primero animado y cariñoso; pero poco á poco se hizo un tanto difícil. Cuando Luisa habló de su excursión al interior de su campaña, como ella la llamaba, de su herida, parecía evitar las miradas del enfermo, y ni una sola vez pronunció el nombre de Félix.

Antonio la miraba con atención febril, oía su voz con una especie de fruición íntima, y á cortos intervalos recorría su cuerpo débil y flaco, un estremecimiento nervioso. Sus pupilas centelleaban como las de los micrótopos, y dos grandes manchas rojas encendían sus pámulos, formando con su mortal palidez un contraste que hacía mal.

La señora á quien Luisa llamaba *nuestra madre*, conforme á los usos de la familia de S. Vicente, arru-

gaba de cuando en cuando el ceño, lo que daba una expresión notablemente enérgica y austera á su agradable fisonomía. Después de un momento las dos religiosas se dispusieron á salir, pero Antonio, como lanzado por un resorte súbitamente destendido, se interpuso entre ellas y la puerta. Luisa arrojó un grito de espanto, se apoyó en la pared para no caer; la superiora, de pie, en medio del cuarto, parecía la estatua viva del pudor y de la autoridad. Sus palabras fueron vanas; y mientras meditaba en el partido que debía tomar, para no causar un escándalo, á fuer de mujer prudente, Antonio se había apoderado de los pliegues del hábito de Luisa. Palabras entrecortadas hervían en su pecho, y ahogaban su respiración que se escapaba en sonidos estertorosos de su garganta: Luisa, Luisa, balbuceaba, ¿cómo pudiste abandonarme, cómo pude olvidarte yo! ¿No juramos mil veces hacer de la vida una sola copa para nuestros labios? ¿una sola corona de espinas ó una sola corona de flores? ¿No eras mía? ¿No se lo juraste á Dios mil veces? ¿No recuerdas aquellas noches benditas en que nuestra pobre madre colocaba sus manos sobre nuestras cabezas? ¿No recuerdas que mis amigos de la niñez decían que eras mi mujer? Óyeme, Luisa mía, hermana, esposa mía, no llores, no me tengas miedo: has olvidado cuántas veces nos sorprendió la noche solos y enamorados, por los campos: has olvidado aquella noche en que te besé una trenza, Luisa, Luisa....

La puerta de la habitación se abrió; un hombre densamente pálido apareció en el umbral; era Félix. La

superiora se adelantó hacia él; Luisa ocultó sus lágrimas, que corrían á mares: Antonio hizo un esfuerzo para incorporarse.

Hubo un momento de gran silencio. La fisonomía de Félix estaba contraída de una manera espantosa; hervía un rugido en su garganta, fermentaba un insulto en sus labios. Antonio dirigía su mirada extraviada en torno suyo. La superiora tomó á Luisa de la mano é iba á salir. Félix entonces las detuvo con un ademán. Señora, usted ha visto el insulto, va usted á ver el castigo, dijo sordamente.

Antonio hizo un movimiento, Félix adelantó un paso: ¡Á mi hermano, á un enfermo! dijeron las dos mujeres á un tiempo, interponiéndose entre los jóvenes.

La voz de Antonio vibró entonces estridente y sonora, como si en un minuto hubieran desaparecido todas sus dolencias: Señoras, retiréense ustedes, por favor; déjenos solos á mí y á mi querido hermano Félix; me ha matado el corazón, hoy quiere asesinar-me sin duda. Vayan ustedes, no tengan cuidado, yo me defenderé; siento que esta fiebre, que este delirio que me consume, necesita el refresco de la sangre. Muy bien, hermano mío, conque cuando yo no tenía nada en el mundo sino esta mujer, pretendías robármela; cuando no tenía sino este primero y último cariño de mi vida, tú querías arrebatármelo á tu hermano.... Y bien, tú me matarás, mátame, así quedará mi cadáver por toda la eternidad entre ella y tú... *ki*

El desgraciado no pudo más, y cayó desvanecido,

Félix también hablaba lleno de emoción: No, Antonio, yo no he creído hacerte traición, yo no pensaba que tú la querías aún. Cálmate, hermano mío, repórtate; te estás suicidando, yo te juro que nunca ha oído Luisa una palabra de amor de mi boca, te juro que jamás la oírás, jamás, ¿lo oyes? jamás.

La superiora arrastró á Luisa fuera de aquel sitio fatal.

Poco á poco Antonio se calmó. Félix le prometió formalmente no volver á ver á Luisa; la femenil naturaleza del enfermo, que lo llevaba de un extremo á otro, recobró rápidamente la tranquilidad, y después de un sueño bienhechor, al día siguiente pudo ir á ver uno de los últimos ensayos de su ópera.

Luisa llegó al hospital transida de dolor, pero silenciosa y resignada. Dos horas después recibió una orden de la superiora para que estuviera dispuesta á partir al día siguiente á las siete de la mañana, con destino á la Habana, Panamá, San Francisco, y Shang-Hai en China, en donde debía permanecer indefinidamente. Y reclinó la cabeza sin murmurar una palabra, al escuchar aquella orden, y fué á arrodillarse junto al lecho de una pobre mujer, cuya convalecencia era preciso atender cuidadosamente.

Empezó á rezar: muy luego la plegaria triste y pura que se exhalaba de su inocente alma, se bañó en ardientes lágrimas que por las manos de la joven iban á hume-

decer las mantas del humilde lecho. — ¿Qué pasaba en aquel corazón, qué sentimientos y qué pasiones asaltarían aquel espíritu, para quien la vida había sido el largo camino del Gólgota? Luisa se sentía satisfecha de su sacrificio; sentía lo complicado de su destino, torcer en derredor de ella sus siniestras redes; pero tenía fé en su fé. Ella no comprendía el por qué de tanto dolor y de tanto sufrimiento, pero se resignaba con la más santa resignación que hubo nunca en el espíritu de una mujer. Y sin embargo, no quería pensar en la serie de acontecimientos con que había tropezado su existencia; no quería, aquella mujer nacida para amar y que había perdido la esperanza de ser amada, no quería pensar en las dos grandes pasiones, suscitadas á un tiempo junto á ella, cuando la ligaban los votos sagrados de la religión; y sin embargo, como si el demonio de la fatalidad interior hubiera detenido el reloj de su vida, en el instante en que le fueron reveladas esas dos pasiones inmensas, se sentía encadenada á su recuerdo por una cadena de hierro, y sufría, sufría buscando el consuelo en la oración; pero el ángel estaba allí delante de ella tendiéndole la terrible copa, el cáliz de la ineludible amargura de la vida. ¡Pobre Luisa! tenía apenas veinte años; una angustia mortal la oprimía como si quisiera exprimir de aquel lirio hasta el último perfume, hasta la postrera lágrima. Y seguían levantándose en su interior, la imagen del hombre que había amado tanto en su infancia, y la del que iba á amar quizá en sus horas de abandono y de desgracia; y le parecía que aquellos dos

recuerdos trababan una lucha á muerte en su corazón, que se iba desgarrando gota á gota. Pugnaba en vano por ahogar sus sollozos ; ya no rezaba, estaba entregada por completo á su dolor ; de repente, sus lágrimas se secaron, y su pupila ardiente se reconcentró en un punto negro, perdido en la sombra. Volvió á poco á orar precipitadamente, volvió á tener conciencia de sí misma, se pasaba las manos por las sienes como si tuviera miedo, sus ojos se concentraron en la cabeza de la anciana enferma, en aquellos ojos vidriosos, en aquella frente húmeda de sudor, en aquella boca crispada con una sonrisa irónica y horrible. Un grito de angustia desgarradora vino á morir en sus labios en un suspiro. Quiso huir y no pudo : una nube había interpuesto su sombra fatal en aquel cerebro exaltado ; una nube que le había ocultado á Dios, que había hecho la noche en derredor de su cruz de martirio. Una voz fúnebre había murmurado en la conciencia de la pobre niña : « ¿ Y si Dios es mentira ? ¿ y si todo acaba en la muerte ? ¿ y si es inútil tu sacrificio ? »

Era la duda, era la prueba suprema del alma ; el ángel del dolor tiene esa estrella negra sobre la frente ; todo calvario se nubla un instante con esa bruma impura ; en todo sendero de aflicción se abre esa puerta del infierno.

— No, no, Dios mío, murmuraba la joven ; no me abandones, no me dejes la noche en el horizonte, Dios mío, no. Yo no sé, Señor, sufrir tanto ; mientras sentía algo como tu cruz á mi espalda, miraba serena el dolor ;

pero sola, no, sola, no, Señor. Haz la luz en mi corazón ; yo acato tus designios, yo bendigo tu providencia : Señor, te he dado mi corazón entero, aunque desgarrado ; toma mi vida, Dios mío, ya no puedo sufrir más.

Acudieron otras religiosas hacia el lugar en que se encontraba Luisa. Una hora después decía el facultativo á la superiora :

— No puede esa joven salir mañana, tiene el tifo.

Ha puesto la casualidad en nuestras manos dos apuntes ; uno llevado por una Hermana de la Caridad ; otro por Félix.

Helos aquí intercalados y en un breve extracto :

« Antonio está contento ; esta noche se da su ópera bajo magníficos auspicios. Apenas se acuerda de su enfermedad. Ya hace algunos días que nada sé de Luisa. »

« Sor Amparo, (Luisa) está algo más aliviada ; esta mañana ha hablado en el delirio mucho de su madre y de su hermano. »

« La ópera está saliendo espléndida ; hace *fanatismo* en el patio, como dicen los italianos. »

« La calentura presenta alternativas. Apenas puede hablar la enferma. Ha dado á *nuestra madre* una cruz y un libro, recomendando sean entregados á dos personas. Cree firmemente que morirá. El médico ha decidido quedarse. »

« Flores, aplausos, gritos, ovación inmensa. ¡ Pobre Antonio! tiene con esto para olvidar todos sus dolores. Está radiante de felicidad. »

« Luisa se esfuerza en quitarse con la mano una sombra que pasa delante de sus ojos. Parece comprender las palabras del sacerdote. Ha podido decir un nombre: Antonio. »

« ¡ Lo que son las cosas humanas! En el momento de la ovación he preguntado á Antonio, ¿ quién quisieras que estuviera aquí? Emilia, me respondió. »

« Todas las Hermanas rodean el lecho de nuestra amiga. Ella parece bañada de luz. ¡ Dios la bendiga! »

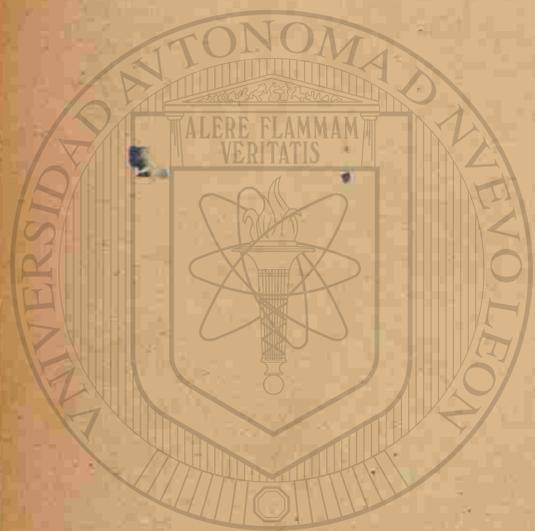
« Poco después de las once fué coronado Antonio. Cayó como muerto en mis brazos. Fué un vértigo, porque la alegría no mata. »

« Á las once y nueve minutos nuestra santa hermana Luisa entregó el alma á Dios (R. I. P.) »

Oye, lector, para tu edificación, este pequeño epílogo. Antonio ha vuelto á sus amores con Emilia, y no se acuerda de su aneurisma. Félix se ha casado con una vieja rica. Ricardo sigue soñando.

El último día de muertos, sólo un hombre fué á arrodillarse en el sepulcro de Luisa, que está en la Piedad, en el prado del centro. Era el padre de Eduardo. Si yo pudiera poner en esa tumba un epitafio, serían sin duda estas palabras de un sabio del Oriente, que figuran en las *Confesiones de Antonio*: « La primera felicidad es la de no nacer, la segunda es la de morir joven. »

FIN



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## Índice.

|                                      | Pág. |
|--------------------------------------|------|
| Merina . . . . .                     | 7.   |
| 666. César Nero . . . . .            | 16.  |
| La novela de un colegial . . . . .   | 29.  |
| Vinias y flores . . . . .            | 97.  |
| La fiebre amarilla . . . . .         | 108. |
| La Sirena . . . . .                  | 119. |
| Un cuento cruel . . . . .            | 131. |
| Playera . . . . .                    | 194. |
| En Jerusalén . . . . .               | 204. |
| Nocturno . . . . .                   | 213. |
| Memorias de un fariseo . . . . .     | 223. |
| Incógnita . . . . .                  | 232. |
| El pelo del templo . . . . .         | 270. |
| María Antonieta . . . . .            | 276. |
| Confesiones de un pianista . . . . . | 287. |

---

